

*Selecta*

EL PROFESOR  
DE BAILE DE  
LA SEÑORITA  
SEYMOUR

ELEANOR RIGBY



MINSTREL VALLEY

El profesor de baile de la señorita Seymour

Minstrel Valley 2

*Eleanor Rigby*

*Selecta*

SÍGUENOS EN  
**megustaleer**



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer



Si quieres saber más sobre «Minstrel Valley» visítanos en  
[minstrelvalley.com](http://minstrelvalley.com)  
y descubre todas las novedades de la serie.

Penguin  
Random House  
Grupo Editorial

**Minstrel Valley** es un proyecto novedoso, rompedor y sorprendente. Catorce mujeres que crean una serie de novelas gracias a una minuciosa organización que ha llevado tiempo y esfuerzo, pero que tiene su recompensa materializada en estas quince novelas que vamos a disfrutar a lo largo esta temporada. Esta labor de comunicación entre ellas, el apoyo mutuo, la coordinación y coherencia no hubiese sido posible sin nuestras queridas autoras, que hacen visible que con cariño, tiempo robado a sus momentos de ocio, de descanso y de familia, confianza, paciencia, esmero y talento, todo sea posible. Desde **Selecta** os invitamos a adentraros en **Minstrel Valley** y que disfrutéis, tanto como nosotros, de esta maravillosa serie de regencia.

*Si la música es el alimento del amor,  
tocad, tocad siempre.*

William Shakespeare

*En los actos sociales, una dama debe tener una conversación cordial,  
que respete los más básicos cánones del decoro.*

*Reglas de decoro de la señorita Sherman*  
Escuela de Señoritas de lady Acton

## Capítulo 1

*Minstrel Valley, Hertfordshire*

*Abril de 1837*

Las botas nuevas de Edward Hastings pisaron la grava con recelo, como si antes tuvieran que comprobar la temperatura. Tratándose del camino desnivelado y fangoso de un pueblo inglés, se podría considerar una medida preventiva y no reticencias a conocer por fin su destino... Aunque también las tenía. Albergaba muchas y grandes reticencias. Pero tras haber sido víctima de un insufrible trayecto de casi tres horas y media, sometido al vaivén de un carruaje alquilado, no solo habría puesto los dos pies sobre el infierno para poder estirar la espalda, sino también las manos.

Tuvo que entornar los ojos para evaluar el terreno. Había dejado atrás al Londres del segundo diluvio para que un rayo de sol estuviera a punto de cegarlo. Veintitrés años vivo, veintitrés años como ciudadano británico, y todavía le causaba rechazo la volubilidad del clima. Eso solo en un día normal. En un día espantoso como aquel, lo único que no le inspiraba un arrollador desprecio era la convicción de que se marcharía de Minstrel Valley antes de volver a acostumbrarse.

—¡Por fin! —exclamó una voz que se le hacía conocida—. Llevamos esperándote media hora.

Edward usó la mano como visera para captar el paseo renqueante de su tío, la razón en carne y hueso por la que estaba allí, y también el motivo de su

tormento. No se atrevía a exteriorizar su molestia porque, a fin de cuentas, él no era el tullido, ni tampoco el que no podría ejercer su trabajo por ello. Pero había sido una inconveniencia que no se le hubiera ocurrido nada mejor que hacerse un esguince de tobillo apenas unos días antes de la apertura de la temporada.

El señor Lionel Hastings, aparte de ser el efusivo tocón que le daba la bienvenida con un abrazo, era un miembro indispensable de la escuela de señoritas de Minstrel Valley. Estas señoritas acudirían a uno de sus primeros bailes en sociedad en tan solo unos días. Por el momento, llenaban de vida la lujosa mansión de lady Acton, una obra de arquitectura francesa espectacular. La entrada estaba enmarcada por dos filas de sirvientes, preparados para darle la bienvenida.

—Créeme —masculló de mal humor—, yo también esperaba llegar media hora antes.

—¿Por qué? ¿Impaciente por ocupar mi lugar? —se recochineó el muy miserable, esbozando una sonrisa juguetona.

¡Desde luego que estaba impaciente! Siempre había sido el sueño de su vida plantarse delante de toda una escolanía de mentecatas para...

«Esa no es la actitud», se recordó. «Estás haciendo un favor. Qué menos que fingir que no te importa, o que no te lo vas a cobrar muy caro en cuanto tengas oportunidad».

—No eres el único —continuó Lionel—. Le he hablado a las jovencitas de tu incorporación y están deseando conocerte. Estos días andan muy nerviosas por la presentación, así que es posible que te haya vendido como un manjar succulento.

Edward dejó de acomodarse la chaqueta para mirarlo con el ceño fruncido.

—¿Perdón?

—Necesitaban inspiración, Edward —le reprochó, echando el peso del cuerpo sobre uno de los soportes de madera. El otro lo utilizó para darle un toquecito en la cadera—. Y sabes que no me gusta dar malas noticias sin una

buena, menos aún en estas fechas. Si hubieras visto sus caras cuando les dije que tendrían que bailar con ellas mismas, te puedo asegurar que habrías dicho cualquier cosa para animarlas.

—¿No es eso lo que se lleva haciendo desde que Londres era un solar? Las mujeres siempre han practicado juntas.

—Pero ellas se han acostumbrado a la figura masculina, y ya no se les puede negar. Dejémoslo aquí y entremos. Lady Acton y la señorita Harper han pospuesto el desayuno para darte la bienvenida. Jack puede encargarse de llevar tus maletas a la habitación contigua a la mía.

A continuación, Lionel llamó a un muchacho que estaba escondido en una de las filas de criados. El susodicho asintió y procedió a encargarse del único baúl. A Lionel no se le escapó la ligereza de este, y no perdió la oportunidad de comentarlo en voz alta. Su sobrino le seguía de cerca, vigilando que no pusiera la muleta donde pudiera tropezar.

—Dijiste que solo sería un mes —contestó—. He traído lo justo y necesario. Comprenderás que no puedo alargarlo más. Tengo unos compromisos que requieren mi presencia en la capital.

—¿Qué compromisos son esos? —inquirió. Edward saludó con la cabeza a los miembros del servicio; así se perdió la sonrisa divertida de su tío—. ¿Alguno con tirabuzones?

A decir verdad, ni con tirabuzones, ni con trenzas. El único compromiso que Edward tenía pendiente era el de sustituirle por tiempo reducido, más por la ridícula lealtad que se le debía a la familia que otra cosa. Pero más allá de eso, no recordaba haber señalado nada relevante o inaplazable en su agenda durante el siguiente... año y medio. Claro que tenía un mejor amigo con el síndrome del marqués egocéntrico, y tenerlo contento requería tanta dedicación como para considerarse un trabajo a tiempo completo. Se cumplían unas horas desde que Clive le había armado toda una escena por atreverse a abandonarlo en plena temporada, y encima cargando con la responsabilidad de encontrar una esposa.



Como si el propio Edward no actuara ya como tal.

—¿Sabes? —seguía hablando Lionel—. Lo bueno de todo esto, aparte de los magníficos profesionales con los que tratarás, es que puedes echarles un ojo a las muchachas. La mayoría tienen ya dieciocho, y están listas para casarse. Tal vez, alguna de ellas...

—No llevo aquí ni cinco minutos y ya me estás arrojando a los brazos de una mujer —interrumpió—. Dios santo, pensé que el reencuentro traería un poco de originalidad por tu parte. Te veo con el mismo discurso con el que te dejé hace dos años.

—Bueno, muchacho, no se puede decir que tú estés resultando inspirador; te veo con la misma cara de vinagre con la que te dejé *hace dos años*. Hablando de eso, sería un detalle que la cambiaras antes de conocer a lady Acton y a la directora. Se toman muy a pecho todo lo relacionado con su institución, y dudo que les guste que esa sea tu actitud respecto al contrato.

Edward no contestó por pereza. Se limitó a seguir en silencio al chico de los recados y a Lionel, que ni mantenía el ritmo de la marcha ni tampoco le importaba. No se dejó impresionar por la magnificencia del edificio, que en poco se parecía a las mansiones estilo *regencia* o neoclásicas que imperaban ahora en Londres. Se daba más un aire a un castillo de reducido tamaño, enmarcado por sus torres y amplias arquerías. Tuvieron que acceder a la entrada subiendo una hermosa escalinata que habría complicado el equilibrio del perjudicado Lionel, quien aun así, resolvió con estilo.

Su tío era uno de esos hombres autoritarios sin quererlo. Marcaba el compás de los movimientos del resto solo caminando junto a ellos, despertando la envidia hacia su agilidad y el respeto por su trabajo, lo que ya era una victoria cuando se codeaba con aristócratas muy pagados de sí mismos. Se trataba de un caballero en el sentido estricto de la palabra. Alto, heredero de la melena rubia de los Hastings y portador de la misma mirada desafiante de su difunto padre. Vestía tallas algo más ajustadas que el clásico hombre delgado, pero eso no le hacía desgarrado o huesudo y, aunque así

fuera, su seguridad al ser y estar seguiría haciendo que más de una se diera la vuelta al cruzárselo por la calle.

Al margen de los atractivos físicos de un tipo cercano a los cuarenta, Lionel era el único bailarín que conocía que sabía dotar de profesionalidad a su pareja en medio de un vals, cuando con otro de su misma estatura y destreza habría parecido un pato mareado. Durante su época en Francia, donde no definió precisamente su técnica como danzarín clásico —más bien se movió en el barrio de Montparnasse, estando presente durante el nacimiento y asimilación del cancan, desconocido en Inglaterra—, se alzó el rumor de que era capaz de hipnotizar a su acompañante para hacerla bailar a su son. Edward podía dar fe de que su tío era la excepción del famoso dicho *dos no bailan si uno no quiere*, porque, efectivamente, conseguía que lo hicieran, y con honores, sin quererlo. Le sobraba talento para ambos, y eso le generaba una molesta sensación de incompetencia. Iba a reemplazar a alguien que le parecía insustituible, y en un momento donde las muchachas tendrían los nervios a flor de piel. Esperarían magia de un desconocido durante los últimos ensayos antes de volar a un salón real, cuando lo único que él sabía hacer era mantener el ritmo.

Se consolaba pensando que los caballeros que firmarían sus carnés de baile no serían expertos. Edward se había fijado en que la inmensa mayoría era torpe y no le daba importancia a la técnica: usaban la música como excusa para ponerle la mano encima a su preferida.

*Quien estuviera libre de pecado...*

Sacudió la cabeza y dedicó un vistazo al techo. No había tenido mucho tiempo para valorar la mansión por fuera, ni tampoco era un apasionado de las decoraciones; se podía decir que Edward tenía el gusto por lo hermoso a la vista algo atrofiado, y un ejemplo eran las prendas sobrias y oscuras con la que se había vestido para la ocasión. Aunque, a decir verdad, no había ocasiones. A Edward no le importaba ponerse lo mismo para viajar que para bailar. Si establecía distinciones era por simples cuestiones de etiqueta y

saber estar. Pero, aun y con su falta de gusto, supo valorar la salita a la que le condujeron, donde tres mujeres esperaban manteniendo una charla comedida. Reconoció el ambiente hogareño, el amueblado estilo Sheraton y las paredes forradas de damasco. Hasta ahí llegó su observación, antes de que una de las mujeres se levantara y dirigiese a él desde su sitio con una pose... adecuada.

Sí, así la describiría. *Adecuada*.

—Milady, señorita Harper; tal y como les prometí, les presento al rescatador de las bailarinas. Mi sobrino, Edward Hastings —intervino Lionel, haciendo un gesto divertido—. Edward, permite que te presente a lady Acton, dueña de todo lo que ves; a la señorita Eleanor Harper, directora de la escuela; y a la honorable señorita Melanie Chatham.

—Señor Hastings —saludó la primera, acercándose para tenderle la mano—. Bienvenido a Minstrel Valley. Habíamos salido a recibirle, pero sabiendo de la borrasca en Londres supusimos que la espera se prolongaría. Espero que haya tenido un viaje agradable.

Edward aceptó su bienvenida con timidez. La impecable cortesía de la mujer fue opacada por la mirada que le dirigió, empañada de un aire melancólico desconcertante.

—Los caminos del pueblo son algo angostos en determinadas zonas, pero nada insoportable. —Esbozó una sonrisa amigable y se dirigió a las otras damas presentes, a las que saludó con una sencilla reverencia—. Señorita Harper. Señorita Chatham.

No se llevó ninguna sorpresa al advertir las limitaciones físicas de la fundadora de la escuela; Lionel ya le había puesto sobre aviso, no fuera que se le escapara una mueca de lástima que pudiera tensar el ambiente. En cualquier caso, su situación no le restó eminencia, sino todo lo contrario. A Edward no le costó imaginar la reputación que tendría allí. Su presencia y elegancia resultaban, hasta cierto punto, intimidatorias. Contrarrestadas, gracias al cielo, por la buena de Melanie, que la acompañaba a todas partes.

—Señor Hastings..., sentía curiosidad por conocerlo. Es posible que no le

esté captando del todo bien, pero es usted casi igual a su tío —comentó lady Acton—. Si lo que me han contado es cierto, también lo igualará en destreza musical.

—Si sus referencias vienen de Lionel y lo conoce solo un poco, sabrá que exagera.

—Por supuesto que no ha exagerado. No olvidamos el gran favor que nos hace, señor Hastings —continuó la señorita Harper—. Nos habría resultado imposible encontrar un bailarín del nivel de su tío en tan poco tiempo. Su aceptación y precipitado viaje han sido una bendición. Las niñas estarán muy agradecidas.

—Es un honor para mí ser útil.

«Aunque preferiría ser útil en mi casa».

—Por supuesto que lo estarán, pero haríamos bien en avisarle de que también pondrán a prueba su paciencia —intervino lady Acton, evaluándolo con la mirada—. Si no tiene experiencia tratando con jóvenes, espero que al menos adquiera la pericia necesaria en el menor tiempo posible. Y si en algún momento se siente incómodo con alguna que otra en concreto... —Chatham y Harper intercambiaron una rápida mirada cómplice, como si todo el mundo supiera ya de quién estaban hablando—, siéntase libre de comunicárnoslo para que las supervisoras puedan meterla en cintura.

»Hay unas cuantas que tienden a poner ojos de cordero cuando hacen una trastada, y otros que son demasiado blandos para reprenderlas como merecen. Espero que, ya que sustituye al señor Hastings, sea más tajante con ellas en ese sentido.

—He captado la indirecta —asintió Lionel, divertido—. Puede estar segura de que mi sobrino no es fácil de conmovér. Convertirá esto en un regimiento si se lo pide.

—No es necesario que llegemos a tanto. Soy consciente de que es un esfuerzo para usted, ya que es músico y no bailarín especializado. Por eso le agradezco en persona que ponga a nuestra disposición uno de sus talentos.

Sepa que todos ellos serán valorados —añadió—. Por mi parte, soy una entusiasta de la buena música. Si no tenemos la oportunidad de oírle tocar en esta ocasión, procuraremos contar con otra.

Edward se tensó de manera inapreciable para todos, excepto para sí mismo. Conociendo al taimado de Lion, y su tendencia a la grandilocuencia, habría vomitado un discurso sobre sus capacidades. Unas que perdió hacía bastante tiempo, motivo por el que preferiría no ponerse a prueba.

—Un placer conocerle —dijo lady Acton para terminar—. Con su permiso, voy a retirarme. Nuestra directora le dará las indicaciones pertinentes y enseñará los emplazamientos.

—Las niñas están recibiendo su lección de Aritmética —intervino Harper—, pero mañana mismo, cuando se haya instalado y familiarizado con la escuela, se las presentará el señor Hastings en el salón de baile. Y hablando de señores Hastings... —continuó—, tal vez debiéramos hacer alguna diferenciación, para que las muchachas no se confundan.

Lionel se puso al cargo de la conversación, de la que fue elegantemente expulsado unos minutos después, cuando la señorita Harper señaló que disponía de poco tiempo para guiarlo por la mansión. Era un trabajo del que podría haberse encargado algún sirviente, pero la directora se mostró tajante y comprometida con lo que le concernía. Se hizo evidente para Edward que allí las cosas se hacían a la manera particular de las responsables, lo que imprimía cierta intimidad al lugar. No dejaba de ser una mansión adaptada por una dama de alta alcurnia para satisfacer un deseo de realización personal.

Por lo que sabía, hacía un año o dos desde que lady Acton llegó a la conclusión de que debía hacer alguna aportación al mundo; una que diera sentido a su existencia. Era una lástima que no se le hubiera ocurrido nada mejor que fundar una fábrica de muñecas idénticas. Si de Edward hubiera dependido, habría construido una biblioteca monumental, o una exclusiva academia de música, como aquella en la que tuvo la suerte de destacar no hacía mucho tiempo: la Royal Academy of Music.

Pero todo esto tuvo la decencia de pensarlo cuando se quedó a solas en sus aposentos, una vez concluido el interminable turismo por las amplias y ostentosas habitaciones dedicadas a... Ni siquiera se acordaba de las descripciones o los pasillos para acceder a ellas. Se había aprendido de memoria el camino de su habitación al salón de baile, y de este a la puerta de entrada y a la cocina, todo cuanto necesitaba para desempeñar su labor sin decepcionar a nadie.

La escuela no iba por libre, pero las restricciones tampoco eran severas, lo que significaba que no tenía por qué permanecer en Minstrel House durante todo el día. Era una buena noticia para un hombre que se sentía encerrado cuando pasaba más de unas horas en el mismo espacio, al que le gustaban las expediciones campestres y dormir al aire libre. Y también para alguien que estaba haciendo algo que iba contra todos sus principios.

No podría haberse negado. Lionel le necesitaba, había toda una escuela de niñas pendiente de su respuesta, y él no estaba lo bastante atareado para no hacerse responsable con razón. Sin embargo, todo lo que aquel lugar representaba le producía un rechazo automático. Quizá los cimientos se salvaran, la deslumbrante fachada y belleza decorativa, pero ese adiestramiento tan banal... Era insultante. Y si solo sirviera para atraer a hombres superficiales, no estaría tan en contra. Lamentablemente, ni los estúpidos ni los inteligentes se resistían a una jovencita con las mejillas coloradas, debutando como pianista en una velada de tarde. Incluso el temblor de sus dedos estaba estudiado, la mayoría de las veces.

Pero no iba a amargarse con pensamientos de ese tipo. Se levantó de la cama, tras haber colocado con religiosa meticulosidad sus pertenencias, y salió a la aventura de descubrir el pueblo de la infancia de su madre. De la suya.

Minstrel Valley no era ningún desconocido para él. Todavía recordaba las historias que le acompañaron de joven, la mayoría de corte mítico. ¿Quién, en todo el pueblo, no conocía la destacada leyenda sobre el juglar y la esposa del

cruzado? Dicho así, sonaba interesante, pero tenía que sustentarse en un romance trágico del todo absurdo para amargarla. La tendencia a las invenciones épicas era un tópico frecuente —manido, diría él— en lugares irrelevantes como aquel. Tal vez, pensaba, porque sus vidas eran tan aburridas que sentían la necesidad de poner a prueba su imaginación.

Llegó al jardín trasero rodeando la casa, impulsado por la invitación de la señorita Harper, que había hecho especial hincapié en el maravilloso trabajo del jardinero. Llevaba la mano encajada en el bolsillo del chaleco y el ceño fruncido por culpa del sol cegador. No había visto un día tan voluble como ese en años, lluvia torrencial durante el viaje y, de repente, calor del trópico.

Con el ánimo desmoralizador que arrastraba desde primera hora de la mañana, no prestó su admiración a las curiosidades del espacio. Era un amplio jardín coronado en su centro por una fuente de agua fresca, donde la naturaleza crecía más o menos en libertad. La particularidad era el cercado del patio, constituida por los restos de una vieja muralla que parecía de origen antiguo.

Pretendía acercarse a valorarlo, cuando un coro de risas captó su atención.

Edward levantó la cabeza como un perro de caza y siguió el murmullo. En solo unos pasos distraídos se plantó delante de un grupo de cinco jóvenes: tres distanciadas, y una agarrando a otra por los hombros. Lo primero en lo que se fijó fue en que todas, sin excepción, tenían el borde de la falda manchado de barro, seguramente de esa misma mañana. Y después...

—¡Ya! Ahora... Todo el mundo en silencio —ordenó una muchacha rubia con seguridad. Se alejó de la que había estado conteniendo como si le hubiera dado un calambre. Añadió, en voz baja—: Recordad que no podéis salir del patio. Ni hablar.

—Tú estás hablando.

—Y tú también.

—¿Quién es la que habla ahora?

Un contundente «shhh» de la rubia las calló a todas. Segundos después, estaba palpando la corteza de uno de los árboles para decidir si merecía la

pena arriesgarse a escalarlo, huyendo de los brazos extendidos de la que se quedaba sola.

Edward no le prestó mucha atención a la osada. Estaba concentrado intentando adivinar a qué jugaban. No le resultó difícil cuando una de ellas se giró, no muy segura sobre su eje, y mostró que tenía los ojos vendados.

Recordaba ese juego. Sus primas maternas le habían estado persiguiendo para que se uniera a ellas a la gallinita ciega durante toda su infancia. Era popular incluso en fiestas de adultos y picnics.

Pensó en darse la vuelta y seguir su camino, pero entonces, la intrépida delgaducha de la melena rubia reparó en su presencia. Sus grandes ojos azules se abrieron de par en par y su dedo índice no tardó en apuntarlo. Edward arqueó una ceja cuando la vio cubrirse la boca con la mano libre. Así inició una especie de conversación con signos en la que la muchacha preguntaba, haciendo grandes aspavientos, si era el nuevo profesor de baile. Fue gracioso verla gesticular, haciendo la pose del vals y encarnando al maestro con el ademán de regaño.

Él solo asintió.

—¿No tenéis clase ahora? —se le ocurrió—. En vuestro programa dice que a estas horas debéis estar en...

La chica agitó las manos con violencia para cerrarle el pico.

—¿Quién ha hablado? —inquirió la joven de la venda, girándose hacia él. Avanzó a tientas, algo desequilibrada. Nada fuera de lo común; a las gallinitas se les daba vueltas hasta que se mareaban, y aquella además tenía el aspecto de una. Pequeña y curvilínea—. ¿Tibey? ¿Eres tú? Tienes que dejar de poner voz de hombre, como te escuche la señorita Sherman...

Edward estuvo a punto de preguntar dónde intuía el parecido entre su tono de voz y el de una de sus compañeras adolescentes, pero le desorientó que se dirigiera a él caminando con seguridad.

No tenía ningún sentido que se sintiera acorralado. Vías de escape no le faltaban y, sin embargo, allí permaneció, pendiente de a dónde iba. El instinto



le susurró que necesitaría una mano cuando se tropezara.

—Tibey, si estoy acercándome a ti, muévete —dijo con firmeza. Tenía una voz muy musical, como si estuviera cantando un poema—. No tiene ninguna gracia si te ofreces a que te atrape solo porque te gusta ser la gallinita...

—¿Gallinita? ¡En todo caso gallo! —exclamó la rubia, con una sonrisa que era todo dientes—. No te asustes, Molly, solo se nos ha unido alguien al juego. Estás muy cerca de atraparlo. Solo sigue andando...

—¡Qué pena que no puedas verlo! —se lamentó otra.

Edward le dedicó una mirada expectante a esa última, sin saber si reírse o molestarse por el comentario. Se le ocurrían mil maneras de abordar o referirse a un caballero, y esa no era ni de lejos la más apropiada. Claro que, visto de otra manera, tampoco era muy conveniente ponerse a jugar cuando no eran horas de recreo. Si no estuvieran en el patio trasero de la propiedad de lady Acton, habría imaginado que eran muchachas corrientes como todo hijo de vecino, sin ningún proyecto de matrimonio. Tal vez por eso no se movió, intrigado por cómo resolverían aquella muestra de espontaneidad.

—¿Quién se ha unido? —quiso saber Molly—. ¿Es alguien del pueblo? ¿Lo conozco?

La muchacha rubia lanzó una mirada brillante a Edward, tan expresiva que no le hizo falta que gesticulara para entender lo que esperaba de él. Era obvio que quería que la marease más aún, que le siguiera el juego.

Con amigas como esa... ni enemigos necesitaba.

—No nos han presentado todavía —respondió él, algo incómodo—. Las circunstancias tampoco son las más propicias para ello.

—¿Es el padre Ellis? —probó la joven Molly, sin escucharlo—. ¿El padre Roberts?

—¡Pero si el padre Roberts está muerto!

—Bueno, quién sabe... ¿El señor Lewis? ¿Thomas Barry? —Se acercaba cada vez más—. ¿Sabe usted quién soy yo, señor?

Edward se fijó en que se humedecía los labios, pensativa. Sus ojos no

fueron a parar allí por ningún motivo en especial. Fue fruto de la pura casualidad, igual que el extraño y breve pinchazo que sintió en el estómago.

—No tengo el placer.

Observó que dudaba antes de dejarse llevar por la curiosidad.

—¿Es usted... un caballero?

La pregunta le divirtió, pero era demasiado pronto para reconocerlo.

—Solo cuando me conviene.

—Oh. Entonces es un hombre corriente.

—Depende del aspecto al que nos refiramos. ¿Por qué? ¿Eso la decepcionaría?

—No. Los hombres corrientes son más interesantes, puesto que desarrollan sus habilidades para desempeñar actividades nobles, mientras que, por lo general, lo único y principal que atrae de un caballero es su apellido, su dinero, o ambas.

Edward levantó las cejas. Miró a la muchacha rubia, que ya se había acomodado en la rama más gruesa del árbol. Esta se encogió de hombros, como diciéndole que Molly ya era así cuando la encontró. Una entusiasta de las respuestas largas o, en su defecto, una redicha.

—Esa ha sido una generalización odiosa, señorita.

—Por supuesto que no son todos así. Pero si se ofende, debe ser porque me ha mentido y sí es un caballero.

—Bueno... Hay muchas formas de ser un caballero.

—Ajá. ¿Y usted es de los que toman la mano cuando una joven va a bajar el último escalón, o de los que alardean de título nobiliario?

Su discurso sería el ideal antinobleza si lo acomodara en tono desdeñoso, pero Molly no discutía la honorabilidad de nadie. Solo sonaba ansiosa por adivinar su identidad, y también objetiva, como si supiera que la aristocracia era, de forma resumida, tal y como la había definido.

—Soy de los que prefieren hacer algo productivo a quedarse esperando a una mujer al pie de la escalera. Confío en que no rodará si no cuenta con mi

ayuda.

—Entonces es un cínico —apostilló, ilusionada por tener una pista más. Al ladear la cabeza, un rayo de sol se apoyó en su pelo, tiñéndolo del color del vino tinto.

Edward sonrió por primera vez en todo el día.

—Eso depende de con quién esté hablando. Hay quienes no darían esa descripción de mí.

—¿Y qué descripción darían de usted?

Edward empezó a encontrar divertido el interrogatorio. No respondió: un solo paso más y lo encontraría. Lo miraría a los ojos y lo definiría a su gusto. Se sorprendió esperando que lo pospusiera un poco más para poder fijarse en sus detalles sin tener que dar explicaciones.

Y, como si ella hubiera descubierto su deseo irracional, no se quitó la venda al poner la mano sobre su pecho. Sin connotaciones de ningún tipo. Solo una mano pequeña, intrépida, descansando sobre su corazón. Edward dirigió allí la vista con gesto inexpresivo. Carraspeó de manera imperceptible.

—Interesante —comentó ella.

—¿El qué es interesante?

—Lleva un pañuelo de seda casi nuevo... Pero el chaleco es de algodón y muy fino, diría que desgastado. Por otro lado, la chaqueta... —Molly pasó la mano por su brazo—. Este *spencer* es algo más corto de como se lleva ahora, y no tiene ningún detalle. Ni madroños, ni cordoncillos... Su atuendo parece desfasado y aburrido. Dudo que un caballero vistiera de esta manera, a no ser que esté arruinado. Aunque, si fuera un señor sin más, ¿no llevaría una corbata? Deberé preguntarle a la señorita Sherman.

Edward fue a resolver el misterio aduciendo que no le causaban simpatía las corbatas, pero entonces ella, como si supiera a dónde se dirigía, le cubrió la mejilla con la mano. Su cuerpo no respondió, pasmado con la espontaneidad del gesto. Era... diminuta. Cálida. Sobre todo, decidida. Estaba tan segura de que no había nada malo en estar allí, que logró convencer al propio Edward.

Despegó los labios para decir algo que se quedó atascado en su garganta.

—Es usted muy joven, señor —dedujo, mientras sus dedos husmeaban por el puente de su nariz, sus sienes, su frente... Su barbilla—. Está bien afeitado, no tiene arrugas, ni marcas... —Dejó de hablar un instante al rozar sus labios, casi sin querer. Edward tragó saliva de forma involuntaria al apreciar que se sonrojaba con suavidad—. ¿Puede... puede ser un aprendiz de abogado? ¿Un comerciante rico, pero tacaño consigo mismo? ¿O solo se ha vestido así porque viene a conocer a lady Acton?

—La veo muy interesada en averiguar quién soy.

—Adoro las adivinanzas.

—¿Y está segura de querer saber quién soy, más allá de destapar el misterio? ¿Quiere conocerme?

—No puedo conocerle. Una señorita de bien no puede hablar con un hombre sin haber sido presentados por un tercero. De lo contrario sería indecoroso.

—¿Y dice eso mientras me manosea a su antojo? —inquirió, arqueando una ceja.

Edward probó a acariciar el dorso de su mano con un dedo. Ella dio un pequeño respingo, seguro porque él estaba congelado y ella acaparaba todo el calor del ambiente. A diferencia de lo que esperaba, demoró en dejar caer los brazos.

—No le he manoseado. Tenía que conseguir más pistas —repuso, con todo convencimiento—. Esta es la única forma porque, por si no se ha dado cuenta, estoy en desigualdad de condiciones. —Señaló la venda—. Podría hacer conmigo lo que quisiera.

La última frase se repitió como un eco tentador en su cabeza.

—Quítesela si se siente desprotegida.

—No puedo. Perdería.

—¿El qué va a perder? ¿El juego? Ya me ha encontrado.

—Pero usted no juega. Usted solo ha venido a estorbar. ¿Cómo se ha colado en el recinto? Nuestro portero, el señor Barry, se pasa el día vigilando. ¿Y con

qué objetivo ha sorteado al conserje? No me dirá que quería jugar con nosotras...

«No es que hubiera otras posibilidades de emprender el ocio en un sitio como este».

—Tampoco creo que sea tan estúpido como para venir a robar por la mañana... —prosiguió ella.

—Así que he pasado de caballero a posible ladrón. ¿Por qué asume que soy el hombre malo?

—¿Por qué debería asumir que es el hombre bueno?

—¿He hecho algo que demuestre lo contrario?

—No ser malo no le hace directamente bueno, señor; todos los adjetivos hay que ganárselos.

—Muy bien, sabionda. Le daré una pista. No me conoce... todavía. Pero va a hacerlo muy pronto. No estaré en su vida por mucho tiempo, aunque sí el suficiente para que aprenda algo de mí. Algo que, con suerte, recordará toda la vida.

—¿Entonces va a ser usted mi primer marido, el que morirá joven? —propuso.

Edward levantó las cejas de golpe.

—¿Ha decidido ya que tendrá varios esposos, e incluso programado la defunción del primero?

—Claro que no, pero es lo único que se me ocurre teniendo en cuenta que, los hombres que conoceré en los próximos días, serán posibles maridos.

El recordatorio de lo que hacía allí podría haber modificado su estado de ánimo si hubiera prestado atención a sus palabras. Edward encontraba serias dificultades para comprender lo que decía, porque en realidad no le importaba demasiado. Aquella era una conversación para tontos, un juego que debería haber cortado desde el principio. No obstante, era bonita su forma de expresarse y por eso se había quedado allí. Su tono era dinámico, cantor. Lo estaba interrogando y denostando con sutileza, y sonaba como el rasgueo

alegre de una guitarra romántica. Apenas diez minutos en su compañía y la parte musical de su cerebro ya había asimilado su voz como una melodía pegadiza que nunca sonaba igual, pero siempre lo hacía de forma atractiva.

La risilla que soltó la rubia desde el árbol le recordó que no estaban solos, una certeza que cayó sobre él como una jarra de agua fría.

¿Cómo se habría visto la charla desde fuera? No la había tocado, pero quizá la miró más de lo que se miraba a una mujer cuando esta podía verlo. De forma involuntaria, retrocedió unos pasos, queriendo remarcar que no podían tratarle con esa cercanía. Tanta pregunta sobre su identidad había terminado deformándola, y él creyéndose un muchacho intrépido del barrio.

—Me temo que no, no voy a ser su marido —atajó—. Y visto que no formo parte del juego, me retiro para no distraerla de su pilla-pilla.

—¿Se marcha? —preguntó, avanzando de nuevo hacia él. Esta vez de forma errática, nerviosa—. No es justo, creo que tengo derecho a resolver el...

Entonces se cumplió la predicción que Edward hizo distraído nada más ver sus ojos vendados: la muchacha tropezó, quizá con su falda, tal vez con sus pies, o a lo mejor con su descaro, y se precipitó hacia delante. Edward se impulsó en su dirección al instante para agarrarla por los hombros. Por el rabillo del ojo apreció que la rubia bajaba del árbol, mirando a su derecha con una mueca de fastidio, mientras que la agrupación de tres corría al interior de la casa. No entendió por qué hasta que, además de escuchar la maldición de marinero de Molly, oyó a una mujer recitando a voz en grito los nombres de las alumnas.

—¡Señoritas! ¿Se puede saber qué hacen aquí en horario lectivo? Y, usted, Margaret, ¡baje de ahí ahora mismo!

Al margen de una bronca que no le concernía, Edward se fijaba en que a Molly le costaba recuperar el equilibrio. Puso las manos sobre él de nuevo, esa vez usándolo como soporte para incorporarse. La ayudó a hacerlo envolviendo su cintura con el brazo.

Era tan menuda que no se le hizo difícil manejarla, pero sí lo bastante

mujer, costándole concentrarse al ponerle la mano encima. El vestido de mañana contenía sus curvas de puro milagro, y no olía a jazmín, rosas o cualquier otro perfume común en mujeres de su edad, sino a... cítricos.

Inhaló, confundido. El perfume venía de su pelo.

—Creo que ya he recobrado el equilibrio... Puede soltarme, señor.

Edward la examinó con el ceño fruncido. La regañina continuaba al otro lado del patio. No distinguía las voces, ni lo que decían, y parecía que Molly tampoco, estableciéndose el momento perfecto para iniciar presentaciones. La soltó, como le había pedido, pero no se apartó: retiró la venda tirando hacia arriba. Ella parpadeó despacio para acostumbrarse al sol antes de separar sus largas pestañas.

La tela descubrió unos ojos robados de otra cara. De una cara donde la nariz y la boca no serían opacados frente a estos. Molly pestañeó una sola vez antes de expresar con ellos la estupefacción superlativa.

Su boca pequeña dibujó una «o» perfecta, pero sus pupilas cobraron todo el protagonismo al dilatarse, absorbiendo casi al completo el cálido tono avellana de sus iris. Edward intuyó lo que aquello significaba y salivó, tan tenso de golpe que creyó que se rompería. El deslumbramiento de ella le dio la excusa ideal para que su mano, desapegada de toda diplomacia, volara hacia el lunar escondido justo bajo su ojo derecho.

Molly ni siquiera se percató de que la estaba tocando, tan ocupada como estaba buscando desesperada un defecto en su rostro.

—Señor —exclamó—. Debería haberme dicho que es usted perfecto.

De nuevo, sin connotaciones, sin intenciones. Solo una verdad universal que no podía ser discutida. Se le templó la sangre bajo su escrutinio objetivo. Vaciló antes de responder, rezando por no haberse ruborizado como un colegial.

—¿Se supone que eso es una identidad?

—Teniendo en cuenta que solo existe un ser perfecto en el mundo, yo diría que sí.

—¿Y qué ser es ese?

—¿Cómo no puede saberlo? ¿No ha leído a santo Tomás? Hablo de Dios, claro.

—¿Cree que soy Dios?

—Ni afirmo ni desmiento. Solo propongo hipótesis.

—¿Y se basa exclusivamente en mi aspecto?

—Y en el hecho de que ha venido usted cuando más le necesitaba. Pero podemos salir de dudas con tres sencillas preguntas. ¿Lo puede usted todo? ¿Lo sabe usted todo? ¿Está en todas partes?

Edward soltó una carcajada que sonó desafinada. Hacía tanto que no usaba la garganta con esos planes que él mismo quedó sorprendido, no sabía si para bien o para mal.

—Debería crear otra hipótesis, señorita sabionda...

—¡Romola Seymour! —llamó una voz femenina. Edward vislumbró una figura bajo el quicio de la puerta que daba a la casa, que se quedó inmóvil al reparar en él—. ¿Qué está haciendo... y quién es el caballero que la acompaña con esa familiaridad?

La interrupción sacó a Molly de su ensimismamiento. Edward habría jurado que se enfriaba incluso el aire alrededor cuando daba la vuelta y miraba a la que sería su profesora con una mueca atribulada. Esa mueca derivó en algo muy distinto cuando devolvió la mirada a Edward, luego a la maestra, y luego a la escasa distancia que la separaba de él.

Edward fue a explicar la situación y presentarse, antes de que lo interpretara como una cita clandestina, pero Molly se adelantó frunciendo los labios y empujándolo por el pecho. Imprimió tanta fuerza a su movimiento que Edward tropezó y cayó hacia atrás, con la suerte de poner las manos antes de rebotar.

Lo pilló tan desprevenido que ni siquiera supo cómo levantarse.

—¡No le conozco de nada! —Se cogió las faldas y echó a andar hacia la profesora, sin dedicarle ni una mirada más a la víctima—. Es solo un canalla



que se ha colado en la casa para incordiarnos, señorita Sherman. Le estaba diciendo que debía marcharse.

La señorita Sherman sobrellevó la perplejidad con diplomacia, mientras Edward se levantaba, indignado. Le lanzó un último vistazo fulminante a la falda sucia que desapareció en el interior de la casa por orden de la profesora, quien le recordó que le esperaba una reprimenda. A continuación, y al tiempo que Edward se quitaba la chaqueta para sacudirla, la señorita Sherman se acercó sin tanto recelo como expectación.

Al final, Edward iba a ser más voluble que el tiempo. Un minuto riendo y en ese instante estaba tan mosqueado que apenas le dedicó un vistazo furioso de reojo.

—Podría cuestionar las historias que le cuentan sus alumnas antes de creerlas a pies juntillas, señorita.

—Por eso no se preocupe. No he creído ni una sola palabra. —Se detuvo a distancia prudencial, dándole espacio para arreglarse tras la caída. Sus ojos verdosos le examinaron con especial cuidado—. Usted es el señor Hastings, el profesor de baile temporal... ¿Me equivoco?

—¿Cómo lo ha deducido? ¿Es su trabajo ser tan aguda?

La señorita Sherman arqueó una ceja.

—Es usted igual que su tío, y desde luego que requiere ingenio trabajar con muchachas como la que acaba de conocer.

Reconoció el toque de atención en su contestación. Edward cuadró los hombros y se dirigió a ella.

—Me disculpo por la ironía, ha sonado mucho más grosera de como pretendía.

—Disculpas aceptadas. Reconozco que, cuando se lo proponen, son capaces de sacar lo peor de uno. —Esbozó una sonrisa sencilla, cortés—. Soy Valery Sherman, profesora de protocolo y etiqueta. Si me acompaña podremos comentarle el incidente a la señorita Harper, antes de que alguna de las muchachas lo tergiverse a su beneficio.

—No tiene ninguna importancia. Solo ha sido una niñería —resolvió, con la boca torcida—. Encantado de conocerla, señorita Sherman. Puede llamarme Edward a partir de mañana. Por lo que queda de día estaré en mi habitación.

Esperó su respuesta por educación, un simple asentimiento, y se marchó tan rápido como se lo permitió el paso, molesto.

Entendía que le hubiera sorprendido tener que lidiar de buenas a primeras con un hombre, y sin juegos por medio, teniendo en cuenta que estaba recluida en una escuela y no trataba más que con profesores y miembros del servicio, pero ¿había sido eso necesario?

Quedaba claro que había días en los que era mejor no levantarse, lugares a los que sería preferible no ir y mujeres que convenía ahorrarse conocer. Con la suerte y los ánimos de Edward, no era nada nuevo que se hubiera juntado todo en el mismo espacio y tiempo. Le quedaban unos pantalones embarrados que no iba a reutilizar y la amarga certeza de que se le había quedado cara de estúpido por obra de una tarada de remate, llamada...

«Por favor...», pensaba, cerrando tras él la puerta de la habitación. «¿Quién demonios se llama Romola?».

## Capítulo 2

—¡Romola Seymour! —exclamó la señorita Harper. La aludida dio un rebote—. ¿Has escuchado algo de lo que he dicho?

La respuesta corta era sencilla. «No». La que le convenía, por otro lado, era «sí». En cuanto a la respuesta larga, remitía a una interminable lista de disculpas y promesas que incumpliría a la primera de cambio. No porque Molly fuera la díscola del grupo; Dios sabía que ese título lo ostentaba otra bastante más lista, que sabía arreglárselas para que todo el mundo olvidara sus pecados. Más bien era la que se dejaba arrastrar por la corriente solo si le parecía bien la propuesta. Y desde luego que había sido tentador saltarse una clase y pasar un rato divertido en el jardín, aprovechando que el sol se acababa de reconciliar con Minstrel Valley. Hacía un tiempo que no dejaba de llover.

«Abril, aguas mil...»

—Romola —insistió la directora—. ¿No tienes nada que decir al respecto?

Molly arrugó la nariz. Diantres, ¿por qué esa manía de decir su nombre completo, cuando ya había insistido tantas veces en que prefería el diminutivo? Qué tonta había sido al pensar que, viviendo por un tiempo lejos de casa, podría presentarse con un apodo que le resultara más cómodo y bonito, ya que en Londres debía ser Romola por narices. Su padre, el que había elegido el nombre frente a una larga lista de otros aún más espantosos, estaba muy orgulloso de haberla bautizado como fundadora de Roma. Y ella

no se atrevía a rechistarle, puesto que parecía una de las obras de las que más se enorgullecía; en su lugar, buscaba consuelo en que hubiera sido bastante más lamentable llegar a la temporada y presentarse como Rema Seymour. Esa era una cualidad de la familia: entre lo malo y lo peor, sabían abogar por lo primero. Sobre todo, su padre.

—¿Romola? —repitió Harper por tercera vez, en esa ocasión en tono de preocupación—. ¿Me oyes?

Molly salió de su ensimismamiento con un par de parpadeos lentos. Volvía a desvariar.

Solía encontrar mucho más interesante la interacción consigo misma que con el público, y eso no era signo de narcisismo, sino una coraza de la que ni ella era consciente. Mientras sus pensamientos estuvieran solo al alcance de sí misma, no podría decepcionar a nadie, que era lo que ocurría cada vez que interactuaba con el entorno. Un ejemplo era la travesura del día anterior, por la que la habían sermoneado; o la clase de protocolo de la que acababa de salir sin muy buenos resultados... O de la cara que puso la señorita Sherman al cazarla a solas con un hombre. En cuestión de quince minutos, había pasado por alto todas sus instrucciones respecto al trato con el género opuesto.

«Una dama nunca debe hablar con un caballero al que no haya sido presentada».

Él podía ser un caballero, o no, pero era un hombre y su conversación no había versado sobre el tiempo.

«Un caballero puede poner un chal a una dama sobre sus hombros, o ayudarla a montar un caballo o entrar en un carruaje, o pasar su brazo por el suyo para apoyarla mientras camina, o tomar la postura propia del baile. Cualquier otro toque será desaconsejado».

Pues toques no habían faltado.

«Nunca, jamás una dama debe dar el primer paso con un pretendiente. Su recato ha de estar por encima de toda cuestión. Una joven demasiado atrevida puede ser la causante de su propia ruina».

E iba ella y le soltaba que era Dios.

Suspiró.

—Me disculpo por mi comportamiento de la tarde anterior, y le prometo que me ceñiré a mi horario —se pronunció al fin—. Incluso supervisaré personalmente que mis compañeras no se vean tentadas a saltarse las reglas. No puedo darle ninguna explicación... Hacía un día maravilloso y consideramos una crueldad pasarlo recluidas en una habitación. Usted sabe, y la señorita Sherman también, que disfruto de sus lecciones.

La directora la estudió con preocupación.

—Ya me imagino que no había maldad en esta infracción, y cuento con que no se repetirá. Pero me preocupa tu comportamiento. ¿Te encuentras bien? —preguntó, acercándose un poco—. Te noto algo alicaída. ¿Estás enferma?

Molly negó con la cabeza.

—Debe ser por el viaje a Londres. Solo quedan unos días y siento que me falta mucho para estar preparada.

Eleanor Harper se mostró mucho más que comprensiva, dándole a catar el amargo sabor de la lástima. Todo el mundo entendía sus recelos respecto a la presentación en sociedad, porque la habían visto bailar, caminar, servir el té y sentarse a la mesa... O, más bien, *intentar* bailar, caminar *mal*, *no* servir el té y... un largo etcétera. No llegaba al aprobado raspado. Cualquiera otra muchacha en su lugar esperaría a la temporada siguiente para lucirse, pero ya bastante benévolas habían sido las representantes de la escuela de señoritas para permitir que continuara calentando el asiento un año más. Era la alumna más antigua: llevaba allí desde los dieciocho, e iba a cumplir veinte en apenas unos meses. Harper y lady Acton, igual que el resto de los profesores, habrían pensado lo mismo que ella. Si lo posponían una tercera vez, Molly acabaría saludando a Londres con canas y bastón. Aunque las mujeres no fueran asiduas al uso del bastón, si a ella le hacía falta ya con diecinueve, acabaría siendo su mejor amigo cuando cumpliera setenta.

—Ya te han enseñado todo lo que tienes que saber —explicó la directora,

suavizando el tono—. Es cuestión de ponerlo en práctica.

Molly desvió la mirada a la ventana. Celebró que estuviera lloviendo, y más que eso: una parte de ella, ridícula, infantil y asustada, deseó que el aguacero inundara los caminos hasta hacer imposible el viaje programado. La otra, ansiosa por demostrarse a sí misma que merecía la pena, le tiró del pelo a la pesimista. Pero ese aspecto de su personalidad seguía y seguiría ahí, muy arraigado en su corazón, como una sombra que en cualquier momento eclipsaría sus objetivos.

—Molly —dijo esa vez la señorita Harper. Le sorprendió tanto el uso del diminutivo como la mano que puso en su hombro—. Lo harás bien. Llega un momento en la vida del alumno en el que ha repasado tanto lo que sabe que, si lo hace solo una vez más, lo desaprende. Tú estás en ese punto. Solo tienes que confiar en ti.

Confiar en ella... Había escuchado tantas veces esa frase que ya no se la podía tomar en serio. Una auténtica lástima, porque todos los que la formulaban, lo hacían de corazón y con el único propósito de tranquilizarla... Sin saber que no podían. Le resultaba imposible verlo de esa manera, e incluso le parecía inútil que se lo recordaran cada tanto. La gente se paraba delante de ella, sonreía, le daba la mano y soltaba que debía creer en sus posibilidades. Y lo peor era que luego esperaban que se hiciera la magia. Que, por obra del Supremo, Molly se levantara un día sin sus torpezas, sin sus manos débiles. O, por el contrario, que enfrentase sus defectos con una sonrisa de oreja a oreja.

Desde luego que todo el mundo se lo ponía muy fácil para que prosperase y no se preocupara por sus limitaciones: el señor Hastings, al que tenía especial aprecio por su paciencia infinita, no le prestaba atención al hecho cada vez más evidente de que nunca aprendería a bailar. La señorita Sherman valoraba sus esfuerzos, aunque no lograra adquirir la elegancia como virtud esencial para desenvolverse en sus clases. Y así sucesivamente con todo lo que requiriese un desarrollo decente de las habilidades motoras. Sin embargo,

Molly era realista y sabía que el mundo no sería tan amable con ella. Lo había comprobado de primera mano, no hacía mucho tiempo, y la impresión aún le duraba.

—Gracias, señorita Harper.

La directora volvió a enderezarse y, como si no acabara de darle un consejo casi maternal, recuperó el gesto serio que la caracterizaba.

—Ve a prepararte para la clase de baile. Hoy conoceréis al nuevo profesor.

Molly obedeció, cuidando que la señorita Harper no se diera cuenta de la cara que había puesto.

¿Nuevo profesor...? ¿Cómo que «nuevo profesor»? Intuía que el señor Hastings tendría que enfocar las lecciones de otra forma al padecer una lesión en el tobillo, pero no que la traicionaría de esa forma buscando un reemplazo. Si este resultaba no ser tan paciente como el susodicho, tendría que volver a ignorar su horario antes de lo que pensaba, arriesgándose a que la echaran de allí de mala manera.

Nada más salir del despacho de la directora, se dio de bruces con un trío de muchachas, que esperaban pegadas a la puerta para medir la intensidad del regaño: Margaret, la iniciadora de la travesura; su prima Tiberia Seymour — Tibey para acotar—; y su mejor amiga, Beth. Fue la primera quien dio un paso al frente con una mueca divertida.

—¿Tan terrible ha sido? No he oído gritos, pero estás blanca como la tiza.

—No es por la señorita Harper. Estaba enfadada, pero no furiosa —las tranquilizó. Miró a sus tres amigas con cara de consternación—. ¿Vosotras sabíais que hay un nuevo profesor de baile?

—Pues claro —contestó Tibey, su prima menor—. Te lo dije hace unos días, Molly.

—Como si pudiera fiarse de lo que dices, con la de tonterías que sueltas — se metió Beth, poniendo los ojos en blanco—. Todavía estabas en la cama por aquel resfriado cuando el señor Hastings dio la noticia. Parece ser que ha elegido a su sobrino como sustituto.

La puerta del despacho volvió a abrirse. Harper salió para hacer un gesto a Margaret y Tiberia, a quienes había dejado para después por ser, como siempre, el germen de la travesura. Las dos muchachas entraron con cara larga. Molly las entendía: si iban a tener que pasar media hora soportando una regañina, preferían hacerlo mientras discurrían las lecciones de protocolo, no una de las clases de baile. A unas se les daba mejor y a otras peor, pero era innegable que el señor Hastings y el señor Lewis hacían muy divertida su materia.

Molly miró el reloj. Iban a dar las diez y aún tenía que ponerse el calzado apropiado. Le hizo un gesto a Beth para que la acompañase a cambiarse.

Por actuación de una fuerte tormenta eléctrica en la que no faltaron rayos, el roble gigante que acompañaba a la mansión desde el exterior, había causado un destrozo en el ala de las habitaciones individuales. A causa de esto, la directora tuvo que trasladar a todas las alumnas a una alcoba conjunta. Era una situación que no duraría mucho, a lo sumo unas dos o tres semanas; lo que tardaran los especialistas en arreglar las ventanas dañadas, renovar el papel de pared y resolver el resto de problemas ocasionados. Molly se alegraba de la casualidad y esperaba, de todo corazón, que pudiera prolongarse un poco más. Necesitaría sentirse protegida y acompañada conforme se acercara el gran día, y tanto las charlas que mantenían a horas intempestivas, como las locuras que se le ocurrían a Margaret, evitarían que pasara esa noche aterrada.

—¿Por qué has preguntado eso antes? —inquirió Beth. Molly terminó de ponerse el escarpín—. ¿Estás preocupada por el sustituto?

—Es un poco precipitado un cambio de profesor a estas alturas, cuando solo quedan unos días para la temporada. ¿Y si... tiene un estilo diferente? Hay muchas formas de bailar, casi tantas como variedad de caracteres.

—Dudo bastante que el señor Hastings le dé carta blanca para hacer lo que quiera con nosotras. Tendrá que seguir unas pautas mínimas que se acoplen a su forma de enseñanza.



—Ya, pero... A lo mejor es un alma libre y decide que su procedimiento es mucho más efectivo.

—Eso no va a pasar, Molly. Y no tienes que fingir conmigo. Lo que te preocupa es que sea un miserable, como aquella profesora que echó la misma lady Acton en persona, ¿verdad?

Solo pensar en ella la obligó a contener un escalofrío. Había tenido pesadillas con la señorita Simpson durante meses e, incluso un año después de su despido, seguía apareciendo en sus sueños cuando menos lo esperaba: sobre todo en fechas señaladas, como el día de los recitales, o cuando le tocaba practicar el vals con el señor Hastings.

—Estaría pecando de inocente si pensara que todos los maestros son como los que tenemos en la escuela. Hay gente muy cruel ahí fuera, Beth, y lo último que necesito a tres días de mi presentación oficial es que alguien me haga sentir menos. Pero voy a ser optimista —decidió, incorporándose—. No puede ser tan malo si es familiar del señor Hastings.

Pese a ser bastante reacia a las muestras de afecto, Beth le frotó la espalda en un gesto casi maternal en cuanto se incorporó. Molly agradeció de corazón el apoyo y la apremió para no llegar tarde. Demostrar poco interés por las asignaturas sería lo que le faltaba para terminar de convertirse en un despropósito.

Tuvieron que bajar las escaleras rápido, sin detenerse a admirar los rincones de la casa. Beth estaba muy acostumbrada a cualquier signo de suntuosidad, siendo hija de un *laird* escocés y habiendo vivido en un importante castillo de la época medieval; no obstante, Molly era la única descendiente de un hombre con dinero que prefería invertirlo en investigaciones y antigüedades, y, sabiendo que esa era la primera y última oportunidad de vivir en un lugar como Minstrel House, le gustaba deambular y perderse por la casa. Tendía a memorizar hasta el último detalle y a atormentar al profesorado con sus interminables dudas sobre elementos que captaban su atención. Había heredado de su padre la obsesión por épocas antiguas,

crónicas, leyendas y sus respectivas manifestaciones, y, si bien el señor Seymour prefería los periodos medievales o la historia antigua para realizar sus exhaustivos estudios documentales, Molly sospechaba que eligió la escuela de señoritas de lady Acton por el valor tradicional de la mansión y el adorable relato que justificaba su función actual.

Como era natural, su parte preferida de la casa era el jardín, donde se alzaba un muro construido con piedras tomadas de otras ruinas, la mayoría de época romana. Más de una vez, su padre la había visitado con la excusa de estudiarlas. En cuanto a la que menos le gustaba, era evidente teniendo en cuenta que no era ninguna fanática de la danza: Molly llamaba al salón de baile «la sala de las diez torturas», en referencia a los diez tipos de baile que se impartían, o «el patíbulo», dependiendo del ánimo con el que fuera a enfrentar la jornada. Reconocía, aun así, que era una referencia injusta tratándose de un espacio precioso.

Era una de las dependencias que no necesitaron remodelación, pues desde su origen ya era amplio por los costados y en los techos altos brillaban dos magníficas lámparas de araña. Estaba revestido por paneles de palisandro, un tipo de suelo ideal para el deslizamiento, y un céntrico y enorme espejo de marco dorado, a juego con los gruesos zócalos inferiores, presidía la sala. El único mobiliario destacable, si así podía llamarse, era el gran piano de cola al que el señor Lewis se entregaba de corazón, y una serie de sillas alineadas en los extremos que rara vez se utilizaban. Cuando estaba vacío, a Molly incluso le gustaba asomarse para fantasear con una noche festiva entre sus cuatro paredes.

Cuando llegó, ya se encontraba ocupado por el señor Hastings, el pianista y el nuevo profesor, además del resto de las alumnas.

Beth se acercó para poner al corriente al señor Hastings de que Margaret y Tiberia llegarían tarde, mientras Molly examinaba al intruso. Estaba de espaldas a ella y se intuía como una réplica ideal, si acaso algo más fornida, del señor Hastings original.

La invadió una extraña familiaridad en la que no hizo falta indagar cuando se dio la vuelta, atendiendo una pregunta del señor Lewis. Reconoció su perfil aun sin haberlo visto más que una vez, y ni siquiera desde ese ángulo, quedando estática.

—¿Qué ocurre? —inquirió Beth nada más regresar a su lado. La pregunta se perdió entre el murmullo generalizado del resto de alumnas, al que se superpuso la voz sugerente del profesor.

—Os prometí que no os abandonaría a las puertas de la temporada, y heme aquí pagando parte de la deuda —exclamó Lionel Hastings, haciendo un gesto hacia su derecha—. Os presento al señor Edward Hastings, mi sustituto por este par de semanas. Con él repasaréis todo lo ya aprendido. No importa si tenéis difusa alguna de las lecciones. Daremos una vuelta completa por cada una de ellas para refrescarlas.

Molly miró a Beth con una mueca de consternación. ¿El hombre al que había arrojado al barro era su nuevo profesor de baile? Dios santo, tendría que poner al corriente a Margaret y a las demás que, lo quisieran o no, formaron parte de la travesura. Aunque... Ellas sí tenían ojos para verlo y Margaret, en concreto, no era ninguna estúpida. De hecho, se prestaba con facilidad a cualquier tipo de broma pesada. Lo más seguro era que lo hubiera sabido desde el principio.

—¿Lo conoces? —insistió Beth, curiosa. Molly no tardó en recordar que Beth no había estado allí cuando palpaba el atuendo pasado de moda del susodicho. Tuvo que explicárselo muy a grandes rasgos mientras Lionel terminaba su explicación cortés—. ¿Bromeas?

—No. Y no me arrepiento de mi actitud. La señorita Sherman estaba allí y yo debía defender mi honor. Imagina cómo debió interpretarse la situación desde cualquier otro punto de vista.

—¿Y por eso debías empujarlo al barro? Porque se me ocurren muchas otras formas de...

—Tuve que improvisar —se quejó en voz baja—. Me pilló con la guardia

baja.

Las dos dirigieron una mirada rápida a Edward, que atendía, inexpresivo, a la charla ágil de su tío. Involuntariamente, Molly presionó el puño cerrado contra el centro de su estómago.

No se consideraba ninguna mojigata, ni tampoco estaba tan distanciada de la comunidad masculina por falta de interés, como alguna de sus amigas. No, no era fácil de impresionar, pero pocas veces había coincidido con un hombre tan... *interesante*.

Romola sabía que como casadera dejaba bastante que desear, y por ello no podría aspirar a ninguna belleza o gran fortuna, ni mucho menos ambas a la vez. Ese era el motivo principal por el que se jactaba de ignorar el atractivo físico en favor de las virtudes intelectuales. Sin embargo, ya no le extrañaba que hubiera ciertos individuos comportándose como auténticos canallas si fardaban de semejante planta. No podía asignarle la descripción de un aristócrata, porque no parecía tan orgulloso de sí mismo, ni tampoco consciente de sus atributos, pero era el recelo en su postura y su aspecto dejado lo que le hacía magnético. Por la apatía mal disimulada en su expresión, parecía un príncipe incomprendido y abandonado a la resignación.

Edward dio un paso hacia delante y se presentó en tono cortés.

—Deberías disculparte en cuanto tengas oportunidad —adujo Beth justo entonces.

—Tienes razón. —Hizo una pausa. En voz baja, añadió—: ¿Es guapo, o tengo las lentes mal graduadas?

—Es guapo. Pero no tanto como podría serlo —añadió—. Es obvio que no quiere estar aquí y no se ha tomado muchas molestias en prepararse. Tal vez, si se cortara un poco el pelo, sonriera algo más y actualizara su vestidor...

Molly disimuló una sonrisa. No era que a Beth le importaran demasiado los gustos y elecciones de los demás, pero sí que tenía una mirada especial; veía las virtudes que debían ser potenciadas en el resto y, si bien eso solía parecer un síntoma de soberbia y perfeccionismo, Molly prefería concebirlo como

simples apreciaciones o sugerencias siempre muy bien recibidas.

—Creo que eso que has dicho es lo que le hace llamativo. No todos los hombres deben vestir, ser y llevar el pelo de la misma forma. Y él parece sacado del siglo pasado. ¿Te he contado alguna vez lo fascinantes que encuentro las gestas del dieciocho? La Revolución francesa, sin ir más lejos...

—Veo que la lección no le parece interesante a la señorita de la esquina —comentó una voz masculina en voz alta—. Tal vez puedan contarnos, su compañera y ella, qué clase de conversación están teniendo, para así adaptar la mía y lograr que sea de su agrado.

Molly y Beth levantaron la vista hacia Hastings, que las observaba con una ceja alzada. Lionel ya había tomado asiento junto al pianista, con el que conversaba en voz baja mientras las muchachas elegían pareja. La mirada directa del hombre le produjo una incómoda pero agradable sensación de importancia.

—Lo siento, he distraído un momento a Beth con algo que me ha pasado en clase de costura —respondió Molly—. Estoy prestando atención.

—¿De veras? ¿Y podría reproducir lo que he dicho? —Esperó con impaciencia a que respondiese. No le dio tiempo. Él habló enseguida, irritado—. Acérquese. Le va a tocar inaugurar el vals.

Molly y Beth intercambiaron una mirada rápida. Más que inaugurar, sería la primera en *destronar* el vals. Se planteó poner una excusa que la dejara para las últimas y escabullirse antes del toque de campana, pero la terminó apelando el sentido de la responsabilidad. Solo tenía unos días para hacerlo bien, y más le valía aprovecharlos.

Asintió y alisó las arrugas de su falda. Llevaba un sencillo vestido de mañana de muselina gris, el único más o menos cómodo para bailar y con el que menos solía tropezarse. Casi por arte de magia, pudo aceptar el brazo que ofrecía Edward sin dar muestras de esa torpeza en el camino.

Ambos llevaban guantes, como era obligatorio para evitar el contacto directo; tomar su mano supuso apenas un amago de intimidad, pero sus largos

y elegantes dedos enviaron un tiento de calor a los suyos, notablemente temblorosos.

—Recordamos antes de empezar, señoritas —dijo Lionel—, que pueden negarse a bailar si el caballero que lo solicita no es de su agrado, pero no podrán bailar la pieza siguiente con otro, sino esperar por cortesía al menos dos o tres más. Si me piden consejo, las invito a aceptar todos los bailes que les ofrezcan, sobre todo en su primer día. La primera impresión nunca debe ser soberbia o escrupulosa, sino la de una joven preparada para divertirse dentro de unas mínimas.

Molly ni lo escuchó. Cuadró los hombros y enfrentó a Edward, que la observaba inexpresivo.

—Según tengo entendido, señor Hastings —comentó en voz baja, incapaz de quedarse en silencio—, «la señorita de esquina» es un eufemismo que puede hacer referencia a una mujer de baja reputación. Tal vez debiera haberme llamado la atención de otra manera.

—¿Qué habría preferido? —inquirió él en el mismo tono—. ¿La señorita de la venda?

—Así habría indicado un hecho puntual que no es del conocimiento de todos, y es de muy mala crianza hacer chistes privados en público.

—Parece conocerse muy bien las normas básicas de educación —apostilló—. Curioso cuando tiene severos problemas llevándolas a la práctica. Pero si me da una pista, tal vez pueda llamarla como corresponde.

Molly se distrajo un instante siguiendo el recorrido de la mano masculina por su cintura. La dejó en el lugar exacto, uno falto de connotaciones que, sin embargo, ella le dio sin ninguna intención premeditada al ruborizarse. El comienzo del vals, tocado con la energía vibrante del señor Lewis, le restó toda la importancia a su reacción.

Se preparó para reproducir la teoría, esperando de corazón que sus pies colaborasen.

—Señorita Seymour —contestó.

—¿Seymour? —repitió—. ¿Romola Seymour?

—Así es. —Puso una mano con propiedad sobre el hombro de él, demasiado alto para lo que convenía a su estatura y su dificultad para encontrar el eje—. Recojo un contingente histórico importante solo con mi nombre, abarcando desde la fundación de Roma en el siglo octavo antes de Cristo, hasta el segundo reinado Tudor. Jane Seymour era la esposa preferida de Enrique VIII, y...

—Y Rómulo, el amamantado por una loba.

—Por supuesto que no, eso solo es una leyenda fruto de una mala traducción del latín, aunque es la interpretación que se da por válida para evitar confrontaciones. En realidad, Rómulo y Remo eran hijos de una prostituta —comentó con mucha dificultad. Miró al suelo, donde sus pies mantenían un romance apasionado con el borde de la falda. La pateó sin mucha sutileza para quitarla del medio—. Loba se escribe «lupus» y «lupa» era el tratamiento que recibían las mujeres de esta profesión. Ya puede imaginárselo, conociendo el significado de la palabra *lupanar*. Pero es mucho más interesante ser amamantado por una loba que por una fulana... de tal —añadió en voz alta, pensando que modificando su significado sonaría menos procaz—. Yo, en lo personal, encuentro fascinantes las historias de licántropos, que suelen comenzar justo con el contacto directo con un lobo, preferentemente un mordisco. Claro que, según tengo entendido, y a petición del consumidor, mordiscos también dan las...

—¡Ah! —exclamó él al recibir una patada en el tobillo.

Molly lo miró con cara de arrepentimiento.

—...señoritas de esquina —culminó—. Lo siento.

Edward la observaba con los ojos entornados desde su altura.

—Es envidiable el conocimiento que tiene sobre la historia recogida en su nombre, pero el señor Hastings les ha explicado qué clase de conversaciones pueden y no pueden tenerse durante un baile, ¿verdad?

—La insinuación que está haciendo es muy grosera, señor Hastings —

puntualizó, recobrando el ritmo por un instante. Aquella pequeña victoria la envalentonó—. Sabemos que no se pueden tener charlas privadas y confidenciales, ni mucho menos obscenas...

—Desde luego, las referencias a la prostitución, y todos los sinónimos que conoce de la palabra, deberá ahorrárselas de ahora en adelante. Aunque enriquezcan sus explicaciones.

—Es usted quien ha empezado al dirigirse a mí de esa forma.

—En ese caso lamento, si se ha sentido ofendida y la invito a mantener una conversación más apropiada. Las charlas han de ser comedidas y sencillas durante el vals para no despistar los pies, o solo guardar silencio.

—Me temo que hable o no, mis pies van a despistarse —respondió con humildad—. Hablar sin parar es el truco que utilizo para distraer a mi pareja de darse cuenta de que soy una terrible bailarina.

—¿A riesgo de quedar como una terrible sabionda?

—El saber no hace daño, señor Hastings. Mis pisotones sí que podrían dejar alguna impresión.

—El saber sí hace mucho daño: al ego —corrigió—. Le aseguro que a un caballero le dolería más su despliegue de sabiduría gratuita que un pateo. A los hombres siempre hay que dejarles quedar por encima, señorita Seymour, no ridiculizarlos con conocimientos a los que no tienen alcance.

—¿Por eso está tan tenso? ¿Porque lo ridiculicé al empujarle y no puede soportarlo?

Edward arqueó una ceja de bronce ante el giro drástico en la conversación. ¿Quería cambiar de tema? He ahí su humilde propuesta.

Molly se había cuidado de añadir, al especificar que hablaba para distraer a su pareja, que lo hacía sin parar para no dejarse impresionar. Lionel Hastings era un hombre atractivo y varias de las alumnas añoraban su momento de practicar con él, pero Edward era al menos diez años más joven y su primera interacción había marcado el resto de su relación, en la que ya no cabía la camaradería o el trato profesional. Estaba a la misma distancia que cuando le



quitó la venda, y así era imposible no recuperar la sorpresa al dar con sus ojos verdes, tan oscuros que había que mirarlo directamente para apreciarlo. El día anterior se perdió algunos detalles porque no llevaba las gafas, como los diminutos lunares cerca de la nariz, el resalte de una serie de mechones rubios entre el ondulado cabello castaño, o la marca de masculinidad sesgando su barbilla prominente.

—Tenemos opiniones distintas de lo que significa ridiculizar a alguien. A mí no me ofenden las muestras de espontaneidad. Obviamente no fue de buen gusto su reacción, pero no he venido para hablar de eso. Y ¿quién se sentiría ridículo después de haber sido tratado como el Todopoderoso? ¿Sigue pensando que soy Dios? Porque está maltratando tanto mis pies que casi diría que quiere que la excomuniquen de la iglesia.

Molly perdió el equilibrio inclinándose hacia el lado; él la sostuvo con firmeza, haciendo de cuenta que no había ocurrido nada.

—Terminé deduciendo que Dios no perdería el tiempo conmigo, habiendo tantos impíos a lo largo y ancho del mundo. Si bajara a la Tierra, ¿no empezaría a dar lecciones a los que ensucian su nombre con prácticas prohibidas, como el amancebamiento? Además, dudo que Dios fuera atractivo. Debe ser un señor entrado en años. ¿No ha oído que el Diablo sabe más por viejo que por malvado?

—Ahora mismo lo único que oigo es su voz, haciendo zumbir mis oídos.

—Mejor hacer zumbir sus oídos que sus miembros con mis patadas. Miembros inferiores —acotó. Solo para dejarlo claro, añadió—: Sabe a qué miembros me refiero.

Edward cerró los ojos un instante.

—Si no es mucho preguntar, ¿les dan lecciones aquí para sonar vulgares?

—No, pero heredé de mi madre varios libros de anatomía y no tengo miedo a mencionar ciertas partes en voz alta. Puedo recitarle todos los huesos del cuerpo por orden alfabético.

—Preferiría que me los partiera.

—Qué grosero es usted, señor Hastings. Tiene suerte de que haya nacido para no ofenderme.

—Gracias a Dios, o lo pasaría usted francamente mal.

—Volviendo al asunto de mi empujón, del que nos hemos distanciado demasiado... Es la reacción que cualquier mujer decente habría tenido en mi lugar. No puedo permitir que nadie arruine mi reputación. —Se mordió el labio y volvió a mirar hacia abajo—. Le he pisado, ¿verdad? Lo siento de nuevo.

—Supongo que de arruinarse la reputación ya se encargará usted durante su primer baile en sociedad —siseó entre dientes, sin detenerse aun cuando aquel pisotón había dolido—. ¿Ahora va a culparme a mí de su niñería?

—Debería haberse presentado por su nombre. Y ese comentario anterior ha sido muy desagradable, igual que el anterior a ese, y el primero de todos. ¿Está coleccionándolos?

—No, pero reconozco que me está usted inspirando a lo grande. Menos mal que no es a mí a quien hay que enseñar modales.

»Señorita Seymour, le recuerdo que quería averiguar mi identidad. No me habría permitido presentarme... —Se mordió el labio deteniendo un instante la danza para frotarse el empeine con la pantorrilla—. Dios mío, la cuadrilla se le da mejor, ¿verdad?

—Si le soy sincera, no. Y el *reel*, menos todavía. Todo ese juego de pies... El baile campestre tampoco es lo mío. El galope, como es natural, es un infierno para mí. El minuetto puedo salvarlo más o menos, igual que la polonesa (y solo porque alguien me da la mano), pero la polca y la contradanza... Y gracias al cielo que el cotillón ya no se lleva tanto, con eso del auge del vals, porque...

—Se referirá al vals vienés, por lo que veo —acotó él, presionando los labios en una línea—. Está bailando un *waltz*, a sesenta negras por minuto. El inglés es considerablemente más lento.

—Supongo que suelo acelerarme para acabar antes —meditó.

—Pues lamento ser el que le da las malas noticias, pero su danza en pareja termina a la vez que la del resto... Y si sigue pisándome tendrán que contratar a un tercer profesor —añadió entre dientes, perdiendo la paciencia.

Molly arrugó el ceño.

—Yo no veo a ningún profesor por aquí, señor Hastings. Los maestros corrigen y dan consejos, no señalan los errores por placer.

—¿Quiere un consejo? Rechace todos los bailes que le pidan.

A pesar de parecer tan desesperado por zafarse de ella, Edward no la soltó en cuanto cesó la música; fue Molly quien se separó, incapaz de exteriorizar hasta qué punto la había ofendido algo que ya tenía asimilado, y pese a estar segura de que nada le molestaba. Para los ofensores era una suerte que fuera imposible hacerla enfadar, pero para ella era la cruz. El disgusto que no podía ni sabía expresar, acababa transformándose en conformidad y cruda aceptación.

Molly se retiró después de reproducir la respectiva genuflexión, al tiempo que Lionel daba una palmada.

—¡Cambio de pareja! Señorita Bowler, ¿le gustaría ser la siguiente en acompañar al señor Hastings?

## Capítulo 3

Edward esperó con palpable impaciencia a que el último rastro de muselina abandonara la estancia. Solo cuando se extinguió el eco del coro de pasos femeninos, se giró hacia su tío con una mueca. Sentado todavía al piano, el señor Lewis, músico de la escuela, revisaba sus partituras. Se habría contenido para no hacerle testigo de disputas familiares, pero estaba demasiado indignado.

—Además de deshacerte en cumplidos al hablar de la escuela, podrías haber añadido en tus cartas que no pretendías contratarme como profesor, sino como muñeco que pasara de unos brazos a otros. Me he sentido una prostituta en Año Nuevo.

—Conque una prostituta.

—He oído más veces esa palabra esta mañana que en mis veintitrés años.

Aparte de la sonrisa socarrona que esbozó, Lionel pareció sorprendido por el reproche. No usó las muletas para levantarse, lo que derivó en un esfuerzo extra que le torció la boca.

—¿De veras era necesaria la especificación? ¿Qué esperabas, muchacho? Me he torcido un tobillo, no hecho un esguince de lengua. Sigo pudiendo explicar los pasos y dar los consejos pertinentes a cada una; lo único que nos hacía falta era alguien que llevara a la práctica mis correcciones.

—Pues con lo mucho que usas la lengua, me extraña que no la tengas rota por seis lados distintos —bufó.

Imaginaba que no resultaría sencillo ir a parar al infierno donde se gestaban los diablillos que luego pululaban por los salones, pero no esperó esa falta de misericordia por parte de su tío. Verse en el deber de guiar a doce muchachas al compás del mismo y repetitivo vals le había acarreado un mareo insoportable, por no mencionar las consecuencias de una docena de conversaciones lamentables.

O tal vez sería mejor dejarlo en diez. Se había divertido charlando con Margaret Ashbourn, a la que no se le daba mal moverse, y Tiberia Seymour era un terremoto a tener muy en cuenta. En cuanto a la otra señorita Seymour... Tal vez hubiera disfrutado la conversación si no hubiera alternado su sabiduría no pedida con pisotones dolorosos.

Pero eso era lo de menos. Lo principal y resumido de la cuestión era que Edward no estaba preparado para vérselas de golpe y porrazo con sus pesadillas encarnadas.

—Sabes que todo esto me resulta desagradable, y podrías habérmelo ahorrado contactando con cualquiera de tus amigos —respondió, irritado—. Por el amor de Dios, Lion, has bailado por todo el globo. Seguro que, si te hubieras esforzado, hubieses encontrado a alguien mejor cualificado y con más paciencia.

—Lo segundo no sería muy difícil: el mundo está repleto de hombres más pacientes que tú. ¿No vas a reconocer que ha sido divertido? Las muchachas son adorables, y muy trabajadoras.

—Trabajadoras —repitió, con ironía—. Si a eso le llamas trabajar, déjame decirte que alguna que otra te ha engañado, porque parecía que era la primera vez de cierta muchacha. No seré una eminencia en el arte de la danza, pero no hace falta practicar mucho para moverse mejor que Romola Seymour. He visto cojos más mañosos.

Lionel apoyó la mano en el borde del piano y lo miró con seriedad. Edward hizo lo opuesto. Ignoró su expresión solemne y lanzó una mirada melancólica al instrumento.

Se podía decir que aquel pedazo de madera barnizada le inspiraba más respeto y sentimientos positivos que ninguna otra cosa o persona del salón. Tener que permanecer allí durante una hora y media con los brazos ocupados, sin poder acomodarse en el taburete y pulsar las teclas, habría sido su peor castigo si hubiera tenido la certeza de que solo sentándose podría haber reproducido una melodía. Por desgracia, Edward había perdido el don hacía años y, aunque le picaran los dedos por tocar, hacerlo era un sencillo imposible.

—La señorita Seymour es una muchacha distinta a las demás.

—No hace falta que me lo jures. A mis pies, tobillos y espinillas les han quedado muy claras sus dificultades.

—No estaba refiriéndome a su torpeza, Edward. La pobre Molly ha nacido con una desventaja...

—¿Ser sorda? También puedo dar fe.

Lionel cambió su gesto afable por un ceño fruncido, acompañado de una mirada de censura.

—Es algo parecido, pero no —respondió, seco—. Te estaría muy agradecido si no fueras un grosero con mis alumnas. Da igual si te sentiste apelado por el deber, o tenías miedo de que mi furia cayera sobre ti: estás aquí por voluntad propia, así que te toca comportarte como un caballero y ser respetuoso con las jóvenes. Sobre todo, con ella. Tiene que deslumbrar en la ciudad.

—No dudo que vaya a llamar la atención, lo tiene todo para que la señalen hasta los ciegos —repuso con retintín—. Estoy seguro de que será un fracaso, y no será por culpa tuya, ni mía, sino de ella.

—El fracaso de una alumna tan aplicada y exigente consigo misma como lo es Molly siempre es culpa del profesor. Eso de lavarse las manos y darla por perdida como tú estás haciendo es propio del que no es maestro por vocación.

—Estamos de acuerdo en eso. No soy ni pretendo ser maestro.

—¿De veras? Porque, si no recuerdo mal, es lo que querías hacer solo unos

años. Reemplazar al magnífico director de la Royal Academy of Music y dedicarte a la enseñanza de los mejores.

Edward apartó la vista del piano y clavó los ojos en su tío. Este lo observaba sin disimulo, expresando sin pudor su interés respecto a las que fueran sus nuevas inquietudes.

—Eso se terminó hace mucho tiempo. ¿Cuánto crees que tarda un crío en darse cuenta de que está soñando a lo grande, y, en consecuencia, debe cambiar su rumbo?

—Si es un crío que sabe lo que quiere y está dispuesto a cualquier cosa para conseguirlo, nunca lo cambia. La ambición es buena.

—Sustentar cada paso que das en una utopía, por otro lado, no. De hecho, es insano. Y no estábamos hablando de mí.

—Por supuesto que estábamos hablando de ti. Sigues siendo un crío, solo que enfurruñado porque ha perdido el rumbo, y que lo quiere pagar con quien le ha ofrecido un trabajo.

—¿Un trabajo? Un castigo, más bien. Me has rodeado de mujeres con la cabeza llena de pájaros, que luego acabaréis tiroteando para inculcarles vuestras ideas de «la buena esposa». ¿No se te ocurrió que podría sentarme mal?

Lionel se cruzó de brazos.

—Esas mujeres tienen más claro que tú lo que quieren hacer con su futuro. Y no me digas que sigues diciendo todas esas tonterías por Laurine. Hace ya una maldita eternidad de tu compromiso, creo que va siendo hora de que lo superes y sigas adelante con una actitud menos ofensiva.

Edward le sostuvo la mirada, desafiándolo a continuar la conversación por aquella senda prohibida. Muy pocos estaban al corriente de su experiencia cercana al matrimonio, y uno de ellos debía ser, por desgracia, la única persona que conocía capaz de hablar de ella en voz alta y sin andarse con paños calientes. A Edward no le gustaba que la mencionaran por un motivo muy sencillo y que poco tenía que ver con el deseo de distanciarse de lo

ocurrido pues, a fin de cuenta, era algo muy presente en su día a día. Simplemente odiaba que se metieran en sus asuntos.

—Y hablando de sufrimientos que deberían haberse superado, te recuerdo que la casa de tu madre te está esperando para que recojas los objetos de valor.

Si el humor de Edward ya se había resentido con la mención a Laurine, este empeoró con el siguiente comentario.

—Creo haber sido bastante elocuente ignorando tus cartas al respecto. No voy a poner un pie bajo ese techo.

—¿Por qué motivo, si puede saberse? ¿Tienes idea de lo que le dolería a tu madre tu actitud? ¿Qué te ha hecho para que lleves años sin venir al pueblo y rehúses ir? Ya te lo diré yo: nada. Ve a la casa, Edward. Ahora es tuya. Y ve al cementerio, aunque sea una vez...

Edward desencajó la mandíbula.

—No tenía ni idea de que una conversación sobre una alumna pésima pudiera derivar en un rapapolvo conmigo de protagonista —espetó, de muy mal humor—. Sí que te quedaste con ganas de ser padre, Lion.

Se arrepintió en cuanto lo dijo. Lionel era todo sonrisas hasta que tocaban su punto débil: en ese único aspecto, quedaba demostrado que era tan humano como los demás. El resto del tiempo era difícil saberlo.

—Tal vez sería inteligente que dejáramos aquí la charla —intervino el pianista, que había estado revisando sus partituras hasta el momento—. El almuerzo estará listo en unos minutos.

—Estoy de acuerdo —exclamó Lionel, sin apartar la vista de Edward. Recogió sus soportes de madera y se dirigió a la puerta. Al pasar por el lado de su sobrino, añadió—: Hace mucho tiempo que la verdad ya no me duele, pero parece que a ti aún te escuece. Cúratelo antes de que se infecte, si no es muy tarde.

Edward abrió la boca para responder. Al principio no consiguió decir nada; le desarmó la mirada decepcionada que le dirigió el señor Lewis. Aquel



comentario había sido la forma más rastrera de cortar un consejo.

«Saber rectificar es de valientes», decía siempre su madre.

—Lo siento —dijo en voz alta. Las dos palabras crearon un eco entre las cuatro paredes—. Ese comentario ha sido una bajeza.

Lionel se detuvo para mirar hacia atrás.

—Sé lo que se puede llegar a decir cuando uno está dolido. Mi mensaje es que llevas dos años como un alma en pena, y eso se tiene que acabar. Redescubre el amor; redescubre el pueblo de tu madre, y a ella también. Redescubre la música —agregó, sonriendo de lado—. Ya sabes que, para los locales, casi se diría que el patrón de Minstrel Valley es el juglar de la leyenda. Dándote una vuelta por la zona seguro que encuentras inspiración para animarte.

Le sorprendió que supiera que su gran problema giraba en torno al bloqueo artístico que sufría desde hacía años, aunque debería haberlo visto venir. Lionel Hastings era omnisciente. Todo lo sabía, sobre cada rincón del mundo, cada persona de su entorno. Él sí que podría ser Dios.

No pudo responder porque se marchó enseguida, dejándolo a solas con el piano y su reflejo en los espejos de la gran sala.

«El patrón de Minstrel Valley es el juglar de la leyenda», había dicho. Una forma muy sutil de devolverle el golpe, burlándose de él. Edward conocía la historieta a la que se refería. Llevaba escuchándola toda la vida, con sus variaciones y detalles. Por si fuera poco, una lady Northcott —ni sabía cuál—, también entusiasta de los amantes trágicos, había donado una estatua representativa de los dos enamorados, envueltos en un abrazo. Esta se encontraba frente a la casa de una de las devotas y asiduas a la iglesia, un hecho que había levantado muchas burlas y risas por parte de los vecinos, quienes la oían quejarse al respecto continuamente.

Edward nunca había prestado demasiada atención a la leyenda, aun cuando en vida su madre trató de contagiarlo con su obsesión. No obstante, y al contrario que en la actualidad, siempre fue un niño muy crédulo y con una gran

sensibilidad hacia todo lo relacionado con el arte: eso le había convertido en un fanático de las canciones de taberna que se cantaban sobre el juglar y su dama, las historias que se inspiraron en ellos, e incluso los poemas que se leían en fiestas locales en su honor. Hasta hacía poco, se consideró fiel seguidor de las tradiciones de su pueblo, pero después de la muerte de su madre todo perdió el sentido.

Ahora que estaba allí de nuevo, y tras el comentario de Lionel, le picó la curiosidad por dar una vuelta de reconocimiento. Minstrel Valley no le traía malos recuerdos para negarse a un paseo, pero le aterraba la idea de reencontrarse con viejos amigos de la señora Hastings. En general, la posibilidad de terminar envuelto en una conversación sobre alguien a quien había amado y perdido en el peor momento, le daba ganas de montarse en un carruaje y regresar por donde había venido. Su tío lo había insinuado a la perfección: nunca se le dio demasiado bien afrontar sus pérdidas. Pero pensó con optimismo, por primera vez desde su llegada, que no sería excesivo comprobar que la estatua seguía donde estaba.

Recordaba con especial cariño el día en que sus amigos y él presenciaron la restauración del casi beso de los adorados. Todo el mundo se congregó alrededor de los artistas, pagados por la familia de la patrocinadora original. Le sonaba algún comentario de Richard sobre lo admirable de su trabajo, pero lo que destacaba siempre en sus recuerdos juveniles, dama y juglar incluidos o no, era Olivia. Tenía grabado en la memoria el brillo de los ojos de la muchacha al culminar el proceso, que dejó la escultura como si los años no hubieran pasado, simbolismo del amor atemporal que se profesaron los amantes. En ese momento, mirándola de manera muy poco disimulada mientras ella sonreía emocionada, le invadió la burbujeante satisfacción que siempre le producía su entusiasmo. La adoración que sentía hacia la hija de la costurera duró casi toda su adolescencia, pero jamás se atrevió a admitirlo en voz alta por miedo a arruinar su amistad.

Sacudió la cabeza y los recuerdos, y emprendió la marcha con su aire

taciturno de siempre. Era tan dado a la reflexión que silenciar sus pensamientos le había costado años de autocontrol y necesidad. El paisaje hizo muy sencillo que se abandonara a la mente en blanco, aun cuando se tenía muy estudiada la vista de Minstrel Valley desde cualquier punto del mapa.

El pueblo se había asentado a las faldas de tres colinas y había prosperado con el sacrificio de algunos trabajadores, que prefirieron la calidez e intimidad de aquel pequeño rincón del mundo al barullo de las ciudades hegemónicas. Edward aún se acordaba del cariño con el que el doctor Wilson atendía sus necesidades, y de los métodos poco ortodoxos que empleaba para calmar sus dolores infantiles; de la estricta puntualidad de las campanadas en la iglesia de Saint Mary, y las humildes fiestas que se celebraban en el salón del ayuntamiento, la posada y la plaza. No disponían de grandes lujos a la hora de celebrar los puntuales acontecimientos que todos, sin excepción, esperaban mordiéndose las uñas, pero la generosidad de los lores instalados en el pueblo, concretamente de los marqueses de Northcott, le había conferido a Minstrel Valley un aire de intimidad que lo hacía único e inolvidable.

Edward no era la excepción. Había echado de menos, en secreto y martirizándose por ello, hasta la última de las piedras que formaban la Legend Square. Coronando la misma se alzaba el pozo principal, y también el lavadero, otro símbolo de la unión que se palpaba en la comunidad, pues fue techado gracias a aportaciones vecinales.

Al pasar por allí, detectó a una muchacha asomada al fondo, con la cabeza cubierta por un sombrerito atado bajo la barbilla. Reconoció enseguida su nariz respingona y el tirabuzón color caoba que no conseguía apartarse de la cara. No quiso acercarse, aún resentido por su falta de gracilidad. Le faltaba una disculpa de su parte, y pretendía estar solo, pero al recordar las palabras de Lionel —«La pobre Molly ha nacido con una desventaja»—, un principio de curiosidad saltó desde el subconsciente. Se aproximó en silencio, estudiándola con una mirada circunspecta.

—¿Qué hace aquí sola? ¿No está prohibido que salga de la escuela sin

acompañante?

Molly dio un respingo que estuvo a punto de tirarla de cabeza al pozo. La agarró antes de que eso sucediera y ayudó a bajar de la pila que había improvisado para asomarse. Ella se sujetó el sombrero con una mano y levantó la cabeza para mirarlo.

Se había cambiado de ropa, sustituyendo el sobrio vestido de mañana por uno de lana de color durazno, que se ceñía a su cuerpo curvo de forma obscena. Aquella mujer, porque no sería creíble llamarla de otra manera, tenía la clase de figura que no podía prestarse a sutiles incitaciones: era atractivo y mujeril de un modo feroz, asfixiante, tanto que Edward no podía detener el devenir de sus pensamientos libidinosos al darle un vistazo.

Cuántas veces tuvo que recordar dónde estaba durante el baile, para no arriesgarse a deslizar la mano unos centímetros por debajo de lo establecido...

—Así es —dijo ella. Edward parpadeó una vez. ¿A qué estaba respondiendo?—. Por eso he venido con la doncella, Margaret y Beth, que están en la tienda de la señora Gibbs eligiendo... —Arrugó la nariz de manera graciosa—. No sé qué es lo que necesitan, y tampoco sé si lo quiero descubrir en el caso de Margaret.

—¿No las acompaña nadie?

—Sí, una doncella: Lucy —apuntó—. Pero se ha torcido el tobillo viniendo y la están atendiendo en la tienda. Ha dado la casualidad de que estaba allí el doctor Wilson, comprando algo. Vive muy cerca de aquí.

—Parece que hacerse daño en el tobillo está de moda. Espero que no sea grave —lamentó Edward. Se guardó una mano en el bolsillo—. Ya veo que a usted le interesa más el fondo de un pozo que las cintas. ¿O solo es otra de sus formas de diferenciarse de los demás?

—Nunca me han entusiasmado los vestidos, pero esta vez no he elegido mi entretenimiento por descarte, ni para sobresalir. Estaba pidiendo un deseo. Me han dicho que este pozo los concede si arrojas una moneda.

Edward levantó las cejas. Primero, estaba sorprendido porque no pareciese molesta o irritada en su compañía, cuando ninguno de sus dos encuentros había acabado como cabía esperar entre dos partes bien educadas. Después, le divirtió su inocente equivocación.

—Hay un pozo de los deseos en Minstrel Valley, sí, pero no es este —respondió, intentando no reírse al ver su cara de mortificación—. El que usted está buscando se encuentra detrás de Clifford Manor.

—¿Bromea? ¿Qué se supone que va a pasar con la que lancé?

—Tal vez acabe en la garganta de un pobre desgraciado durante la cena. O quizás alegre el día a alguien. —Observó que su respuesta no la convencía, sino que se quedaba mirando el acceso al fondo con melancolía—. ¿Tan importante era el deseo?

Molly lo miró a la cara con una franqueza limpia que le hizo sentirse atacado. Su cuerpo era un agresivo toque de atención, un tirón a la masculinidad más contenida, pero su rostro era cautivador de una forma tan sutil que ni el propio Edward se daba cuenta de que se prendaba de la enormidad de sus ojos curiosos.

—¿No son todos los deseos importantes?

—Las necesidades son importantes —corrigió, apoyando la cadera en el pozo con dejadez—. Los deseos son, más bien, prescindibles —Ella ladeó la cabeza y lo estudió como si fuera un animal mitológico—. ¿Por qué me mira así?

—Estoy tratando de deducir, sobre la base de lo que ha dicho, si sería usted escéptico o estoico. ¿Cree en la extirpación de las pasiones o deseos, o en su moderación?

—Lo que creo es que no se puede tener una conversación desenfadada y simplona con usted.

—Es usted quien ha hecho un comentario filosófico, quizá sin darse cuenta. Es lo apasionante de la Filosofía, que está entre todos nosotros sin que sepamos ponerle nombre.

—¿Como el Espíritu Santo? —se burló.

Ella no picó.

—De todos modos, no estoy de acuerdo con lo que ha dicho. Cubrir nuestras necesidades nos alarga la vida, pero los deseos le dan el sentido para vivirla con ilusión. ¿Qué es la vida, sino la persecución y conquista de nuestras pasiones?

Edward pensó que no sonaba apasionada al hablar del asunto, pero no le sorprendió en lo más mínimo, como tampoco que aprovechara cualquier hueco en la conversación para desvariar.

—La vida es un río que desemboca en la muerte.

—Ahora acaba de citar un tópico literario. *Vita flumen*. ¿Se da cuenta de que me está provocando?

Ella también le estaba provocando, aunque de manera muy distinta. Y no le gustaba.

—¿Está llevándome por estos senderos para evitar que descubra qué es lo que ha pedido?

—No, no me avergüenza hablar de mis deseos. Después de la clase de hoy he asumido lo que ya sabía: necesitaré un milagro para que alguien se fije en mí durante la temporada. Y no puedo esperar a que se haga, puesto que pasado mañana partimos a Londres, así que he decidido buscarlo por mi propio pie.

—¿Y no cree que sería más coherente practicar que ir a pedir deseos?

—Ha insinuado que no tengo salvación. ¿De qué me serviría practicar? A veces necesitamos un poco de magia.

Molly contestó sin ningún ánimo de ofensa, ni siquiera para arrancarle una mueca de arrepentimiento. Edward había descubierto que no tenía más que un tono al hablar, y este era siempre moderado, afable, con el toque justo de interés —y musical, y bonito...—. Como si siempre que preguntara, y aun sonando retórica, lo hiciese esperando una respuesta real. Pese a ello, Edward sintió que debía pedir disculpas.

—He sido duro con usted. Lamento si la he ofendido. No es excusa, pero

últimamente estoy de un humor penoso y lo proyecto sobre los demás.

—No se moleste, señor Hastings, soy muy consciente de mis limitaciones. Por eso recurriré a lo que sea necesario para salvarlas cuando esté frente a un público. Si pedir un deseo es lo único que me queda... Que no puedan decir que no agoté hasta el último recurso —atajó. Fue sorprendente que no se le perdiera ninguna nota de amargura o victimismo al hablar. Al contrario, sonaba llena de objetividad—. Tendré que regresar a la escuela a por otro penique. El señor Barry me lo ha prestado cuando le dije a dónde iba.

Edward no lo dudó. Se la imaginaba pidiendo una moneda para hacer sus deseos realidad e incluso él se prestaba a colaborar, solo conmovido por su entereza.

Dudaba que un gesto tan espontáneo como ese hubiera sido programado para conquistar a alguien; en una escuela nadie se esforzaba por agradar a los masculinos, sino a los maestros, y ella en concreto no pretendía desvivirse por él. O al menos esa era su impresión. Quizás por eso no podía dedicarle ni una muesca de toda esa inquina que acumulaba hacia las debutantes.

—Tiene suerte —contestó, metiendo la mano en el bolsillo de la chaqueta—. Aquí tengo alguno. De hecho, parece que he traído unos cuantos, por si no acierta a la primera.

Molly entreabrió los labios.

—¿Usted, entre todos los hombres, pretende pagar por mis sueños?

—Dudo que sus sueños estén tan baratos. Pero, si lo están, no me importa hacer una inversión —replicó. Le tendió la palma, en la que brillaba una moneda de cobre—. La llevaré al pozo de los deseos. No parece tener una remota idea de dónde se encuentra Clifford Manor.

Ella lo miraba a caballo entre el asombro y el agradecimiento... Y la curiosidad.

Siempre la curiosidad.

—La verdad es que no. Cada vez que salgo de la escuela es para ir a misa o al negocio de la señora Gibbs, o para dar un paseo por los alrededores.

¿Cómo es posible que usted lo sepa?

—Nací en el pueblo. El pozo es una de las reliquias de Minstrel Valley. Se construyó cuando el Imperio romano aún dominaba el sur de Inglaterra.

—Entonces podríamos encontrar denarios y sestercios en el fondo — comentó en voz alta, mirando al cielo—. Estarán muy bien valorados en el mercado por los amantes de la numismática. Mi padre los compra sin importar lo que cuesten.

Edward intentó no hacer ningún comentario sobre lo extrañas que sonaban esas palabras en labios de una señorita.

—¿A qué se dedica su padre?

—A gastar dinero en antigüedades y emprender investigaciones con las que maravilla a los aristócratas más curiosos. Mi padre es Alfred Seymour, seguro que le suena. Es una de las atracciones preferidas de los nobles en la ciudad.

Por supuesto que le sonaba Alfred Seymour, y maldito él por no haber caído antes en que estaba delante de su hija. Era famoso en Inglaterra por sus exhaustivas búsquedas de la verdad y su certificación en documentos históricos, que a veces conseguía invirtiendo su dinero y el de otros ricos en exploraciones, mientras que otras, solo le tomaba meterse en el bolsillo a los dueños de los mismos. Lo describían como un apasionado enfermizo, o en el caso de los que optaban por la definición desconsiderada, como un chiflado de remate que pasaba más tiempo vagando en el pasado que viviendo el presente. Se preguntó cómo y en qué habría afectado eso a Molly, que no se veía ni acomplejada ni introvertida a simple vista. Por lo que pudo percibir, tampoco sonó cargada de rencor al mencionar el nombre de su padre, sino todo lo opuesto.

—Algo me suena —comentó sin concretar—. Si quiere pedir ese deseo deberíamos ir moviéndonos. El sol se pone a las seis.

—Iré a avisar a Margaret y a Beth de que voy a ir al pozo —anunció—. Enseguida regreso. Aunque... —dudó, rehaciendo sus pasos. Lo miró por encima del hombro—. Esto no es adecuado. No creo que la pobre Lucy pueda



caminar, y usted y yo no deberíamos alejarnos solos de la escuela. Podríamos meternos en un lío.

—Las cosas suelen tener las connotaciones que uno le da. Si no lo piensa, no se sentirá culpable. Y le recuerdo que llevo encima más de un penique. Puede pedir otro deseo al pozo para que nos guarde el secreto.

La vio esbozar una sonrisa interesante que poco se parecía a las coquetas o estridentes de las jóvenes en Londres. Tampoco era una sonrisa tímida o cortés. Era simplemente... la sonrisa de una mujer llamada Romola Seymour. Lo que ya la hacía rara de narices.

Se quedó con el gesto, con su voz cantarina y con el eco del «redescubre la música» de Lionel cuando ella dijo:

—Si los sueños no tienen precio, señor Hastings, los secretos cuesta pagarlos aún más. Pero supongo que vale la pena hacer el intento de soborno.

Edward tuvo que esperar su regreso alrededor de diez minutos, con una sombra de sonrisa contra la que luchó al darse cuenta de que estaba ahí. Se quiso distraer para no pensar en su facilidad para sentirse afin a una muchacha como ella, optando por un vistazo sencillo a la plaza cargado de reflexiones nostálgicas.

No terminaba de decidir si le gustaba el hecho de que nada hubiera cambiado, o eso le producía una melancolía insoportable. Cuántas veces no habría corrido por allí detrás de sus amigos de la infancia, de los que se había distanciado por los diferentes rumbos que tomaron. Por lo poco que sabía, Olivia estaba casada con el marqués de Northcott, pero no le convencía la idea de visitarla, aun cuando le gustaría verla de nuevo. En cuanto a Richard... Ni siquiera se figuraba qué podría estar haciendo. Conocía las inquietudes que le aquejaron durante la adolescencia, pero ahora podría ser un desconocido. Los grandes cambios como ese lo atormentaban y entristecían como pocas cosas.

—Ya estoy —anunció Molly.

—¿Y Lucy?

—No puede caminar. En un rato vendrá el carruaje a buscarlas, pero Margaret y Beth van a cubrirme. No se preocupe.

Edward asintió, silencioso, y señaló un callejón por el que podrían recortar. Enseguida se pusieron en marcha. No tardarían ni veinte minutos en llegar, pues el pozo estaba en la punta opuesta a Minstrel House, pero solo un instante caminando a su lado le hizo sentirse violento. Tomar conciencia de que no sabía cómo tratar con una jovencita, ni qué tipo de conversación proponer para hacer ameno el trayecto, no le gustó un ápice. Desde la ruptura de su «casi» compromiso, había desaprendido derivados de la cortesía tan básicos como los agasajos a mujeres, o las temáticas desenfadadas y tradicionales de sus charlas.

Por fortuna, Molly tenía conversación para varios y no parecía esperar corrección por su parte.

—Espero no haber interrumpido sus quehaceres —comentó—. ¿Iba a alguna parte cuando hemos tropezado? Bueno, cuando *he tropezado*.

Edward sonrió con ironía por la puntualización.

—No tenía un rumbo fijo. Solo quería empaparme del ambiente, supervisar que algunas cosas seguían en su sitio... Pero veo que todo sigue igual. Es uno de esos pueblos atrapados en el tiempo, en sus tradiciones y leyendas.

Molly se recogió las faldas para sortear un obstáculo del camino embarrado.

—¿Leyendas, dice?

—Todos los pueblos humildes como este tienen sus creencias particulares, y aquí los hay que tienden a endiosar a sus protagonistas. Habrá oído hablar de ella. Hay una estatua a escala real muy cerca de la iglesia.

—Oh, *esa* estatua —exclamó. Estaba tan concentrada en el camino que Edward solo podía admirar su perfil—. Para serle sincera, no tengo muy claro de qué va esa historia.

La miró sin contener la sorpresa.

—¿Me lo está diciendo en serio?

—Es posible que oyera algo al respecto. Pero no he prestado atención.

—¿Choca con una escultura en piedra a tamaño real de dos amantes abrazados y no le llama la atención, ni se le ocurre que pudiera haber un significado detrás?

—¡Claro que sí! Y al principio pregunté, pero nadie parecía capaz de aportar ningún dato histórico verificable, así que perdí interés. Y, desde un punto de vista artístico, no creo que hubiera ninguna justificación moral o historiográfica para la creación de la Afrodita de Cnido y otras obras escultóricas reseñables, más que para hacer alegoría a la belleza femenina y alardear de talento y técnica a través de la *charis praxiteliana*.

Edward se dirigió a ella con una mirada entre irónica y escrupulosa.

—Cuando dice cosas como esa, ¿espera que le pregunten a qué se refiere, o puedo ignorarla sin represalias?

—Puede ignorarme, pero la *charis praxiteliana* es un saber artístico básico. Es el antecedente del *contrapposto* italiano, que rompe con la ley de frontalidad prototípica del arte egipcio.

—Sí, es lo primero que mi tutor me enseñó, junto con la suma y la resta sin decimales —comentó, sarcástico, y bromeó—: Creo que comienzo a entender por qué nadie se ofreció a contarle en detalle la leyenda de la estatua: por miedo. Empezaré a temer acercarme a usted, por si me asalta con recursos escultóricos renacentistas.

—La curva de Praxíteles es del periodo clásico griego —corrigió—. Respecto a la estatua, he oído despotricar a Mildred Cotton sobre lo indecoroso de la postura... y algo sobre la condición de la mujer representada. ¿Es posible que la llamara... adúltera? La comparó con María Magdalena, aunque no le vi el parecido con ninguna obra artística reseñable. Desde luego, no con la penitente de Donatello, tallada en piedra durante su crisis religiosa... —Una mirada de Edward bastó para que Molly carraspeará —. Ya me callo y le dejo hablar.

Edward sonrió de lado.

—Sobre la comparación, es muy posible. Esa señora que menciona y el resto de su secta eclesiástica siempre han sido un auténtico incordio —comentó al cielo. Parecía que iba a ponerse a llover—. Cuando era un crío, me lo pasaba de maravilla gastándole bromas pesadas. Era la víctima perfecta porque nunca llegaba a descubrirme.

—¿Qué tipo de bromas?

—Tonterías de niños. Llenar de tiza su asiento en la iglesia, escribir mensajes en la parte trasera de su sombrero... Y alguna que otra blasfemia de la que preferiría no hablar, por el bien de mi reputación —añadió, misterioso. La miró con la cabeza ladeada—. ¿Conoce a Mildred Cotton y no los detalles de la leyenda de la Dama Blanca y el juglar? A eso lo llamo yo quedarse con la parte mala de la experiencia de Minstrel Valley.

—La Dama Blanca y el juglar —repitió—. Refrésqueme la memoria.

—Es una historia muy simple. En época medieval, una mujer de la nobleza, natural del pueblo, se enamoró de un juglar mientras su esposo combatía en las cruzadas. Cuando el susodicho regresó, descubrió el idilio secreto y, como es natural, montó en cólera... Es por aquí. —Apuntó a un sendero empinado, señalado por piedrecitas—. Ellos intentaron huir juntos. Acordaron verse en el lago una noche, pero él nunca llegó... Imagine por qué. Se dice que el marido se encargó de hacerlo desaparecer y lo enterró en alguna parte de la colina. Ha habido algunos locos de la leyenda que han buscado por todas partes el cadáver del difunto.

—¿Y qué fue de ella?

—Ah, ella... Enloqueció. —Encogió un hombro—. Vagó por las orillas del lago, esperando a su amante, hasta que, y al enterarse del destino del juglar, se suicidó.

—¿Veneno?

—No, somos demasiado pueblerinos para inventar una tragedia shakesperiana —bromeó—. Se ahogó en el lago donde pretendía reunirse con él. De ahí se ha derivado a la creencia paranormal y estúpida de que algunas

noches se puede ver a la dama vestida de blanco paseando por allí.

—¿Dama vestida de blanco? ¿Insinúa que la mujer podría haber sido la Dama Blanca, el espíritu de la mitología alemana? He leído bastante sobre la *Berchta* —dijo, entusiasmada—. La Dama Blanca es originaria de las creencias germanas anteriores a su cristianización, como una especie de ser premonitorio.

—No sé si sería esa Dama Blanca, pero dudo que ese espíritu haga premoniciones. Aunque recuerdo que tuvimos una criada cuando yo era pequeño, algo fantasiosa, que aseguraba que una vez se arrodilló en la orilla del lago, con un ramo de violetas en la mano a modo de ofrenda, y que, al pedir suerte en el amor, el deseo le fue concedido. —Sacudió la cabeza con la boca torcida—. Era una muchacha agradable. Aunque colocar a una amante trágica y suicida que no supera sus desdichas como hada del amor... No fue muy inteligente por su parte.

—Visto así... —Cabeceó, conforme—. ¿Por qué violetas?

Edward observó que iba a tropezar con unas ramas del camino y se adelantó pateándolas a un lado.

—Según la criada, por el color de sus ojos.

—¿Hay retratos de ella que aseguren que eran de ese tono?

—No.

—Menuda falta de rigor histórico, entonces.

Edward se rio por su indignación.

—Ya le digo que era muy fantasiosa.

Molly vaciló antes de preguntar, en voz baja:

—¿Y tuvo suerte? ¿Se enamoró?

—Sí. Tuvo muchos años de feliz matrimonio.

—De modo que funcionó.

—No, no funcionó. El hombre se enamoró de ella porque era guapa, y ella, que era una entusiasta de la leyenda, se lo inventó y añadió a todo el montón de tonterías que la forman.

Molly lo miró con interés.

—No parece muy entusiasmado por las tradiciones de su pueblo.

—Me he tragado la historia cada día que he pasado aquí. Todo lo que ve es una referencia a la leyenda: la estatua; la taberna The Old Flute, en referencia a uno de los instrumentos que tocaba; el mismo nombre del pueblo[1]... Las ruinas del castillo son prácticamente una atracción turística. Lo tengo muy manido desde que soy un niño. Solo me interesaba un aspecto del relato.

—¿Cuál?

—La canción del juglar. La que él compuso para ella. Supuestamente es irre recuperable y estamos condenados a escucharla en el silbido del viento que sopla entre los árboles del bosque. Y me lo creo: en esa época eran pocas las canciones que se plasmaban con notación musical, y estas, en su mayoría, pertenecían a trovadores, no juglares, que eran menos... serios, por así decirlo.

—¿Cómo sabe usted todo eso?

Hubo un breve e incómodo silencio.

—Me lo contó mi madre —contestó. Vio a Molly con la intención de echar por tierra su argumentación, pero algo muy triste tuvo que ver en su expresión para, al final, dejarlo pasar—. Ella decía que el juglar dejó constancia escrita de su amor para que fuera inmortal. Lo que más me gustaba de su versión, de su historia, era la parte mágica con la que soñaba de niño. Si tocas esa melodía para la mujer o el hombre que amas, al eco de la última nota, corresponderá tus sentimientos.

Molly apartó la vista de sus pies torpes y se dirigió a él con expresión curiosa.

—¿En qué se basaba su madre al contarle esa historia? ¿Algún documento medieval, quizás?

Edward negó con la cabeza. Se planteó cambiar de tema en ese preciso momento.

—En nada, supongo.

—Y... ¿por qué le interesaba tanto la parte de la canción?

Esa pregunta era mucho más fácil de contestar.

—La idea de saber tocar una canción que nadie más conocería, con un trasfondo tan importante y con propiedades mágicas, resultaba bastante tentadora. Y había alguien a quien pretendía conquistar cuando era un adolescente.

—Usted me ha dicho antes que para aprender a bailar tendría que practicar y no esperar el milagro de un pozo. ¿No sería igual con el amor? Debería haberse esforzado por conquistarla y no andar buscando una fórmula musical irresistible.

—Mi objetivo principal era aprender la melodía que hacía llorar a los bardos y me convertiría en el músico más poderoso del mundo. El amor de mi amada era secundario.

—Eso explica que no haya encontrado las partituras —respondió, sorprendiéndole—. Las habrá escondido para que las halle aquel que ponga el amor de su amada por encima de todas las cosas. Qué menos que su heredero sea otro romántico.

Edward se detuvo y se giró hacia ella.

—¿No será que la romántica es usted?

—En absoluto, tengo un corazón pragmático y objetivo. Pero creo en el amor y no se me ocurriría negar lo que puede hacer con sus adeptos: hacerlos felices para siempre, o terriblemente miserables. —Miró hacia el frente y entornó los ojos—. ¿Es ese el pozo?

Le costó despegar la vista de ella para certificarlo y, una vez hecho, la siguió en silencio mientras se frotaba la garganta. Casi la notaba dolorida por el esfuerzo de hablar. Hacía tiempo desde la última vez que se molestó en tener una conversación.

—Es muy bonito —comentó ella—. Desde luego, parece más un pozo de los deseos que el otro.

Edward tuvo que convenir. Dicho pozo era una construcción de cuento

mágico, cubierto en uno de sus extremos por hiedras trepaderas y entramados de finas ramas que hacían el intento de camuflarlo con la naturaleza. Cuando Molly se quitó el sombrero y lo dejó a un lado para asomarse, no le restó credibilidad a la oquedad como acceso a un mundo mágico, sino que resaltó su cualidad. Con el pelo caoba y despeinado, siendo tan pequeña y torpe de una manera muy adorable, parecía el hada que venía a recoger su botín.

«¿Torpe de una manera muy adorable?», repitió para sus adentros. Pues sí que hacía tiempo que no se relacionaba con mujeres. Le ponían delante de las narices a una casi pelirroja pseudoatractiva y la veía como el último trago en el desierto. Por el amor de Dios, Molly era excéntrica, torpe y resabida. Y era su alumna, en caso de haberlo olvidado. Una charla camino a un pozo no iba a cambiar su percepción de las cosas, aunque, por obra de un milagro, se hubiera sentido cómodo.

—¿Me da la moneda? —preguntó ella.

—Ah, claro. —Se aproximó con reticencias, en ese momento desconfiando de sus pensamientos. Le tendió un penique—. No lo diga en voz alta. Dicen que los deseos no se cumplen en esos casos.

—Todo lo contrario. Creo que hay que decirlos en voz muy alta, para que el dios de los deseos sienta la presión de varios testigos y se vea obligado a cumplirlos.

—Dios ya sabe lo que desea —replicó—, no tiene que decirlo.

—Eso ya depende de su concepción de la divinidad. Hay quienes no creen que sea omnisciente... Pero lo pediré en silencio.

Molly cerró los ojos y contuvo el penique en su puño cerrado. Sus labios se movieron como péndulos de hipnosis al pronunciar en tono inaudible su petición. Edward la observó negándose a admitir que sentía curiosidad.

¿Pediría un buen marido? ¿Uno joven y atractivo? ¿Pediría por ella, por no hacer el ridículo...? Tampoco importaba su deseo concreto; el trasfondo era el mismo. Quería que todo fuera bien en Londres porque debía casarse.

Para eso la estaban adiestrando.



—¿No va a pedir usted un deseo?

—No hay nada que desee lo suficiente como para recurrir al pozo.

—Eso es empíricamente falso.

Edward apoyó la mano en el borde de la construcción.

—¿Empíricamente? ¿Se entrena para resultar repelente con sus precisiones?

Molly pareció meditar unos segundos.

—Lo cierto es que suelo decir lo primero que me viene a la cabeza, así que supongo que me sale sin querer. Pero no es creíble, señor Hastings —retomó, poniendo los brazos en jarras—. Todos deseamos algo, aunque solo sea para un amigo, o un vecino, o el mundo en general.

—¿Qué sugiere? Porque arriesgar un penique por la paz mundial me parecería absurdo. No merece la pena soñar con imposibles.

—Claro que sí. Es con imposibles con lo que soñamos, de lo contrario solo nos estamos poniendo metas. Pero si no tiene nada por lo que pedir, podría hacerlo por mí, para que todo me salga bien en Londres. Matemáticamente tendría más efecto a si solo lo deseo yo. —Hizo una pausa—. Haga cuenta de que no he dicho «matemáticamente».

Edward soltó una carcajada nasal que captó su atención. Molly le sostuvo la mirada, buscando lo divertido en su respuesta.

—Lo siento, pero eso va en contra de mis principios —contestó, cruzándose de brazos—. Ni siquiera creo que desee casarse de verdad, ni seguir toda esa lista de normas y modas estúpidas que la harán igual al resto.

—¿Se refiere a... las normas básicas de educación?

—Me refiero a los temas que tiene prohibido mencionar, a la senda obligatoria que debe seguir en una conversación formal para no parecer inteligente, pero tampoco aburrida; me refiero a todas las indicaciones que llevan inculcándole desde niña para convertirse en el títere del hombre que pueda pagar por usted.

Molly despegó los labios.

—¿Eso le sugiere mi educación?

—Sí. ¿No es lo que le sugiere a usted? Su padre la ha metido en esa escuela para que aumenten su valor a base de atribuirle habilidades, y a posteriori la envíen al mercado de esposas.

—Dudo que mi padre lo pensara de esa forma. Solo quiere lo mejor para mí, y lo mejor que podría pasarme sería casarme con un buen partido.

—Uno que elegiré él, en última instancia, sin tener en cuenta sus sentimientos o preferencias. Y, ¿en serio? —Se cruzó de brazos, irritado—. ¿Lo mejor que podría pasarle?

—Como mujer, claro. Le he dicho que soy pragmática y objetiva, señor Hastings. Si fuera un hombre, me dedicaría a la investigación y a traducir textos antiguos durante el resto de mi vida —respondió sin alterarse. Envío una mirada al cielo, cubriéndose las cejas con la mano. La primera gota cayó sobre la palma que tenía extendida hacia delante—, pero en vista de lo que me ha tocado, un marido sería lo más cómodo.

—He visto a mujeres sufrir por sus matrimonios, incluso antes de oficiarse... —empezó.

—¿Qué es lo que le molesta en concreto, señor Hastings? —interrumpió con educación. Se colocó el sombrero de nuevo con movimientos rápidos—. ¿Que aceptemos nuestro destino con humildad, preparándonos para él? La alternativa es el ostracismo, la soledad, el trabajo deshonroso y la falta de oportunidades.

—La alternativa es la libertad, el amor y la satisfacción de ser uno mismo —replicó. Tiró de su mano, que agarró en un impulso, y la guio rápido fuera de la zona de ruinas. Al salir del bosque, cruzó corriendo un camino abierto hasta alcanzar uno de los primeros cobertizos de Clifford Manor, donde pudieron cobijarse de la lluvia—. Dudo bastante que las mujeres sean sus corsés, sus charlas banales y sus silencios sumisos. De hecho, creo que eso es lo que fingen ser por exigencia de *La Buena Esposa* y otros patéticos libros, hasta que cumplen con el deber de cazar a su marido. Entonces pueden elegir si seguir pretendiendo la excelencia, o se muestran tal y como son. Cualquiera

de los dos casos conlleva la infelicidad y la decepción, o de una parte o de la otra. O de ambas.

Molly lo miraba sin pestañear.

—Es sencillo criticar el deber matrimonial de las mujeres desde la privilegiada posición de haber nacido hombre.

—Yo no veo ningún privilegio en saber que, si me enamoro de una debutante, estaré entregando mi amor a un espejismo, a algo que no es real y han creado a mi medida para complacerme. Habré comprado una esclava.

Le ofendió que aquella afirmación sorprendiera a Molly. La joven se apretó contra la pared de la marquesina para huir de la lluvia, que caía en diagonal.

—¿No quiere que le complazcan? Eso le hace un hombre bastante extraño, señor Hastings.

—Me hace un hombre real —espetó, frunciendo el ceño. Se acercó a ella para que el agua no los alcanzara—, no un caprichoso pagado de sí mismo que exige un grado de perfección inalcanzable en su pareja. ¿No es eso lo que les preocupa a las debutantes? ¿No hacerlo todo perfecto? Son mulas que siguen órdenes, primero de sus tutores, luego de sus padres, y, por último, de sus esposos. Se diferencian del resto de mujeres del mundo en que ellas lo hacen con ilusión, como si fuera la aventura de su vida.

Molly lo observaba con fijeza. Su asombro era notable, tanto que Edward no tardó en darse cuenta de que estaba desahogándose con alguien a quien ni conocía. De haber estado solo un poco menos enfadado, habría pedido disculpas y hubiera redirigido la charla a otras temáticas, pero encontraba deplorable que ella ni se inmutara al expresar su verdad.

—¿Tanto daño le hizo la mujer que le rompió el corazón? —preguntó ella de repente—. Debió ser una joven en su primera temporada, por supuesto. ¿Lo dejó?

Edward inspiró de forma inapreciable y la miró de hito en hito, aún sin querer creerse que hubiera dejado ir en unos minutos toda su frustración. Sabía que vivía acomplexado por pérdidas como la de Laurine, pero no que la

retención de años resultaría en una explosión como esa. De todos modos, ella no parecía ofendida, ni asustada, ni irritada. Todo lo contrario. Parecía compadecerlo de forma amistosa, incluso por la labor de echarle una mano. Le sentaba bien la cara de no entender, pero querer hacerlo. Le sentaba bien la iluminación gris del día lluvioso. Le sentaban bien los rizos húmedos rozándole las sienes.

—La dejé yo a ella para que pudiera tener una oportunidad con quien de verdad amaba —respondió, apoyando el hombro a su lado, en la pared—. Y puede considerarse afortunada. Podría haberse sentido orgullosa incluso si hubiera acabado conmigo, porque son pocas las mujeres de clase que se enamoran en Londres, y eso ya es una victoria aunque no se acabe feliz con el objeto de tu adoración.

—Usted no parece muy feliz por haberse enamorado y luego haber perdido.

—Porque yo, señorita Seymour, carezco del optimismo y la objetividad para verlo así. De todos modos, no dejo de pensar en todas las mujeres que dejan el mundo sin haber sentido nada. Solo por haberse ceñido a su papel —expresó, olvidando sin querer su obligación de mantener la distante cortesía—. Sin haber vivido ningún ejemplo de pasión.

—Dudo que piensen en ello en su lecho de muerte. No puedes echar de menos lo que nunca has tenido.

—Será ese el problema. Hay que despertar a las mujeres para que se rebelen contra la educación y el matrimonio concertado.

—¿Cómo? Es evidente que el amor no sirve, porque parece que tuvo que ser usted quien alejara a su debutante para que fuera feliz, y no ella la que tomó la iniciativa.

—Con pasión, entonces. Lo único que busca el ser humano es sentirse vivo. Una vez descubre esa sensación, no quiere apartarse nunca de ella.

Molly soltó una risita y lo enfrentó con diversión.

—Ahora habla de pasión. Me equivocaba; no es usted ni escéptico ni estoico, es un romántico frustrado —decidió. Se cruzó de brazos—. ¿Y qué

piensa hacer? ¿Besar a todas las debutantes para despertarlas del letargo emocional? Luego tendría que casarse con ellas, y hace siglos que la iglesia prohibió el concubinato, el amancebamiento, el... —Se calló al notar los dedos de Edward en la esquina de su pómulos, justo sobre el pequeño lunar. Desde allí descendió a la barbilla.

Tenía una piel increíblemente suave. Se podía apreciar a simple vista.

—No hace falta besar a una mujer para hacerla soñar contigo —apuntó en un murmullo—. Solo hay que inspirarlas para que busquen el amor.

—Para eso podemos leer... a... —Los ojos de Molly seguían el recorrido de sus dedos—. Lord Byron es muy inspirador. Sus poemas podrían... bastar. Señor Hastings, al final... el que aboga por el amor va a ser usted.

Edward negó con la cabeza. No se consideraba un romántico, sino un hombre amargado que se rebelaba contra lo que no le parecía bien. Odiaba lo que pretendieron hacerle a Laurine. Casarla con él solo porque era mejor partido cuando su corazón estaba en otra parte... Sabía que era la realidad de muchas jóvenes, y estuvo viviendo de acuerdo con esta hasta que le ocurrió a la mujer que amaba. Entonces su visión de las cosas dio un giro radical.

Pero no estaba pensando en romanticismo o en su antigua prometida cuando buscaba una reacción espontánea en la muchacha. No era correcto invadir el espacio de Molly de esa forma. No obstante, sospechaba que ella era natural, lo más natural con lo que se había encontrado en mucho tiempo, y no podía resistirse a averiguar cómo respondería si la tocaba. «Señor, debería haberme dicho que es usted perfecto», le dijo la primera vez. Se preguntó si lo repetiría, si su reconocimiento sería tan curioso como el que hizo con los ojos cerrados, si le seguía pareciendo perfecto ahora que lo conocía más.

Sentía tanta curiosidad que obvió el recelo hacia sus propios impulsos, y la duda de si la extraña atracción no era más que el resultado de su necesidad por abrazar a una mujer. La soledad podía empujar a un hombre a pensar cosas que no eran ciertas, como que sentía pasión o interés hacia alguien, pero nunca a bajar el listón. Tal vez él no quisiera tocarla, abrazarla o besarla de veras, y

aun así... ¿Estaría bajando el listón, en realidad? Mirándola de nuevo, no sentía que tuviera nada que envidiar a nadie. Tenía el presentimiento de que podría encontrar cobijo en sus grandes ojos, que bastaría con dar un paso hacia delante para caer dentro de ellos y no tener que volver a asomar la cabeza al mundo real, donde aún pervivían sus miserias.

—Sabe que leer poemas no servirá —musitó—. Así las mujeres pensarán que el amor y el deseo solo existen en la literatura, tal y como creen ahora.

—Señor, si se sigue acercando pensaré que también existe entre profesores y alumnas —le dijo, sin vergüenza ni rubor, aunque con los ojos muy abiertos—. No debería mirarme de esa manera.

Edward estuvo a punto de preguntarle cómo la estaba mirando a modo de provocación, pero se lo pensó dos veces, y a la segunda no encontró factible la realización de su impulso masculino.

Por el amor de Dios, ¿a qué había venido todo eso? ¿Tan desesperado estaba por llamar la atención de una mujer?

Se separó carraspeando, mucho más irritado que avergonzado por su actitud. Debía pensar que estaba loco, que era demasiado voluble para decantarse por una actitud precisa con la que abordarla. Había sido maleducado con ella, luego amistoso, y en esos momentos...

—Tiene razón. Deberíamos regresar a Minstrel House —acotó con voz queda. Hizo ademán de salir, pero llovía con intensidad y no se fiaba de las cuevas cuando la vegetación estaba resbaladiza. Así, volvió a pegar la espalda a la pared, sintiendo los grandes y hostigadores ojos de Molly sobre él.

—¿Iba a besarme, señor Hastings?

Edward se giró hacia ella con brusquedad, como si lo hubiera insultado. Fue a contestar una grosería, pensando que se estaba burlando de él, pero le frenó la franqueza encerrada en sus ojos. Molly no perdía ese aire de extrañeza al observarlo sin pestañear, como si lo considerase una especie nunca antes vista y absolutamente incomprensible.

Bueno, ¿y es que acaso él se entendía a sí mismo?

—¿Qué? —exclamó al final, desorientado.

—Es una pregunta muy sencilla. Apenas tiene predicado.

Le costó reaccionar.

—Claro que no iba a besarla.

—Bien —acordó en tono desenfadado, devolviendo la vista al paisaje—, porque habría sido una mala decisión.

—Desde luego. —Edward imitó su gesto y clavó los ojos en el cielo—. Una indecencia.

—Bastante desagradable, sí.

—Estoy de acuerdo. —Lo estuvo, hasta que lo repitió para sus adentros y frunció el ceño—. Un momento... ¿Por qué habría sido desagradable? ¿Me concibe como un hombre desagradable?

—Bueno, señor Hastings, no es usted especialmente agradable tampoco.

Edward se giró hacia ella con una mueca disgustada.

—Cuando he dicho «desagradable», no me refería en el sentido de cordial o amable. Y espero que usted tampoco, porque dudo que los que pretendan tocar sus labios sean más encantadores que yo. Hay superpoblación de seniles en Londres. Por estadística terminará con uno, y no sé usted, pero a mí no me llamaría la atención la boca de un matusalén.

—No, no me refería a desagradable como «abominable», pero convendrá conmigo en que el beso de un septuagenario sería más apropiado que sentirme atraída hacia mi profesor de baile. Era de eso de lo que estábamos hablando, ¿no?

Edward entornó los ojos, desviándose por un momento a sus labios. No iba a engañarse a sí mismo. Estaba nervioso en su compañía, y no porque temiera meter la pata o quedar como un estúpido, sino porque le preocupaba la naturaleza de sus disimuladas emociones. Edward no era de piedra. Había pretendido serlo durante un tiempo y casi lo había conseguido, pero entonces una muchacha tuvo que soltarle con naturalidad que era perfecto, unas palabras

que lo envolvieron y se enroscaron en su estómago. Después de eso no es que quisiera ser el representante de la perfección, pero sí acercarse un poco más, para merecerse la sinceridad con la que lo dijo.

Pese a eso, le sentaba mal su facilidad para conducir las conversaciones cuando él aún estaba recordando cómo se sobrellevaba la comunicación; igual que sus pechos y sus caderas comprimidas en vestidos que ella misma hacía provocativos sin querer. No le gustaba la curiosidad que había despertado en él, porque necesitaba que el deseo permaneciera apagado, pretendiendo no existir. Sin embargo, en ese instante, por culpa de su sutil coquetería, deseaba...

Carraspeó.

—Parece que está lloviendo menos fuerte. Sería el momento perfecto para volver.

—Deberíamos esperar... No quiero enfermar a unos días del viaje.

—No enfermará —prometió. Se quitó la chaqueta y se la entregó—. Cúbrase el pelo. Iremos parando bajo árboles y marquesinas.

No hubo más que hablar. Molly se colocó el gabán sobre la cabeza y lo sujetó con manos firmes. Asintió, señal de que podían salir corriendo, pero Edward dudaba que fuera capaz de mantener el equilibrio durante una carrera si le costaba tanto bailando. En contra de su convicción más reciente, que era la de no acercarse a ella más de lo debido, la cogió de la mano. Imaginó que no los reconocerían; nadie sabía todavía que Edward había regresado y Molly iba cubierta.

Iba a empezar a caminar, pero una idea fugaz cruzó su pensamiento y, aunque suponía retroceder un tramo, volvió rápido hacia el pozo, llevando a Molly con él. Metió la mano en el bolsillo y lanzó una de las monedas al interior, acertando casi de milagro. Tenía una puntería penosa; que el penique acabara en el fondo ya debía significar algo.

Molly se dio cuenta de su cambio de opinión.

—¿Al final sí tiene un deseo? —preguntó, algo sofocada por la carrera.



—No —contestó, tirando de ella—. Pero hago la ofrenda por si más adelante se me ocurre alguno.

## Capítulo 4

Entre clases extra y últimos esfuerzos, Molly no dejaba de pensar que el gran día estaba cada vez más cerca. Tampoco era algo que pudiera pasar por alto cuando todo el mundo se puso de acuerdo en andar de acá para allá, al borde de la histeria, con órdenes en la boca y consejos desesperados. El único que parecía guardar la calma era Lionel Hastings, que, con su acostumbrado optimismo, aseguraba a las muchachas que todo saldría a pedir de boca. Era un discurso que servía para tranquilizar a la mayoría, pero no a Molly, que se estrenaba como bailarina y tenía el peso del tiempo de más sobre los hombros, además de un miedo bien fundado a decepcionar a quienes depositaron su fe en ella. Empezando por el nuevo profesor de baile, y terminando en lady Acton.

Se podía decir que la chispa que alumbró la vocación de la dueña de la escuela se prendió con un tropiezo casual de Molly. Tuvo lugar en uno de los eventos a los que su padre asistía para encontrar interesados en su materia; en concreto, durante el cóctel posterior a la presentación de una de las nuevas adquisiciones del museo Rutshore. Lord Edward Truswell dio nombre al magnánimo almacén de reliquias con su título nobiliario, y pudo levantarlo con la fortuna vinculada a este; se trataba de un estudioso de Historia Antigua al que le entusiasmaba el mundo egipcio. Como hombre rico, culto e investigador, tenía todas las papeletas para que el señor Seymour se prendara de él y consiguiera una invitación al acontecimiento. Los dos estaban

enfascados en una apasionada conversación respecto a sus intereses comunes cuando Molly demostró, una vez más, que ser una señorita no era en absoluto su estilo. Prefería no recordar lo que sucedió. Para eso ya estaban los demás. Ninguno de los allí presentes tendría problema haciendo memoria.

No sabía que con su torpeza captó la atención de lady Acton hasta largo tiempo después, cuando decidió remodelar su propiedad en Minstrel Valley para convertir a jóvenes de su talla en auténticas «Damas Selectas». Molly fue, en cierto sentido, su inspiración, y después de dos años alojada bajo su techo, se había convertido en una de las alumnas sobre las que más ambición y expectativas había depositado. No podía, *ni quería*, decepcionarla. Pasaba mucho más tiempo pensando en eso, obsesionándose con honrarla, que en el deseo personal de labrarse un buen futuro. Estaba agradecida porque la hubiera tenido en cuenta.

Solo Dios sabía dónde hubiera acabado si lady Acton no le hubiese ofrecido la primera vacante. Hasta entonces, su padre no había mostrado interés por darle la educación que le correspondía por género. Todo lo contrario. Siempre quiso convertirla en digna sucesora de sus investigaciones; que un día, ella continuara su trabajo donde él lo dejó, ya fuera traduciendo lenguas muertas o viajando para estudiar los últimos hallazgos.

Era esa tendencia de Alfred Seymour a abandonar su casa y salir en busca de aventuras el verdadero motivo por el que Molly no recibía demasiadas visitas en Minstrel House, y asimismo la razón por la que, durante su estancia en Londres, ocuparía una de las habitaciones de la mansión de lady Rutshore, en lugar de pisar la casa donde había crecido. Este hecho, lejos de entristecerla, la llenaba de una ilusión genuina que no conseguía encontrar pensando en la velada nocturna.

Había tenido la suerte de conocer a su patrocinadora mucho antes de que se ofreciera como candidata, y se podía decir que era una de las pocas personas en el mundo que no la juzgaban ni por su torpeza, ni por su pasión por lo que no debía concernir a las mujeres. Molly admiraba tanto su labor de traductora,

como a su persona en sí. Era bella, sabia y había visto mundo suficiente para tener interesantes historias que contar: historias que relataba sin vergüenza cuando Molly preguntaba por ellas. Pensaba, soñadora, que si pudiera cambiar de piel por un solo día y estar en la mente de otra persona, elegiría a lady Rutshore sin dudar. Y es que solo podría acercarse a sus virtudes a través de la imaginación, porque si bien Molly era inteligente, no poseía su exótico atractivo, no sabía desenvolverse con semejante encanto, ni tampoco tendría la suerte de casarse con alguien con quien compartiría aficiones. Siendo del todo honesta, ya veía bastante difícil la tarea de cazar a un hombre, como para ser bendecida con un verdadero compañero de aventuras.

Y si ya veía lejano el triunfo matrimonial en días anteriores al fatídico siete de abril, en vísperas del acontecimiento, y con el pesimismo enviudando sus esperanzas, lo daba por imposible. Su nerviosismo había ido tan *in crescendo* que cuando el lacayo le ofreció la mano para montarse en el carruaje de ida, tropezó no ya una, sino tres veces, y no llevaban ni diez minutos de viaje cuando creyó que vomitaría. Suponiendo que se presentara en el baile en ese estado, no tendría ni una sola posibilidad.

Por lo menos Beth iba sentada a su lado, confortándola sin saberlo al chocar su hombro con el de ella. Llevaba por bandera su clásica expresión de tenerlo todo bajo control, hasta el punto de parecer incluso aburrida. Si Molly tuviera que definirse usando una palabra, la última a la que recurriría sería al sexto pecado capital, pero en ese momento la envidió tanto que habría dado cualquier cosa por estar en su lugar. Se veía tan segura de sí misma, tan por encima de la situación... ¿Cómo se sentiría dando por hecho que todo saldría bien? ¿Cómo sería vivir con la comodidad y seguridad que confería un físico, una personalidad y una elegancia como la de Beth MacDuff...?

«Ya está bien. Vas a tranquilizarte y a pensar en positivo».

Empezó poniendo en práctica algunas técnicas de respiración que su padre le había enseñado. Siendo asmático y muy amigo de un doctor tan excéntrico como él mismo, el señor Seymour conocía tantos trucos médicos y

tratamientos experimentales para sobreponerse a los achaques, que Molly tenía que tener cuidado cuando hablaba con desconocidos sobre su salud. Alfred era ya muy mayor y bastante delicado y, al ser tan conocido, lo primero que preguntaban era cómo se habría sobrepuesto a una gripe, o al dolor de espalda, o a la tos seca. Entonces, a Molly le tocaba sonreír y contar una milonga sobre rezos diarios y apelaciones al Señor, intentando no imaginar que cazaban a su padre con la carne atravesada de agujas para prevenir los mareos.

En ese momento no le habría venido nada mal a ella la ayuda de dicho doctor y dichos alfileres para contener las ganas de vomitar. El carruaje se bamboleaba de un lado a otro y no parecía que fuera a detenerse para hacer un descanso. En su interior iban Margaret, la señorita Culier, Lorianne, Beth, Rose y ella misma, un tanto apretujadas dentro del carruaje.

«Todo saldrá bien», insistió para sí. Eso era. Todo saldría *mejor*. Lady Rutshore era una mujer magnífica, lady Acton tenía plena confianza en ella, y... Y Edward estaría en el salón, siguiendo con la mirada sus pasos en falso. Había sido invitado al baile de apertura, y aunque pasó unos días refunfuñando que no quería presenciar el debut de nadie, al final lo habían animado a viajar para supervisar a las jóvenes.

Naturalmente él iba en otro carruaje, y pasaría las dos noches en su propiedad.

La verdad era que a Molly le había sorprendido que Edward recibiese una invitación formal para un evento de ese tipo. Pese a sus más que evidentes habilidades para mantener el ritmo, su atractivo físico y juventud, no comprendía qué habría llevado a la anfitriona a incluir a un sencillo profesor de baile en su lista. A un sencillo y amargado profesor de baile.

—Debe ser porque no soy un sencillo profesor de baile —le había respondido el susodicho, con una sonrisa irónica.

Edward no era una persona accesible, pero Molly se sentía cómoda planteándole sus dudas, y él ya se había acostumbrado a mantener

conversaciones inapropiadas durante la contradanza. O el intento de contradanza.

—¿Y qué es entonces? No responda «Dios» —amenazó—. ¿Tiene dinero?

—Esa pregunta es una vulgaridad.

A Molly se le ocurrió una larga lista de acciones bastante más vulgares, o más bien inapropiadas, que preguntar por su fortuna. Por ejemplo, retenerla a la sombra del cobertizo de Clifford Manor y pretender besarla.

Pero por supuesto que no iba a mencionar nada de eso, porque no debía darle ninguna importancia y no merecía la pena recordar lo que *no* había pasado. Además de que tampoco supuso ningún contratiempo, ni la pilló por sorpresa, ni le decepcionó en absoluto que se hubiera echado atrás... *Nada de eso.*

—Mis padres eran músicos. Tocaban en una orquesta europea que viajaba continuamente. Su herencia fue cuantiosa; su lista de amistades, bastante extensa; e hicieron su apellido lo bastante conocido para que ciertos aristócratas tengan la deferencia de invitarme. ¿Supone algún problema?

Aquello había derivado en una discusión más o menos amistosa, como empezaba a ser costumbre. A Molly no le suponía ninguno, claro, pero pensaba que esos aristócratas no sabían muy bien lo que hacían al convidar a un hombre tan desagradable a sus hogares. Se imaginaba a Edward al fondo del salón, con esa cara de fastidio muy mal fingido que comenzaba a caracterizarle, tratando de hacer el menor ruido posible sin conseguir desviar las miradas curiosas. Estas sin duda llegarían: ella misma lo buscaría, preguntándose cómo se las apañaría para invadir su espacio vital sin que la mordiese, aunque fuera solo para preguntarle por qué estaba tan enfadado.

En definitiva, y tal y como Beth señaló, era una lástima que no fuera tan guapo como podía serlo. Si no estuviera amargado resplandecería por encima de sus anfitriones, estaba convencida... Pero no era que Molly estuviera interesada en mejorar los ánimos de Edward, ni sus ambiciones o compromisos, ni tampoco la ilusión temporal de sus labios por posarse en los

de ella. ¡Solo faltaría!

Molly suspiró y estiró las piernas doloridas. *Bah*. Era una estupidez tratar de confinar ese recuerdo cuando lo repetía para sí cada cinco minutos. La forma en que Edward la miró y tocó, para decidir de últimas que no era buena idea ser un libertino, le había dado alas a su imaginación. Recordar con insistencia lo que no había ocurrido era la forma más inútil de perder el tiempo. No obstante, no podía evitar soñar con el condicional. ¿Qué habría pasado si lo hubiese hecho? ¿Cómo se habría sentido?

Miró a Beth, que también estaba sumida en sus pensamientos. Al otro lado del vehículo, atestado con las muchachas de la escuela que habían sido consideradas aptas para ir a Londres, estaba la señorita Melinda Culier, la profesora que las acompañaba. Había estado leyendo durante un rato, pero Molly comprobó que se había quedado dormida, con el librito apoyado en el regazo.

Decidió aprovechar la ocasión.

—Beth —llamó, con la voz contenida para no despertar a la señorita Culier. La muchacha levantó las cejas, señal de que atendía—. ¿Alguna vez te han besado?

—¿A qué viene eso? —preguntó. Con una mueca graciosa, le señaló los pies, que reposaban sobre el asiento contrario, con el permiso de Rose Mary, siempre tan amable—. Esa no es la postura de una señorita, y estás molestando a Rose Mary. Recoge las piernas.

Molly obedeció.

—Lo siento, Rose. —La muchacha hizo un gesto para quitarle importancia. Miró a Beth—. No lo sé, siento curiosidad.

—Espero que no sea porque pretendas estrenarte esta noche en ese aspecto —apuntó Margaret. Intentó sonar severa, imitando bastante bien a sus profesoras, pero una minúscula sonrisa la contradecía—. Os recuerdo que un beso podría suponer la reputación arruinada de la muchacha que lo recibe.

—¿Y si es la que lo da? —preguntó la ágil Beth—. ¿Supondría la

reputación arruinada del caballero en cuestión?

—En cierto modo. Si es un hombre de honor, debería casarse con ella —apuntó Rose Mary.

—En ese caso voy por mi tercer marido —soltó Beth sin vergüenza—. No me miréis así, solo han sido roces de labios... nada reprochable. Y todos ellos ocurrieron en Escocia, donde los hombres no tienen tanto miedo a su lado salvaje.

—Vaya —murmuró Lorianne, con los ojos abiertos—. En Escocia... ¿los caballeros son diferentes?

—No conozco a tantos ingleses como escoceses, pero diría que en general son más tozudos, impetuosos y tienen menos respeto a las posibles consecuencias de sus actos.

—¿Y te besó uno de esos hombres? —preguntó Molly.

—No puedes decir que fueran hombres como tal. Yo todavía tenía dieciséis, y el más mayor no había cumplido dieciocho.

—¿Cómo fueron?

—Nada memorable. Fueron besos tontos, como los que se dan en la mejilla, pero en la boca. Todo vino a raíz de un juego en el que había que poner a prueba al otro, y si se negaba a cumplir el reto, debías pagar con un beso.

—¿Qué dices! —exclamó Lorianne, escandalizada.

—Siempre he pensado que una mujer debe tratar un poco con sus pretendientes antes de decantarse por uno —replicó Beth—. El matrimonio no es ninguna tontería para arrojarse a los brazos del primero que se ofrece. Hay que saber si existe complicidad entre el hombre en cuestión y una misma, ¿no os parece?

—Qué barbaridad —musitó Rose Mary—. Claro que no.

Beth suspiró.

—Yo aún no he besado al hombre ideal.

—¿Qué diferencia hay entre besar a un hombre normal y al hombre ideal? —indagó Molly.



—Imagino que cuando besas al segundo, dejas de seguir buscando —sugirió Lorianne—. ¿Quieres decir con eso que besar a un hombre normal es... desagradable?

—Claro que no —negó Beth—. Generalmente es divertido, interesante... Excitante.

—¡Es una asquerosidad! ¿Cómo puedes decir eso? —interrumpió Margaret, cruzándose de brazos—. No le veo el atractivo a juntar los labios con otra persona, o peor... ¡la lengua!

Beth soltó una risa divertida.

—¿Cómo sabes tú nada de la lengua?

—Lo vi una vez —explicó en tono confidencial—. Hace poco, estábamos jugando al escondite y me tocó ser la que pillaba. Como es natural, me puse a abrir puertas, cajones, armarios; indagué en habitaciones de pasillos en los que no debería haber estado, y... —Se ruborizó—. Vi a una pareja besándose. Fue tan desagradable... y bochornoso.

—No digo yo que verlo pueda ser chocante, e incluso incómodo, pero vivirlo es distinto. Una se queda con ese *je ne sais quoi* en el cuerpo, las cosquillas y la emoción... —pronunció Beth, en perfecto francés. Lanzó una mirada soñadora al techo—. Será mejor que me calle. A fin de cuentas, no sabéis a qué me refiero y esto podría malinterpretarse.

—Yo sí sé a qué se refiere —exclamó Rebecca, que hasta el momento guardaba silencio.

Todas se giraron hacia ella, muertas de la curiosidad.

—¿De verdad? —preguntó Lorianne—. ¿A quién has besado tú?

Rebecca parpadeó rápido.

—A... A un amigo de la familia. Se llamaba... Oliver. Y tenía veintidós años —añadió de corrido—. Fue muy dulce. Y también apasionado.

—No me digas. —Beth sonrió de oreja a oreja. Se cruzó de brazos—. Oliver, ¿qué más? A lo mejor lo conozco.

Rebecca se envaró.

—Lo dudo. Es de... Gales.

—¿De qué parte de Gales?

—De la de arriba. Del norte —balbuceó, ruborizándose—. Pritchard.  
Oliver Pritchard.

—¡Ah, ese Oliver! —exclamó Molly, antes de que Beth hiciera otra pregunta traicionera—. Sé quién es. Su madre es galesa, y su padre el americano de la tabacalera, ¿no?

Rebecca arrugó la nariz.

—¿Americano? —repitió, no muy feliz por la nacionalidad que le había adjudicado a su suegro imaginario. Molly le dio una patadita que la hizo reaccionar—. Sí, sí, es americano. De Nueva York.

—¿Qué relación tiene tu familia con un empresario americano de la industria del tabaco? —insistió Beth.

—Al barón Rowsley le gustaban los puros —espetó, con voz aguda—. Oye... Yo no te he interrogado sobre tus tres besos.

—Puedes hacerlo si quieres, adelante. Uno era amigo de mi hermano; otro, el mozo de cuerdas; y el tercero fue un chico del pueblo al que conocí en el mismo momento.

—¿En el mismo momento? —exclamó Rebecca, abriendo mucho los ojos—. ¡Vaya!

La exclamación despertó a la profesora.

—¿Qué ocurre? —quiso saber Melinda Culier, incorporándose despacio—. ¿De qué habláis?

—De besos —masculló Margaret, con la boca torcida.

—Besos —repitió, levantando las cejas—. Interesante.

Las muchachas la miraron con curiosidad.

—¿Usted ha besado a un hombre, señorita Culier?

Al ver que la mujer se hacía la sorda y devolvía la vista a su librito de viaje, las jóvenes se impacientaron y la abordaron con insistencia. Ni Molly ni Beth se mostraron sorprendidas por que la maestra tuviera sus secretos; era

una belleza mediterránea, inteligente y resuelta que gustaba a todo el mundo, y eso incluía al género masculino. Por si fuera poco, alguna que otra vez la habían cazado poniéndole ojos tiernos a un caballero, justo al salir de misa... Y les constaba que en el pasado enviaba cartas y las recibía con religiosa frecuencia; cartas que procuraba esconder y le dejaban la sonrisa tonta todo el día en la cara.

—Puede ser —contestó, misteriosa.

—¿Siempre al mismo? —inquirió Beth.

La señorita Culier le dirigió una mirada suspicaz.

—¿Qué clase de pregunta es esa? A saber qué habéis estado murmurando... Prefiero no tener ni idea —suspiró—. Será mejor que lo dejemos aquí.

Molly no ocultó su decepción pero, al igual que el resto de las muchachas, evitó insistir. Ignoró la nueva propuesta de conversación —esta de la mano de Margaret, y muy diferente a los besos— perdiéndose en el paisaje. De ahí derivaron a un tema menos impertinente, y fueron saltando a otros hasta que los agotaron. El carruaje llegó a su destino, pillando a Lorianne dormida y a las demás muy silenciosas.

Molly agradecía la paz temporal que reinó en el ambiente. Pero nada más poner los pies en tierra firme, sus temores se volvieron a hacer tangibles. No les dio tiempo a asfixiarla, porque lady Rutshore apareció en el recibidor para darles la bienvenida con una sonrisa que era toda seguridad. Molly le devolvió el gesto aun cuando no se había percatado todavía de que estaba allí: era muy notable que se alegraba de tenerlas en casa y, de momento, solo eso bastaba para afrontar el día con optimismo.

Puso tanta atención a la escalinata que daba al interior, que no le dio tiempo a echar un vistazo en derredor antes de que lady Rutshore la ubicara. Gracias al cielo esa vez no hizo su entrada mandando al infierno el sarcófago de una momia milenaria. Pensó con vaguedad que era una pena que lord Rutshore, quien también presenció aquel escándalo concreto, no estuviera allí para ser cómplice de su visible mejora motora. Al caballero le debería disculpas por

haber estado a punto de destrozar su bienamada colección de antigüedades.

—¡Molly, eres tú! —exclamó la dama, acercándose con los brazos por delante. La tomó de las suyas con toda familiaridad, al tiempo que la examinaba con sus vivos ojos azabache—. Me habían dicho que recibiría a una señorita Seymour, pero no me atreví a adivinar si sería tu prima o se trataría de ti.

—Tiberia quería venir, pero todavía es demasiado joven —explicó, intimidada por su elegancia y cercanía.

—Cierto, aún no habrá cumplido los dieciséis... Da igual, es una alegría volver a verte. Siempre que le pregunto a tu padre cómo estás, me da respuestas muy ambiguas. Supongo que es porque no tiene ni remota idea de lo que se hace en una escuela para señoritas.

—Seguro que es eso —contestó ella. Se mordió el interior del carrillo—. ¿Lo ha visto en estas últimas semanas? ¿Pudo despedirlo antes de que se marchara a Francia con lord Rutshore y el señor Bonomi?

—Sí, y estaba muy emocionado. Aunque se fue con el señor Wilkinson, no con Bonomi —añadió, haciéndole un guiño—. No sé si te sonará. Publicó *The Topography of Thebes and General View of Egypt* hace tan solo dos años. Tu padre habla maravillas del manual, imagino que te habrá hecho leerlo.

Molly hizo una mueca desolada.

—Hace dos años ya estaba en la escuela y mi padre solo me traía algunos libros que yo le pedía expresamente. Aunque, si es tan bueno, tal vez pueda acercarme a casa en estos días y conseguirlo...

—No será necesario. Si lo quieres leer, está en la biblioteca. —Le soltó las manos e hizo una señal hacia el fondo del pasillo—. Puedo prestártelo, pero con la condición de que no pasarás el día entero entre sus páginas. No podemos olvidar a qué has venido, ¿eh?

Molly asintió hasta que se mareó, provocando una sonrisilla entretenida en la dama.

—Lo buscaré cuando estéis todas acomodadas.

—Puedo hacerlo yo, si es molestia...

—Ah, no, de eso nada —rió—. Estoy convencida de que, si te dejo poner un pie en mi biblioteca, no sales, y no es conveniente cuando esta noche toca una salida. Mañana sí podría enseñártela. A ti y a toda a la que interese, claro está —añadió, enviando una mirada amable al grupo de muchachas.

A continuación, los lacayos se hicieron cargo de los enseres particulares y lady Rutshore les indicó dónde podrían ponerse cómodas. El reloj marcaba las once y media de la mañana, lo que significaba que aún tenían todo el día por delante para prepararse. Molly hubiera preferido hacer una excursión a la biblioteca de la que no solo lady Rutshore se jactaba, sino también su propio padre como simple visitante. No obstante, y por programación, les tocaba dar un paseo para ver y ser vistas. De esa forma no enfrentarían a auténticos desconocidos en la velada. En ese aspecto, la dama patrocinadora demostró ser extremadamente útil, pues conocía a gran parte de los transeúntes con los que se cruzaron en el camino de Rotten Row. Lady Rutshore las puso al tanto de qué hombres eran más o menos recomendables, a qué víboras era conveniente evitar —sin usar, por supuesto, palabras tan despectivas— y quiénes podrían convertirse en excelentes aliados. Cada segundo que pasaba, Molly la admiraba más y más. Le parecía un abuso que Dios hubiera volcado en ella tantas virtudes, dejando a las demás sin una sola, pero era tan amable que no podía maldecir ni siquiera para sus adentros. Además de inteligente y estudiosa, era la anfitriona ideal, se movía con perspicacia y sin salir perjudicada entre la hipocresía de sus allegados, y encima era humilde. Todo eso, en lugar de lamentarlo, lo celebró llenándose de optimismo. En realidad, Molly veía más distinta de ella a Beth que a lady Rutshore, con la que podía charlar de cualquier cosa que le placiese sin sentirse incómoda. Y si ella había encontrado a alguien...

Por supuesto, intentaría no salirse de la conversación formal para no ahuyentar a nadie. Pero quizá alguien la encontrara refrescante, o como mínimo... original.

Así fueron pasando las horas hasta que llegó el momento de la verdad. En su presentación al monarca había llevado el blanco obligatorio, y también vestido dicho color si la hubieran citado en el viejo *Almack's*, pero tratándose de una velada para abrir la temporada, pudo lucir una tonalidad más favorecedora. El vestido era de seda y raso con pequeños motivos florales estampados, de tonos que iban del gris perla al azul marino, pasando por una amplia gama de colores que combinaban a la perfección.

—Te sienta muy bien ese vestido —apreció Beth, que no estaba menos atractiva embutida en un traje de satén verde—. Me apuesto cualquier cosa a que alguien intentará besarte esta noche.

—Yo me apuesto cualquier cosa a que mañana alguien te habrá pedido matrimonio.

—Eso no funciona así —rio, tirándose de los guantes.

Molly pensó que, si no funcionaba así, la habían estado informando mal. Las propuestas no solían demorar en hacerse. Es decir... La mayoría de las veces había un periodo de cortejo previo en el que la pareja tenía la oportunidad de conocerse, pero los matrimonios tendían a concertarse entre familias o por mera conveniencia económica, y eso hacía que las mujeres interesantes para llevar a cabo este negocio fueran fichadas al momento en su debut. Un hombre no se lo pensaría dos veces a la hora de dar un paso al frente y presentarse a lady Beth MacDuff, que era hija de un escocés más rico que Creso y su belleza exótica destacaba por encima de las clásicas beldades rubias. Tenía todo lo necesario para triunfar en el primer día, incluso buena disposición a dejarse engatusar por las promesas del hombre correcto. Beth no era estúpida; elegiría cuidadosamente al candidato. Pero no le gustaba tanto la escuela como a ella y estaba deseando prometerse para marcharse del pueblo. Sus posibilidades de volver a casa esa noche con varios pretendientes eran muy elevadas.

En cuanto a Molly... Su objetivo era mucho menos pretencioso. A ella le bastaba con no hacer el ridículo en público. Durante el trayecto a la mansión donde se celebraba el evento consiguió mantener el equilibrio, y también al

acceder al salón donde la música ya sonaba por encima de las conversaciones. Pero entrar fue fácil porque tenía compañía. Una vez se dispersaran sus compañeras, empezaría la verdadera prueba.

Molly echó un vistazo rápido al montón de tocados y pañuelos de cuello, con la tonta ilusión de reconocer a alguien entre el público. No era del todo imposible: su padre trataba con caballeros que, además de cultivar su intelectualidad, reservaban un espacio de tiempo para divertirse en veladas como aquella. Pero esos caballeros solían ser mayores y escuálidos, y las debutantes serían, con toda probabilidad, el último de sus intereses.

Recordó sin querer a Edward y su conversación del pasado día. Se había referido a su condición con sumo desprecio, insinuando, entre otras cosas, que su vida era una sucesión de superficialidades. Molly no había querido ni podido darle la razón porque estaba hablando desde la subjetividad, y ella tampoco conocía demasiado el mundo que se abría ante sus ojos. Era su primer baile. Pero en ese momento reconocía que no era la clase de ambiente en el que se sentía cómoda, y que no se imaginaba a sí misma acudiendo a eventos de ese tipo con frecuencia. Prefería las reuniones con pocos invitados, íntimas, donde no la invadiera la sensación de abandono por no haber sido elegida para bailar... Donde pudiera sentarse a leer cómoda y en silencio sin que nadie la molestara. Quizás porque solo en ese tipo de encuentros podría alardear de su gran habilidad, que no era otra que la de agotar a su oyente con recopilaciones de datos históricos. Por otro lado, sonreía emocionada porque sus amigas sí habían conseguido agenciarse a un compañero de baile y su entusiasmo era contagioso.

Siempre había sostenido que no tenía por qué reducir su interés a los libros. Se podía ser la joven culta y la excelente bailarina al mismo tiempo, no eran realidades irreconciliables. Por el contrario, llenaba de posibilidades al conjunto. Tendría mucho más que ofrecer. Pero en vista de su carente talento motriz, debía dar las gracias si por lo menos podía aferrarse a una virtud. Aunque esa no pudiera exhibirla en un baile...

Cuando un caballero se acercó para solicitar la siguiente pieza a Lorianne, después de que Margaret, Rebecca, Beth e incluso la señorita Culier fueran llevadas al centro del salón, Molly se quedó sola y sin posibilidades. Debería haber visto venir que sería la última en la que se fijarían. Todas tenían un físico mucho más que aceptable, y si no, un linaje noble que las precedía. A Molly, su apellido podía incluso cerrarle puertas. Y no se tacharía a sí misma de fea, pero era bastante voluminosa y las mujeres de Rubens dejaron de llevarse en cuanto enterraron al precursor del canon... más o menos.

—No te preocupes —dijo lady Rutshore a su lado—. La noche solo empieza y hay muchos caballeros por aquí. Tarde o temprano acabarán acercándose para pedirte un baile.

—Siendo sincera, milady, prefiero abandonar la casa con la etiqueta de fea que con la de torpe. Bailando, mi reputación podría ponerse bastante peor que si me limitara a observar.

Lady Rutshore le quitó importancia con un elegante gesto de mano.

—Todo el mundo tiene sus tropiezos. No te martirices. Y llámame Harry, por favor.

—No sé yo... Harry. Si todo el mundo se tropezara tanto como yo, la raza se habría extinguido antes de descubrir el fuego.

La dama esbozó una sonrisa divertida.

—Hay hombres que eligen a sus esposas por su sentido del humor.

—¿Y se quedarán lo suficiente para apreciarlo después del tercer pisotón?

—Si tienes los pies tan pequeños como las manos, querida, no se darán cuenta de los pisotones hasta llegar a casa, cuando se quiten el zapato y vean los cardenales. Y entonces ya estarán enamorados de ti.

Molly le concedió el punto cabeceando en su dirección. Volvió a alargar una mirada poco interesada por encima de las coronillas. Reconocía el ritmo de las cuadrillas en cómo los bailarines golpeaban el suelo con los pies. Estos eran pocos en comparación con los solitarios, bebedores y conversadores que rodeaban el centro y, al igual que ella, estudiaban la danza como si no



pertenecieran a ella. Edward era uno de los que no se sentían identificados con el ambiente. Al fondo, y apoyado contra una columna, asentía y respondía con pequeñas frases al hombre que parloteaba sin cesar a su lado. Aunque el susodicho vestía como un dandi y era bastante atractivo, Molly pensó que Edward le superaba en gracia incluso blandiendo su dejadez habitual. No se había arreglado porque no le interesaba deslumbrar, pero el pañuelo color agua hacía destacar la tonalidad de sus ojos incluso en la distancia.

Como si hubiera sentido a nivel físico su escrutinio, Edward elevó la vista hacia ella. Arqueó una ceja al fijarse en que estaba sola. Molly la interpretó como un: «Después de todo, ¿no bailas?». Ella encogió un hombro con sutileza y ahí terminó la conversación. Únicamente por un momento, porque Edward se volvió hacia su interlocutor solo para despacharlo y acercarse.

—Oh, aquí tenemos al primero, ¿ves? Y parece bastante interesante — comentó lady Rutshore—. Te dejaré para que decidas cómo respondes.

Molly presionó la espalda contra la pared, como si quisiera mimetizarse con el papel floral. Si Edward le pedía un baile tendría que rechazarlo. Con él se le daba especialmente mal mantener el equilibrio, y no conseguía tomárselo desde un sentido romántico.

—Parece aburrido, señor Hastings.

—Debe ser porque lo estoy, señorita Seymour. He aceptado la invitación porque mi tío me quería supervisando. En caso de que alguna pelirroja volcara con su compañero por delante, supongo.

—Ya ve que no hay riesgo. Los hombres han debido presentir que voy a enviarlos al suelo y por eso no se me acercan.

—Lo dudo. Los hombres no son tan intuitivos. De hecho, lo son tan poco que acaban bailando con la mujer equivocada.

—Qué poco crédito le concede usted a los de su género, señor Hastings. Entre esto y su apreciación sobre las debutantes, voy a empezar a pensar que odia a la raza humana.

—Creo que la raza humana abarca mucho más que jovencitas casaderas y

sus dandis cautivados. Pero sería una conclusión muy cercana a la verdad.

Edward la miró de reojo mientras se entretenía arreglando el dobladillo de su chaqueta. Estaba arreglada de por sí, lo que era un signo de nerviosismo.

—Así que... ¿Nadie se ha acercado a presentarse?

—Oh, sí, un par de caballeros... Pero creo que su intención era ser educados mientras examinaban a Beth de cerca.

—¿Y ha dicho llamarse Romola, o Molly?

—Molly, por supuesto.

—Debe haber sido eso lo que les ha espantado. No es que su nombre sea mucho mejor, pero con el diminutivo de una mujerzuela de taberna no inspiraría confianza a ningún rico. ¿No ve que solo se casan con *Katherines*, o con *Elizabeths*?

Aunque Edward estaba muy serio, Molly percibió que estaba intentando bromear. Se le había escapado un comentario hiriente y poco galante por el camino, pero por lo menos mejoraba. Sonrió y entrelazó los dedos sobre el regazo al girarse hacia él. Había dejado de revisar el dobladillo de la camisa para entretenerse mirando de cerca la colección de figuritas de cristal de una de las estanterías.

—Supongo que podría presentarme con un nombre falso. Lady Elizabeth Smith.

—No, Elizabeth es nombre de rubia.

—¿Quién dice eso? La mayoría de las niñas se llaman Elizabeth por la reina virgen, y esta era pelirroja. Sé que no es apropiado mencionar el asunto de la virginidad —añadió en voz baja—, pero es así como se la conoce entre el pueblo llano.

—Ya lo sé, es un saber popular. No hace falta ser una sabionda para lucirse con el cotilleo. —Apartó la mano de una pieza con forma de animal y se dirigió a ella, mirándola por primera vez—. Tengo órdenes de no bailar con las alumnas.

—¿De quién?

—De mí mismo.

—Comprendo.

—...pero puedo decirle algo a mi amigo Clive, si cree que no podrá vivir sin mover las piernas. Es marqués, en caso de que eso la impresione un poco.

—No me atrevería a darle patadas a un marqués, y menos sin que haya hecho nada para merecerlo.

—Créame, es la clase de hombre que se merece unas cuantas patadas. Por eso se lo he ofrecido.

—Es usted muy amable, señor Hastings, pero creo que el castigo de bailar conmigo sería excesivo.

—Baila incluso peor que usted —apostilló—. No parece posible, pero lo es.

—¿De veras...?

—¿Señorita Seymour? —entonó una agradable voz con acento.

Molly se dio la vuelta en dirección al caballero en cuestión. Por su tono al dirigirse a ella pensó que lo conocería, pero era un perfecto desconocido. Era alto y algo escuálido; rondaría los cincuenta años, y se notaba que le sobraba el dinero por la cantidad de detalles de oro que lucía solo en la chaqueta.

—Sí, soy yo —respondió—. ¿Nos conocemos, milord?

—No, apenas sabía de su existencia hasta que he oído que estaba en la sala la hija del señor Seymour. Me he sentido en el deber de saludarla. Soy un viejo amigo y colaborador de su padre, de cuando estuvo en las Tierras Altas investigando sobre los pictos y escotos. Hans Randall, conde de Norbury.

Molly ofreció su mano para que el caballero hiciese lo propio. Le cayó simpático al instante. Tenía una de esas sonrisas sencillas, y las arrugas que extendían el largo de sus ojos le daban un aire cálido a su expresión.

—Recuerdo que no hubo mucha suerte con esa investigación —dijo ella—. Los bárbaros de Britania nunca han sido muy habladores.

—Lamentablemente, no lo han sido en absoluto. ¿Le gustaría bailar?

Molly se lo pensó dos veces antes de responder. No era un hombre al que le

interesara deslumbrar; seguro que estaba casado, pero por casi triplicarle la edad debería tener cuidado antes de ofrecerse a compartir un vals con ella. Cualquier golpe podría resultar fatal.

—Solo si me deja elegir la pieza —respondió con una sonrisa.

Lord Norbury aceptó, copiando su gesto, y ella prometió dejarse llevar al centro cuando sonara el siguiente vals. El caballero se retiró a continuación, después de saludar a Edward con un asentimiento de cabeza.

—Encantador —exclamó el susodicho en cuanto se quedaron solos—. Apuesto a que soñabas con esto cuando aprendías a hacer reverencias. A estrenarte con un vejestorio en tu debut.

Molly se giró hacia él con los párpados entornados, más sorprendida por el tuteo que por el malintencionado apunte.

—Señor Hastings, qué comentario tan poco elegante acaba de hacer. Por lo menos alguien se ha acercado, y parece un caballero agradable.

—¿Sabes? De todas las enfermedades, el conformismo me parece la peor. Básicamente porque al que la padece no le interesa la cura.

—A usted tampoco se le ve luchando por llegar a lo más alto —repuso Molly, sin alterarse—. Tiene mucha facilidad para señalar los defectos de los demás y muy poca capacidad de autocrítica, señor Hastings.

—No hace falta ser un ejemplo de nada para opinar sobre algo, sabionda. Basta con tener ojos en la cara. Pero siempre puedes no prestarme atención. Recuerda no adelantarte al ritmo y dejar que sea él quien te lleve. —Añadió, con malicia—: Si es que puede.

—¡Señor Hastings! —bufó—. Debería envidiar su iniciativa y sentirse avergonzado porque lord Norbury baile más que usted, doblándole la edad... Y siendo usted profesor de baile. ¿Por qué no se entretiene poniendo en práctica sus habilidades? ¿Es que «ninguna es lo bastante bonita para tentarle», en palabras de Darcy?

Edward sonrió sin humor y le lanzó una mirada curiosa. Un foco de calor intentó llamar la atención desde su estómago, una reacción incomprensible que

se acentuó cuando se acercó a ella.

—No me digas que te gusta la señorita Austen.

—No es de mis preferidas, pero retrata muy bien la sociedad de nuestros días y me parece interesante su implícita y quizá involuntaria hipocresía. Demasiada crítica a la riqueza para luego terminar con el hombre más rico de Derbyshire.

—¿A quién no le interesa un hombre rico?

—¿A usted? —probó—. No voy a decir que a mí no me interese, me gustaría tener a mi lado a un hombre que me conceda mis caprichos intelectuales. Algunos volúmenes son más caros que las sedas orientales que visten a las princesas. Incluso a veces hay que viajar a otros países y leerlos en su formato original porque no existe la traducción.

—Muy enamorado debería estar de ti el hombre que se atreviera a viajar al continente por un libro.

—Oh, no, no le obligaría a ir en mi lugar. Me gustan los barcos, y...

El primer acorde de un vals interrumpió a Molly. Apartó la vista de Edward y buscó entre el gentío al caballero al que había prometido su danza, y nada más cruzó miradas con él, olvidó lo que había estado hablando hasta el momento. Conforme se acercaba, preparado para reivindicar su derecho a guiarla en el baile, Molly repasaba mentalmente todos los consejos de los Hastings y cómo había conseguido evitar tropiezos típicos durante los ensayos. Milord era espigado como Lionel, si acaso menos fibroso, y también bastante más bajo. Dudaba que tuviera la firmeza para recomponerla si hacía el estúpido sin querer.

Suspiró para sus adentros y forzó una sonrisa, esperando que su conversación sirviera para distraerlo.

—Recuerda todo lo que te he dicho —le dijo Edward—. Todas las lecciones.

Por algún extraño motivo, lo único que acudió al pensamiento de Molly fue aquella que le dio bajo el cobertizo de Clifford Manor: toda esa retahíla de

insultos a la debutante promedio y la labor de las profesoras de protocolo. Eso fue una lección, sin duda, y comprendió que su subconsciente no había obrado de forma involuntaria al introducir *ese* recuerdo en *ese* preciso momento. No le gustó cómo se sintió la palma rugosa y débil del hombre, y en el fondo no podía evitar pensar que bailar era lo último que le apetecía. Sobre todo, si tenía que hacerlo para llamar la atención de los demás. Molly no soñaba con el amor, y en realidad tampoco quería matrimonio. No más que porque era su deber y quería reivindicar que era capaz de pasar por una muchacha normal; que sus dificultades no le impedirían a la hora de encontrar marido.

Lanzó una mirada por encima del hombro a Edward, como si en él fuera a encontrar consuelo. Este la estaba mirando también, apoyado en la pared y con los ojos entrecerrados. Le hizo un gesto con la cabeza, queriendo alentarla a seguir andando. Luego asintió en señal de ánimo, un poco de mala gana, como si acabara de recordar que estaba allí para sumar, no para restar.

Ahí iba su primer baile en sociedad. Imaginaba que no iba a sentirse pletórica, que no sería el joven y atractivo duque de *quién-sabía-dónde* el que suplicaría su compañía en el vals, y que debería agradecer al cielo si tenía la suerte de que alguien le prestara atención. Antes que optimista, era realista, y la verdad era que palidecía al lado de sus compañeras.

Pensó que estaría nerviosa. A lo mejor frustrada viendo que no ejecutaba bien los pasos. Preocupada por si su conversación era aburrida. Pero solo se sentía... decepcionada. Culpa del lado positivo que todo el mundo tenía y que se creía en el derecho de alimentar vanas esperanzas en secreto, para luego echárselas a la cara. Molly tuvo que masticar la estúpida e irreverente tristeza e insistir en que podría haber sido peor. Mucho peor. Podría haberse partido la crisma bajando las escaleras. Podría no haber tenido nunca la oportunidad de acudir a un baile de ese tipo, si lady Acton no le hubiera echado un ojo aquel día, años atrás... Incluso podría haber muerto en el parto, en lugar de su madre.

—Me estaba preguntando si sería verdad lo que dice la gente sobre usted,

señorita Seymour —comentó lord Norbury—. Todo eso de que su padre le ha transmitido sus conocimientos y quiere convertirla en una digna sucesora de sus estudios. ¿Es cierto?

Molly respondió con desparpajo. Tal vez no había aprendido a bailar en dos años, pero distraendo al bailarín lo suficiente para que no se diera cuenta de sus fallos, era una auténtica maestra. No se percató hasta casi un minuto después, cuando hablándole a Norbury de los últimos experimentos sociales de su padre, descubrió que lo tenía embelesado con su charla muy poco insustancial. ¿Sería posible que, ignorando todas las normas a la hora de ejecutar unos pasos, estuviera logrando más que siguiéndolas a rajatabla?

No pudo contener la exaltación y, aprovechando uno de los giros y la intervención del caballero, Molly miró por encima de su hombro para ubicar a Edward. Este tenía los ojos fijos en ellos. Pese a exhibir su mal humor con una mueca tensa, Molly le sonrió en la lejanía como queriendo decir que lo estaba logrando. Si dudó por las razones de su semblante, estas fueron resueltas enseguida: no tenían nada que ver con que lo estuviese haciendo mal, porque Edward asintió de nuevo e incluso tiró de una de las comisuras de sus labios para llevar su satisfacción a otro nivel. Molly se habría quedado apreciando el milagro del siglo si hubiera sabido mantener el ritmo y escuchar al caballero a la vez. Tuvo que volver la vista al frente pero, por el camino, percibió una silueta a su lado que le sonó familiar.

Molly perdió el equilibrio al chocar con una mirada de fríos ojos oscuros. La mujer que la miraba sostenía un chal de seda en la mano, como si lo estuviera guardando para alguien, y lucía una sonrisa sutil y maliciosa que le paró el corazón súbitamente. Se quedó petrificada, deteniendo el baile de pronto. Golpeó sin querer la espalda de un caballero que se movía a su derecha. No pudo apartar la vista de ella en todo el proceso de trastabillar y estar a punto de caerse.

¿Qué hacía allí?

\* \* \*

Edward sabía que pasaría una noche mortalmente aburrida, y por eso se había traído a Clive con él. Bueno... Por eso, y porque Clive sentía debilidad por las debutantes y quería echar un ojo a las que se estrenaban en sociedad ese abril. Pero en cuanto había visto a Molly allí, sola y a merced de los cuadriculados gustos de los invitados, se dio cuenta de que no solo había ido a bostezar, sino a rechinar los dientes.

Nunca lo admitiría en voz alta, y no por nada en especial, sino porque le avergonzaban sus propios sentimientos y no quería ni saber lo que Molly opinaría al respecto, pero estaba encantadora.

No le cegaba el favoritismo ni la subjetividad. No diría que era la más atractiva de la fiesta, aunque sí la más... *especial*. El vestido no tenía la intención de potenciar sus curvas y, sin embargo, ningún recato lograba imponerse a su figura. Si ella quisiera podría definir la lujuria con su nombre, pero prefería empequeñecer sus virtudes físicas destacando por su espíritu original. Y la verdad era que le molestaba que le pareciese bien quedar reducida solo a lo primero, porque ningún hombre se buscaba una joven voluptuosa como esposa si podía tenerla de amante. No obstante, por mucho que le molestara, no podía quitarle los ojos de encima. Cuando la vio irse a bailar con lord Decrépito, lamentó no haberla halagado como solía hacer antes de convertirse en un miserable amargado. Aunque no era que se le hubieran dado bien las mujeres alguna vez...

En cualquier caso, el repartido protagonismo entre los atributos visibles e intelectuales de Romola Seymour quedó al margen cuando detuvo sus pasos en medio del vals. Edward se puso rígido en cuanto la vio parar de repente, como si le hubiesen dado una terrible noticia y no supiera cómo reaccionar. ¿Qué diablos pasaba? Las normas al bailar eran muchas, pero muy pocas eran la mitad de importantes que no interrumpir una pieza. Bajo ningún concepto. Si la dama se ahogaba con el corsé, tendría que esperar a que la orquesta terminara



la partitura para morir.

Tratándose de Molly, tampoco podía solo dejar de bailar. Con su brusca pausa tuvo que desencadenar varios tropiezos que la empujaron hacia delante y acabaron a punto de mandarla al suelo. No llegó a caer porque un caballero la cogió del brazo antes y, sin embargo, el susodicho no tuvo la suficiente fuerza para que no se precipitara hacia delante y tuviera que agarrarse a su acompañante femenina. Molly acabó rasgando parte del vestido de esta, levantando una exclamación ahogada en la sala.

Edward iba a ir a por ella cuando oyó un comentario desafortunado.

—Es una alumna de esa escuela de señoritas para provincianas, la Escuela de Señoritas de lady Acton, en Minstrel Valley —escupió una mujer a su acompañante, en tono condescendiente—. Estuve trabajando allí una muy breve temporada y fue suficiente para que comprendiera que, con esa formación, no irían a ninguna parte. Aquí queda demostrado... Fíjese, qué desastre.

—No sé yo si la culpa la tendría la educación que ha recibido —replicó su acompañante, mucho más prudente—. Parece encontrarse muy mal. Pobre muchacha...

—La muchacha siempre ha sido muy peculiar. Cuando yo impartía clases en esa escuela ya estaba allí, y de eso hace casi dos años... Imagine qué clase de elemento reclutó lady Acton para que prolongara su aprendizaje tanto tiempo. Era lamentable y, por lo que veo, no ha mejorado ni un poco.

Sin poder contenerse, Edward le dirigió una mirada hostil.

—Parece ser que no solo una escuela falla en sus objetivos pedagógicos —interrumpió, luchando por sonar comedido—. En la que quiera que usted recibiera su educación también se dejaron mucho por enseñar. Respeto y prudencia, por citarle un par de valores.

La mujer se giró hacia él controlando muy bien el bochorno. Parecía con la intención de decir algo, pero Edward hizo gala de su propia descortesía para darle la espalda y dirigirse al centro del salón. Molly seguía tan desorientada

que el caballero no había podido soltarla, y alrededor de ella se habían situado unas cuantas mujeres; entre ellas, lady Rutshore y la señorita Culier, que le hablaban en voz baja e intentaban que reaccionase.

—Está muy pálida y parece que vaya a vomitar —musitó la dama, enviando una mirada preocupada a la tutora—. Deberíamos llevarla a una habitación aparte y esperar a que se tranquilice.

—Desde luego —exclamó lord Norbury—. No sé qué ha podido pasar...

—La señorita Culier y yo la acompañaremos —interrumpió Edward.

—Bien. Buscaré a la anfitriona.

Edward no necesitó una segunda orden. Procurando no poner las manos donde no debía, animó a Molly a reconciliarse con sus pies y caminar hacia la salida. Le temblaba la barbilla, pero no parecía que fuera a ponerse a llorar; ladeaba la cabeza por encima de los hombros, en busca de alguien. Alguien... ¿Tal vez un hombre? ¿Un fantasma? Tendría más sentido, dada su reacción.

La anfitriona dio órdenes de guiarla a la habitación del fondo del pasillo, una salita pequeña destinada al descanso, de la que podría disponer hasta serenarse. Lady Rutshore pidió a Melinda Culier que regresara al salón para prevenir la preocupación del resto de las muchachas.

—Esto es totalmente inapropiado —le dijo a Edward, una vez estuvieron acomodados en el interior de la habitación—, pero voy a dejarle con ella mientras traigo un abanico y sales.

—No es inapropiado; soy su profesor, no un pretendiente.

Lady Rutshore lo miró con una mezcla de incredulidad y curiosidad. Asintió antes de salir de la habitación, dejando la puerta medio abierta.

La situación de volver a estar a solas con Molly en un espacio más o menos solitario, le intimidó lo suficiente para suspender sus movimientos. Se quedó muy quieto delante de ella, del diván donde estaba sentada como una muñeca; las manos temblando y la mirada perdida. Tuvo que darse una bofetada mental para recordar que aquello no era muy común.

—Sabionda —la llamó. Se acuclilló delante de ella, buscando sus ojos

castaños—. ¿Te encuentras bien?

«¿No es evidente que no, estúpido?». Carraspeó y lo intentó de nuevo.

—¿Crees que podrías decirme qué ha ocurrido?

«No puede ni parpadear, ni moverse. ¿Puedes hacer el favor de abrir la boca para decir algo que no sea una tontería?».

Tragó saliva y se concentró en el rostro redondo de la joven. Para llamar su atención, o quizás por otra razón, deslizó sus dedos sobre su mano inmóvil. Acabó cubriéndola con la suya, apretándola lo suficiente para que Molly despertara del nervioso trance y encontrara su mirada.

—¿Qué ha pasado?

Ella parpadeó rápido.

—M-me he tropezado.

—Eso lo has hecho muchas veces y no te has puesto así. Por lo general, lo enfrentas con humor.

—N-no es lo m-mismo tropezar en clase q-que en... un baile.

—Molly —interrumpió. La miró con severidad—. Si no me dices qué ha pasado no podremos prevenir esto, en caso de que ocurriese otra vez.

Clavó la vista en el suelo, entre avergonzada y triste. Ese gesto tan poco recurrente en ella, a la que aún no había visto mortificada por sus defectos, lo llenó de inexplicable angustia. No se le ocurrió nada con lo que apaciguarla, y se odió por eso mismo. Por su incapacidad, por ser un impotente sin recursos.

—He arruinado mi primera y única oportunidad, ¿verdad?

—Todo el mundo ha visto que has sufrido un vahído. No creo que vayan a censurarte por eso —respondió.

Mentira. Seguro que era lo que estaban buscando desde que apareció en el salón, en vista del poco interés que había causado en los invitados: un pretexto para ignorarla sin quedar como lo que eran, hipócritas interesados sin ningún escrúpulo.

—Lo siento —murmuró, mirándose las manos—. Les he decepcionado.

Edward sacudió la cabeza.

—Por supuesto que no, sabionda. Y, aunque lo hubieras hecho, sabemos que no ha sido deliberado. Algo te ha puesto así —insistió—. Necesito que me lo digas. Luego tendré que dar parte de esto en la escuela, ¿comprendes?

Molly lo miró un momento, espantada, y luego dirigió la vista a la puerta. En el perfil de sus ojos pudo apreciar una fina capa de humedad que se convirtió en una lágrima veloz. Edward echó raíces en el suelo, o esa fue la excusa que quiso ponerse para explicar que el llanto de una mujer lo hubiera dejado vacío del todo. Había visto a decenas de jóvenes llorando. Laurine lo hacía con demasiada frecuencia y su madre igual, aunque por razones diferentes: una por arrepentimiento y desgracia, y otra por amor a la música, por emoción, por pasión. Las lágrimas de Molly eran muy diferentes y no se le ocurrió cómo abordarlas... o abortarlas.

—He visto a alguien —musitó, limpiándose las mejillas—. La he visto mientras estaba bailando y... No sé por qué me he puesto así. Hace años que no sé nada de ella y, en teoría, había olvidado lo que ocurrió, pero me he... me he sentido...

—¿Cómo te has sentido?

—Me he asustado.

Edward desencajó la mandíbula.

—¿Por qué? ¿Qué te hizo?

Ella lo miró de reojo, como si no supiera si confiar en él.

—Lady Acton lo sabe. La despidió en persona por lo que pasó —explicó en voz baja—. Trabajaba en Minstrel House incluso antes de que fuera inaugurada la escuela de señoritas. La contrataron junto al señor Hastings y otros profesores para que la que ahora es lady Northcott recibiese una educación coherente con su linaje. En aquel momento su situación era un poco indeterminada, puesto que venía de ser la señorita Olivia Coombs, una maestra de pueblo con sus pequeñas dificultades.

Un calor agradable hinchó el corazón de Edward al oír ese nombre.

—Conozco a Olivia. Éramos muy amigos cuando aún no nos llamaban por

nuestro apellido. ¿Dices que ella conoce a la mujer que te ha... impresionado?

—Sí, y por lo que sé, no hicieron muy buenas migas durante su contrato. De todos modos, lady Acton no sabía que la mujer de la que hablo era tan... problemática. Por eso la quiso mantener como profesora de protocolo en la escuela.

—Creo que ya sé por dónde vas. Oí a Lion mencionar una vez a una vieja maestra de esa materia a la que despidieron por mala pécora... en palabras tuyas —acotó.

—Sí. Lady Acton la pilló utilizando la regla de madera para corregir mi postura.

Edward se envaró.

—¿Cómo? —masculló.

—Ya sabe que tengo dificultades para bailar, pero también las tengo para... andar, coger cosas... Ella perdía la paciencia muy rápido conmigo. En ese entonces me tropezaba más a menudo, así que inventó su propio sistema para evitarlo. Usaba la regla para... pincharme las costillas o la espalda cada vez que me iba a un lado o a otro. Era doloroso, pero eso lo comprendía. Me hacían mucho más daño las palabras que reservaba solo para mí. Nunca dijo nada que fuera mentira —musitó—, y, aun así... no podía parar de pensar en ellas y sufría tanto que pensé muchas veces en escaparme de la escuela.

—¿Qué te decía esa bruja?

Molly parpadeó en otra dirección.

—Puede imaginarlo. Que no servía para nada. Que era una incompetente, una inepta, una aberración; no entendía cómo era posible que estuviera allí cuando nunca me convertiría en una dama. Ni siquiera pasaría como la cocinera de una taberna. Tullida. Ridícula. Parásito.

Su voz se quebró al pronunciar la última palabra, igual que algo dentro de Edward aflojó mucho más rápido de lo que le habría gustado. Molly sollozó una palabra ininteligible al tratar de continuar el relato, pero quedó impedida por un arrebató de tristeza. Se disculpó entre balbuceos e intentó limpiarse las

lágrimas antes de que salieran de sus ojos, pero la pesadumbre siempre resultaba más rápida que cualquier impulso de moderación. Edward no era muy imaginativo, pero visualizó con tal claridad a la Molly de diecisiete años siendo vejada y maltratada que estuvo a punto de dar un golpe sobre la mesilla, solo para desahogar una furia que no podría destinar a la culpable. Preguntar su nombre estaría fuera de lugar, y ni siquiera era lo que más quería hacer. Lo que le urgía era impostergable y tan necesario que no tuvo que mandar la orden a su cuerpo para reproducirla: simplemente la abrazó.

Se sintió tan raro al principio... y a la vez, tan vital, que se estremeció sin querer. Iban a cumplirse años desde que abrazó por última vez a alguien, pero de ningún modo se parecería ese contacto a otro anterior. Él se dejaba abrazar, nunca tomaba la iniciativa, y siempre fue él quien necesitaba el consuelo en lugar del que estaba en el deber de darlo. Pero el cuerpo de Molly, la dulce y dolorosa vibración de su cuerpo que notó al presionarla contra sí, el curioso olor a cítricos que desprendía su cabello... Lograron revertir ese deber para convertirlo no solo en un placer, sino en un alivio.

Edward podría haberse sentido un egoísta por estimar más ese momento que ella, por aprovecharlo para taponar la soledad que le acechaba sin descanso. Pero era imposible pensar en injusticias cuando sabía que estaba contraatacando su tristeza; cuando ella se recreaba también en su torpe manera de ofrecer consuelo.

Se acordó de algo que le dijo Lionel no hacía demasiado tiempo: la mujer indicada tenía el poder de trastocar toda intencionalidad inicial, haciendo quedar al hombre como el mero precursor de una orden que ella había dado en silencio. La dulce manipulación. Edward se sintió a merced de la muchacha de tal forma que no pudo ni darse cuenta de la manera en que pensaba en ella: como algo demasiado valioso. Como dueña de unos deseos ocultos que afloraban en él, acordes con el estado de ánimo de la joven.

Cuando se separó, Molly había dejado de llorar y lo miraba sin pestañear, con la misma expresión que le había visto y seducido antes de haber tenido el

atrevimiento de fantasear con sus labios.

Tragó saliva y pensó en algo inteligente que decir.

—Aunque esté aquí, dudo que se atreviera a acercarse a ti. Tienes escolta y seguro que la señorita Culier la reconoce.

Molly asintió en silencio, sin quitarle los ojos de encima. Era imposible huir de unos ojos como esos, tan grandes que no le cabían en la cara, ni encontraban lugar en el mundo conocido. Contenían toda la inocencia y todo el saber, y no había nada más infinito que las contradicciones. Ni nada más humano. Ni nada más irritantemente atractivo.

—Lo sé... Estoy bien. Solo me ha chocado que estuviera aquí, y ahora, y... Me estaba censurando. Incluso hoy lo hace. Eso me ha devuelto sin querer a la época en la que me despertaba temiendo su lección del día. Pero eso ya se acabó —se recordó, cuadrando los hombros. Su envidiable fuerza de voluntad le permitió reponerse con relativa facilidad—. Se acabó. Ahora solo me importa la imagen que pueda haber dado.

Desde luego eso era motivo de preocupación.

—Debería haber bailado yo contigo —dijo Edward—. Hubiera podido agarrarte a tiempo y tranquilizarte sobre la marcha. Nadie se habría dado cuenta.

—¿Tranquilizarme con un abrazo? No es la clase de muestra que se ignore en público... señor Hastings.

—Habría encontrado otra manera.

—¿De verdad? —Apoyó los codos sobre los muslos y esbozó una sonrisa trémula. La tuvo tan cerca que podría haber medido la exacta separación entre sus incisivos y él—. No sé yo si es usted un hombre de recursos.

Edward estiró un poco el cuello hacia ella. Se sentía atraído por el tono rojizo que habían adquirido sus iris después de llorar.

—En situaciones desesperadas todos nos convertimos en perfectos improvisadores.

—¿El abrazo lo ha improvisado? —preguntó en voz baja.

—Por supuesto. Es la clase de inversión arriesgada que solo se te ocurre cuando no estás pensando.

—¿Y suele... *no pensar* a menudo?

Edward bajó la vista a sus labios. Sería una crueldad y una terrible equivocación besarla allí, después de haber sufrido un ataque de pánico. Sin embargo... Dios, no era que quisiera consolar a Molly. Es que quería consolarse a él... *a través de Molly*. Bastante tenía sabiendo que era egoísta, anteponiendo su repentino interés por ella a su explosión de emociones, para encima añadir el pecado de llevarlo a término con la excusa de que lo hacía para hacerla sentir mejor. ¿En qué mundo, además, la ayudaría con sus ánimos plantándole un beso? Ni siquiera recordaba cómo se hacía eso de besar... Hasta hacía poco, tampoco recordaba cómo se sentía querer hacerlo. Y en ese instante el impulso era tan fuerte por todos esos años de escasez.

—Cuando estoy solo nunca pienso. Cuando no... Depende de cuánto me lo permita la persona con la que estoy. Tú no pareces la clase de mujer que esté de acuerdo con que la gente de su entorno no ponga la cabeza a funcionar.

—También depende de con quién estemos hablando. Me molesta la estupidez, como a todo el mundo, pero en su caso, si no quiere pensar y volver a abrazarme, o incluso darme un beso... yo no me opondré —dijo en voz baja, mirándolo con fijeza—. En realidad, señor Hastings, me gustaría que me besara.

Edward se quedó de una pieza.

—¿Qué? —fue todo lo que consiguió decir.

—Espero que no sea ese un ejemplo de su perfecta improvisación.

—No estamos en una situación desesperada, no se requiere mi instinto de supervivencia. —«Aunque tal vez por eso no sobreviva a lo que me acabas de decir»—. ¿No está prohibido que una mujer saque ese... tema de conversación?

—Sí, pero hoy he tenido una conversación sobre los besos, y... ahora que probablemente nunca me case por lo que han tenido que presenciar, no creo



que fuera tan reprobable que me diera el gusto. —«¿Darse el gusto? ¿De verdad ha dicho eso?»—. Es el momento perfecto, señor Hastings. Estoy en un momento vulnerable, no creo que lo apartara si me arrepintiese en el último instante.

—La verdad es que no me gusta hacer las cosas bajo presión, señorita Seymour. —Enseguida se dio cuenta de lo que había dicho e intentó retractarse, además de volver a tratarla de usted, algo que había dejado de hacer—. Además, ¿quién le ha dado a entender que pueda estar interesado en sus labios?

Ella no supo qué contestar.

—No lo sé... ¿No lo está?

Dicha pregunta inocente le sacó el alma del cuerpo. Lo estaba, diablos que si lo estaba... Y a cada segundo que pasaba, más todavía. Era una manifestación del común deseo entre un hombre y una mujer, pero también fruto de su adoración hacia el aspecto espontáneo de la muchacha. De su arrojo y atrevimiento.

Unas voces cercanas le impidieron contestar, y Edward tuvo que agradecer que tanto lady Rutshore como lord Norbury interrumpiesen, ambos con cara de preocupación. Él se levantó a toda prisa y se palmeó los pantalones por darle alguna utilidad a sus manos.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó la dama—. Veo que ya has recuperado el color.

—Solo ha sido un pequeño *shock*. Lo único que necesitaba era salir un momento.

Edward la miró de reojo. Salir un momento... y un beso suyo. Ni más ni menos. ¿Le ofendía, o estaba halagado por su... exhortación? Su lado conspirador le decía que no era más que otra debutante manipuladora, solo que bastante más inteligente; que había armado todo aquel espectáculo viendo que no recibía la atención que esperaba, para estar a solas con él e insinuarse. Si Edward hubiera picado, lady Rutshore habría aparecido de repente y los

habría cazado en plena faena, obligándolos a casarse. No sería la primera en la historia que hacía algo similar. Tal vez sus profesoras le hubieran enseñado a hacerlo por si la presentación no le salía como esperaba.

Pero dudaba que Molly se hubiera inventado toda esa historia, una que además podía corroborar lady Acton. Y, por algún extraño motivo, quería creer en ella.

—Me ha dado un susto de muerte, señorita Seymour —decía lord Norbury—. Le pido disculpas si he podido ser culpable de su malestar.

—Por supuesto que no, milord... Digamos que tiendo a perder el equilibrio. La danza es un arte y yo no soy ninguna artista. —Le costó sonreír. Norbury le devolvió el gesto, y a Edward se le revolvió el estómago.

—Con su permiso, y si no tengo nada más que hacer por la señorita, voy a retirarme —anunció, mirando con recelo la mano que el matusalén ponía sobre Molly—. Estaré en el salón.

Ella le siguió con la mirada hasta que desapareció: la pudo sentir y, en el último momento, no se pudo resistir y se la devolvió, captando el momento en que lord Norbury se acomodaba a su lado y comenzaba una conversación. Edward apartó la vista y sacudió la cabeza.

Debió haberla sacado a bailar.

\* \* \*

El regreso a Rutshore House fue silencioso y deprimente. Molly tenía la sensación de que no solo se había desgraciado a sí misma reaccionando de forma tan abrupta al choque de miradas con la señora Simpson, sino que también le había agitado la fiesta al resto de sus compañeras. Las únicas que no habían querido guardar silencio, para evitar que aquello pareciese un funeral, eran la señorita Culier y Margaret. Se negaban a aceptar lo sucedido aquella noche como la primera y definitiva derrota de Romola Seymour.

En realidad, no había sido un simple tropiezo, ni caer de bruces encima de

un pobre bailarín... Eso podía entenderse hasta cierto punto si la protagonista del lío de brazos era una jovencita virtuosa y atractiva, como era el caso de Beth MacDuff. No obstante, se trataba de la hija del investigador demente que ya contaba con unos cuantos escándalos a sus espaldas, y eso dificultaba las cosas. Ninguno de los invitados a la inauguración del museo Rutshore tuvo reparos a la hora de narrar con pelos y señales cómo Molly había estado a punto de destrozar una de las reliquias... Y eso solo era la punta del iceberg, porque la historia de sus defectos iba mucho más lejos. Aunque todo hubiera salido a pedir de boca, Molly habría tenido la suerte de bailar con un solo caballero y de presentarse a otro par más, y sin esperanzas de que estos la tuvieran en cuenta como casadera. Pero, para colmo, había salido mal, y eso significaba que estaba acabada. Nadie querría casarse con una descendiente de Alfred Seymour, y si esta era torpe y poco agraciada... muchísimo menos.

Lo bueno era que lord Norbury había sido agradable con ella. Después de asomarse a la habitación para comprobar que estaba mejor, se animó a entretenerla con una interesante conversación que la señorita Sherman habría desaprobado desde todas sus vertientes. No era adecuada ni por el tono, ni por el contenido, ni por la situación, pues, a fin de cuentas estaban en una sala aparte y sentados muy cerca el uno del otro en un sillón. Era una suerte que se tratara de un caballero de edad, o lady Rutshore lo habría catalogado de indecente, dando posteriormente un parte negativo a sus profesoras. Eso si lady Rutshore no fuera discreta, cosa que, gracias al cielo, era. Al igual que comprensiva. En lugar de mandarla a la fiesta, la dejó quedarse un buen rato en compañía de lord Norbury, que consiguió hacerla reír y tranquilizar en parte sus bajos ánimos... que eran mucho más bajos por lo que Edward *no* había dicho. ¿Y qué quería que le dijera? A saber...

Él también había tenido una manera muy bonita de ponerle los pies en la tierra, una que incluso ella vio inapropiada. Pero, qué importaba. No pudo pensar en eso cuando recibía el primer abrazo por parte de un hombre que no era su padre. Se había sentido mejor, y no solo por el consuelo que constituía

el contacto en sí mismo, sino por lo difícil que debió resultarle a Edward tener ese gesto con ella. Se sentía honrada y orgullosa, aunque tampoco se regodeaba preguntándose a cuántas mujeres habría abrazado un tipo tan huraño y distante como él. En su lugar, había preferido rascar un poco más ese lado sensible, apelar a su facilidad para tocarla cuando se ponía emocional...

Dios santo, si lady Rutshore hubiera estado allí cuando lo animaba a besarla, tal vez la hubiera echado a patadas de su casa. Bueno, lo dudaba, pero no habría podido reprochárselo si hubiera sido así. En cualquier caso, Molly se arrepentía de su acción y no tenía que censurarla nadie porque, a esas alturas, ya se había denostado ella misma de todas las formas que existían. Atrevida. Procaz. Sinvergüenza.

«¡Cómo se me ocurre!».

Terminó durmiendo esa noche tratando de comprenderse. Acababa de cruzarse con la señora Simpson y lo que eso le producía era, sobre todo, una sensación de ser muy poca cosa, lo que en última instancia la había llevado a buscar halagos. Un poco de apreciación. Y Edward era quien estaba más cerca para hacerla sentir valorada.

«Para eso podrías haber pedido un halago, no un beso».

Su consciente estaba en lo cierto. Eso había estado fuera de lugar. Pero no podía arrepentirse del todo. Siempre le pasaba. ¿Cuántas veces habría ignorado ya las normas básicas del decoro, y todas ellas con el mismo hombre...? Ya fuera con conversaciones fuera de lugar, manoseos innecesarios y peticiones subidas de tono. Cómo se notaba a veces que el ser humano no dejaba de ser un animal al que le costaba reprimir sus impulsos. Se le hacía difícil pensar en una sola persona que no actuase antes y luego pensara en las consecuencias... Y, si existía, le gustaría citarse con ella y tener una conversación al respecto. Pedir un par de consejos...

Aunque buscara excusas para justificarse, no consiguió desprenderse de la culpabilidad ni de la vergüenza. A la mañana siguiente se despertó antes que ninguna y estuvo dado vueltas en la cama, farfullando que era mentira que Dios

ayudara a los madrugadores, y que con el sol no se veían las cosas con mayor claridad. Al menos, metafóricamente hablando. Molly no era de las que se regodeaban en su desgracia, pero estaba tan decepcionada consigo misma, tan abochornada aún por la sucesión de desdichas del día anterior, que alegó un dolor de cabeza insoportable para quedarse en la casa en lugar de salir a dar un paseo por el parque.

Sospechaba que lady Rutshore no se había creído la mentirijilla piadosa pero, como no dijo nada, Molly tampoco pudo disculparse por su falta de compromiso. En el fondo sabía que se solidarizaba con ella y por eso le había abierto las puertas de su biblioteca, en la que pasó todo el día, pausando la lectura solo para hacer las comidas obligatorias. Durante la jornada se preguntó varias veces si Edward no vendría de visita, aunque fuera para presentarse como Dios mandaba a la patrocinadora; también se preguntó cómo reaccionaría ella cuando lo volviera a ver. No le costaría mirarlo a la cara porque las Seymour no eran tímidas, sino que se caracterizaban por su poca vergüenza, pero quizá él pidiera una explicación por su atrevimiento... Fueron suposiciones vanas porque no le vio el pelo y, para colmo, supo antes de acostarse que se había marchado a Minstrel Valley con su amigo Clive a petición de este, para presentarle el pueblo donde creció y la escuela donde trabajaba.

Por lo menos consiguió convencer a lady Rutshore de que la llevara al museo para mostrarle las últimas adquisiciones de su marido, además de volver a ver uno de sus grandes reclamos: la momia de la sacerdotisa. Esta actividad no interesó a la mayoría de las jóvenes, que en su lugar prefirieron dirigirse a Bond Street y cargarse con cintas para el pelo y otros accesorios. Solo Beth y Molly se vistieron para hacer la visita, y más tarde Margaret, que se apuntaba a cualquier actividad que se saliera de lo normal.

La visita animó bastante a Molly, que se sintió en parte arropada por su padre; era como si estuviera allí, entre los paneles jeroglíficos de las paredes y las representaciones visuales del cotidiano Egipto, explicándole el origen de

cada uno de sus detalles gracias a las exhaustivas investigaciones plasmadas, a posteriori, en papel de Champollion[2], quien fue una gran inspiración para él. Pero no era su padre el que hablaba de la Belleza Viva de Isis, ni de la volubilidad de Nilo, ni de la vida de ultratumba o el juicio de Osiris. La guía por el museo estuvo a cargo de alguien a quien Molly no conocía, pero que, de todos modos, desempeñaba su trabajo de manera estupenda. Así debía ser, porque para que Beth prestara atención en lugar de pasarse el rato bostezando, se trataba de una historia interesante o, como mínimo, curiosa.

Fue después del recorrido y en el gran vestíbulo, donde se encontró a lord Norbury. Molly se alegró de verlo, y el sentimiento fue correspondido, porque no tardó en cortar la conversación que mantenía con un hombre bien parecido y dirigirse a ella. Su espléndida y cálida sonrisa fue un alivio para Molly, que le hizo soñar con que su traspie del baile no había sido tan terrible como para negarle su amistad.

—Señorita Seymour, qué agradable coincidencia. Justo hace un rato estaba pensando en ir a visitarla. ¿Se encuentra mejor?

—Mucho mejor. Este lugar y la biblioteca de Rutshore House han conseguido ponerme de muy buen humor.

—¿Ha estado leyendo?

Molly asintió y procedió a contarle con detalle la grandeza de su última lectura, siendo correspondida con un informe concreto de la pasión de Norbury por el famoso Shakespeare. Por lo visto, no le gustaban tanto los manuales como la literatura, pero eso no era un problema porque los conocimientos de Molly también versaban sobre títulos de tragedias.

Con el permiso de lady Rutshore, que los observaba de reojo, inexpresiva, Molly se cogió a su brazo y siguió charlando con él. El caballero le contó sus andanzas en Escocia, todas estas acompañado de su padre. Le habló también de su interés masivo por la historia de Roma y lo encantadora que encontraba la referencia de su nombre; mencionó, por casualidad, a su primera y última esposa, a la que había estado guardando luto, aun siendo innecesario en el

caso de los hombres, por el gran amor que sintió por ella.

—Pronto se van a cumplir diez años desde que me dejó —contaba. Se detuvieron delante del sarcófago de madera policromada que coronaba la sala central—. Era una entusiasta de la historia, como su padre y como usted. Una de las pocas mujeres que he conocido que preferían encerrarse en su habitación a devorar manuales, en lugar de patearse Bond Street y lucirse en un salón.

—Sé cómo se sentía —suspiró Molly, melancólica—. Si la hubiera conocido, podría haber sido mi mejor amiga.

—Estoy de acuerdo. Me recuerda mucho a ella, ¿sabe? —La miró con ojos brillantes—. Es agradable hablar con usted. Es inteligente, culta y tiene facilidad para la palabra. Si no fuera un caballero y no tuviera usted cualidades mucho más interesantes que esa, también me atrevería a decir que la encuentro muy atractiva.

Molly parpadeó.

—Gracias, milord. Para mí también es muy agradable pasar el rato con usted, aunque hayamos coincidido solo dos veces. Supongo que le veré cuando venga a Londres a visitar a mi padre.

—¿Viaja a menudo a la capital?

—No, apenas. Pero ahora que ha sido mi presentación imagino que mis apariciones serán más frecuentes.

Se reservó la sospecha de que no volverían a mandarle una invitación por ser irrelevante o, en el peor de los casos, una molestia. No había necesidad de llenar de incomodidad una conversación sin segundos sentidos.

—Imagino que su objetivo principal al acudir a veladas como la de la otra noche es encontrar al hombre adecuado para casarse. Al menos en mis tiempos era así. ¿Ha cambiado mucho desde entonces?

Molly sacudió la cabeza.

—Ningún cambio. Pero si le digo la verdad, milord... y que conste que se lo digo porque confío en usted —añadió—, no creo que vaya a recibir una

propuesta en un largo tiempo.

—¿Lo dice por el tropiezo? Eso no fue nada. Créame, he visto cosas peores. Y si son tan cortos de miras como para rechazarla por un pequeño resbalón, es que no merecen la pena. Aunque sería mucho mejor para mí —continuó—. Lo cierto es, señorita Seymour, que yo también andaba por allí esa noche para encontrar a alguien con quien pasar lo que me queda de vida.

Molly abrió la boca para preguntar si había conocido a alguien interesante, pero volvió a cerrarla en cuanto procesó la poco sutil indirecta que había lanzado al aire. ¿Sería mucho mejor para él...?

Norbury se adelantó.

—Sé que esto la habrá pillado con la guardia baja.

—Sin duda —murmuró—. Ayer imaginé que estaría usted casado.

—Ya ve que no, que estoy solo desde hace mucho tiempo. Ni siquiera tuve hijos; por lo que anunció el doctor, es posible que mi esposa fuera estéril, y se me acaba el tiempo para engendrarlos. A partir de los cuarenta y cinco es mucho más difícil, y no solo me preocupa este aspecto del matrimonio porque deba perpetuar el linaje, sino porque siempre he sentido debilidad por los niños. Pero esto solo son aspectos que se irían viendo más adelante, no quiero asustarla comenzando esta conversación por aquí.

Molly tragó saliva.

—Y... ¿por dónde la quiere comenzar?

—Por una propuesta formal, como debe ser.

—¿Está... seguro, milord? Nos conocimos ayer.

—A mi esposa ni siquiera tuve la oportunidad de conocerla. La primera vez que la vi fue cuando le aparté el velo de la cara, y acabó siendo la mayor suerte de mi vida. Usted se parece mucho a ella, admiro su intelecto y su espontaneidad, y creo que viviríamos muy cómoda y tranquilamente como pareja.

»Comprendo que esto la haya sorprendido y necesite tiempo para procesarlo. No espero una respuesta ahora mismo, y deseo que sepa que, si



decide declinar mi oferta, seguirá contando con mi amistad. Estaré a su entera disposición siempre que me necesite.

La reticencia y *shock* inicial de Molly se transformaron en agradecimiento y simpatía. Por supuesto que la había sorprendido: de nuevo, no era la clase de propuesta de matrimonio que esperaba pero, en ese caso, no había decepción por su parte, porque nunca se preguntó cómo sería su pedida de mano. Veía tan lejana la posibilidad, que la había descartado por completo.

Lord Norbury podía no ser el hombre más guapo y joven del mundo, pero era agradable, comprensivo, y tenían cientos de cosas en común. Aficiones, forma de pensar, objetivos... Molly pensó en decirle que sí en ese preciso momento. No necesitaba meditar qué significaba el matrimonio porque llevaba toda la vida oyendo hablar de él. Tampoco era tan ilusa para creer que recibiría una propuesta mejor; Norbury era rico y amable y, por lo que sabía, ya era raro que se juntaran esas dos características en un solo pretendiente. No obstante, decidió darse un margen y meditarlo en la escuela, donde pudieran aconsejarla al respecto. Se figuraba cuál sería la opinión de la señorita Sherman, la de la señorita Culier, la de Edward...

Pensar en Edward le produjo un extraño estremecimiento interno, como si algo dentro de ella no terminase de encajar y estuviera forzándolo a base de empujones.

Se rio de su reacción. Qué tontería.

—Me siento muy honrada por su proposición, milord, pero no estaría siendo yo misma si aceptara ahora mismo. Antes me gustaría consultarlo con la almohada... y con mis tutoras. También esperar a que mi padre regresara a Londres.

—Por supuesto, por supuesto. El viejo Seymour debe aprobarlo.

Molly sonrió con amabilidad.

—Esta tarde regreso a Minstrel Valley. Intentaré darle mi respuesta antes de mayo, cuando volvamos a la ciudad para celebrar otro baile.

El caballero la tomó de la mano y la acercó a sus labios. La galantería le

quedó especialmente bien; después de tantos años haciéndolo, lo normal era ser un profesional...

—Estaré esperando. Si no sé nada de usted para entonces, iré a verla a Minstrel Valley para conocer de su boca la decisión que haya tomado.

El conjunto del museo se fue disolviendo en cuanto culminó la visita guiada, y con ello, Molly tuvo que despedirse de Norbury. Prometió escribirle en cuanto regresara su padre a la ciudad, en caso de que este no lo hiciera antes; algo con lo que Molly contaba, teniendo en cuenta lo despistado que era. Después se reunió con Beth y Margaret, que habían estado muy entretenidas acordando si Nefer-Anjet-Ast fue tan atractiva como la pintaba el busto expuesto. Estaban tan enfrascadas en la discusión que Molly prefirió no interrumpir. Las nuevas noticias no le parecían tan importantes como para cortar una duda tan bien planteada. En su lugar, se acercó a lady Rutshore, que deambulaba a solas con el sombrerito en la mano, lista para irse.

En cuanto la dama la vio, se acercó y preguntó:

—¿Te lo ha pedido?

Molly arrugó el ceño.

—¿Usted lo sabía?

—Habló conmigo para preguntarme si podría hacerte una visita en Rutshore House. No hizo falta que indagara mucho, me dijo cuáles eran sus intenciones sobre la marcha —expresó, seria—. ¿Y bien?

—Le he dicho que me lo pensaría.

La mujer reaccionó como si se hubiera quitado un peso de encima. Asintió.

—Has hecho lo correcto. Temía que lo aceptaras sin meditación previa.

—¿Por qué? —preguntó Molly, alarmada—. ¿Sabe algo de él que pueda causarme problemas, o...?

—Oh, no, no, nada de eso. Puedes estar tranquila. Conozco a lord Norbury desde hace muchísimos años y es un hombre encantador, con la cabeza sobre los hombros y los pies en la tierra.

«Pues como todas las personas del mundo, ¿no? Yo todavía no conozco a

nadie con la cabeza sobre el ombligo, ni que sepa volar. Eso no me ayuda».

—Lo que quiero decir —continuó, como si hubiera leído sus pensamientos—, es que es una buena persona. En diez años no ha hecho ni dicho nada que se le pudiera recriminar. Lo considero amigo mío y es cierto que estuvo enamorado de su esposa. Es solo que... ¿No crees que es un poco mayor para ti, querida? No me opongo a que busque el amor de nuevo, ni mucho menos, pero no en una jovencita como tú. Tienes solo diecinueve años y él casi cincuenta.

—Cumpló veinte el mes que viene —respondió deprisa—. Y con mi edad, la mayoría ya tiene hijos.

—Yo con tu edad ni siquiera conocía a mi esposo —dijo. Le puso una mano amable en el hombro—, así que por eso no te preocupes. No hay ninguna prisa, cariño.

—No quiero ser una carga en la escuela, y las dos sabemos que no voy a recibir ninguna propuesta mejor. Le he dicho que lo pensaré porque antes quiero conocer la opinión de lady Acton, de mi padre... Pero estoy mentalizándome de lo que sucederá después de dar el sí. ¿O cree que encontraré a alguien mejor que lord Norbury? Dígame la verdad, por favor.

Lady Rutshore lo pensó un momento.

—No voy a mentirte. Es difícil encontrar a un hombre tan íntegro como Hans. Pero... —Se mordió el labio—. Mira, no me considero una mujer romántica. Ni mucho menos. Es solo que, como patrocinadora tuya, quiero que aspire a lo máximo. Y lo máximo sería casarte con alguien de quien pudieras enamorarte... o ya lo estuvieras.

—No estoy enamorada de nadie.

—Entonces dale un poco de tiempo. No creas que yo iba buscando a alguien cuando Edward se tropezó en mi camino. Quién sabe, a lo mejor hay otro Edward para ti.

Molly sonrió con ironía. Qué casualidad. A un Edward sí que conocía.

—En fin... Que me trague la tierra si intento hacerte cambiar de opinión.

Dios sabe que eres tan tozuda como tu padre —suspiró—. Solo quería que supieras que hay más alternativas. Aunque parezca difícil o imposible, siempre puede haber un cambio de planes. Para bien y para mal. Pero si ya has tomado una decisión... —Abrió los brazos—. Deja que te felicite.

## Capítulo 5

—Qué callado te lo tenías —exclamó Clive, mientras sacudía la cabeza. Se reclinó hacia atrás, abandonando por un segundo la postura aristocrática—. ¿Cuándo ibas a contarme que el trabajo que te habían encomendado era el de enseñar a bailar a un grupo de jovencitas?

—En mi lecho de muerte.

—¿Por qué? —le reclamó, con ese tono de voz tan estridente que le ponía el vello de punta. Para ser marqués y digno sucesor de uno de los linajes más importantes de Inglaterra, le costaba bastante no hablar como un estibador sureño—. No es la clase de cosa que debería avergonzarte. Esto te cubre de gloria. Ya me gustaría a mí estar en una habitación cerrada con catorce mujeres para mí solo.

—Puedes estar en una habitación cerrada con catorce mujeres. En Minstrel Valley no se conoce ningún burdel, pero en Londres puedes permitirte pagar por una escolanía de fulanas si es ese el sueño de tu vida.

Clive hizo una mueca despectiva y acercó la copa de *whisky* a los labios.

—Por favor, parece que no me conocieras. Ya sabes que dormí con una prostituta por orden de mi padre, y ya nunca más.

—¿Me estás diciendo que la pasión por el maquillaje grotesco de las cortesanas te lo inculcó tu padre? Porque bastante te ha durado la impresión, amigo mío.

—Por supuesto que no, él me abrió las puertas de un mundo encantador y yo

me aproveché de él todo cuanto pude. Que conste que siempre me encantará el colorete en las mujeres. Y el carmín —apostilló—. Pero sí, ahora me piro por otra clase de mujer. Desde la noche de anteayer, me despierto con sofocos pensando en debutantes.

Edward puso los ojos en blanco y apoyó la barbilla en la mano. Bendita la vida del hombre rico sin responsabilidades, basada en caprichos y obsesiones pasajeras. Esa era la definición de la inútil existencia de Clive Howland, marqués de St. Germain. Su padre, el duque, aún seguía vivo, lo que significaba que el marquesado era un título de mera cortesía sin ningún efecto práctico. No tenía otro deber que pasar el día despilfarrando. Y eso, sumado a que tampoco le inquietaba su futuro ni ninguna cuestión lejana a las delicias del presente, hacía de él la definición del vividor. Si la familia Howland, de la que aquel apasionado de las mujeres procedía, hubiera sido un poco más estricta al enseñarle modales y otras cuestiones útiles para la vida, quizás no tendría la cabeza en las nubes. Pero Clive fue, desde su nacimiento, el niño mimado de su madre, el preferido de su padre, el señorito de la casa y hasta una deidad para los sirvientes. Todo el mundo se había desvivido por él desde que abrió los ojos al mundo y, veintidós años después, Clive seguía actuando en consecuencia. Básicamente porque ya no solo su familia directa lo trataba como si fuera el rey del universo, sino que el resto de Londres le extendía la alfombra roja allá por donde pasara, tanto por su riqueza como por su evidente atractivo físico. Edward era el único que, de vez en cuando, le recordaba que la vida era mucho más que recibir halagos, gastar dinero y robar besos, y quizá por eso se llevaban tan bien. Él le daba la dosis de realidad que necesitaba para no convertirse en un narcisista, que de todos modos ya lo era, y Clive le aportaba la diversión, la generosidad y la sencillez... dentro de lo que cabía. Esta última solo era una de sus grandes y sorprendentes virtudes. Aunque le habían acostumbrado a beber champagne fresco en el diván de terciopelo rojo de su mansión casi imperial, se conformaba tragando *whisky* barato en una posada de un pueblo alejado de la mano de Dios.

Era la única que había en Minstrel Valley y estaba situada en lo alto de Lake Hill. No tenía nada que ver con sus lugares de reunión preferidos en Londres; Edward jamás había accedido a uno de esos famosos clubs de caballeros, pero había bebido en bares de Jermyn Street, y estos carecían del aire hogareño y antiguo del servicio hostelero de The Old Flute. Así se llamaba, de nuevo en honor al juglar, que terminaría poniéndole nombre hasta a los primogénitos de generaciones futuras. A Edward le molestaba esa familiaridad porque quería romper con todo lo relacionado con su juventud, pero debía valorar con objetividad los encantos de su zona. Y The Old Flute era, en concreto, uno de sus sitios predilectos.

Era la fiesta de la madera y de la luz ambarina rebajada. Pequeño, apartado, lleno siempre de viejos amigos que se veían allí todas las noches para relajarse; los propietarios eran tan cercanos que podían considerarse familia.

Clive y él, bebían a la par que jugaban a las cartas.

—Qué silencioso te quedas cuando empiezo a hablar de mujeres —dijo Clive de repente.

—¿Eh? No tiene que ver con eso. Solo me he distraído.

—Pues qué casualidad que te distraes siempre que propongo estos temas. ¿Qué problema tienes con las féminas, Ed? No me digas que sigues enfadado por lo que ocurrió con Laurine. Ni siquiera era tan bonita como la pintabas, lo que la hace olvidable. Y de eso hace ya unos cuantos años.

—Que conste que el que ha sacado a Laurine a colación esta vez has sido tú —apuntó Edward con severidad—. De hecho, eres tú el que la menciona constantemente.

—Porque sigues enamorado de ella y eso me arruina las noches de diversión, al igual que las conversaciones indecentes. Hablar de mujeres con mi padre no es tan divertido, Ed.

—Debí imaginar que acabarías enfocando la crítica desde tu descontento personal. No, no estoy enamorado de ella. La mayoría de las veces no es el amor lo que perdura, sino el resentimiento.

—Pues el resentimiento sí que lo cura el alcohol, a diferencia del amor.  
¡Camarera!

Edward arqueó una ceja.

—¿Pretendes emborracharme?

—Así tal vez te sueltes.

—Clive, sabes muy bien por qué no me gusta hablar de... sexo, y todas esas cosas que te interesan. Entiendo que tú no quieras conversar sobre cuestiones musicales, por eso no te obligo. ¿Qué te parece si sigues mi ejemplo?

Clive se lo quedó mirando con verdadero interés. Tenía los ojos como carbones encendidos. Ese negro azabache iba a juego con su cabello ondulado y la barba de la que nunca conseguía librarse. Ahí donde Edward era lampiño, Clive representaba la masculinidad, aun siendo todavía, según su madre, «un niño». Tenía tanto pelo que a veces no se cortaba y lo llamaba «gorila», aquel animal inmenso y oscuro que vio en el zoológico de Bristol cuando era adolescente. A veces las similitudes iban más allá de la cuestión física: el gorila y Clive solían comportarse igual.

—Dios santo, no me digas que sigues siendo virgen —barbotó de golpe.

Edward presionó los labios en una línea. Pensó en mil formas de responder, pero todas ellas eran agresivas y, por tanto, muy reveladoras. En su lugar, cogió el montón de cartas y empezó a repartir de forma equitativa. Clive plantó una mano sobre la mesa, dando un golpe sordo.

—No me lo puedo creer —insistió—. Desde la última vez que hablamos, ¿aún no has estado con ninguna mujer?

Los trabajadores que bebían en las mesas cercanas miraron en su dirección. Magnífico. Era cuestión de horas que aquello se convirtiese en algo de conocimiento público. En teoría no tendría que importarle, pero era difícil no ver la virginidad como el mismísimo demonio cuando Clive lo enunciaba de esa manera.

—Debemos resolver eso ahora mismo.

—¿Qué vas a hacer? ¿Llamar a la camarera para que me sirva más vino, y



así convencerme de hacerlo? ¿Con quién sería, si este pueblo no ofrece ese tipo de servicio? —se burló, sin humor—. Déjalo estar y juguemos a esto, o por lo menos baja la maldita voz. En Minstrel Valley todo el mundo me conoce y preferiría no tener que taparme la cara cuando quiera ir a la iglesia.

—Precisamente en la iglesia no creo que te condenaran. La pureza y la castidad son muy apreciadas en esos lares.

Edward lo fulminó con la mirada.

—¡Por favor! No me estoy burlando de ti. Solo me sorprende. Eres mayor que yo.

—Pero no me gasto el dinero en lupanares, y estoy demasiado ocupado para conquistar a una mujer.

—Lo dices como si fuera un trabajo de jornada completa. Eres bien parecido, Ed; tienes dinero y tus padres fueron leyendas. Con un par de halagos sería suficiente para poner remedio a tu terrible situación.

—Así que «terrible situación» —repitió, examinando sin interés las cartas que le habían tocado.

—Lo es, aunque no te guste que te lo digan. Yo no sabía quién era ni qué estaba haciendo hasta que estuve con Nelly.

—Vaya por Dios. Poco cobran las prostitutas si saben curar la amnesia.

—Más bien la provocan, pero es temporal. Un buen orgasmo puede hacer que olvides tu nombre.

Edward se pasó una mano por la boca, conteniéndose para no soltar alguna que otra barbaridad.

—Lo que quiero decir es que no se necesita ser virtuoso para encontrar a una muchacha dispuesta, y tú tienes esas virtudes...

—¿Te has parado a pensar que tal vez fuera yo quien no quisiera? —cortó—. La única mujer que me interesaba era Laurine, y no tengo tanta facilidad para deshacerme de mis sentimientos como la tienes tú para superar la fascinación. Cuando logré sobreponerme a la ruptura del compromiso, no tenía ánimos para ir en busca de otra mujer, y tampoco corría prisa. Y ya sabes que

cuando murió mi madre me encerré en mi casa. Como no hubiera molestado a mi perro, que en paz descanse, no sé cómo podría haber satisfecho *tus* fantasías sin levantarme de la cama, porque ni siquiera estamos hablando de mis prioridades. ¿Te sirve como explicación?

Clive torció la boca y él se arrepintió al instante de haber dejado ir tanto. No podía parar de hablar de sí mismo, cuando hacía una semana ni siquiera usaba las cuerdas vocales para carraspear. Era como si, al poner un pie en Minstrel Valley, hubiera destapado el tarro que contenía sus emociones. Las llevaba a flor de piel todo el condenado día. Quizá porque en cada esquina del pueblo estaba Olivia, estaba Richard, estaba su madre. Le dolía que todo eso hubiera dejado de ser una realidad para convertirse en un recuerdo al que no podía acercarse demasiado, o de lo contrario se desvanecería.

—Me ha quedado clara, gracias. Y lo siento. No quería llevarte al límite — contestó Clive, recogiendo por fin sus cartas—. Supongo que me extraña que aún hoy día no hagas nada para procurar tu propia felicidad.

—¿Cómo diablos iba a procurarme la felicidad yacer con una mujer?

—No soy tan simplón; claro que no creo que eso fuera a resultar trascendental o necesario. Pero el hecho de que te acercaras a una ya significaría un gran paso. Por eso lo digo.

Edward desvió la vista a la jarra de cerveza. Él siempre cerveza y Clive siempre *whisky*, era una tradición. La agarró y le dio un largo trago para pedir otra.

—No me gustas cuando te pones sentimental.

—Eso es excelente, porque yo tampoco me gusto demasiado en este plan. Si quieres puedo retomar la conversación de las debutantes y hacerla girar en torno a mí.

—Sonaría más a algo que se te da bien y haces con frecuencia.

Clive sonrió, aceptando su parte. Tenía una de esas sonrisas contagiosas, tanto que perdía el talante y carácter aristocrático para convertirse en un niño. Solo los niños eran tan buenos e inocentes que resultaban desesperantes,

aunque el marqués perdiera la inocencia hacía años.

—¿Qué vamos a apostar esta vez?

—¿Qué quiere el hombre que lo tiene todo?

El marqués se lo pensó durante un rato.

—Una visita guiada por Minstrel House.

—¿En serio? Ya te la enseñé esta mañana.

—Pero no es lo mismo una visita diurna que nocturna, ¿no crees?

Edward entornó los ojos.

—¿En qué diablos estás pensando?

—En nada muy malo, solo una travesura estúpida. Digo que podríamos infiltrarnos en la escuela cuando todos estén durmiendo, y... colarnos en la habitación de las muchachas.

—¿Perdón? —interrumpió, inclinándose hacia delante—. Espero no haber oído bien. ¿Tienes idea de la bronca que me podría caer si se enterasen de que he hecho algo así? ¿Es que estás loco?

—Estoy loco, muy aburrido y también cansado de tus excusas. ¿No se supone que están en Londres? ¿Qué más da entonces?

—No están en Londres, han regresado esta tarde.

—Pero van a estar dormidas, Ed, y siento curiosidad por conocerlas.

—¿Para conocerlas no deberían estar conscientes?

—Imagina la fantasía... —seguía diciendo Clive—. Yo, paseándome por el pasillo entre las camas de catorce beldades... Es una señal que las hayan trasladado a una misma habitación justo cuando yo estoy aquí. Quieren que vaya, Edward, lo sé.

—Por supuesto, las han trasladado para que las visites estando borracho, no porque un rayo partiese el árbol centenario del jardín trasero y deba restaurarse el ala oeste de la primera planta —ironizó—. Ni lo sueñe, caballero.

Clive levantó las manos.

—No te estoy forzando a hacerlo, solo es una apuesta y tú eres mejor

jugando a las cartas que yo. ¿O es que tienes miedo de que gane? ¿Dónde ha quedado tu orgullo, Hastings?

Edward no era de esos hombres que se tomaba como un reto cualquier apelación al honor, pero, aunque no estaba borracho, sí andaba lo bastante achispado para atreverse a estrecharle la mano. Lo dudó un momento porque, aun ahogándose en cerveza, nunca dejaría de ser una mente racional. Se le podía caer el pelo si introducía a ese gorila ruidoso y charlatán en la habitación de las jóvenes.

No daría lugar a eso. Ganaría, y luego lo volvería a reprender por ocurrírsele una idea tan absurda.

Le hizo un gesto con la mano.

—Cuando quieras, empiezas.

La partida estuvo reñida desde el principio. Hacía mucho tiempo de la última vez que Edward tocó las cartas, e iban a cumplirse años desde que no jugaba con Clive; este, en cambio, pasándose el día en juergas por aquí y por allá, había mejorado lo suficiente para tenerle sudando, al borde del colapso, cada vez que sacaba una carta. Edward necesitó ordenar varias cervezas más para tranquilizarse, lo que resultó muy contraproducente. Al final no veía los símbolos de la baraja francesa, y cuando Clive se coronó campeón y exigió su premio, no le pareció tan mala idea lo que hacía tan solo media hora se le antojaba una aberración.

—Ahora quiero celebrar mi victoria—exigió.

—Muy bien, muy bien... Pero quiero que estés callado. Entras y sales, ¿me oyes? Y si te pillan, te presentas como Jack el ladrón, o algo por el estilo. Ni se te ocurra permitir que te asocien conmigo.

—Descuida, sé cuidarme solo.

—Lo que dudo es que sepas cuidar de los demás.

Se levantaron de la mesa. Algunos tipos seguían mirando a Edward con cara extraña, como si no se pudieran creer lo que habían oído. Estuvo a punto de decirles algo, pero nunca estaría lo bastante borracho para increpar a unos

desconocidos sobre su virginidad, si es que lo miraban por eso y no porque caminaba haciendo esos.

Maldito fuera Clive Howland y su pasión por contagiar a todo el mundo con sus locuras. Entre otras, la bebida.

Después de pagar y rechazar la ayuda de la camarera, que los despidió con una mezcla de diversión y preocupación, bajaron tambaleándose al pueblo. Estaban tan borrachos que se confundieron y dieron un buen rodeo. De hecho, acabaron pasando por delante de la casa de Mildred Cotton, y con ello, muy cerca de la estatua, que estaba alumbrada por varias lamparillas de gas. Los vecinos tenían esa extraña creencia de que debían tener iluminado el sello de amor de los amantes.

—¿Y estos quiénes son? —exclamó Clive.

—Los patrones de Minstrel Valley... No oficialmente, pero puedes llamarlos así.

—Siempre he querido que me hicieran una estatua. No como esta, que de todos modos tampoco estaría mal...

—¿Te refieres a plasmar en piedra tu amor por la hermosa cortesana Nelly?

—Eso sería un escándalo —se carcajeó—. No estaría nada mal, pero en realidad vería mejor representada mi fuerza con una escultura parecida al Doríforo portador de la lanza. ¿Has visto el Doríforo? El atleta del Arqueológico de Nápoles.

—No, jamás he pisado Italia. Pero mi madre estuvo en su inauguración cuando no llegaba a los veinte años y me dijo que le impresionó ver a un hombre desnudo, aunque fuera en piedra.

—Pues imagina si ese hombre desnudo fuera yo: se desmayaría. No sé qué pasaría con los griegos, o qué comerían para tener los testículos del tamaño de una nuez, pero te juro que no tengo punto de comparación con ellos. ¿Será una cuestión evolutiva? ¿Con el paso del tiempo, el miembro del hombre se agranda... o es que yo soy sobrenatural?

Edward soltó una carcajada estúpida que enseguida intentó acallar.

—Sobrenaturalmente estúpido eres.

—Lo digo de veras. No sé si se le notará la virilidad al señor juglar... intuía que no, pero te juro que me mata de curiosidad cómo es posible que los antiguos dejaran tanto que desear en ese aspecto. Sobre todo, cuando eran muy promiscuos. He oído que incluso se apañaban entre hombres.

—No lles por ahí la conversación estando a solas conmigo.

—Quiero decir... —prosiguió—. ¿Esto que te digo es exclusivo de las estatuas?

Edward le señaló el camino para que no se volviera a despistar, mientras sonreía sin querer. Les quedaban unos buenos quince minutos de trayecto.

—Conozco a alguien que es muy seguro que solventa tus dudas.

—¿De veras? Espero que sea una mujer, no hay nada más erótico que oír hablar a una jovencita de estos asuntos.

—Estás de suerte, porque sí, es una mujer. Y vamos a colarnos en su habitación.

Decirlo en voz alta le generó un cosquilleo en la nuca.

«En realidad, señor Hastings, me gustaría que me besara».

—¿Tengo permiso para despertarla y plantearle mi duda? —interrumpió Clive, antes de que la fantasía tirase de él hacia lugares oscuros.

—Ni de broma. Ya le preguntaré yo, a plena luz del día y de forma educada, y plasmaré su respuesta en una carta.

—¿Cómo que en una carta? ¡No podré pasar un día más sin contestar esta duda! Señor Hastings, no se figura la angustia con la que vivo, sabiendo que soy excepcionalmente viril. He de averiguar si todos los hombres son como el Doríforo porque, si es así, ¿qué pensarán de mí las mujeres con las que estoy...?

—Si fueras monstruoso, habrían hecho llamar a un retratista. Quizá habrían llorado de miedo. O de ilusión —dudó—. Ya sabes que yo de esas cosas no entiendo demasiado.

—Ninguna se ha quejado, de eso quiero dejar constancia. Pero fuera de

bromas... Estuve en el Arqueológico de Atenas a los diecisiete, y me impresionó tanto lo que te digo que pasé años asustado. En especial cuando me enteré de dónde iba... ya sabes. —Levantó las cejas varias veces—. Pensé que la mataría.

Edward rompió a reír.

—No digas tonterías.

—Hablo en serio. Me pasé mi primera noche acompañado intentando alargar el momento, distrayéndola con chistes malos. Por desgracia, ella era más fuerte que yo. No le costó seducirme. Pensé que, si la mataba, sería su culpa por insistir tanto.

—Diablos, cierra el pico de una vez...

Clive obedeció, pero solo durante algunos minutos.

—En realidad, la mecánica del acto es muy sencilla, como pude descubrir más tarde —añadió de pronto, como si nunca hubiese interrumpido su conversación—. Y, no es que tuviera que conformarme con introducir...

—No me interesa tu historia, Clive. De veras que no.

—Yo solo te informo para cuando llegue el momento. No quiero que estés tan preocupado como el joven e inexperto Clive. Si quieres, puedo darte consejos. Lo primero que debes saber es que a las mujeres les gusta que las toquen antes de...

—Creo que lo dejaré a mi improvisación, gracias —interrumpió—. Ya hemos llegado.

Lo condujo por el jardín delantero para dar la vuelta al edificio y llegar a la parte de atrás. Cuando estuvieron cerca del Viejo Gigante de Minstrel House, el roble centenario que se alzaba allí, cerca del edificio, observó que Clive se acercaba a la cara la lamparilla que la camarera les había cedido para que no se mataran.

—¿No había partido un rayo el árbol?

—Partió unas cuantas ramas. Para tirar ese árbol se necesitan otros cinco rayos. Es más testarudo que tú. Y está tan torcido como tu graciosa moral.

Clive se rio por lo bajo.

—Ahora que lo dices, nos parecemos, los dos tan recios y llamativos...

—Más te vale no serlo tanto cuando estemos dentro. No quiero tener que llamarte la atención.

—Haré todo cuanto esté en mi mano, pero mi belleza brilla en la oscuridad.

—Como tu poca vergüenza.

Le hizo un gesto para que lo siguiera, y otro para que no dijese ni una palabra más. Tuvo que tener cuidado de no hacer ruido cuando empujó una de las puertas traseras, la que daba a un pasillo secundario del ala oeste. Sabiendo que esa noche aparecería más tarde de lo normal, Lionel le había dado su juego de llaves para no molestar a nadie aporreando la puerta principal. A esas horas todo el servicio estaba descansando, una razón más para pasar de puntillas por el pasillo que daba a las escaleras. Llegaron al segundo piso sin ningún percance, y habrían atravesado el pasillo sin levantar sospechas si Clive no hubiese tropezado con la alfombra. Logró recuperar el equilibrio antes de caer de bruces. Gracias al cielo que no pareció provocar demasiado ruido y, tras escuchar unos momentos, llegaron a la conclusión de que no habían despertado a nadie.

La segunda planta contaba con una zona de habitaciones reservada para uso exclusivo de lady Acton. La principal era un salón hermosamente decorado, el rincón preferido de la dama, la única que solía disfrutar de sus beneficios recreativos. El lugar disponía de una gran terraza con unas vistas maravillosas. Edward lo había visto cuando Lionel le pidió que le acompañara a recoger sus puros, que dejó allí arriba después de pasar la tarde charlando con la dueña de la escuela.

Se detuvieron ante la pesada puerta de la habitación donde habían acomodado a las muchachas. Estaba cerrada, pero sin llave.

«Una señal», pensó Edward, distraído. Curioso. Aquel pensamiento tenía la voz de Clive.

—Recuerda. Te asomas y sales —le ordenó en voz baja—. No me hagas



entrar a buscarte.

—¿Es que no confías en mí?

—No.

Clive exageró un puchero y un gesto de ofensa. Después giró el pomo de la puerta, tan despacio que parecía que no se movía, y entró.

Al principio, Edward le dio la espalda a la entrada para protegerla de ojos curiosos. Dudaba bastante que alguien se hubiera percatado de la caída; no había sido ni la mitad de sonora de lo que podría haber resultado si hubiese dado de bruces. Pero no tardó en descubrir que en el piso inferior había provocado un estruendo. Oyó unos pasos provenientes de la escalera y vio el reflejo ambarino cada vez más intenso de una lámpara de mano. Después reconoció la voz de la señorita Sherman.

—¿Hay alguien ahí?

Lo lógico habría sido dar la cara. Edward no era el intruso, sino Clive, y existían una infinidad de excusas creíbles para justificar su viaje al segundo piso. No obstante, dudó que la señorita Sherman fuera a tragárselas cuandoapestaba a cerveza, y en esa situación nadie elegía la opción correcta. Edward miró alrededor, ansioso, buscando un espacio donde esconderse. Terminó entrando en la habitación de las alumnas. Pudo cerrarla solo unos segundos antes de que la profesora tomara el camino al fondo del pasillo.

Gracias a la luna y el reflejo de esta en el lago, que se podía apreciar desde el balcón, no necesitó luz artificial para ubicar a Clive, que se había quedado inmóvil a los pies de una cama en particular. Edward se acercó rápido, con cuidado de no hacer crujir el suelo, y le puso la mano en el hombro.

—Tenemos que irnos —susurró—. Tu caída ha despertado a Sherman.

—Pero si no llevo ni dos minutos —respondió en el mismo tono—. Y mira lo que acabo de encontrar... ¿No es una preciosidad? Fíjate qué piel, parece que la hicieron con plata.

Edward puso los ojos en blanco pero, por curiosidad, echó un vistazo a la muchacha. Al estar durmiendo justo al lado del balcón, su piel emitía destellos

argentados, aunque a Edward le constaba que era así de hermosa también bajo la luz natural.

—Tiberia Seymour —resolvió—. Tiene diecisiete años y suficiente energía para derrotar a un león con sus propias manos. Es testaruda, habla a gritos, quiere aprender a fumar puros y adora los animales. Su habitación fue la que salió peor parada con el derrumbe del árbol, y lleva jactándose de eso desde entonces. Hechas ya las presentaciones, nos vamos. ¿O quieres que nos cacen?

El crujido de un colchón le interrumpió en el proceso de arrastrar a Clive al balcón. Edward miró hacia el lado. Al haber apoyado la lamparita en el borde de la cama, el rostro de la muchacha quedó muy vagamente iluminado. Aun así, la reconoció. Molly llevaba el pelo suelto y lo miraba somnolienta.

—¿Señor Has...?

Su tono inicial fue agradable y educado, pero pronto se dio cuenta de que algo no cuadraba —como su situación espacial— y se interrumpió. Abrió los ojos de golpe, al igual que la boca.

Temiendo que fuera a gritar, Edward se abalanzó sobre ella y se la cubrió con una mano.

—No digas nada. No has visto nada. Estás soñando —sentenció, olvidando cualquier tipo de formalidad. No era el momento, y su estado de embriaguez tampoco ayudaba.

—Señor Hastings, puede que a Descartes le cupiera alguna duda, pero yo sé distinguir entre vigilia y sueño —dijo en tonillo mandón, aunque sofocada por la palma que la oprimía y el susto que se había llevado.

—Sabionda —la regañó, sonriendo sin querer—. Ni recién levantada te pillan con la guardia baja.

—Bueno, usted sí que me ha sorprendido. ¿Qué hace aquí?

Para colmo de males, la puerta chirrió al abrirse. Edward tuvo que actuar tan rápido como Clive, que se ocultó entre las cortinas de la puerta que daba a la terraza. Mientras el marqués se las apañaba para camuflarse en las sombras, Edward agarraba la lámpara y la metía debajo de la mesilla de noche,

sumiéndolos en la oscuridad. Cuando le tocó esconderse a él, se infiltró en la cama de Molly, cubriéndose hasta la cabeza con las sábanas. Sin pedir permiso, por cierto.

Por un momento no pensó en nada. Los cinco sentidos se concentraron en averiguar el posicionamiento de la señorita Sherman según sus pasos. No pareció con la intención de recorrer el dormitorio para asegurarse de que estaban todas en la cama, lo que suavizó sus temores.

—Pero ¿qué hace? —susurró Molly, muy cerca de su oído—. ¡Se va a dar cuenta de que está usted ahí debajo! ¡Abulta el triple que yo...!

—Tumbate encima de mí —ordenó Edward en voz baja—. No quepo debajo del colchón y no me da tiempo a meterme en el armario.

—Dios mío —musitó Molly, negando con la cabeza. Lo sintió por las cosquillas que le hizo su pelo en la mejilla.

El ya familiar olor a cítricos le distrajo un instante, pero ese instante fue lo bastante revelador para cambiar su concepción del momento. Edward se concienció de que estaba metido en la cama de una mujer, y no de una cualquiera, sino de la que le había asegurado con firmeza que aceptaría un beso suyo... porque sabía que él se lo quería dar.

Fue de agradecer que Molly se las arreglara para apartar la sábana y la colcha a un lado, cubriéndolo a él entero de forma que pareciese un revoltijo de tela y no un hombre demasiado curioso.

Edward se tensó al oír el comedido suspiro de la profesora, y se tranquilizó en cuanto la puerta volvió a cerrarse. Recordó que esa misma mañana, la señorita Sherman había hecho mención a un intenso dolor de cabeza. No pudo más que celebrar que esto la hubiera enviado a la cama sin investigar.

Los siguientes dos minutos no se oyó ni una mosca. Esperaban a que dejaran de oírse los pasos de la mujer; cronometraban cuánto tardaría en regresar al ala este del primer piso y acostarse. O al menos eso debería estar esperando, pero Edward no pensaba en eso, sino en la forma de la pierna femenina que tenía a la distancia de un atrevimiento. Su reacción nerviosa no parecía tener

mucho que ver con los efectos del alcohol o la reciente conversación con Clive, sino con las insinuaciones de Molly. Fue ella la que le quitó las mantas de encima en cuanto hubo pasado la tormenta. La cercanía con las puertas de la terraza permitió que apreciara su ceño fruncido.

—¿En qué estaba pensando? —preguntó en voz apenas audible—. ¿Y quién es ese hombre que ha traído con usted?

Edward no supo qué decir por un momento. Miró hacia la posición de Clive y vio que se había movido, de vuelta a la cama de Tiberia. Estaba inclinado sobre ella, quizá tocando su cuello. La muchacha se agitó.

—¿Molly...? —preguntó, con una vocecilla amodorrada. Tiberia se incorporó sin abrir los ojos, pero en cuanto dio con Clive, fue a soltar un juramento de marinero que el susodicho acalló antes de que sonara.

—La sacaré fuera, yo se lo explicaré —susurró apresuradamente Clive, llevándola hacia la terraza, antes de que despertase al resto de las muchachas. Y le oyeron suplicar, cada vez más lejos—: Por favor, milady, por favor, se lo ruego, no va a pasar nada... Es usted una fierecilla, ¿eh? Una fierecilla de lo más hermosa... ¡Ah! —jadeó por lo bajo—. Pero no me muerda...

«Oh, Dios mío», pensó Edward. A su lado, Molly se removió inquieta.

—¿Quién es ese hombre, señor Hastings? —insistió.

—Alguien en quien puedes confiar, te doy mi palabra. No le pasará nada a tu prima.

Pudo sentir su mirada fija, aunque apenas distinguiese sus rasgos.

—¿Y en usted? ¿Puedo confiar?

Edward no supo qué contestar, probablemente porque no existía defensa posible, y no había pensado en nada. Pero entonces sí: le dedicaba todos sus pensamientos a las suaves ondas que dibujaba su melena, sobre unos hombros cubiertos de algodón. Ahí donde el camisón de Tiberia era de cuello de bebé y manga corta, el de Molly era largo hasta el codo y se cerraba tirando de los dos extremos de un cordón. Ese cordón estaba en ese instante abierto, permitiendo la visión de un generoso escote.

Edward no había visto tanta piel femenina en su vida. Estaba fascinado. Le picaba el puente de la nariz, un foco de calor mucho más razonable que el que ardió bajo su ombligo.

—Tu pelo huele a naranjas. O a limón. No lo tengo claro —se le ocurrió balbucear.

—Eh... Ya. Me lo lavo con jugos cítricos.

—¿Qué? ¿Por qué ibas a hacer eso?

—Leí que los antiguos egipcios lo hacían para prevenir la grasa y, además, me lo deja muy suave. ¿No va a responder mi pregunta? ¿Qué hace aquí, además de olisquearme el pelo?

«No mucho».

—Había perdido una apuesta. Por mi amigo Clive no te preocupes, sabionda. Es marqués. No puede permitirse hacer nada raro.

—Yo diría que justo por ser marqués puede hacer lo que se le antoje. ¿Dónde se han metido?

Edward no podía responder. Se quedó mirando las dos cintas que abrían el camión. Se frotó la mano contra el muslo, reprimiendo las ganas de tirar de uno de ellos. No hizo lo mismo con la otra, que se rebeló al buscar la punta de uno de los extremos.

—¿Qué...? —balbuceó ella—. Huele a... ¿Está borracho, o solo es un sinvergüenza? ¿Y dónde está mi prima?

—Conociéndola, quizá esté dejando sin sentido a Clive. En cuanto a la pregunta inicial... Soy lo primero, seguro. Lo segundo... Depende de las circunstancias, pero no suelo. Siento haberte asustado. Cuando vine no pretendía meterme en tu cama, solo... preguntarte una duda totalmente legítima.

—¿Lo de con qué me lavo el pelo?

—No. Es otra cosa.

No le sorprendió que, en lugar de reprenderlo por las horas, saliera a la luz su lado curioso y quisiera saber qué le atormentaba, olvidándose por un

instante de su prima y del riesgo.

—¿Qué duda es esa?

Edward tragó saliva. Forzó la vista para captar lo máximo posible. Tenía un cabello denso y ondulado espectacular. Se intuía terso, aunque si no lo estuviera por los nudos típicos de recién levantada, no le importaría desenredarlo con sus dedos.

—Espero que no la encuentres ofensiva —musitó—. Mi amigo Clive no entiende por qué... el miembro de las esculturas griegas tiene ese tamaño tan reducido. Le dije que tú lo sabrías. Una vez mencionaste algo del arte clásico.

Molly abrió la boca. Bajó la mirada, ahí donde Edward había colocado las yemas de sus dedos. Justo en el borde del camión. Él apenas se dio cuenta de que estaba acariciando la piel de su escote.

—Lo siento —se disculpó, sintiéndose extraño, fuera de sí—. Es solo que... No sé qué estoy haciendo.

Molly parpadeó varias veces seguidas.

—Eh... Pues... Los escultores griegos tenían unas medidas exactas a la hora de elaborar sus obras. Un canon de cinco o seis cabezas de altura, dependiendo del periodo. Hoy día no sería un hombre muy alto —susurró—, lo que no quiere decir que fueran bajos. Solo que, al querer respetarse un orden ideal basado en la medida justa, o dicho en otras palabras... la proporcionalidad, todo debía ser, valga la redundancia, proporcionado. Un miembro masculino demasiado grande, o unos pechos femeninos exagerados, romperían ese orden.

Edward asintió, sin apartar los dedos de su escote. Si resbalaran un poco hacia abajo...

—Pues no es usted muy griega, señorita Seymour. Tiene unos pechos realmente desproporcionados.

Molly volvió a parpadear. Daba la sensación de que no terminaba de creerse que eso estuviera pasando.

—Su descaro también es de proporciones épicas, señor Hastings.

—De eso a ti tampoco te falta. La última vez que nos vimos me pediste que te besara.

Presintió que se había ruborizado.

—Estaba en un momento vulnerable y necesitaba que me hicieran sentir... bien.

—¿Y confiaste en que mis labios lo harían?

—Sí, y no sé por qué. No es que de ellos hubiera salido nada halagador.

Edward ni siquiera estaba prestando atención a la conversación. Se sentía flotando en una nube.

—Mi comentario sobre tus... atributos femeninos, pretendía ser un halago. Pero si no te basta, deberías saber que tienes una voz muy musical.

—¿Musical? ¿A eso lo llama halago?

—Teniendo en cuenta que soy músico, es lo más agradable que podría decirte. Y si eres música... —continuó—, no me va a quedar otro remedio que tocarle.

Molly entreabrió los labios.

—¿Tan inspirado está? Permita que le corrija: si soy música, ¿no debería escucharme?

—Se pueden hacer ambas cosas a la vez. Y sí: ahora mismo, sabionda, estoy inspirado de sobra.

Solo Dios sabría de dónde sacó la sinvergonzonería para acercarla a su cuerpo, donde latía una semierección lo bastante notable para que ella se estremeciera. Debería sentirse un miserable por invadir su cama sin permiso y tratarla como si fuese una fulana, y más aún estando rodeados de jovencitas rendidas al sueño. Pero en ese momento no se sentía él mismo. Al menos, no se identificaba con el Edward recatado y que se ahogaba en un vaso de agua. El Edward de ahora compartía con el otro la sensación de asfixia, aunque era distinta porque no venía de dentro. La culpable era ella, Molly y sus labios tentadores, húmedos por los mordiscos dubitativos. Solo había besado a una mujer antes y había olvidado cómo se hacía. Cómo se sentía.

—¿Ahora sí va a besarme? —preguntó en un murmullo.

Edward se mordió el interior de la mejilla.

—No. O sí. Es que... No sé si lo haría bien —reconoció, con la vista fija en su boca—. Pero me gustaría... intentarlo.

—Yo tampoco tengo ni idea. —Recogió las piernas y se acercó un poco—. ¿Cómo se hace? Nunca he leído nada sobre esto, aunque he oído que hay unos libros que lo describen muy bien... De un señor que era marqués. Mi padre no me dejó leerlos; los ponía en la estantería más alta.

—No tengo idea de a lo que te estás refiriendo —respondió, ansioso. Se frotó de nuevo la mano contra el muslo—, ni tampoco estoy seguro de que exista una mecánica. Creo que va al libre albedrío. Lo único que sé es que me está doliendo no besarte. Ahora mismo me angustia.

Molly asintió muy seria y acercó su cara con decisión. Se paró un momento ante sus labios, a un suspiro de rozarlos con los suyos. La vio con intención de preguntar algo. Fue una lástima que la interrumpiera haciendo el último esfuerzo para besarla. Estiró el cuello y, de repente, estaba probando la textura aterciopelada y húmeda de otra boca. Una boca femenina y blanda de la que extrajo una sensación electrizante.

Edward soltó el aire muy despacio al separar los labios y volver a juntarlos con los de ella. Pensó que besar debía ser como tocar el piano. Parecía que se olvidaba si no se hacía a menudo, pero bastaba con hacerlo de nuevo para recordar la técnica. Aunque no había técnica alguna en la caricia de sus pieles; Molly no se había quedado quieta, sino que, al igual que él, estaba improvisando. Era una improvisación basada en el instinto, en lo que presentía en su lenguaje corporal. Ella quiso aproximarse algo más y Edward estuvo ahí para enrollar un brazo en su cintura y sentarla sobre su regazo. Lo indebido de la postura aumentó su temperatura interna y activó la imperiosa necesidad de tocarla por todas partes. No como ella lo tocó el primer día, con los ojos vendados, sino a mala idea, en lugares a los que la muchacha no habría dedicado ni un pensamiento.



Edward gimió cuando tuvo sus brazos alrededor del cuello. Se lo tomó como una señal de «haz lo que quieras» y le sacó partido deslizando las manos por su espalda. El camisón era fino y, habiéndose enredado en sus piernas, le había dejado mucho campo para investigar. La mente volaba mientras sus dedos acariciaban carne prieta. Jadeó al subir por sus muslos y atracar temporalmente en sus caderas. Molly las movió con una sutileza femenina que oscureció sus intenciones. Olvidó la ternura que le quedaba por explorar en esos besos inocentes, e introdujo la lengua en su boca.

Pensó que ella lo rechazaría, o que su respuesta sería torpe, pero le sorprendió arropándola con la suya, enviando una onda de calor al centro de su cuerpo. Era una sensación voluble como el fuego de una vela, pero tan intensa y diferente que Edward se aferró a la muchacha con miedo a que se volatilizara. Nunca había tenido la oportunidad de descansar de sus frustraciones, y ahí no solo se olvidó de dónde estaba o de lo que estaba haciendo, sino que tejió una red de pasiones en la que se quedó enredado hasta el último de sus resentimientos. El deseo lo inundaba y su desbordamiento tenía forma de beso ferviente, de agarre tenso y descontrolado.

Tuvo que ser ella la que se separase, porque él de ninguna manera la habría soltado. Molly lo miró con los ojos muy abiertos. Su pecho subía y bajaba, tentador como un guiño del diablo.

—No quería detenerme —balbuceó—. Es solo que necesitaba respirar.

Edward acarició las puntas de su pelo.

—Es mejor que lo dejemos... aquí.

—¿Por qué? ¿Lo he hecho mal?

—No. Demonios, no. Pero yo... Mira dónde estamos.

Molly tardó en comprender a qué se refería.

—No se ve nada, y tampoco habrán oído —se defendió, sofocada—. Solo... ¿Y mi prima?

Edward tragó saliva y la apartó de su regazo con manos temblorosas. Estaba más angustiado que cuando empezó. Quería besarla otra vez. Besarla, y

algo más. Algo que traería deshonor a su nombre.

No, era mejor no pensar en eso. Ni en eso, ni en el beso. Pero seguía borracho y parecía que repetirlo para sus adentros, aferrarse a la sensación, era uno de sus castigos por haber bebido.

Se levantó antes de perder la compostura otra vez, renqueante, y fue a asomarse a la terraza cuando observó que Clive volvía a entrar. De hecho, la primera en entrar fue Tiberia; él la seguía, frotándose la mejilla con una mano. Debía haberse llevado un buen bofetón. Aun así, la siguió hasta la cama, ignorando a Edward, le susurró algo y ella respondió. Solo entonces se apartó de allí, con aire desanimado.

Clive y Edward intercambiaron una mirada turbada y por fin pudieron salir. Era muy arriesgado volver por donde habían venido; sería preferible usar el balcón... Pero en el estado en el que Edward estaba, y con la suerte que tenía, se abriría la crisma al caer.

Envió una mirada rápida a Molly, al contorno de su cuerpo oculto por un camisón que lo transparentaba. Se dio cuenta de que no había llevado nada debajo cuando la tenía sentada sobre él. Reprodujo una maldición para sus adentros y cerró los ojos. Deseó tan intensamente estar de nuevo allí que se mareó, pero Clive lo ayudó a recobrar el equilibrio y le señaló la puerta.

No respiraron en todo el trayecto hasta la salida, y no hablaron hasta que estuvieron en el jardín. Allí, los dos soltaron un suspiro casi a la vez. Fue Clive el que se giró y, sin apenas rastro de borrachera, dijo:

—Menuda nohecita, ¿eh?

## Capítulo 6

Apenas escuchó los pasos de los hombres al alejarse; fueron tan prudentes que nadie diría que estaban borrachos... si es que seguían estándolo, que lo dudaba, después de semejante imprudencia. Molly aún no salía de su asombro, pero recordar que su prima había sido sacada de la cama con brutalidad, cuando era de sueño profundo, la obligó a hacer el esfuerzo de superar el sofoco y abordarla.

Apartó las sábanas y se arrodilló junto a su cama. Se sintió un poco mejor al ver que ella también tenía la intención de hablar. Se había incorporado, e intuyó que la miraba con los grandes ojos abiertos de par en par. La conocía tan bien que era como si la viera.

—¿Quién diablos era ese granuja? —siseó, seguramente con la mandíbula desencajada. Aunque su voz tembló al preguntarlo, Molly pudo suspirar con alivio.

—¿No te has asustado?

—¿Que si me he asustado? Pensé que me iba a matar —susurró. Se cogió los hombros. Al tocarla, Molly percibió que estaba temblando. Su primer impulso fue abrazarla—. P-pero yo no soy lo importante, y-yo... He v-visto que había otro hombre, j-junto a tu cama... ¿Lo has visto? ¿Los has visto a los dos?

Ella suspiró de nuevo. Hubiese sido absurdo simular ignorancia. Abrió la boca para intentar explicar la situación sin desvelar las identidades de los

infiltrados, pero entonces recordó que podrían despertar a las demás. Tiberia no sabía hablar en voz baja.

Se levantó y tiró de ella con cuidado —más cuidado del que tuvo ese «granuja»— y la guio a la terraza.

—Los he visto —confesó—. Y me encuentro muy bien, tranquila. Por mí, no te preocupes... Dios mío, Tibey, estás temblando —hizo notar con preocupación. Le frotó la espalda con cariño—. Voy a tener que ir detrás de él y agarrarle del pescuezo.

—Es que hace frío —se quejó—. No es nada más. Solo frío. No me ha dado miedo.

—Pero si acabas de decir que pensabas que te iba a matar.

—Eso ha sido solo al principio. Luego... Yo nunca tengo miedo.

—Tibey...

Tiberia se mordió el labio y miró para otro lado.

—Si alguien lo tiene que coger del pescuezo, soy yo.

—¿Qué te ha hecho? ¿Qué ha ocurrido?

Ella vaciló antes de decidirse a hablar. Nunca había visto a su prima tartamudeando, lo que ya hablaba de la gravedad del impacto. De alguna forma, se las arregló para inspirar hondo y enfrentarla como si solo estuviese enfadada.

—¿Que qué ha pasado? Ha pasado que un hombre me ha despertado en medio de un sueño muy agradable y ha robado mi colgante. El que me regaló papá, con forma de lágrima —explicó de carrerilla. Sin detenerse para coger aire, continuó—: Y, ¿sabes qué me ha dicho el ladrón? Que se lo llevaba porque quería tener una excusa para verme de nuevo. Se debe creer muy romántico, el estúpido ese... Volveré a verlo solo para atizarle hasta sacarle las tonterías de la cabeza. Le voy a meter alfileres debajo de las uñas. Le voy a dar patadas hasta ponerle la rótula del revés... Y le voy a...

—Tibey, por Dios. ¿De dónde has sacado todas esas amenazas?

—Las estoy improvisando. Que te saquen de la cama de esa forma es muy

inspirador para este tipo de ocurrencias.

De repente dejó de hablar y volvió a morderse el labio. Se llevó una mano allí, dudosa, y tragó saliva. Molly entendió el mensaje oculto en el gesto, al igual que lo que quería decir al mirarla sin pestañear.

—Me ha robado...

—Lo sé, lo has dicho, y lo siento muchísimo...

Fue a abrazarla de nuevo, pero ella retrocedió.

—No, no digo el colgante. Me ha robado un beso.

Molly se quedó petrificada. Examinó su mueca de afectación, en busca de un indicio de pánico, horror y sus derivados, pero era difícil extraer una conclusión de su postura. Estaba muy quieta. Parecía meditar... Y seguía temblando.

—¿Te ha hecho daño?

Tiberia intentó darse la vuelta. Asustada por si aprovechaba para romper a llorar, Molly la cogió de los hombros e insistió llamándola por su nombre. No supo cómo reaccionar al ver que intentaba aguantarse la risa.

—¿Tibey? ¿Te estás riendo?

—Creo que me he vuelto loca. Lo quiero asesinar, pero... —Se cubrió la boca con las dos manos. Aunque tapaba su sonrisa demente, Molly percibió, gracias a la iluminación lunar, que sus ojos echaban chispas—. Me lo he pasado bien. ¡Me lo he pasado bien!

—¡Chis! Baja la voz.

—Me lo he pasado bien —repitió en un susurro—. Al principio casi me orino encima... Luego me he enfadado, porque estaba diciéndome lo hermosa que le parecía para que me callara. ¿Te imaginas? Me estaba sobornando con halagos. Qué hombre tan estúpido, ¿verdad? Como si a mí me importase que mis cabellos fueran como... No sé ni lo que ha dicho, pero qué idiota.

—¿Eso es lo que te hace gracia?

—¡Es el conjunto!

—¡Calla!

—Quiero decir... Nunca pensé que viviría una aventura en esta casa, y mira. Me han secuestrado y me he salvado yo sola. Me he defendido. Soy una heroína.

Molly pensó seriamente en sacudirla. Estaba claro que las Seymour no eran mujeres corrientes. Su madre estudiaba Anatomía, la de Tibey se comportaba como un hombre, y ellas dos no se morían de miedo cuando las asaltaban por la noche. Ella tenía una excusa, porque conocía al señor Hastings y se podía decir que, además... le gustaba. Pero Tiberia tenía dos años menos y, por muy amazona que fuese, debería estar llorando.

Aunque, por otro lado, se alegraba mucho de que no lo hiciese.

—¿Esas son tus conclusiones? ¿Qué hay del beso? En el nombre de Dios — exclamó en voz baja—, ¿por qué te ha besado?

—Era una apuesta.

Molly se dio mentalmente una palmada en la frente.

—¿Cómo que una apuesta?

—Me ha dicho que estaba en un club de caballeros, en Londres. Yo ya estaba dispuesta a escuchar cuando lo mencionó. ¿Te imaginas, yo en uno de esos establecimientos, jugando a las cartas? Lion... Quiero decir, *el profesor Hastings*, el titular, nunca me ha querido contar historias de clubs, y...

—Por favor, responde a mi pregunta. Estoy preocupada.

—Claro, claro. Resulta que estaba allí, disfrutando de la última copa, cuando se le ocurrió apostar con sus amistades...

—¿Qué apostó?

—Venir a la Escuela de Señoritas de lady Acton e infiltrarse en la habitación de alguna estudiante. ¿Te lo puedes creer? De todas las cosas que podría haber apostado, como un semental ruano, o una caja de cigarros barnizada con laca China —¡como la de papá!—, o un florete de mosquetero... Pensó en venir aquí. Y yo que creía que para ser un bandido había que ser listo, o por lo menos original. Aunque, claro, si estaba en un club de caballeros, sería un caballero. No he conocido a nadie que sepa

disimular tan bien lo que es. Creo que puso acento de bucanero para que no me percatase de sus orígenes...

Molly decidió que iba siendo hora de tranquilizarse. Su prima había cambiado de humor tres veces en lo que llevaban de conversación y, por lo menos en ese instante, demostraba no encontrarse al borde del infarto. Incluso parecía entusiasmada. No sabía de dónde salía la sorpresa: estaba hablando con la muchacha que soñaba con que los piratas se la llevaran a surcar los mares, por la fuerza o con permiso. Los medios no le importaban.

—Y luego dijo que, ya que andaba por aquí, darme un beso sería lo justo.

Molly pestañeó una sola vez.

—¿Lo *justo*?

Tiberia volvió a dar un paso atrás.

—Sí, eso dijo. —Sonó seria—. Aprovechó la distracción para quitarme el colgante.

Molly desencajó la mandíbula.

—Ya debió prolongarse en el tiempo dicha distracción. —Observó que Tiberia agachaba la cabeza, aunque fue más una intuición—. No pretendo hacerte sentir mal, Tibey, nada de esto es tu culpa. Solo estoy un poco... Bueno, es una situación anormal. Si estás asustada, dímelo. No pasa nada. Incluso los piratas tienen miedo.

—Estoy bien. Lo único que quiero es mi colgante de vuelta. Y machacar a ese atrevido. —Arrugó el ceño—. Mis labios debían permanecer vírgenes para siempre. Son para los esposos, y yo no voy a tener nada de eso jamás.

Molly celebró para sus adentros que aquella fuese la gran contrariedad de la muchacha. Si hubieran asaltado a Amanda, que era tan tímida, o a Margaret, que no quería oír hablar de hombres... No podía ni imaginar lo que podría haber tenido lugar.

—Por eso no te preocupes, Tibey. Será un secreto entre nosotros tres. El resto del mundo puede seguir pensando que tus labios son vírgenes.

—Tres no —corrigió—. Cuatro. Había otro. Yo lo sé.

Molly reprimió un escalofrío.

—¿Lo viste? ¿Podrías... describirlo?

—No. —Debió hacer un movimiento con la mano, aunque Molly más lo adivinó que otra cosa—. Como puedes comprobar, está muy oscuro, a ti casi ni te veo ahora mismo. Pero a los sinvergüenzas se les reconoce muy rápido. Además, tengo una pista para conseguir su nombre.

—¿Una pista? —indagó, con la garganta seca. El señor Hastings iba a vérselas con el Diablo más pronto que tarde como aquello saliera a la luz.

Tiberia sacó del interior de su camión —a saber dónde se lo habría enrollado— lo que parecía un pañuelo de seda del que manaba una suave fragancia masculina. El olor le recordó por un instante la calidez del cuerpo de Edward contra el suyo.

Celebró que la oscuridad ocultase su rubor.

—Se lo he quitado —susurró, con voz traviesa—. ¡Ja! La presa supera al cazador. Como ves... Bueno, no verás nada. Yo tampoco. Pero si acaricio esta parte... Se nota el relieve de un bordado. Creo que estoy tocando una «C»... y una «H». ¿O será una «R»? Mañana por la mañana lo miraré bien. Cuando vaya a Londres, visitaré cada club de caballeros hasta encontrarlo, preguntando por esas iniciales. Y haré que me devuelva mi colgante. Maldito ladrón. ¿Te puedes creer su caradura? —farfulló, de pronto—. Se creía fascinante, o algo así.

«El que me tocó a mí, al menos, lo era».

—Parece que ya tienes trazado tu plan —comentó, ya más tranquila. Era imposible que el pañuelo la llevase hasta Edward, y su prima no parecía interesada en el segundo bandido—. Si todo está bien...

—Espera. —Tibey vaciló en la oscuridad—. Molly, ¿crees que debo denunciar lo ocurrido a la directora?

El corazón de Molly dio un vuelco. Si lo hacía, quizá terminara sabiéndose todo, y eso sería terrible. Pero no podía oponerse de forma directa.

—No sé. ¿Quieres hacerlo?



Tiberia guardó silencio unos momentos.

—No —respondió al final, para su alivio—. No quiero que se sepa. Podría suponer un escándalo, todo por una apuesta ridícula entre jóvenes sin escrúpulos. Yo me ocuparé.

—Estoy de acuerdo —suspiró, aliviada—. Vamos. —Hizo un movimiento brusco en la oscuridad, indicando el interior del dormitorio—. Será mejor que volvamos a dormir.

—¡Espera! —repitió Tiberia, agarrándola del brazo con su dolorosa firmeza habitual.

—¿Qué ocurre?

—Nada, nada.

—Entonces... ¿vamos a la cama?

—Sí.

Molly apartó con cuidado el brazo de su prima e hizo ademán de cruzar el umbral, pero Tiberia volvió a aferrarla, esta vez más fuerte.

—¿Qué pasa, Tib...?

Antes de que pudiera reaccionar, Tiberia se abalanzó sobre ella y la estrechó con tanta energía que pensó que se desintegraría como las nubes de polvo al soplar. Enrolló los brazos en su cintura y suspiró por tercera vez en la noche, sintiendo cuán distintos podían ser los abrazos. El estrujón de su prima no tenía nada que ver con ser arropada por Edward. Ella vibraba como un diapasón.

—¿Te encuentras bien? —repitió—. Imagino que, en estas situaciones, uno pasa por muchos estados antes de hallar de nuevo el equilibrio. Seguro que después de un sueño reparador lo ves de otra forma.

—No voy a poder pegar ojo —susurró. Y susurró por primera vez en su vida, porque era el primer secreto que de verdad quería que le guardasen—. Ahora mis pensamientos tienen su voz.

Molly no respiró por un instante.

—Espero que no sea una voz muy desagradable —contestó en el mismo

tono. Tiberia la apretó más.

—Todo lo contrario —balbuceó—. ¿Puedo dormir contigo?

—No sé si cabremos, pero... Claro. Solo hoy, ¿vale?

Tiberia rompió el abrazo, pero no la soltó. Molly la condujo al interior y esperó a que se acomodara en la cama. Pensó que no hacía ni una hora desde que estuvo allí mismo, acompañada por Edward, y tuvo miedo de que Tiberia percibiera el ligerísimo aroma que había dejado. Por fortuna o por desgracia, la muchacha no estaba en condiciones de apreciar esos detalles. Se hizo un ovillo. Siendo tan pequeña, no ocupaba apenas espacio, lo que permitió que Molly y su ilusión pudieran estirarse a placer en su esquinita.

A ella también le habría gustado contar su versión de lo ocurrido. Era una muchacha reservada para ese tipo de intimidades, pero necesitaba compartir con alguien su experiencia, su primer beso. Lamentablemente, Tiberia seguía temblando y debía darle prioridad. Se quedó abrazándola hasta que sus suaves ronquidos le permitieron regresar a su silogismo. Entonces rodó tanto como lo permitía la cama y entrelazó los dedos sobre el estómago. Miró durante lo que parecieron horas la oscuridad del techo, rememorando cada detalle. Y justo cuando pensó que no podría volver a dormirse, cayó rendida.

\* \* \*

Al día siguiente, al despertar, necesitó unos minutos en silencio para asimilar lo que había ocurrido la noche anterior. Una parte de ella trató de convencerla de que había sido un sueño. Pensándolo fríamente, ¿en qué mundo, real o ficticio, se habría colado Edward Hastings en la habitación de las alumnas... y después la habría besado? Esa segunda parte no era la que más extraña le parecía, por raro que pudiera sonar, pero sí era la que le hacía cosquillas en el estómago.

Lo primero que hizo al incorporarse, aún metida en la cama, fue tocarse los labios. Otro motivo por el que aquello podría no haber pasado de verdad, era

el matiz del beso compartido. No es que llevara días fantaseando con el estilo de Edward al besar, pero nunca lo imaginó tan... entregado. Entre otras cosas, porque no era uno de esos caballeros que a simple vista pareciesen apasionados. Esa y otras incongruencias con su personalidad eran las que impedían que Molly creyera a ciegas en lo ocurrido.

Pero entonces miró a su derecha y observó que su prima se vestía en silencio, con un mohín muy gracioso en los labios y el ceño fruncido... Y supo que algo mayor tenía que haber ocurrido para que no se levantara cantando. Algo como que un hombre desconocido la hubiera sacado en volandas de la cama.

—¿Tibey? —la llamó. La muchacha atendió mientras tiraba del lazo de una de sus trenzas—. ¿Puedo hacerte una pregunta extraña?

Tiberia terminó con el segundo lacito y la apuntó con el cepillo.

—Esas suelen ser las que me gusta responder.

Molly revisó que nadie las escuchaba. Las demás iban de un lado a otro, ocupadas con los zapatos o ayudándose unas a otras con los corsés. El caos de conversaciones en voz alta hizo que su pregunta pasara desapercibida.

—Sobre lo que ocurrió ayer...

Tiberia paró el ritmo del cepillado y miró a su prima. Sus grandes ojos azules transmitieron mayúscula sorpresa, y sus mejillas se le tiñeron de un adorable tono rosado.

—¿Ocurrió de verdad? —preguntó en voz baja. Se llevó rápidamente la mano al pecho. Palparlo no fue suficiente. Miró hacia abajo y comprobó que algo no estaba en su sitio—. Oh, Dios mío —balbuceó. Echó un vistazo alrededor, nerviosa, como si temiera que las demás lo supieran—. Ocurrió de verdad.

—Claro que ocurrió. ¿Creías que era un sueño?

Ella se ruborizó más.

—Pues... Sí. —Su barbilla tembló antes de añadir—: Es que he soñado con él durante toda la noche. La parte de la noche que no me robó con sus bobadas,

me refiero.

Retomó el cepillado como si su cabello tuviera alguna culpa. Molly intervino antes de que se quedara calva, arrebatándole el peine con suavidad. La vio tan frustrada de repente, que prefirió dejar el tema. Le pidió disculpas por el miedo que había pasado —aunque ella no tuviese ninguna culpa— y la abrazó hasta que se relajó.

El señor Hastings debería ser quien suplicara su perdón. No había nada ético o gracioso en asaltar a nadie por la noche, y ni mucho menos en robarle y, además, mentirle. ¡Una apuesta! ¿En qué estaría pensando ese amigo suyo? ¿Sería apropiado exigir a Edward que devolviese el colgante, o que al menos se lo entregara a ella para poder hacérselo llegar a Tibey...? Apropiado, desde luego: la muchacha adoraba ese regalo de su padre y se pondría a saltar sobre una pierna si lo devolvía a su lugar. Ahora bien... Sería una manera de revelar que Edward había estado ahí, y eso podría darle problemas. A no ser que ella «lo encontrase de casualidad en el suelo».

Si se le diera bien mentir, sería una idea estupenda.

—¿Qué os queda? —preguntó Beth—. ¿Todavía no estáis vestidas? El desayuno estará en diez minutos, daos prisa.

Molly asintió y se vistió tan rápido como pudo. Cada uno de sus movimientos fue supervisado por Beth que, apoyada en una de las columnas del dormitorio con los brazos cruzados, parecía más una profesora que una alumna. Molly presintió que quería decirle algo y estaba buscando la mejor manera de abordarla.

—Me he enterado de que el marqués de Norbury pidió ayer tu mano —dijo—. ¿Lo has aceptado?

—Todavía no, pero pretendo hacerlo... ¿Por qué?

Molly observó que Beth prolongaba su respuesta. Estaba esperando a que la habitación quedara vacía, a excepción de las dos; hasta que Tiberia no echó a correr detrás de Margaret, no separó los labios.

—¿Qué pasa? —inquirió Molly.

—Anoche te oí —señaló—. Fuisteis muy discretos. Solo por eso no se enteraron las demás, pero sabes que tengo problemas para dormir y... aunque no escuché lo que os decíais, sí que adiviné quién era tu acompañante y lo que pretendía. ¿Qué te traes entre manos con el señor Hastings?

Molly abrió la boca.

—¡Nada! Yo no lo invité a entrar, y él... No lo habría hecho si no hubiera estado borracho.

—Borracho... —La expresión de Beth no revelaba ni uno solo de sus pensamientos—. ¿Y su amigo? También lo estaba, supongo. De no haber reconocido al profesor Hastings, hubiese dado la alarma cuando se llevó a Tibey a la azotea. Pero no quería provocar un escándalo. Estabas en una situación... *delicada*. Claro, cómo no iba a serlo, con el señor Hastings en tu cama... —dejó caer—. Hubiese sido todo muy comprometido.

Molly luchó contra el rubor en vano.

—Desde luego que sí. Te agradezco que no lo hicieras. Su amigo no hizo daño a Tibey, aunque sí que estaba borracho. Pobrecillo. Mi prima lidió con él.

Beth pareció divertida.

—No esperaba menos. Ni tampoco me sorprendió la charla que mantuviste con él, sobre cánones griegos... —Le dio la impresión de que se estaba burlando de ella—. Lo que me hizo creer que todo era un sueño, fue el comportamiento del señor Hastings. Quién lo diría... —Entrelazó las manos a la espalda y se balanceó, con cierto aire inocente.

—¿Verdad? Yo también quedé... asombrada. Si no lo eché fue porque... ¿Recuerdas esa conversación en el trayecto a Londres? Dijiste que la experimentación era clave antes de elegir al indicado, y yo sentía curiosidad.

—Curiosidad —repitió—. Qué forma tan *curiosa* de definirlo.

—¿A qué te refieres?

—A que hay muchos momentos para dejarse llevar por esta... *curiosidad*, y a no ser que se trate de algo más, no se te ocurre experimentar en una

habitación con doce alumnas más —apuntó sabiamente. No la dejó responder —. ¿Vas a expresar lo que sucedió ayer?

—¿En qué sentido?

—No soy tan crédula o inocente para pensar que un hombre quiere casarse con toda mujer a la que abraza; de ser así no solo los musulmanes tendrían varias esposas. Pero creí que podría estar interesado en ti. Contigo se desespera especialmente y lo he cazado mirándote en las clases de baile, no muy orgulloso de sentirse atraído.

Molly fue a desmentir su línea de casualidades, pero no supo por dónde empezar y en su lugar murmuró:

—¿De verdad?

—Es muy discreto. Yo me di cuenta porque sabes que me gusta observar.

—Pero eso no significa nada. También yo le sigo con la mirada y no es porque pretenda casarme con él. Es atractivo y me parece una persona muy interesante, lo que no quita que vaya a aceptar a Norbury. Desde mi punto de vista, no tiene nada que ver una cosa con la otra.

Beth arqueó sus elegantes cejas. Como era típico en ella, terminó ciñéndose a la prudencia. Asintió, sin enjuiciar su visión de las cosas, y cambió de tema.

—Apuesto a que no esperabas recibir una propuesta de matrimonio antes que yo.

Molly esbozó una sonrisa y negó con la cabeza, sabiendo que no lo decía con envidia ni para recordarle que era raro que alguien se fijara en ella. Quedó claro cuando la muchacha se acercó y la envolvió en sus brazos, felicitándola. Fue estando arropada por su amiga que asimiló, por fin, lo sorprendente del hecho. Había sido elegida por un hombre encantador, rico y que no solo respetaba sus aficiones, sino que las compartía. Si creyera en la suerte o supiera mediante qué celebraciones honrarla, haría lo que fuera para agradecerse. Pero como no conocía ningún altar a nombre de la fortuna, siempre podía ir a la iglesia y realizar alguna ofrenda.

Al bajar a desayunar con el resto, pensaba en cómo se las gastaba el

destino, haciéndole pensar que no valía nada para luego otorgarle un regalo como ese.

—¿Tú conociste a alguien interesante? —le preguntó a Beth, mientras descendían por las escaleras—. Te vi bailando con unos cuantos caballeros, a cada cual más atractivo.

Beth encogió un hombro.

—No eran desagradables a la vista, aunque tampoco me robaron el aliento. Su conversación dejaba bastante que desear. O tal vez no. Siento que después de ti, no voy a encontrar a nadie ni remotamente interesante —confesó—. Ninguno pareció por la labor de contarme las diferentes formas de vivir la religión que tenían los bárbaros europeos.

—Ni siquiera a mí se me ocurriría hablar de un tema tan complejo durante un baile. Son más de ocho pueblos bárbaros y las características de sus credos son opuestas. Si tuviera que conquistar a alguien a través de mis conocimientos, no elegiría a los burgundios ni a los francos. Me ceñiría a Napoleón, que es lo único que parece importante desde que ganamos la guerra.

Las carcajadas de Beth se cortaron justo al entrar en el comedor. Se acomodaron en los asientos que podían denominarse suyos, y continuaron la conversación mientras esperaban, con las manos sobre el regazo, a que les sirvieran las viandas.

—Me casaré con el más rico —decía Beth—. Mi padre no se conformaría con menos, y a mí, en realidad, no me importa demasiado. Será lo que él quiera.

Aquel comentario carente de emoción sustrajo un discurso radicalmente diferente de sus recuerdos: Edward lamentando que las mujeres no tuvieran mayor ambición que la de sus progenitores a la hora de casarse y fueran manipuladas desde su nacimiento hasta el fin de sus días. Molly le había dado muchas vueltas desde ese día y, al final, no le quedaba otro remedio que darle toda la razón. Por supuesto, la generalización era espantosa. Margaret no estaba en absoluto interesada en hombres, ni en sus fortunas ni en sus encantos;

Tiberia había decidido que no se iba a casar y que estaba allí aprendiendo a comportarse para, llegado el momento, ser la mejor patrocinadora de Inglaterra. Pero la visión de la mayoría coincidía con la de Beth. Se entregarían al pretendiente mejor considerado por sus familiares, pues al final, las hijas solo eran un instrumento que, siendo optimistas, podía traer honor a la casta, mientras que en el peor de los casos servía para deshonorar el apellido. Todo dependía de las ventajas de sus matrimonios. Beth estaba lista para cumplir con cada una de ellas, y eso llamaba la atención de Molly. Si alguien podía casarse con un hombre que fuera rico, apuesto, amable, respetuoso, inteligente y, para colmo, amarlo, era ella.

—Está bien que desees contentar a tu familia, pero ¿no te has planteado... ver más allá de eso? —inquirió Molly en tono suave—. ¿No te gustaría enamorarte? Tus padres lo están. Son un ejemplo magnífico de la vida que podría esperarte si fueras un poco más exigente.

Beth tragó lo que estaba masticando antes de contestar.

—Es bonito lo que dices. Entiendo que la idea del amor seduzca a las mujeres, después de Shakespeare y un largo etcétera de artistas dedicados al sentimentalismo. Yo no soy así —explicó—. Por supuesto, si me enamorase de alguien, lo dejaría todo por él. Pero dudo que eso fuera a ocurrir. Simplemente, los hombres no me llaman la atención. Reconozco cuándo son inteligentes, divertidos o apasionados, y cuándo me gustaría recibir un beso suyo, pero no les dedico ningún otro pensamiento.

Molly se preguntó si eso se debería a lo mucho que había calado la orden de su padre, o si tenía que ver con la personalidad de su amiga. No era ningún secreto que Beth era inalterable, que no sabía reír de verdad y nunca había llorado, reconocido por ella misma. Tampoco tenía aficiones, no se sentía unida a su familia y, aunque podía sacar el carácter, no lo hacía por placer sino por el deber de reivindicarse cuando algo no le parecía justo. Era como estar en el mundo sin participar en él, algo que se le antojaría triste a Molly si no supiera que Beth, a su manera, estaba cómoda donde se encontraba.



Siguió comiendo en silencio. Apenas levantó la vista del plato, solo cuando algunas alumnas se pusieron a comentar que habían oído ruidos extraños esa noche y tuvieron la impresión de que las visitó un espíritu. La que dio la idea del espíritu fue, naturalmente, Margaret, que fue secundada por Tiberia, a quien le interesaba que asociaran las voces susurradas de su ladrón con algún episodio paranormal. La charla sobre espectros se prolongó más de lo que a Molly le habría gustado, que temía que alguien que también durmiera mal — como Beth— se atreviera a decir la verdad.

Durante la conversación, dirigió una mirada rápida a la mesa de los maestros, que comían a la vez que ellas en su propio comedor, separado del de las alumnas por unas grandes puertas correderas que, por lo general, estaban abiertas de par en par durante el desayuno, dando la impresión de que todo formaba parte de una única habitación.

Observó que Edward no se estaba dando cuenta de nada y estaba entretenido, a su vez, con algo que contaba Lionel haciendo grandes aspavientos. El resto del profesorado escuchaba con una sonrisa y alguna que otra carcajada. Era el sustituto de baile el único que parecía muy lejos de allí.

El corazón se le encogió al recordar los detalles de lo que había pasado. Molly creía que sería inteligente bloquear ese momento para no pasar el día entero reviviéndolo; no le convenía en absoluto distraerse más de lo que ya lo hacía. Sin embargo, intercambiar una mirada con él bastó para que se le subieran los colores y no supiera cómo comportarse. Ayudó que Edward apartase la vista enseguida y volviera a la conversación, también un tanto enrojecido.

Le pareció mil veces más guapo que la última vez que lo había visto a plena luz. Estaba sentado en un lugar muy cercano a la ventana y hacía un día espléndido, de esos en los que el sol podía llegar a quemar; este arrancaba destellos pálidos a su cabello castaño claro. Al llegarle por detrás, la luz proyectaba una sombra de falso bronceado en su rostro, en el que brillaban sus ojos como esmeraldas vivas. Molly no pensó tanto en su belleza sino en su

forma de moverse, en los gestos que le vio hacer al intervenir o comer. Fue como si sintiera los dedos masculinos, de nuevo tecleando su espalda o jugando con su pelo.

Molly exhaló todo el aire contenido y soltó el pedazo de pan que estaba desmigando. Era una de esas cosas que no se veían bien en público: jugar con la comida era de muy mala educación, pero de alguna forma tenía que desahogar sus emociones. Se concentró en su futuro matrimonio, en lord Norbury, en su calidez al hablar con ella... Y recordó que debía ir a la iglesia para darle las gracias al Señor. ¿O debía dárselas al pozo?

Dirigió de nuevo la vista a Edward. Llevaba un atuendo parecido al de Lionel Hastings, que de lejos podría verse idéntico por el detalle que tenían en común: un ramillete de violetas vestía el ojal de sus chaquetas. No era la primera vez que lo colgaban. A Lionel le gustaba llevarlas y Edward se había dejado contagiar, como si ese fuera el verdadero uniforme de profesor, cuando en realidad solo se trataba de una de las muchas galanterías conscientes del titular. Recordó lo que le contó Edward, sobre su criada y las violetas, y la suerte que había tenido en el amor.

Trayendo al presente el relato de Edward, pensó que no habría nada malo en probar suerte también con aquella idea tan bonita. Podía buscar violetas y ofrendárselas a la dama para pedirle que la ayudara con su matrimonio. Estaba claro que en ese pueblo existía la magia. Si funcionaba el pozo de los deseos, ¿cómo no la iba a socorrer la amante del juglar? Le pareció que tenía mucho sentido y decidió en ese mismo momento que, tan pronto como dispusiera de un rato libre, le pediría a Edward que le dijera dónde había conseguido las violetas.

Y que nadie dijera que en realidad era una excusa para acercarse.

\* \* \*

Pasó el día intentando tropezar de casualidad con el señor Hastings, pero este

o bien estaba muy ocupado, o andaba jugando a las escondidas. Ese miércoles no estaba programada ninguna clase de baile: tal vez se había tomado el día libre para pasear por el pueblo, o visitar a alguno de sus amigos de la infancia. Fuera cual fuese el motivo de su repentina desaparición, Molly se aferró a que dormiría esa noche en la casa, momento en el que podría abordarlo. Y no es que estuviera muy bien visto pedirle un favor a un hombre en su dormitorio. Si la señorita Sherman se enterase de que estaba montando guardia delante de su puerta, la cogería de las orejas y la ataría a una silla para que no volviera a repetirse. Por fortuna, se veía mucho peor de lo que era. Lo único que quería era su ramillete de violetas. Peores cosas le había pedido... Y por esas sí que merecería que la atornillasen a la pared

Parecía que portarse mal era como meter la mano en un tarro de dulces. Una vez se empezaba, no se podía parar. ¿Sería por el placer de desobedecer las normas? Imposible. Olvidar sus modales delante del señor Hastings le aportaba una satisfacción distinta a la de comportarse con rebeldía. Entre otras cosas, porque Molly no era una muchacha díscola como Margaret, ni le gustaban tanto las tareas de hombre o cometer faltas de educación como a Tiberia. Lo que le pasaba con él era diferente. No se saltaba las normas por gusto, sino sin querer. Esa falta de contención delante de él le producía una comodidad parecida a la de andar descalza por casa. Y no sabía hasta qué punto era bueno. O hasta qué punto... era malo.

En esas estuvo pensando durante un buen rato, hasta que el reloj marcó una hora tardía y Molly dedujo que Edward no dormiría allí. Nadie le había dicho que eso fuera a ser así, cuando el profesorado acostumbraba a avisar a las muchachas de las ausencias. Más que nada para que ninguna se quedase con cara de estúpida después de buscar al susodicho o susodicha por toda la casa, para hacer una consulta de algún tipo. Justo como ella.

Se preguntó dónde estaría. Imaginarlo haciendo una visita a sus viejas amistades había sido un pensamiento inocente, una cortesía que no cuadraba con la personalidad de Edward: ¿cómo iba él a compartir su tiempo con

alguien... voluntariamente? A no ser que tuviera que ver con otro tipo de compañía. Una que no fuera famosa por su palique, sino por unos encantos más visuales.

Molly no se dio cuenta de que fruncía el ceño. A esas horas, los hombres iban a beber o a buscar a sus queridas. Teniendo en cuenta la cantidad de alcohol que Edward había ingerido ayer, y la palidez enfermiza de esa mañana —culpa de la resaca—, pensó que la primera opción estaba descartada. ¿Estaría pagando por una cortesana? Si no dormía allí, pasaría la noche con alguien, y eso era lo único que se le ocurría. Solo que... prefería no imaginárselo con otra mujer.

«¿Cómo que *otra* mujer? Que tú sepas, no existe *una* mujer en su vida para hablar de esta en términos de segundona», pensó. Oh, pero sí que la había. La joven con la que estuvo prometido. ¿Qué habría pasado? ¿Cómo se enteró de que estaba enamorada de otro? ¿Rompieron su compromiso de forma amigable?

¿Y qué le importaba a ella?

Después de meditarlo, cosa que no hacía mucho en los últimos días, Molly giró el pomo de la puerta y se internó en su habitación. Con suerte se habría cambiado de chaqueta —dejando así el ramillete en la habitación— para reunirse con la mujer; no querría que su uniforme oliese a perfume barato al día siguiente. Daría muy mala imagen. Aunque Molly no sabía por qué. Todos se echaban las manos a la cabeza si decía la palabra «prostituta», cuando los términos de la prostitución aparecían hasta en la Biblia —en el capítulo veintitrés, escrito por Ezequiel, si no recordaba mal—, y encima era el trabajo más antiguo del mundo. Solo por eso merecía un respeto. Además de que era obvio que todos recurrían a sus entregadas y laboriosas empleadas. Negarse a pronunciar su nombre sería hasta de mala educación...

—¿Se puede saber qué diantres hace aquí, señorita Seymour?

Molly dio un respingo. No le había dado tiempo a meter la mano en el montón de ropa apilada sobre la cama, pero Edward la estaba mirando desde

la puerta, como si la hubiese pillado invocando a Satanás. Menuda aparición fantasmal.

—Estaba buscando su ramillete de violetas.

Edward abrió la boca para decir algo a lo que al final no le encontró sentido. Molly tuvo la impresión de que ninguna réplica le parecía lo bastante buena para contestar a aquel sinsentido.

—¿Ahora las violetas crecen bajo mi colchón y no me he enterado?

—No estaba rebuscando bajo su colchón, señor Hastings, y de todos modos no se me habría ocurrido buscar ahí. Sé que es donde se esconde el dinero y eso no me interesa.

—Malas noticias para usted; si robar dinero hubiera sido su objetivo, no habría encontrado ni un penique. Prefiero poner el dinero a buen recaudo. ¿Querría decirme por qué buscaba un ramillete en mi habitación?

—Porque no sé dónde crecen las violetas en este pueblo y las necesito.

—¿Y no se le ha ocurrido preguntarme, antes de infiltrarse aquí?

—Por supuesto, esta era mi última opción. Pero no aparecía, así que supuse que dormiría en brazos de otra mujer y no podía esperar a mañana... En brazos de una mujer, perdón. *Una* mujer —recalcó.

Edward no apreció la corrección.

—¿Dormir con una mujer?

—Cuando el otro señor Hastings no duerme aquí, es porque pasa la noche acompañado.

—¿Y le parece que me parezco en algo al otro señor Hastings? —suspiró, hastiado—. No importa. ¿Necesita las violetas para alguna especie de ritual, o va a encontrarse con alguien a la luz de la luna?

—Las dos cosas, aunque me da la sensación de que la Dama Blanca es un poco tímida. No espero que salga a saludarme. Pero me vale con que acepte mi ofrenda y me dé buena suerte.

Edward la miraba como hacía durante sus soliloquios inesperados y no muy bienvenidos. Dicho de otra manera... como si le faltara un tornillo. A Molly le

dio igual. Estaba acostumbrada a ese tipo de caras extrañas y la de Edward no era la peor. Todo lo contrario. Entre esa extrañeza siempre había un punto de curiosidad, y la curiosidad era lo mejor que se le podía ofrecer a alguien como ella: era sinónimo de una oportunidad para expresar sus pensamientos, sabiendo que sería escuchada.

—Pensé que una mente como la suya se negaría a adoptar las fabulaciones de una mujer fantasiosa.

—Solo hay una forma de averiguar si algo de eso es cierto, ¿no cree? Tampoco creía en los pozos de los deseos y no me ha ido tan mal. Recibí una propuesta de matrimonio en Londres.

Edward levantó las cejas. Si hubiera apreciado la más mínima sorpresa en su expresión, no se lo habría tomado muy bien. Pero no era asombro, sino... ¿Molestia?

—¿De parte de quién, si puede saberse?

—Del marqués de Norbury.

—¿A eso lo llama buena suerte?

—Bueno, convendrá conmigo en que los marqueses se fijan en señoritas con padres excéntricos en muy raras ocasiones. Fue mucho más que suerte. Fue... un milagro.

—No sé si debería poner la propuesta de Matusalén al mismo nivel que las bodas de Caná, sabionda. Pero ahora entiendo por qué desea acudir a la Dama Blanca. Quiere que la ayude a deshacer el despropósito del pozo.

—¡No! Quiero que me dé suerte.

—Porque sabe que no la ha tenido con su proposición.

—También darle gracias porque la he... Mejor dejemos la conversación y el trato formal. ¿Me vas a dar tu ramillete? No sé a qué hora se aparece esta señora, pero no la quiero molestar mientras está durmiendo.

Pensó que le haría sonreír con el comentario. Todo lo contrario. Decir que Edward estaba de mal humor sería desaprovechar la estupenda oportunidad de ser más concreto, puesto que siempre lo estaba. Más bien parecía enfadado.

No de una forma ruidosa, como cuando su padre se equivocaba haciendo las mayúsculas góticas de las traducciones y debía volver a empezar; quería llevarlo con discreción.

Lamentablemente no le salía.

Iba a preguntar qué andaba mal, cuando él estiró el brazo hacia la mesilla de noche y sacó las violetas de un vaso de agua. A pesar de llevar todo el día fuera, no estaban del todo mustias. Aún conservaban su suavidad y característico perfume.

—¿Cuándo vas a ir?

—Ahora.

—¿Ahora? ¿Tienes permiso de la directora, o vas con alguna doncella?

—No. Sé que no es correcto, pero pretendo ir sola. Ni siquiera he dicho nada a mis amigas, y no sé cómo reaccionarían si les dijera que pretendo alabarla.

—Seguro que como las personas normales, diciéndote que estás loca de remate. Todo lo relativo a las violetas y los deseos es una invención que bebe de una simple leyenda.

—Ha sonado como si hubieras repetido muchas veces esa frase.

—Ni te lo imaginas —murmuró—. Te acompañaré a que dejes las violetas. Sabe Dios a qué clase de demente te puedes encontrar por allí a estas horas. En cuanto lo hagas, volveremos y te meterás en la cama, ¿de acuerdo?

—¿Me estás diciendo que es más peligroso el lago que mi habitación? Porque se me ocurre una anécdota muy interesante y reciente que puede desmentir tu teoría. Verás, anoche...

—Anoche no corriste ningún peligro —rezongó él al instante. Enfiló hacia la puerta con los hombros rígidos y le hizo un gesto para que saliera, como si cambiar de escenario fuera a poner fin a la conversación.

—Tal vez yo no, pero se ha reportado un robo y la víctima está bastante descontenta.

—¿Serías tan amable de esperar a que estuviéramos... fuera de la casa? —

masculó Edward, con la vista al frente. Era difícil saberlo bajo la luz amarillenta de las lámparas del pasillo, pero parecía que se hubiera ruborizado—. Lo discutiremos cuando hayamos reducido las posibilidades de que nos escuchen.

—¿Crees que tu posición corre peligro si se llegara a saber que...?

—¿Y tú qué crees, sabionda?

Ella creía que no se le ocurriría expulsarlo después de haberle dado su primer beso. Sería una injusticia, sobre todo porque le había gustado. Si no hubiera sido así, a lo mejor...

No respondió. En su lugar, lo siguió.

Todo el mundo se estaba preparando para ir a dormir. Aun así, Lionel Hastings los cazó en la cocina, a la que accedieron para salir del edificio por la puerta trasera. Estaba flirteando, cómo no, con Daisy Martin, una ayudante de cocina de grandes ojos grises; era la que quedaba allí, encargándose de recoger los cacharros. Edward explicó su paseo diciendo que Molly había acudido a él porque necesitaba un remedio para el dolor de cabeza, y que, en cuanto se encontrase mejor, volvería al dormitorio con las demás. Si se lo creyó o no, fue lo de menos. Se interesó por su salud y luego salió sin hacer más preguntas. Daisy los interrumpió ofreciendo los polvos para la neuralgia, que Molly agradeció. En cuanto volvió a concentrarse en sus quehaceres, los dos salieron sin hacer ruido.

Una vez dejaron de percibir el calor de Minstrel House, Edward se detuvo para señalar el sendero y retomar la conversación. Lo hizo mirándola con seriedad.

La lámpara de mano que se había agenciado sin preguntar arrancó destellos rojizos a su cabellera.

—¿De qué robo estás hablando?

—Parece ser que tu amigo el marqués es muy travieso. Tiberia asegura que se llevó su colgante. Quería tener una excusa para volver a verla. ¿No te lo crees?



—Por supuesto que me lo creo —masculló, poniendo los ojos en blanco—. Clive se ha marchado ya a Londres, pero pretendo encontrarme con él la semana que viene. Le exigiré que me lo devuelva. ¿Qué aspecto tiene la joya?

—Es una cadena de plata, de la que cuelga una lágrima del tamaño de una nuez. Si se gira el tornillo de un extremo, se abre y aparece una miniatura. Un retrato familiar. Tibey le tiene un aprecio especial. Estará muy agradecida si vuelve a tenerlo en su poder. De todos modos, ¿para qué necesitas una descripción?

—Porque probablemente deberé robarla —suspiró. Hizo un gesto hacia delante, animando a iniciar la marcha—. Clive es más terco que una mula, y si se le ha metido en la cabeza que ese es su pretexto para ver a tu prima... Nadie se lo va a quitar. Ni de la cabeza, ni de su poder.

—No creo que sea solo culpa del marqués. Si se pudo colar en la habitación fue gracias a ti.

—Descuida, sabionda, estoy cumpliendo mi penitencia.

—No hace falta que lleves a cabo la penitencia al completo, solo quería apelar a la primera etapa: el examen de conciencia. ¿Sabías lo que estabas haciendo?

—Pues claro que no. Había bebido —bufó—. ¿Y qué otras etapas tiene esa penitencia?

—El acto de contrición, la confesión al sacerdote, la penitencia y la absolución. Aunque no estoy segura de que la tercera se lleve a cabo en la iglesia anglicana, por todo eso de que solo Dios puede darnos el perdón, y no un cura en un confesionario.

—En este caso creo que al último al que tengo que pedirle disculpas es al Todopoderoso. No fue en su cama en la que me metí... Con perdón por la blasfemia.

Molly se ruborizó. Y ya que estaba, tropezó también. Como si Edward lo hubiera visto venir, la cogió del brazo. En lugar de soltarla para que encontrase su camino ella sola, la sostuvo contra su costado.

—Me he dado cuenta de que eres bastante menos torpe cuando no ves por dónde vas. ¿Tiene alguna explicación?

—¿Lógica? No lo creo. Pero debe haberla. Siempre hay una explicación. Sobre tu penitencia... Por mí no te preocupes. No me pareció desagradable. Fue instructivo, hasta cierto punto. Y práctico. Tarde o temprano dormiré con un hombre a mi lado, ¿no es así? Dormiré... y otras cosas.

—*Otras cosas* —repitió—. ¿Dónde ha quedado tu elocuencia?

—No quería ser explícita, por si te impresionaba demasiado.

Edward exhaló, simulando una carcajada.

—Qué considerada —se burló—. Si algo saqué en claro anoche de lo que dijiste, es que no acumulas gran conocimiento respecto a esas *otras cosas*.

—Nunca ha sido por falta de interés. Mi padre escondía los manuales de anatomía y la poesía erótica para no corromper mi mente. Aunque los primeros los conseguí leer.

—No está nada mal para un hombre que, según tú misma, no tenía idea de cómo convertir a su hija en una dama. Alentarla a olvidarse de los tópicos de la lujuria fue un paso en la dirección apropiada.

—Cuando tenía doce años, sí, pero... ¿A qué coste? Ahora no sé nada, y si me casara con lord Norbury... No sabría qué hacer durante la noche de bodas.

«¿Otra vez hablando de temas inapropiados? Romola Seymour, basta ya».

Lo que molestó a Edward no tuvo nada que ver con su desahogo al contestar. No pudo ver cómo la miraba, porque la luz estaba muy lejos de su rostro, pero lo dedujo por su tono crispado.

—No estarás pensando en serio en aceptar su propuesta.

Molly abrió la boca para decir la verdad. Sí, por supuesto que se lo estaba planteando. ¿Por qué no? Era un gran candidato. Esa habría sido una defensa magnífica, que, pronunciada con tono firme y adecuado, habría desterrado sus dudas e impedido que la increpase otra vez. Pero lo que respondió fue muy distinto.

—Aún no le he rechazado.

—Lo harás, ¿no?

—Claro —murmuró—. Ya hemos llegado, ¿no? Estoy pisando piedrecitas.

Edward se detuvo porque, en efecto, acababan de llegar al lago.

Se sintió mal por no haber dicho la verdad. No tenía ningún motivo para mentir. Edward no era nada suyo, no lo estaba engañando, y a él no le importaría con quién pasara su futuro. Sin embargo, tampoco le pareció apropiado soltar de repente, y después de haberlo besado la noche anterior, que esa mañana había decidido que se casaría. Era muy poco probable que viese con buenos ojos su afán de experimentación, aunque eso tampoco quería decir que para él hubiese tenido alguna significancia trascendental... ¿A cuántas mujeres habría besado Edward Hastings, para empezar?

Recordar la noche anterior la desequilibró un poco. Fue una suerte que él la estuviera sosteniendo, y también que la oscuridad ocultase su sonrojo. No era una muchacha vergonzosa, pero quiso aprovechar que no podía verla para preguntar:

—¿No vamos a mencionar... lo que pasó? No entre el marqués y mi prima, sino lo *otro*.

—¿Hay algo que decir sobre eso? No me parece un hecho que se preste a disección.

—Pero sí a un intercambio de opiniones. No estuvo mal, ¿no?

Breve silencio.

—No.

—Gracias. Es un alivio saber que, pese a estar tan poco formada, no hice el ridículo.

—Creo que para ese tipo de... encuentros, no hace falta ser inteligente o culto. Más bien talentoso y ágil.

—Pues yo, lo de la agilidad lo llevo suspenso. Quizá pudieras enseñarme a mejorar en ese aspecto. No dejas de ser un profesor de baile, y estuvo prometido.

Hubo otro silencio, este bastante más largo.

—¿A qué diablos te estás refiriendo, Romola? —masculló—. Lo que ocurrió... No se va a repetir. Tú misma lo has dicho. Soy tu profesor... *de baile*. No voy a cambiar mis lecciones por otras en las que no estoy versado. Haber estado prometido no me convierte en el dios del amor, por Cristo... ¿Y tú no tenías que hacer una ofrenda? —agregó, con voz aguda.

Molly parpadeó una vez.

—¿Te has puesto nervioso?

—Me ha dejado sorprendido que creas que... Estaba borracho —le recordó—. No se me habría ocurrido ponerte un dedo encima de no ser así.

—No sé si tomarme eso como que el alcohol te hizo verme atractiva, cuando generalmente te parezco abominable, o solo te animó a desinhibirte. Si es lo primero, preferiría que no me lo dijeras.

—El silencio me habría delatado, aunque no hubiese hablado —apuntó con perspicacia—. Y es más bien lo segundo. Yo no... hago esas locuras.

—¿Te refieres a besar a una mujer?

—Sí.

—Tuviste que besar a tu prometida.

—Solo un par de veces.

—¿Qué?

—Lo sé, soy el animal mitológico de Inglaterra: el hombre que no manosea a su mujer las semanas previas a la boda.

—Debe haber sido por tu educación —dijo ella enseguida, comprendiendo que el asunto le irritaba—. Te enseñaron a ser un caballero, ¿no?

—Sí y no. Partiendo de que ser un caballero no conlleva la inmunidad ante encantos femeninos, mi madre no me enseñó a ser contenido. Ni mucho menos. Formaba una pareja curiosa con mi padre, porque daba la casualidad de que se querían y lo demostraban en público. Debería haber heredado esa facilidad para acercarme a las mujeres, para atreverme a expresar mis... —Su voz se apagó. Molly observó que dejaba la luz a sus pies, entre las piedrecitas del lago, y se sentaba—. Ni siquiera sé qué hago hablando de esto. Ve a decirle a

tu Dama Blanca lo que quieras. Estaré aquí.

Molly se quedó mirándolo en silencio. La forma en que pronunció la palabra «madre» había conseguido hacerle daño incluso a ella. Había desprecio forzado en su tono, enmudeciendo solo parcialmente el verdadero, evidente e incondicional cariño que sentía por sus familiares. Le sonaba ese tipo de rabia. Era propia de los no quieren dejar ir a una persona, pese al sufrimiento que les acarrea aferrarse a ellos. Les llevaba a la infelicidad más absoluta porque se juntaban dos males. El de lo inevitable y el de la continua reincidencia.

—Yo nunca conocí a mi madre —contó Molly—. Murió al dar a luz. Mi padre nunca me echó la culpa; todo lo contrario. Suele decir que el precio de que nazca una estrella es que otra se apague. No lo parece, pero Alfred Seymour es un adulator.

Edward no respondió enseguida.

—Es una bonita forma de verlo. Bonita... y sana —apuntó con voz suave.

—Lo malo es que yo sí que me he culpado muchas veces. Mi madre era inteligente, guapa y dicharachera. A menudo siento que no mereció la pena que diera su vida por mí. Si tuviera su mismo valor, tal vez, pero soy muy inferior. A la vista está que la señora Seymour era única: mi padre no pudo encontrar a otra igual. —Se sentó al lado de Edward, con cuidado de recoger la falda por detrás—. Creo que haber disfrutado a tus padres es un privilegio, y deberías verlo así, aunque sea por los que no lo pudieron gozar.

Edward no contestó sobre la marcha.

—¿Qué te parece peor? ¿Tener una vida en la que nunca has conocido los privilegios, arropado por la mentira de que no puedes ir a mejor, o tenerlos para que te los arrebaten de repente y tengas que vivir sabiendo lo que has perdido?

Molly no necesitó mucho tiempo de meditación.

—Lo primero es más injusto. Lo segundo es más doloroso.

—Así es. A veces me duele tanto recordarlos que pienso que hubiera

preferido nacer huérfano.

Ella ladeó la cabeza aun cuando sería imposible verle la cara.

—No sé cómo rebatir eso.

—Pues imagínate lo mal que estamos —dijo entre dientes, con una risilla sin humor.

—Creo que no es comparable el dolor de perder que el de imaginar cómo podría haber sido —señaló—. Pero puedo ofrecerte dos de los remedios para la felicidad de Epicuro: el *Tetrapharmakos*, en griego.

—¿También lees filosofía clásica?

—Técnicamente, es un autor de la corriente helenística, como los estoicos o los escépticos. Clásicos eran Sócrates, Platón, Aristóteles, los sofistas, por citarte algunos. Aunque es cierto que nos solemos referir a la época de esplendor griega como «clásico» en general...

—Gracias por la puntualización —cortó—. ¿Y de qué va eso?

Molly hizo memoria para recordar qué había dicho antes.

—Oh, sí... Pues verás. De los cuatro remedios, el segundo explicaba que no hay que temer a la muerte, pues esta es «la ausencia de dolor» y eso significa que los muertos están libres de todo sufrimiento. Hay que tener en cuenta que, para los epicúreos, seguidores de esta línea de pensamiento, las pasiones no se veían con buenos ojos... Así que, para ellos, no sentir nada no era para tanto. Para algunos podría ser terrible... Pero no para ti, porque tú darías cualquier cosa por no sentir nada, ¿verdad?

—A veces, sí.

—Puede ser un consuelo —continuó— Allá donde están, no sufren los males del mundo.

»El otro dice que no merece la pena preocuparse por el dolor, ni temerlo. Si es breve, pasará rápido y será soportable. En el mejor de los casos, nos fortalece. Y si es intenso y prolongado en el tiempo, llegará un momento en el que los sentidos se embotarán y dejaremos de percibirlo. Para mí es el fármaco menos pensado; seguro que Epicuro estaba cansado y dijo lo primero

que le vino a la cabeza. Aunque no por eso carece de lógica. Viene a decir que, si tu problema tiene solución, no debes preocuparte. Y si no la tiene... tampoco.

Edward soltó una carcajada lacónica.

—No están mal, pero no creo que me vaya a servir. Hay que ser muy racional y tener una gran fuerza de voluntad para superar ciertas pérdidas.

Molly se devanó los sesos pensando en una manera de convencerlo de que eso no era verdad. Sin embargo, escapaba a su razón cómo ayudarlo en ese aspecto. Ella no había sufrido la muerte de un familiar a su nivel. ¿Sería necesario compartir vivencias con la otra persona para saber cómo consolarla, o bastaba con estar a su disposición y ofrecerle consuelo?

En esas andaba pensando cuando una melodía llenó la orilla. La arrastraba el viento desde el acceso al bosque, y era tan sutil que le costó convencerse de que no sonaba en su cabeza.

Molly elevó la cabeza y miró por encima del hombro, como si así fuera a escuchar mejor. Al ver —o más bien presentir— que Edward la imitaba, dedujo que no era fruto de su imaginación. Había alguien tocando música en el bosque.

Se le paró el corazón al recordar la parte de la leyenda relacionada con música en el bosque. O lo que decía la madre de Edward, sobre una canción mágica.

—¿Lo estás oyendo? —preguntó ella, aun sabiendo la respuesta. Agarró la lámpara a tiempo para ver cómo él asentía, casi sin pestañear—. Suena como si fuera...

—Un laúd. Lo reconocería en cualquier parte, aunque ya no se usen en orquesta.

—¿Crees que puede ser...?

—¿Qué? Claro que no. Vendrá de la posada.

—No, la posada está demasiado lejos. Edward... A no ser que las hadas estén montando una fiesta, no me imagino a nadie tocando un laúd en medio

del bosque, solo por amor al arte.

—Es más creíble que sea el espíritu de un juglar del Medievo, ¿no? ¿Es eso lo que pretendes decirme? Hay muchos locos en Minstrel Valley, que no te sorprenda. De todos modos... —añadió, mordiéndose el labio.

—¿Qué?

—Me impresiona que sea un laúd, cuando siempre se ha hablado de una flauta.

Molly se sorprendió.

—¿Se ha hablado de una flauta?

—Sí. Hace ya unos cuantos años desde que apareció el primer local gritando que había oído una melodía a flauta en el bosque. Muchos otros han asegurado escuchar lo mismo.

—Se habrá cansado y ahora tocará el laúd.

—Por supuesto —ironizó—, porque lo normal en un pueblo es que la gente sea instruida en el arte de varios instrumentos... ¡Eh! ¿Qué haces? ¿A dónde crees que vas?

—A investigar, claro —exclamó ella, palmeándose el vestido. Sonrió satisfecha por no haber tropezado al incorporarse en la oscuridad—. Vamos, ¿qué tienes que perder?

—La dignidad, por ponerte un ejemplo. El tiempo, si quieres que siga... E incluso la vida, si me pongo apocalíptico. Un tropiezo con el tronco de un árbol y mañana encuentran mis sesos desparramados en medio del bosque.

—No creo, los carroñeros se los comerían antes de que se enfriasen.

—¿También eres experta naturalista?

—¿Me vas a dejar sola?

Edward siseó una maldición. *Justo en la caballerosidad*. De vez en cuando no venía mal que los hombres tuvieran ese lamentable sentido del deber hacia el bienestar del género femenino. Servía como excelente chantaje.

—¿Te da miedo el bosque? —dudó.

—¿Bromeas? Me conozco esta porción de naturaleza como la palma de mi



mano, sabionda —replicó, orgulloso. Se incorporó al fin y le quitó la lamparilla—. No habíamos venido hasta aquí para eso...

—Lo sé, pero ¿es que no sientes curiosidad por conocer quién sea el músico? Se nota que sabe lo que está haciendo, suena precioso.

No esperó a que Edward volviera a refunfuñar y, poniendo toda su fe y empeño en que no tropezarse por no ver tres en un burro, emprendió la marcha hacia el bosque. Él la siguió muy de cerca, pero sin suspirar ni poner mayor resistencia. Que hubiera decidido no plantear más trabas le llamó la atención; buscó su mirada para intentar averiguar qué estaba pensando. No le sorprendió percibir que también se moría de la curiosidad.

Nada más se internaron en el bosque, Edward susurró:

—¿Y a ti? ¿No te da miedo la naturaleza?

—Es de sabios respetarla —contestó en el mismo tono, emocionada por la expectativa. Conforme más avanzaban, mejor se oía la melodía—, pero no tengo miedo de lo que pueda pasar. Distinto sería si fuera el bosque del Amazonas. Mi abuelo estuvo allí y por poco no lo contó... Creo que viene de la derecha.

Edward torció para el lado que le había señalado.

—Y... ¿no te da miedo estar a solas conmigo? —inquirió, esta vez con una nota de preocupación.

Molly arrugó el ceño.

—¿Por qué lo dices? ¿Por lo de anoche? Tú mismo dijiste que no corrí peligro en ningún momento.

—Y estaba siendo sincero —aseveró—. Pero tal vez te asusté.

—Entonces pídemelas disculpas y se acabó. Además, convenimos en que no iba a ocurrir de nuevo, ¿no es cierto?

—Por supuesto que no. Aquello fue indecente...

—Estoy de acuerdo. Muy inapropiado. No me gustaría que se repitiese.

—A mí tampoco —atajó, rápido. Molly se dio cuenta de que no lo había procesado, porque añadió, molesto—: Espera... ¿Por qué no?

—Porque la primera vez puedes librarte del castigo, pero la segunda... Es menos probable. Y sería contraindicado. No me gustaría que la señorita Sherman se enterase de esto.

—Ni a ti ni a nadie.

—Pero en otras circunstancias... —empezó.

—Parece que viene de allí, ¿no?

Molly dejó correr la oportunidad de sincerarse y aguzó el oído. Se oía como si estuvieran muy cerca, pero el eco no ayudaba a averiguar su ubicación exacta; hacía que las notas resonaran a lo largo y ancho del espacio. De todos modos, no había nadie alrededor. Edward levantó la lámpara e iluminó cada punto cardinal a su altura. La luz era demasiado escasa. Molly empezó a ponderar que la melodía la estuviera tocando un fantasma. Seguían estando solos y no se le ocurría ninguna otra explicación lógica.

—¿Por qué te has quedado parado? Si continuamos, podremos encontrarlo.

Se topó con que la expresión habitualmente infranqueable de Edward había mudado a otra muy distinta y contrapuesta. El perfil de su rostro recogía una ilusión irreprimible, combinada con la concentración y una emoción mayor que no supo definir. Tal vez... ¿Reconocimiento?

No se le ocurrió volver a insistir en retomar la búsqueda y se detuvo junto a él.

—¿Edward? ¿En qué piensas? —preguntó en voz muy baja.

—La canción. Es verdad que suena preciosa, pero hay algo más.

—¿El qué?

Edward no contestó, supuso que porque prefería dejar correr las notas. Molly sabía muy poco de música. Su padre no es que fuera un fanático, y ella prefería no burlarse de su oído poniéndolo a prueba. Aun así, le dio la impresión de que había un estribillo.

—¿Edward? —llamó, al ver que no contestaba.

Pero él se había sumido en la melodía y ya no le prestaba atención. Molly pensó en lo que le había dicho Edward, aquella idea de su madre, de una

posible magia en una canción de amor. En el remoto caso de que fuera cierta, no había dicho que fuese hipnótica... Partiendo de que no le parecía que hubiera ninguna lógica o realismo en lo que estaba sucediendo. Los duendes no eran una posibilidad a tener en cuenta. ¿Y si había alguien debajo de la tierra?

—Edw...

Se quedó a medias. Al volver a mirarlo, comprendió que le importaba un ardite de dónde viniera la música: lo que le tenía ensimismado era que estuviera sonando, no su intérprete, ni su creador, ni el lugar de donde procediese. Y no solo ensimismado. Molly borró el nombre de su boca porque lo vio emocionado, por primera vez desde que lo conocía. Respiraba artificialmente y había un brillo especial en sus ojos, de la misma categoría mágica que lo que acontecía. El señor Seymour le había relatado a Molly cientos de experiencias paranormales, protagonizadas en su mayoría por amigos y personajes excéntricos con los que había tropezado en sus viajes. Ella las escuchaba entretenida, sabiendo que no eran más que cuentos. Pero ya no estaba tan segura. Solo la verdad podía emocionar a un hombre que vivía en el desengaño.

Molly decidió no añadir nada. Cerró los ojos y esperó que la música hiciera la misma mella en ella que parecía hacer en él. Pero había quienes no estaban hechos para esa clase de sutilezas, que no se dejaban embriagar por la belleza del arte. Si lo apreció, fue porque Edward ladeó la cabeza y esbozó una sonrisa tímida.

—¿Te importa que nos quedemos... un poco más?

Fue a preguntarle si se veía capaz de descifrar las notas que estaba tocando, pero la vulnerabilidad de su expresión le robó las palabras. No le sorprendía tanto que la música fuera su punto débil, si a fin de cuentas se había dedicado a ella desde muy joven... Fue que, por fin, aparentara la edad que tenía. La emoción borró de su rostro la amargura que le hacía parecer mayor.

No debía tener más de veintitrés.

—No, claro —murmuró, cohibida de repente.

No se le ocurrió pensar que en Minstrel House estarían buscándola por todas partes y, si no regresaba a una hora decente, el pueblo entero saldría con antorchas a peinar la zona.

No se le ocurrió... Y eso que solía tener cubiertas todas las posibilidades.

## Capítulo 7

Como era natural, Molly fue reprendida al día siguiente por escapar de la escuela. Fue interrogada hasta la saciedad por la profesora de turno y castigada por la directora, que bastantes faltas de asistencia había tolerado ya para permitir que las alumnas se dispersaran por el bosque a altas horas de la noche. Eso fue lo que Edward supo de la boca de Lionel, que estuvo presente en las regañinas y escuchó la explicación que Molly dio para aplacar a sus mayores. Por lo visto, al profesor de baile titular le parecía una ricura por haber marchado al lago *sola y sin compañía* —eso lo recalcó mirando a su sobrino con las cejas arriba—, solo para solicitar la asistencia de la Dama Blanca. Claro que eso lo encontraba encantador él, quien era un fiel seguidor de la leyenda e iba pregonándola por ahí como si hubiera sido el inventor; a los demás no les pareció tan divertido, y a Edward al que menos. Si Molly había sido castigada de alguna forma, no iba a decir que no se lo perdonaría nunca, pero, como mínimo, le debería una disculpa. Una cosa era que a ella se le hubiese ocurrido invocar a un espíritu, y otra que él se hubiera quedado embobado por una melodía supuestamente mágica.

Tan embobado que no pudo concentrarse en toda la noche —aunque en parte, eso fue culpa de Molly y su voz envolvente, acompañándolo a través de las sombras—, ni en todo el día siguiente. No dejaba de pensar en la melodía que, pese a no ser del todo pegadiza, reproducía sin cesar para sus adentros. Desde que se sentó con la muchacha a su lado para paladear las notas,

empezaron a cosquillearle las puntas de los dedos, como cuando era un crío y se acercaba la hora de sus clases de piano. De niño no medía las jornadas por las posiciones del sol: era más original dividiéndolas en momentos en los que había música y momentos en los que no. Por asociación, los primeros serían el día y los segundos serían la noche, y en parte por ese motivo llevaba viviendo en la oscuridad desde que la inspiración lo abandonó. No era que por una canción mágica y que parecía fruto de sus fantasías infantiles fuera a recuperar su don. Seguía sin verse pasando los dedos por las teclas del piano. Pero se sentía responsable de lo que había oído. Le mataba la curiosidad. Y, por encima de eso, quería volver a escucharla por los hermosos sentimientos que tuvieron lugar en él durante la canción. Los que aparecieron como novedad y los que renacieron. Edward habría llegado a las lágrimas atendiendo a los compases si no hubiera tenido compañía, y si dicha compañía no se hubiese llamado Romola. No creía en sus fármacos para obtener la felicidad, pero sí creía en el optimismo, naturalidad y franqueza que ella representaba. Y eso era suficiente para que, por un rato, se sintiera menos miserable. Había reído más con esa muchacha en las últimas dos semanas que en los lamentables tres años que llevaba bloqueado. En su compañía podían surgir comentarios de mal gusto, mas no la tristeza, no la desesperación y, definitivamente, no las lágrimas.

Había estado pensando largo y tendido en lo sucedido esa noche y tenía varias teorías, a cada cual más rocambolesca que la anterior. Ante todo, Edward estaba extasiado y feliz por el honor concedido. Fuera quien fuese el intérprete, era muy bueno, y la canción, mejor todavía. Pero después de la ilusión, venían las preguntas. ¿Quién, por qué, desde cuándo...? Se había resistido a creer, con garras y dientes, que el artista pudiera tener algo que ver con el juglar y su melodía de enamorado. No obstante, la lógica de Molly y las estupideces que llevaba escuchando desde que vestía pantalón corto, además de la falta de otras teorías a considerar, le llevaban al mismo punto. ¿Acaso era posible? ¿Era la canción que buscaba de adolescente, con la que soñaba,

de la que su madre hablaba tanto...?

Una vez en la cama y con la cabeza hinchada de tanto pensar, decidió que se lo creería. Suponiendo que fuera de la autoría del juglar, debían existir unas partituras. Porque por supuesto que no iba a confiar en que la estaba tocando su creador. De aceptar la existencia de una canción épica a confirmar leyendas paranormales, había un largo camino que no estaba dispuesto a recorrer. La pregunta después de eso era de dónde las habría sacado el susodicho, cómo las tradujo —la notación musical había evolucionado bastante en los últimos cuatro siglos— y qué diablos hacía en el bosque por la noche. Además de, claro estaba, cómo hizo para volverse invisible. Los asuntos de hechicería prefería dejarlos para más adelante, cuando tuviera el cuerpo para afrontar determinadas prácticas nigrománticas.

No solo estuvo dándole vueltas en la cama, sino que durante la clase de baile del sábado no se pudo concentrar y Lionel lo tuvo que licenciar para que no acabara encima de una muchacha. Edward no supo cómo defenderse sin alegar que, dado que Molly no asistió a la lección por una charla pendiente con la directora, su interés por llevarse por delante a una alumna había quedado reducido a ninguno.

—Si no te conociera, diría que andas enamorado —comentó su tío al acabar la lección—. Esa distracción es un síntoma que habla por sí mismo.

—Se puede tener la cabeza en asuntos que no lleven falda.

—Desde luego. La pregunta es... ¿merecen la pena los asuntos que no llevan falda? A mí no me lo parece.

Edward puso los ojos en blanco. Decidió prolongar la conversación vacía mientras el señor Lewis los dejaba a solas. Pretendía hacer sus averiguaciones a través de Lionel, que se conocía la leyenda muy a fondo, y tal vez pudiera darle alguna pista para iniciar su búsqueda. Si había una partitura secreta y mágica, debía estar en su poder. Diablos que sí.

—¿Y conoces los síntomas porque te has enamorado alguna vez?

—No hace falta tener la gripe para reconocerla en un enfermo.

—Cierto, hace falta ser doctor —apuntó, burlón—. ¿Eres el doctor del amor? ¿O estás comparando por gusto los problemas del corazón con la gripe?

—Tienen sus cosas en común. Las mejillas coloradas, las temperaturas altas, la falta de hambre... Incluso las ganas de quedarse en la cama —terció con una sonrisilla.

—Lo capto. Eres el doctor amor. ¿Vas a probar de tu propia medicina, o voy a tener que soportar tu superioridad en este campo durante el resto de mi vida?

—¿Me estás preguntando si me voy a enamorar? Eso solo lo sabe Dios. Dicen que se ama una única vez en esta vida. Si es así, me conformaré con estar enamorado de mi trabajo.

Edward esbozó una sonrisa templada, más por mostrar su comprensión que por cortesía. Lionel solo tenía treinta y siete años, pero había vivido en cada rincón del continente, viajado al Nuevo Mundo y visitado la India. Habiendo visto el mundo entero, habría resultado incomprensible que no conociese a ninguna mujer capaz de robarle el corazón. No sabía mucho de ella. Solo que habría recibido miradas de censura si Lionel la hubiera llevado de paseo por Covent Garden, y que nadie los habría casado por muchos chantajes, sobornos o súplicas que hubiera habido de por medio. Lo que estaba claro era que, si su tío no hablaba de ella, no era porque le avergonzase su procedencia, a la que daba tan poca importancia que aún en esos días no sabía de dónde era con exactitud: se debía más bien a la tragedia de haberla perdido. A ella, y a su hijo.

—Solo espero que, si encuentras el amor, no sea en una alumna —acotó Edward con desahogo, antes de que la conversación tomara sendas oscuras.

—¿Te refieres a que no sea en *tu* alumna? —preguntó en voz baja.

Edward no lo escuchó.

—¿Qué has dicho?

—Nada, muchacho. Te noto con ganas de preguntarme algo. Vas a tener que ser rápido. Tengo una cita clandestina y antes debo adecentarme.

Edward abrió la boca para preguntar qué clase de cita clandestina, pero



descubrió justo a tiempo que ni le importaba, ni era de su incumbencia. Además, él también tenía prisa.

—Es... sobre la leyenda. ¿La recuerdas? La del juglar y la Dama.

—Un poco difícil olvidarla cuando está en todas partes, ¿no? —Le guiñó un ojo. Apoyó el codo en el borde del piano—. ¿Qué pasa con ella?

Dudó cómo plantearlo. No quería que su tío estuviera riéndose de él durante toda la eternidad. Lo trataba como si fuera un crío y lo último que necesitaba era darle más motivos. Decirle que había oído una canción misteriosa quedaba fuera de la ecuación. Pero así sería complicado buscar información...

—Tú formaste parte de una de esas expediciones ridículas para encontrar los restos del juglar, ¿verdad?

—Más o menos. Un muchacho del pueblo encontró en su jardín unos huesos y creyó que se trataba del juglar. Puso patas arriba Minstrel Valley, hasta que el doctor desmintió que se tratara de él porque, a juzgar por su estado, no llevaba más de una década muerto. Luego confirmó su madre que se trataba de una tía que fue enterrada allí... Una historia horripilante. A la gente le afectó tanto que no fuera su héroe, que lo buscaron por todas partes sin ningún éxito.

—¿Y a dónde fueron? Imagino que habría sitios donde era más probable encontrar pistas.

—Claro. En la época del romance no existía el pueblo tal y como lo vemos ahora, así que la mayoría de investigaciones se hicieron en torno a las ruinas del castillo y el lago. Los sitios que menciona la leyenda, para hacerte un resumen. Si te soy sincero, creo que el juglar y la Dama escaparon y sus hijos viven en alguna recóndita zona de Europa, por eso no se han encontrado sus huesos. Seguro en una villa del sur de Italia —concretó—. Es un país muy inspirador.

Edward frunció el ceño.

—¿Te basas solo en que no se encontraron sus huesos para decir que vivieron? Dudo que los investigadores levantaran el pueblo entero para decir a ciencia cierta que el juglar no está en ninguna parte. Empezando por que esos

investigadores eran campesinos con mucho tiempo libre y no tenían un gran conocimiento del terreno.

—Debería venir el padre de la señorita Seymour a excavar. O la misma Molly —bromeó—. Y claro que me baso solo en eso. Cada uno cree e interpreta lo que conoce como le apetece. No me gusta el trágico final de la leyenda. Bastantes penas nos rodean en la vida real para también amargarnos las historias.

«Visto así...»

—¿Se encontró alguna otra cosa durante esas expediciones? ¿Algo que le perteneciera, una joya quizá?

—Se encontró de todo, pero a saber si perteneció al juglar. ¿A qué viene este interrogatorio? No me digas que te interesa su cadáver. Porque si es así, voy a ofenderme bastante. Lo último que deseo es repetirme, pero debería importarte más la casa de tu madre y todas las cajas que debes llevarte a Londres que ningún artista itinerante.

Edward se tensó.

—No sigas por ahí.

—De acuerdo, como quieras. Volvamos al juglar. ¿Qué hay con él?

No supo qué decir. Ni siquiera él entendía por qué estaba preguntando. Se sentía ridículo. Aunque el juglar hubiera existido, era imposible que hubiese dejado por escrito su canción, pues solo los eclesiásticos y eruditos conocían la notación musical. E incluso si se hubiera tratado de un juglar excepcional, que por supuesto los había, ¿cómo habría sobrevivido cuatro siglos un pergamino? Lo más seguro era que la noche anterior hubieran tropezado con un borracho al que le gustaba tocar el laúd, y que después de la curda hubiera decidido dar un paseo. Estaba tan oscuro que era lógico que no lo hubieran visto. Pero Edward se conocía todas las canciones que se tocaban en la posada cuando había jarana y la que oyó no tenía nada que ver con ellas. Además, le constaba que había pocos en Minstrel Valley con inclinaciones musicales.

—Edward, hijo, ¿qué ronda tu cabeza?

—Nada, tonterías —respondió antes de que indagara—. Te dejo para que te acicales para tu cita. Yo... voy a dar un paseo.

Salió de allí antes de que le hiciera una nueva pregunta. No iba a saber cómo responderla sin desesperarse y pagarlo con él. Últimamente no dejaba de sentirse un inútil, ridículo y estúpido a partes iguales. E infantil. A lo mejor era porque llevaba unos cuantos años pretendiendo aparentar cincuenta años y haber sido objeto de una serie de desdichas que justificaran su amargura, y se estaba cansando. O a lo mejor... porque se le estaba contagiando el espíritu joven y aventurero de las alumnas. La cuestión era que se sentía menos importante, cada vez más pequeño. Llevaba unos cuantos días dándole demasiada importancia a asuntos que no la tenían. Haber besado a Molly no era para tanto. Una canción en el bosque, tampoco. En realidad, y según la lógica del Edward triste, nada lo era. Y menos en aquel pueblo. Pero le venía todo grande y le parecía un gran problema al que debía poner solución. Por desgracia, las soluciones no eran mejores que sus sentimientos injustificados. Para averiguar si existían unas partituras, las tendría que buscar, y sabía de antemano que no encontraría nada. Y para apagar las ganas de estar con Molly solo podría, en efecto, estar con Molly. Y presentía que esa no era la cura de la enfermedad, sino un potenciador. Cuanto más la viera, más querría verla. Desconcertante y desagradable. Sobre todo lo primero. Molly no era la mejor compañía del mundo, ¿verdad?

Se la tuvo que cruzar en su paseo al otro extremo del pueblo. Estaba saliendo de la iglesia en compañía de Beth, Tiberia y la doncella.

Edward notó una punzada de culpabilidad al ver a la pequeña Seymour, recordando que le debía un colgante y una disculpa por las molestias. Esa punzada se transformó en una puñalada enérgica cuando Molly levantó la vista y lo miró. Le dijo algo a sus amistades para acercarse a él, que ni se había dado cuenta de que paraba.

Para no variar, la muchacha tropezó con el borde de su vestido. Si no acabó

en el suelo fue porque Edward estiró los brazos a tiempo.

—Hola, señor Hastings —saludó ella, con su voz como cascabeles—. Si fuera tan amable de no volver a interponerse entre la hierba y yo... Estábamos a punto de fundirnos en un apasionado abrazo.

Tuvo que sonreír para sus adentros.

—Ya decía yo que su fijación por la tierra solo podía ser fruto de un romance clandestino. Lamento tener que decirle que, para mantenerlo en secreto, deberá contenerse más a menudo guardando el equilibrio. Al menos en público.

—Usted no lo entiende, señor Hastings. El suelo es irresistible para mí.

Soltó una risilla tonta y se separó, tomando la precaución de guardarse las manos. Clive la habría manoseado todo lo posible, y más, aprovechando la feliz casualidad. Él... No era tan bueno en esas cosas.

—¿A dónde iba? —preguntó.

—A dar un paseo por las ruinas del castillo. Hace mucho que no voy por allí.

Molly lo miró con los ojos brillantes.

—¿Puedo acompañarle?

—¿Está segura? ¿No cree que sería echar más leña al fuego? Las profesoras aún no habrán olvidado tu desaparición nocturna.

—Les gustó mi sinceridad y no se han enfadado; ya ve que me han dado permiso para ir a la iglesia y luego pasear con Beth y Tibey. Dudo que me echen de menos... Nunca he estado en las ruinas, ¿sabe? Nunca se ha dado la oportunidad.

—No es nada demasiado apasionante.

—Eso lo dudo si iba a pasearse por allí, señor Hastings.

—¿Me tiene como un ejemplo de buen criterio?

—Le tengo como un ejemplo de criterio, a secas. Es usted muy selectivo con sus lugares frecuentados y sus compañías. Me fío de lo que le haya movido a desplazarse.

Edward aceptó la mano que ella ofreció para aferrarse a su brazo. Miró a un lado y a otro y decidió tomar el camino con el que habría menos probabilidades de que se cruzaran con algún local. No necesitaba que empezara ningún rumor sobre sus intenciones con Romola Seymour, aunque no irían muy desencaminados de sus sentimientos reales.

Le gustó cómo se sintió el delicado peso de su mano, atrapada en la articulación del codo. No era un gesto tan familiar como caballeroso, pero le recordó a todas las veces que había visto a sus padres en esa postura, caminando unos cuantos metros detrás de él... Apoyándose el uno en el otro, mientras charlaban en voz baja.

Todo cuanto le rodeaba era un recordatorio agrisulce de lo que había perdido. Excepto Molly, que no se parecía a nada que hubiera conocido antes. Era difícil pensar en otra cosa cuando debía estar mirando que no se tropezase.

—Lamento haberte puesto en esa situación —dijo—. Esta tarde iré a hablar con la directora para explicar que fue mi culpa.

—No es necesario. Prefiero que piensen que estaba sola, a acompañada de un hombre. Me conocen, saben que soy rara, así que no se llevaron las manos a la cabeza. ¿Y qué les habría dicho si fuera a defenderme? ¿Que quedó cautivado por una melodía que a saber de dónde venía y eso me obligó a volver más tarde?

—Y que te apiadaste de mí y del niño que llevo dentro, quedándote un rato más... Aunque estabas terriblemente aburrida.

Mollyladeó la cabeza hacia él con una sonrisa.

—Haría mucho más que quedarme a oscuras en un bosque por el niño que lleva dentro, señor Hastings. Solo he visto a una persona tan entusiasmada con algo, y fue a mi padre por los últimos hallazgos funerarios en Egipto.

—Poniendo a un lado las posibles interpretaciones mágicas de lo que escuchamos, lo mío te habrá resultado menos inquietante que las momias.

—Olvida que adoro las momias, señor Hastings.

Siguiendo un impulso que no sabía de dónde salía, murmuró:

—Tutéame, por favor. Y llámame por mi nombre.

—Edward —asintió—. ¿Cuál es tu Edward favorito?

—¿Cómo?

—Tu personaje histórico llamado Edward preferido. Existe el Edward conde de Wessex; Edward el Confesor, uno de los últimos reyes anglosajones; Edward de Woodstock, también denominado el Príncipe Negro, que fue primer duque de Cornualles; y, por supuesto, Edward *Longshanks*, el «zanquilargo».

—No conocía a ninguno de ellos hasta ahora. Lo cierto es que siempre fui pésimo en Historia. ¿Cuál es el tuyo?

—Edward Jenner, sin lugar a dudas. Inventó la vacuna a finales del siglo dieciocho. ¿Tienes idea de lo que eso supondrá para el futuro? Salvó de la viruela al mundo.

—Dios santo. No se me ocurre nada que yo pueda hacer para ponerme por encima de ese hombre y convertirme en el Edward preferido de alguien. Tú lo tienes más sencillo. Dudo que exista otra Romola.

—¿Y eso me hace tu Romola favorita?

—Indiscutiblemente.

Molly sonrió y se puso de puntillas para robarle un beso en la mejilla. El contacto inesperado no fue solo bienvenido, sino padecido en forma física. Edward se puso colorado y no se le ocurrió cómo disimularlo. Por fortuna, Molly no le dio demasiada importancia. Era en situaciones como esa en las que le gustaría tener una vaga experiencia, o por lo menos ser más atrevido. Se lo quiso devolver, esta vez en los labios, pero luego no podría poner ninguna excusa coherente... y la necesitaba para no tener que decir la verdad, que era que ella le gustaba. O más que eso. A Edward le gustaba el merengue, pasar el rato con Clive y las dos arias de la Reina de la Noche en *La flauta mágica*.

Molly no tenía nada que ver con ese sentir, porque estar a su lado no conllevaba ningún tipo de relajación. Estaba tenso y avizor, y se controlaba tan poco que a veces era menos comedido o más desagradable de lo que le

gustaría. Pero, a la vez... Ella era la única persona con la que se sentía bien. Era demasiado extraño. Y había sucedido demasiado rápido.

Después del beso, Molly siguió citando figuras históricas con las que compartía el nombre y dando detalles sobre cada una. La verdad era que no podía interesarle menos la historia de Edward *Longshanks*, pero ella lo explicaba de una forma tan fluida y musical, que se sorprendía pidiéndole que continuase o haciendo preguntas al respecto. El conocimiento que demostraba, siendo tan joven y tratándose de una mujer, era digno de admirar. Incluso aunque hubiese tenido todas las facilidades del mundo para obtenerlo, a diferencia de otras muchas... como Laurine, que tenía que robar los libros de la biblioteca de su padre u ocultarlos bajo la cama.

—Vaya —exclamó Molly nada más pararon—. Creo que esperaba algo más.

Edward aceptó su decepción. Cuando uno decía ruinas, esperaba que parte del castillo permaneciera en pie, pero apenas quedaban unas cuantas murallas y zonas del interior que ni siquiera se conservaban en su totalidad, cubiertas por el musgo y las plantas trepadoras. Sorteando la naturaleza que crecía salvajemente entre los despojos de la fortaleza, uno podía adentrarse en lo que podría haber sido el salón —cosa que se sabía por intuición, gracias a las dimensiones que abarcaban los restos—, pero esa era la única aventura que prometía la gran atracción turística de la zona.

Claro que no todo el mundo compartía su visión de las ruinas. La mayoría se quedaba sin aliento al primer vistazo. En Minstrel Valley se hablaba de «la magia del emplazamiento» como si fuera una maravilla, y tal vez lo fuese, pero Edward no sentía ningún apego por el mustio conjunto.

—Los castillos en Inglaterra se conservan de maravilla por pertenecer a propiedades privadas. ¿Por qué de este solo quedan ruinas? ¿Lo asediaron los vikingos? No, los vikingos son anteriores a la arquitectura de este tipo.

—Lo quemó uno de los hijos de los herederos. Dos hermanos estuvieron peleando por quién se lo quedaba, y el menor no pudo soportar la ruina, así que puso al pueblo en contra del mayor y lo hicieron arder hasta los cimientos.

—Qué obsesión tiene el ser humano por el poder. Cómo se nota que no iban a ser ellos los que se encargaran de su mantenimiento. Entonces lo habrían quemado, pero para no tener que lidiar con la responsabilidad de fregar los suelos a diario.

Edward soltó una carcajada. Le hizo un gesto para que lo acompañase entre los arbustos, que crecían por encima de las rodillas.

—Hablas como si tú te encargaras de las tareas domésticas.

—En Minstrel House no, pero en casa invertía horas y horas limpiando las estanterías para evitar el mal del libro polvoriento. No hay nada peor que la metáfora del conocimiento cogiendo polvo.

La imagen de Molly sentada en la alfombra de la biblioteca, pasando un paño seco por los lomos de sus libros preferidos, lo llenó de ternura. Casi sin darse cuenta, la cogió de la mano, creyendo que sería para facilitarle el avance entre la naturaleza. La sintió tan cálida como recordaba de la primera vez.

—Querías venir porque anoche pensaste que podría tratarse de la canción del juglar de la que hablaba tu madre, ¿no? —inquirió ella—. Aquí a lo mejor encontrabas algo.

Edward miró a Molly mordiéndose el interior de la mejilla. Pensó en no admitirlo, pero no tenía ningún sentido, y no había necesidad de mentirle a ella.

—No espero encontrar nada... Quizá solo la inspiración. Anoche sentí algo con la canción que hacía mucho que no experimentaba.

—¿Qué es ese algo?

—Ilusión. Belleza. Tocó un punto remoto de mi corazón que lleva años apagado.

Quiso arrepentirse de lo que había dicho, pero no pudo. Se acercó a Molly con expresión resignada.

—No espero que lo entiendas. Solo lo sabe el que es músico. Cuando naciste para abrazar el ritmo y este te abandona, no hay nada ni nadie que



pueda salvarte de la soledad. Ayer no me sentí tan solo mientras escuchaba la canción en tu compañía.

—¿Por qué te abandonó la inspiración?

Edward suspiró profundamente.

—Yo conocí la música por mi familia directa. Mi padre era director de orquesta, y mi madre una pianista excepcional; Lionel, ya ves que se maneja bailando, lo que siempre requiere música... Cuando murió mi padre yo tenía dieciocho años y ya había empezado mi educación en la Royal Academy of Music. Me aferré a todo lo que estaba aprendiendo y me obsesioné con la excelencia para honrarlo a él. Mi madre estaba apoyándome. Pero unos años después, cuando ya estaba preparado para elegir qué camino quería seguir, si el de la enseñanza o la exhibición... ella falleció de golpe. Un accidente de carruaje. Luego, la mujer que amaba me abandonó. Y las musas se fueron también, como si supieran que, habiéndose esfumado todo lo bello de mi vida, no merecía la pena quedarse para inspirarme. Veía un piano y me estremecía.

Hubo un pequeño y respetuoso silencio.

—Pero anoche escuchaste una canción que te iluminó —dedujo ella—. Y que crees que podría devolverte la inspiración.

—No sé si devolvérmela, pero estos últimos años he escuchado música y la he sufrido. La he odiado. Anoche disfruté. No sé por qué, pero disfruté.

Otro silencio, este más prolongado.

—¿Te gustaría volver a ir esta noche?

Edward dejó de caminar en busca de nada concreto, y se giró hacia ella. Sostuvo su mirada franca con un nudo en la garganta.

—Sería bonito —confesó—, pero ambos tenemos que madrugar y a saber a qué hora va ese loco a tocar. O si va de nuevo. O si no fue fruto de nuestra imaginación. Te recuerdo, además, que tienes clase de baile en las primeras horas y te voy a querer muy despierta.

—Fíjate que creo que bailarías mejor dormida. Tendrías que llevarme en brazos y habría menos riesgo de muerte por caída.

Edward sonrió con suavidad y se apoyó en la pared más cercana del espacio.

—Me gustaría llevar mis defectos como tú. Haces que la resignación suene divertida.

—No lo considero un defecto —replicó—. Es un defecto ser maleducado, estúpido o intolerante, porque si no se curan es porque uno no quiere. Ser feo, o torpe... No tienes ningún poder sobre ello y nadie debería reírse de ti por este motivo. Sería como ningunear a alguien por ser rubio. Aunque, de todos modos, yo soy así por una serie de circunstancias.

—¿Cómo que una serie de circunstancias?

Molly dio un saltito con el que perdió el equilibrio, pero la altura de la hierba y el peso del vestido la mantuvieron en línea. Así se acercó a él, apoyándose a su lado.

—Cuando anoche hablamos de mi padre y de que no pudo encontrar a otra mujer como ella... No fui del todo sincera. Estuvo cortejando a una viuda cuando yo tenía seis años. La verdad es que la odiaba, y no porque tuviera una voz desagradable o me detestara, cosas que también son ciertas, sino porque sentía que era mala. Era un presentimiento inocente, de una niña que no tenía edad para entrar en esas cosas. Un presentimiento que acabó resultando ser verdad.

»Ni siquiera me acuerdo de qué hice para merecerlo. Imagino que la estaría molestando y, para quitarme del medio, me dio un empujón. Me golpeé la cabeza con la pared lo bastante fuerte para quedar inconsciente por unas horas. Cuando me desperté, era tan torpe como me ves ahora. Antes no me pasaba nada.

»Esto me lo explicó mi padre cuando le pregunté, agobiada, por qué me costaba tanto algo tan sencillo como mantener el equilibrio. No tiene secretos para mí. Naturalmente, rompió toda relación con la mujer. Siempre he sido su prioridad.

Edward no supo qué decir. De repente se sentía culpable por los términos

en los que se había referido a ella cientos de veces. No ya solo con Lionel, sino con la propia Molly, que llevaba aguantando pésimas bromas sobre su mala coordinación motora desde que se conocían.

—¿Por qué no me lo dijiste antes? Habría dejado de hacer comentarios ruines.

Molly entrelazó los dedos a la espalda y sonrió.

—No creo que haga falta tener una justificación médica para que la gente sea compasiva, o se comporte con mínima educación. Hay quienes son torpes de nacimiento, no porque estén condicionados por algún daño cerebral... y ellos tampoco merecen un desaire, porque igual que yo no lo controlo, con estos sucede lo mismo. No deberías haber hecho comentarios ruines, a secas. Pudiendo criticar tantos otros aspectos de mi personalidad, te fuiste a lo menos importante.

Edward no encontró forma de defenderse o desmentir el argumento. Se limitó a asentir en silencio, sin pestañear una sola vez, como si temiera que fuese a desaparecer y ese fuera su último momento para memorizarla.

—No se me ocurre otro aspecto de tu personalidad que sea criticable.

—Me llamas sabionda a menudo.

—Porque lo eres, pero hay personas que tienen el poder de convertir sus supuestos defectos en virtudes. Me pareces una de ellas. Por si no lo he dicho antes, siento muchísimo mis comentarios —añadió—. Para compensarte, te juro aquí y ahora, y por lo que es más importante en mi vida, que aprenderás a bailar. Serás la mejor bailarina del salón.

Molly soltó una risa que él se vio tentado de secundar.

—¿No me crees? Ven aquí.

La cogió de las dos manos y tiró de ella para guiarla entre las paredes medio derruidas. La vegetación se infiltraba entre estas creando un marco, esa vez sí, de apariencia fantástica. O tal vez ella lo hiciese fantástico. Acompañados por el perfume de las flores de las zarzas y el eco musical de los pajarillos, se situaron en el centro de lo que habría sido el salón de baile.

Así lo expresó.

—Sospechamos que, por el tamaño, aquí fue donde hace cuatro siglos se celebraban las fiestas en honor al señor. Si eres capaz de cerrar los ojos e imaginar que estás en un castillo donde suena la música...

—Va a ser difícil cuando noto las briznas de hierba hasta en la ropa interior... Con perdón por mencionar semejante barbaridad en una conversación durante un baile —añadió. Edward curvó los labios en una sonrisa—. ¿Vamos a practicar el vals?

—Demasiado mascado. Podemos bailar la canción del juglar.

—¿Ya has decidido que es la canción del juglar?

—No conozco el título; tendré que ponérselo yo.

—¿También inventarás la letra?

—Nada de eso. Soy pésimo para la poesía y se me dan muy mal las palabras, además de la cortesía y supongo que las mujeres.

—¿Supones? —bromeó.

Le puso las manos en los hombros. Él apartó una para entrelazar los dedos con los suyos. Quedó un instante prendado de la diferencia entre una mano y otra.

—¿Por qué me repites? ¿Crees que soy un desastre? Ni siquiera he intentado deslumbrarte aún para que me acuses de fracasado entre líneas.

—No se me ocurriría crearme tan interesante para que Edward Hastings pretendiera deslumbrarme. Aunque siento curiosidad por saber cómo lo haría si ese fuera su objetivo.

Edward giró con ella en brazos para sacarla de la prisión de los arbustos. Iba a ser difícil moverse allí, pero no le importaba. Molly estaba sonriendo muy cerca de él, y lo miraba con la misma curiosidad de siempre. Como si fuera una persona muy interesante y digna de escuchar, algo que no era... pero que le gustaría ser.

—Imagino que, para deslumbrar a la señorita Seymour... —empezó, nervioso—, le regalaría algún libro. Un recopilatorio de los mejores

momentos de la historia. O las mejores leyendas de Inglaterra.

—Eso sin duda le gustaría.

—Me costaría muchísimo, pero... me las arreglaría para hacerle algún cumplido.

—¿Qué clase de cumplido?

—Tienes razón, no todos le servirían. Debería estudiar largo y tendido para hacer un paralelismo adecuado. Quizá, comparar sus ojos con los de la Ana Bolena que sedujo a Enrique VIII... Y su cabello, con el de la gran reina Isabel. Sus piernas, con las intrépidas de Cristóbal Colón, o algún aventurero famoso.

—¿Hablarías de mis piernas de veras?

—Solo en privado.

—¿Y estando en privado solo te atreverías a hacer cumplidos elaborados?

Edward tragó saliva. Entendía lo que estaba insinuando, y aunque una parte de él estaba complacida por el coqueteo, la otra no sabía cómo comportarse. Decidió que lo dejaría a la improvisación. Y la improvisación decidió enroscar su brazo con firmeza en torno a la cintura y acercarla más. Tal y como le pedía el cuerpo, tenso y dolorido de todo lo que no se atrevía a hacer.

—Le prometería el beso de Romeo y Julieta.

—¿Uno que acaba con la muerte de los dos?

—Poéticamente hablando.

—Me sirve.

La nerviosa sonrisa de Edward se perdió, al igual que él mismo, en el gesto que ella tuvo de humedecerse los labios. Qué ridiculez tan grande, que su corazón se acelerase por la cercanía y los gestos de una mujer a la que sacaba una cabeza. Y, a la vez... Pensaba y pensaba, y no se le ocurría nada que tuviera más sentido. Siempre fue un muchacho enamorado y apasionado, igual que tímido. Ella hacía aflorar su verdadero ser, y pensaba que un beso sería una bonita forma de recompensarla, quizá si no fuera su profesor y se mereciera la paciencia que había tenido con él.

—Has sido afortunado —admitió en voz baja—. No has tenido que hacer nada de eso para deslumbrarme. Solo besarme.

Edward volvió a tragar saliva, esa vez copiosamente. No era una declaración como tal, pero sí una de intenciones. Ya lo sabía. Desde que lo confundió con Dios, supo que Molly no iba a mirarlo como a los demás.

—Me gusta estar contigo —confesó él, atropellado—. Pero no se me da bien tratar con mujeres. Menos todavía cuando...

—¿Cuándo te gusta estar con ellas? —completó.

Edward asintió con la cabeza.

—No tengo ninguna experiencia. Solo alcancé a besar a Laurine en dos ocasiones, y no he... —Carraspeó—. No sé por qué me cuesta tanto decir esto, cuando has hablado de prostitutas y ropa interior sin vergüenza alguna. Digamos que... —intentó de nuevo—. Nunca he estado con ninguna mujer, en ningún sentido. Con esto no quiero decir que tenga esas intenciones contigo —añadió rápido—. Solo que... no podría resultar tan... placentero.

Cerró los ojos y pensó en todas las formas que existían de insultar. Se dedicó cada mala palabra para sus adentros.

—No era esa la palabra adecuada para decir —masculló—. Solo quería que supieras que... me gustas. Y algo más. Pero no se me va a dar bien demostrarlo, y dudo que deba demostrarlo porque, a fin de cuentas, y aunque solo vaya a estar aquí otro par de semanas, tú y yo somos...

Molly interrumpió su exposición poniéndose de puntillas. Se impulsó tanto para besarlo que, por primera vez, fue Edward quien perdió el equilibrio y acabó cayendo hacia atrás. Molly fue a parar sobre él, en un lío de faldas y enaguas que más o menos amortiguó su torpeza. Gracias a la gruesa capa de hierba, Edward no se hizo ningún daño. Al contrario: aprovechó la iniciativa para arriesgarse de una vez y besarla. Con toda su ineptitud para ciertas cosas, al igual que talento para otras. Ilusionado y nervioso, lo que derivó en un abrazo tan apretado que les robó el aliento. Ella era tan curiosa y obstinada usando los labios como lo era al hablar, y se había comprometido a girarle la

cabeza. Su propósito fue alcanzado y rebasado. Logró despertar un anhelo implacable dentro de él, que no encontró forma de desahogar sin ofenderla con sus caricias.

Molly soltó su cuello y se separó un instante para respirar. Estiró los brazos para apoyarse en el muro. Cogió aire y suspiró, y cuando iba a continuar con su arranque pasional, *algo* se hundió bajo su mano. La inercia de la pérdida de equilibrio hizo que se golpeará la frente con Edward.

—¡Ay!

—¡Lo siento! Es que se ha movido una de las piedras pequeñas. No sabía que tenía tanta fuerza...

—¿Qué piedras pequeñas?

—Las que se utilizan para rellenar las construcciones monumentales como esta, cuando las piedras de sillería son irregulares y no se utiliza ninguna mezcla para unir y compactar las... ¡Edward! —exclamó de repente—. ¡Mira!

Edward no quería mirar a ninguna parte. Quería envolverla con sus brazos de nuevo y besarla hasta que perdiera el sentido. Pero la sorpresa latente en su grito le animó a echar un vistazo por encima del hombro. Su única reacción al ver que Molly apartaba una piedra de tamaño mediano fue alarmarse.

—¿Qué estás haciendo?! ¿Es que quieres que se caiga?!

—¿Cómo se va a caer, si esto ya estaba así cuando mi mano ha llegado? Mira, Edward —repitió. Dejó la piedra en el suelo y agachó la cabeza para examinar el hueco vacío—. Alguien está usando esto para esconder algo de valor. La piedra que acabo de quitar está erosionada por el agua, como si hubiera estado mucho tiempo en el fondo del mar... Lo que quiere decir que la han rescatado de alguna parte y añadido al conjunto para disimular.

—No hace falta que una piedra esté en el fondo del mar para que la erosione el agua. ¿No ves que siempre está lloviendo? Menudo coscorrón me has dado —refunfuñó, más dolido por el cambio de tema que por el golpe—. Seguro que me va a salir un chichón.

—No te quejes y atiende. Mi padre me ha llevado a suficientes

excavaciones para entender un poco de restos arqueológicos. La piedra no se erosiona de la misma forma estando en el fondo del agua que por el efecto de la lluvia. Esta ni siquiera pertenece a la agrupación. Apuesto a que, si meto la mano aquí, encuentro algo valioso...

—¡Molly! —exclamó él, agarrándola del brazo—. ¡Si encuentras algo, será un nido de arañas!

Ella lo miró con una sonrisa victoriosa que le paró el corazón. Sacó la mano tan solo unos segundos después, orgullosa de mostrar un pequeño costal de cuero cerrado por un broche deteriorado.

—¿Qué es eso?

En lugar de responder, Molly intentó separar el broche. Estaba tan oxidado por el paso del tiempo —Dios sabría cuánto— que se desprendió de pronto y cayó al suelo.

—Maldita sea... Debería haberlo tomado con más cuidado. Qué torpe soy.

—¿Y eso es nuevo?

Molly suspiró.

—Si esto lo hubiera visto mi padre, me habría desheredado —susurró, mordiéndose el labio—. Debe llevar años aquí.

A Edward no le salieron las palabras, ni se animó a ayudarla en su proyecto de descubrir lo que había dentro. Aún estaba acelerado por el beso, y Molly seguía sentada en su regazo, con tanta tranquilidad que incluso él normalizó completamente la postura. En lugar de apoyar las manos a la espalda, se interesó por el contenido del costal abrazándola por la cintura.

Frunció el ceño, al igual que ella, cuando, tras apartar varios envoltorios de distintos materiales que lo habían protegido —a saber por cuánto tiempo—, lo que sacó fue un fino papel de pergamino aplastado y arrugado en las esquinas. A Edward se le escapó una sonrisa cuando Molly usó su pecho abultado para estirar el documento. Eso hizo que él pudiera ver primero las líneas trazadas sobre el papel.

—¿En qué idioma está eso? —preguntó.



Edward supo el exacto momento en que el pergamino capturó la atención de la muchacha. Esta entornó los ojos y se lo acercó a la cara, sin salir de su asombro.

—Anglonormando —respondió.

—¿Eh?

—Es una lengua muerta. Se habló hasta el siglo dieciséis, más o menos cuando Enrique VIII instauró el inglés como idioma oficial de la Corte. ¿No te suena? En este idioma están escritas algunas obras de la literatura épica. Por su parecido con el francés antiguo, otra lengua de oïl, mi padre en persona pudo traducir la *Chanson de Roland*, la canción que se cantó en la batalla de Hastings. Aunque su traducción no fue la primera, ni es la más usada en la actualidad.

—Conque la batalla de Hastings.

Molly apartó un instante el documento para sonreír. Enseguida volvió a las letras.

—No tiene nada que ver con la *Chason de Roland*, de todos modos. Esto no lo escribió ningún erudito para plasmar una gesta. Es un buen ejemplo de cómo desvirtuar el anglonormando, como cuando se hacían inscripciones en latín en los muros de las calles durante la Edad Media.

—¿Crees que podrías traducirlo?

—No lo sé. Las letras no son góticas del todo y está muy dañado. Pero...

—¿Pero?

Molly lo miró a los ojos.

—Me gustaría hacerlo. Guardo unos cuantos libros que podrían ayudarme en la colección que traje de casa. ¿Te imaginas cuántos años puede llevar esto escondido? ¿O cuántos siglos tiene el pergamino? Mínimo tres. Y sospecho que alguien lo tuvo en su mano antes de esconderlo aquí, o de lo contrario habría ardido junto a lo demás.

—Desde luego es interesante.

—¿Cómo que «interesante»? Dependiendo de lo que ponga, podría ser el

hallazgo del siglo —le regañó. Agarró las faldas e intentó levantarse; no lo consiguió hasta que Edward no le echó una mano. O las dos—. Podría tener algo que ver con el juglar. O por lo menos con su dama. O su esposo...

Mientras ella desvariaba, Edward se incorporó con ayuda de un débil impulso. Le dolía la frente por el cabezazo de Molly y notaba el estómago encogido, también por culpa de la muchacha. Si hubiera sido un poco más atrevido, le habría increpado que no se podía besar a un hombre de esa manera y luego entretenerse con un pergamino perdido. Quizá, cuando se le pasara el ardor, viera el sorprendente hallazgo como lo que era. Pero, por lo pronto, se declaraba acérrimo enemigo de lo que Molly pudiera descubrir entre sus líneas.

En lo que a él respectaba, estaba seguro de que se trataba de una broma de algún gracioso del pueblo. Edward había pasado por allí cientos de veces y nunca antes halló nada ni remotamente interesante. Aunque tal vez eso fuera porque no se molestó en buscar.

Molly le hizo una señal para que la acompañara, sin apartar la vista del pergamino. Siguió sus pasos a grandes zancadas y la cogió del brazo antes de que un tropiezo la mandara colina abajo. Ahora que había encontrado a una persona con la que podía ser sincero, no iba a permitir que se abriera la crisma... Por mucha fijación que manifestara por ello.

—Entonces... —empezó, con pies de plomo—, ¿me acompañarás esta noche a escuchar la canción del juglar?

Ella parpadeó una sola vez. Sabía muy bien cómo había sonado. A cita clandestina: una invitación a la seducción. Los dos a solas, en medio del bosque... ¿En qué estaba pensando? En lo obvio. En ella y en él como una unidad.

Se preguntaba si eso era una buena o una mala noticia, cuando Molly contestó sin el menor género de duda.

—Por supuesto.

## Capítulo 8

En cuanto Molly terminó la cena, subió a la habitación para prepararse. No tenía ni idea de qué iba a inventar esa vez para escapar; aún quedaban unos días para que se diera por finalizada la restauración de las habitaciones individuales, y en un dormitorio colectivo se notaría su ausencia inevitablemente. Pensaba que no le quedaría otro remedio que decir la verdad a sus compañeras y esperar que ninguna diese el chivatazo, porque no iba a renunciar a vérselas con la canción del juglar otra vez. Ni con Edward. Pero Edward era secundario. Muy secundario.

O quizá no... Todo dependía de quién le estuviera preguntando.

Por culpa de su desaparición durante la noche anterior, la señorita Sherman había avisado de que pasaría por el dormitorio para asegurarse de que todo estaba en orden. La mujer no estaba ni mucho menos histérica, como había comentado en tono jocoso; sabía demasiado bien que Molly no pensaba aprender la lección. Eso le daba menos tiempo fuera. Tendría que esperar a que la viera acostada para huir.

Si los vestidos no fueran tan voluminosos... Podría ponerse el camisón encima y santas pascuas, así no perdería el tiempo cambiándose. Se le ocurrió, de últimas, meterse en la cama hasta con los zapatos y cubrirse hasta la barbilla.

Cuando lo hizo, llamó la atención de Beth y Margaret. Una la miró previendo lo que venía, y la otra con el ceño fruncido.

—¿No vas a estar un poco incómoda durmiendo con el corsé? —preguntó Margaret—. A veces me siento incómoda yo con el camisón; imagina si durmiera con todo eso...

—Espero que lo digas con ironía —apuntó Beth—. Está claro que no va a dormir con el corsé, porque esta noche no planea dormir.

Margaret dejó de cepillar el cabello rubio y puso los brazos en jarras.

—¿Y qué pretendes hacer? Si has planeado alguna clase de expedición nocturna y no me has puesto al tanto, no te lo perdonaré jamás.

—Es verdad que voy a salir... Pretendo hacerlo, al menos. Para ello necesitareé vuestra ayuda. —Miró a Margaret—. Pero no tiene nada que ver con paseos secretos.

—¡Una cita clandestina! —exclamó Rebecca, que estaba pegando la oreja junto con Amanda. Su exclamación captó la atención de Lorianne, que se acercó con cara de curiosidad.

—¿Cómo que cita clandestina? ¿Quién la tiene?

—Molly —respondió Beth, cruzada de brazos.

—¿En serio? —balbuceó Amanda—. Pero... ¿con un hombre? Oh, Molly, no hará falta que te diga lo que hacen los caballeros cuando la luna está en el cielo, ¿verdad? No te lo recomiendo... A estas horas, todo lo que se puede hacer es reprobable. Una perversidad, y...

—La pregunta no es qué va a hacer, sino *con quién* —interrumpió Rose Mary, que también se había asomado. Levantó las manos—. ¿Has conocido a alguien en el pueblo, Molly? ¿Cómo se llama?

Molly envió una mirada preocupada a Beth, que respondió encogiéndose de hombros. «Tú te lo has buscado», parecía querer decir. Y tenía más razón que un santo. Debería haber sido más sutil.

—Bah —bufó Margaret, dándose la vuelta—. A quién le importa si es un hombre. Lo último que harán será ponerse a buscar fantasmas, que es lo único que podría interesarme.

—Pues no vas muy desencaminada, porque eso se acerca más a la verdad

que la propuesta de Amanda —apuntó Molly.

Con aquello consiguió que Margaret rehiciera sus pasos y la mirase con los ojos bien abiertos.

—Explícate —le ordenó.

Molly revisó la hora con un vistazo nervioso.

—Ahora mismo no me puedo explayar demasiado, pero está relacionado con una leyenda en Minstrel Valley. La de la Dama Blanca y el juglar. ¿Sabéis de la que hablo?

—Claro —asintió Rose—. A él lo mataron y ella se quitó la vida, ¿me equivoco?

—Yo preferí quedarme con la parte en la que se enamoraban... Sonaba menos sórdida —acotó Lorianne, aguantando una risa.

—A mí me gusta el detalle de las cruzadas —dijo Tiberia—. Debió haber sido interesante combatir como caballero cristiano.

Molly parpadeó, perpleja.

—¿Es que todo el mundo lo sabía menos yo? —Las alumnas se encogieron de hombros—. En fin —suspiró—. Espero que este detalle os sorprenda, ya que no he podido hacer mi aportación: siempre se ha dicho que se oye música en el bosque, pero hay quien asegura que algo especial, la canción de amor de la pareja...

—¿De veras? —interrumpió Lorianne—. Eso ya no lo sabía.

—Algunos así lo han creído —afirmó, sintiéndose menos perdida—. Resulta que anoche, cuando me escapé de la escuela..., la escuché. Juro que la escuché. Voy a intentar averiguar de quién se trata. Y también he descubierto un pergamino... Pero eso ya os lo contaré más adelante.

—Voy contigo —decidió Margaret en el momento—. No me pierdo eso por nada del mundo. Además, que no me vas a dejar con la intriga.

—¿Qué no has entendido de «cita clandestina»? —interrumpió Beth—. ¡Quiere ir a solas!

—¿Qué clase de amiga sería si la dejara a merced de un hombre? ¡Necesita

protección! —exclamó la rubia—. Yo seré su carabina. Me llevaré el abanico, para darle un golpetazo en la mano si se propasa. Que Dios no lo quiera, porque no sé si aguantaría la visión de otro de esos penosos besos que se dan los enamorados...

—Pero ¿quién es? —insistió Lorianne.

—¿Está cortejándote? —quiso saber Rebecca.

—¿Cómo es, físicamente hablando? —se metió Mariana, otra de las alumnas.

—Pero ¿tú no te ibas a casar con lord Norbury? —inquirió Hester.

—¿Cómo os conocisteis? —interrogó Jane, casi apareciendo de la nada.

—¿Tiene dinero? —preguntó Christine. Todas se giraron a mirarla—. ¿Qué? ¿Me vais a decir que no es importante?

La puerta del dormitorio amenazó con abrirse: la señorita Sherman viniendo a poner orden. Molly se llevó un dedo a los labios e hizo varios gestos para atraer la atención de todas.

—Juro que responderé a todas esas preguntas mañana por la mañana, pero antes tenéis que ayudarme a disimular... y a escapar.

—A mí no me importa tu amante. ¿Qué hay del pergamino?

Molly le hizo un gesto a Margaret para que disimulara volviendo a su cama. Con señas le facilitó una respuesta. «También te lo contaré. Ahora, por favor, cierra el pico».

Para cuando la puerta se abrió de par en par, todas las alumnas estaban metidas en la cama, tensas y con cara de hallarse en medio de un complot. Molly suspiró para sus adentros. Qué poco disimuladas eran algunas, fingiendo suavizar las arrugas de sus sábanas o silbando la canción del vals de esa mañana. Rebecca hasta pretendía leer un libro del revés.

Se notaba que la señorita Sherman estaba muy cansada, porque no cuestionó el extraño comportamiento de ninguna de las muchachas y dio las buenas noches en cuanto contó doce. Como por tácito acuerdo, no se oyó una mosca hasta que se extinguieron las pisadas de la profesora. Entonces, Margaret saltó

de la cama y casi todas la imitaron.

—Tendrás que huir por la ventana —dijo—. Y encaramarte al árbol más cercano.

—Hablas como si tuviera alguna clase de equilibrio para hacer eso sin malograrme.

Margaret chasqueó la lengua.

—Esa es toda mi aportación. A no ser que alguna baje a investigar si hay vigilantes en la puerta trasera, vuelva a informar, y luego bajes tú... Si te vuelven a cazar escabulléndote, no me quiero ni imaginar el castigo.

—Como si te asustara alguno, sobre todo cuando no recae sobre ti —rio Molly.

—¿Y por qué no atamos todas las sábanas hasta hacer una especie de cuerda gigante y la bajamos al jardín agarrándola desde aquí?

Todas se giraron hacia Tiberia.

—Es muy posible que se rompiera por el peso —apuntó Lorianne—. ¿Cómo lo explicaríamos después?

—Molly se tropezó y la rajó.

Se levantó una risita colectiva.

—Es muy creíble.

—Totalmente.

Molly puso los ojos en blanco.

—No me cuesta nada apañármelas para usar la puerta trasera, pero si tanta ilusión os hace intervenir... Lo de las sábanas es buena idea. Solo es un segundo piso, no nos harían falta más de cuatro.

—Pongamos cinco por si acaso —intervino Rebecca—. Ay, Dios, menudo atolladero.

—Seguro que tú hiciste locuras peores —chinchó Beth.

—¡O tú!

—Oye, ¿y cómo va a subir? —inquirió Lorianne—. ¿Vamos a estar esperándola hasta que vuelva? Porque yo me muero de sueño.

—Yo montaré guardia —decidió Margaret—. Hester me ayudará a subirla. Y Tiberia también.

—¿Qué? Pero si yo estoy muy cansada.

—Es tu prima, no la mía.

Entre pullas, exclamaciones y risas, todas colaboraron para hacer los nudos a las sábanas. Molly seguía pensando que era una aventura innecesaria; podía bajar las escaleras e infiltrarse en la cocina. Dudaba que hubiera alguien despierto a esas horas. Los profesores y el servicio se tomaban muy en serio sus horarios. Pero todas estaban tan emocionadas por poder formar parte de la cita que no dijo nada y ayudó a trenzar la supuesta cuerda por la que bajaría.

En cuanto estuvo lista, Molly se quedó mirando con cara de circunstancia el barandal al que debía encaramarse. Tenía que ponerse de pie y luego colgarse del otro lado, y no confiaba demasiado en sus aptitudes como equilibrista para no matarse en el proceso. Lorianne y Rebecca se apiadaron de ella y prometieron cogerla, cada una de una mano. Así evitaron una desgracia que, sin duda, habría ocurrido.

No le dio tiempo a ponerse nerviosa. Las muchachas hicieron bien su trabajo y la sábana tuvo la gran deferencia de no rajarse en medio de la bajada; quizá subirla fuera otra historia, pero sobre eso se preocuparía más tarde. Ya llegaba con unos minutos de retraso a la cita.

—¡Suerte! —exclamó Margaret en voz baja, sacudiendo la mano—. ¡Estaré esperándote despierta para que me cuentes!

Molly imitó su despedida, agarró las faldas y se concentró en sus habilidades de orientación para sortear la oscuridad sin perderse. Como Edward había dicho un par de veces, le era más sencillo guardar el equilibrio cuando no veía por dónde iba, algo tan curioso como bienvenido en ese caso. Así consiguió llegar al punto del bosque junto al lago en el que habían quedado, sin un solo tropiezo.

Bueno, sí hubo varios, pero fueron insignificantes.

Supo dónde estaba Edward porque, a diferencia de ella, llevaba una



lmparilla de mano. Era un misterio cómo había conseguido ubicarse y no caer en una zanja al acudir a la cita; lo resolvería en cuanto averiguasen el del enigmático intérprete.

—¿Sabionda? —llamó él, al oír sus pasos erráticos. En lugar de asentir, aceptó la mano que había alargado hacia ella y entrelazó los dedos con los suyos—. ¿Has conseguido escapar con éxito?

—Ya me ves. Aunque la próxima vez podrías venir a por mí.

—Ni lo sueñes.

—No sería la primera vez que entras en mi dormitorio.

—Esa primera fue también la última. —Tiró de ella para ponerla a su altura—. Precisamente por lo que ocurrió, digo que no me arriesgaré otra vez.

Molly pensó en admitir que no solo no le importaría, sino que lo recibiría con los brazos abiertos... Pero también se le ocurrió que tenía demasiado reciente la clase de protocolo para vulnerar sus normas sin ninguna vergüenza. Por lo menos esperaría unas cuantas horas más. Por respeto.

—Te escoltaré hasta la puerta —añadió él, iniciando la marcha—. No vaya a ser que te hagas daño.

Manifestó su conformidad con un asentimiento que no habría visto. Le gustaba cómo sonaba su voz a oscuras. Más íntima. Más directa. Sin timidez alguna, aunque él nunca admitiría que era introvertido... Aun cuando era evidente. Si pensaba en la manera que había tenido de confesar sus sentimientos esa misma mañana, la invadía un cosquilleo al que no sabía poner nombre. Nunca había experimentado nada parecido al conocer de otros labios la percepción que tenían de ella. Quizá porque nunca le había interesado a un hombre de esa manera, además de a Norbury. Pero le gustaba viniendo de Edward. Le gustó tanto la forma que tuvo de decirlo, de abrazarla después, que no podía parar de darle vueltas. Su mente se dividía en dos pensamientos constantes: el relativo al pergamino que pretendía traducir, muy precariamente por su falta de medios, y el que tenía nombre propio.

—¿Crees que hoy también aparecerá?

—Si lo hace, quedará claro que viene todas las noches. Explicaría por qué todo el mundo tiene esa firme creencia de que la leyenda es cierta. Con que escucharan el eco del laúd, ya habrían ido corriendo a sus casas a contarlo. —Frunció el ceño—. Aunque es extraño. Te lo dije ayer y lo repito... Siempre había oído decir que, lo que se escuchaba, era una flauta.

—Los aldeanos deben estar preparándose para formar una orquesta —Edward soltó una pequeña carcajada—. ¿Tan raro es que alguien toque la flauta o el laúd en el bosque? —dudó Molly—. Quitando la situación espacial y la hora. Ya sé que no es de Dios hacer esto por las noches.

—Más que nada por el tipo de instrumentos. No sé cómo sonará la flauta, hay muchos tipos, pero la fiebre del laúd comenzó en el siglo quince y terminó en el dieciocho. Estos últimos años no se han visto demasiado y es más difícil encontrar a un intérprete.

Molly asintió. Apenas se dio cuenta de que Edward, en lugar de soltar su mano después del reconocimiento, seguía agarrándola para adentrarse en el corazón del bosque. Fue tan natural para él como para ella; tuvieron que pasar unos minutos en silencio para que se fijara en lo normalizado que tenía el contacto con sus dedos.

—Creo que anoche estuvimos aquí —sentenció él, plantándose en el espacio—. Si viene a la misma hora que ayer, empezará a tocar en unos minutos.

—¿Y qué hacemos mientras?

Un pequeño silencio.

—Podrías instruirme sobre alguna de las muchas materias en las que estás versada. Seguro que se te ocurre la historia de algún rey o reina, o algún dato curioso.

A Molly le extrañó no tener ningunas ganas de iluminarlo con sus extensos conocimientos. Nunca desaprovechaba una oportunidad para contarle a alguien una de sus anécdotas preferidas sobre personajes históricos; la mayoría de ellas de muy mal gusto. Esa noche, en cambio, quería prescindir de la

conversación. Quizá se debiera a que no podía concentrarse estando a solas con un hombre al que había besado dos veces... y quería besar una tercera. Había magia en el ambiente gracias a la promesa de una canción, el eco de los rumores del agua y el cantar de los grillos, además de la luz ambarina y sin duda íntima que emitía la lámpara.

—Bueno, sé muchas cosas sobre Cleopatra. Que, en realidad, era la séptima de su nombre, pero como fue la más importante... Dicen que estuvo una noche con cien romanos a la vez. Era una felatriz tan famosa que la apodaban «la boquiabierta», o «chelión» que significa «la de los labios gruesos»...

—Por el amor de Dios, ¿quién te ha enseñado eso?

—Escuché a mi padre contárselo a un buen amigo suyo durante una borrachera. Me pareció bastante interesante.

—Espero que no vayas contándolo por ahí. Por Cristo, una señorita no debería saber nada sobre eso. Ni siquiera yo conocía el término que has mencionado.

—¿Felatriz? Viene de Egipto. Antiguamente, las mujeres se pintaban los labios de una manera específica para que, con solo mirarla, se supiera cuál era su especialidad.

—No sigas, por favor —musitó, con voz estrangulada—. Es... incómodo tener una conversación de este tipo con una mujer.

—Lo estoy haciendo para que te animes a besarme. Se supone que esto es una... cita, ¿no?

Hubo un pequeño silencio. Él aún no le había soltado la mano. La sentía caliente, y también sudorosa.

—Sí... Quiero decir... ¡no! No pretendía seducirte. Mis intenciones no eran... son honorables. —Dejó correr el silencio mientras inhalaba profundamente—. Me pones muy nervioso. Pero si quieres que te seduzca, solo tienes que pedírmelo.

—¿Pedirlo no le quita magia al momento? No te preocupes, tengo cientos de historias para provocarte hasta que te animes. Por ejemplo: Mesalina, la

tercera esposa del emperador Claudio, retó a la cortesana Scylla a...

Edward le cubrió la boca con la mano. Al principio ejerció suficiente presión para que no pudiera respirar, tan solo unos segundos; luego fue aflojando, hasta que la apartó. Hubo un breve titubeo antes de reemplazarla por su boca. La oscuridad era tal que, antes de llegar ella, rozó su barbilla alzada y la comisura de sus labios. El beso que le dio tenía el mismo matiz que los dos anteriores, con la diferencia de que esa vez no había vacilación alguna. Molly se encogió de pura exaltación. Contuvo los brazos contra el pecho antes de atreverse a deslizarlos en torno a su cuello.

—¡Edward, detente ahora mismo! —exclamó una voz que se les hizo conocida—. ¿Cómo te atreves a seducir a una de las alumnas? ¿Es que no tienes vergüenza?

Sonaba a Lionel Hastings, pero un discurso tan afectado no se correspondía con la personalidad del profesor titular. Él nunca los habría interrumpido. Más bien, animado. Y, sin embargo, fueron sus rasgos los que Molly reconoció al separarse de manera abrupta y dirigir una mirada al otro punto de luz.

—¿Lion? —balbuceó Edward—. ¿Qué haces tú aquí?

—Esa no es la pregunta, muchacho. O al menos no soy yo quien debe contestarla. Cuando te animé a cortejar a una joven, no me refería a que la llevaras al bosque a... Con perdón, señorita Seymour. Estoy hablando como si no estuviera presente —añadió, mirando a Molly.

—No me he ofendido, descuide.

Con su beneplácito, Lionel se giró hacia su sobrino de muy mal humor.

—Estoy furioso contigo. Esta no es la forma de hacer las cosas, Edward.

—¿Cómo has llegado hasta donde estábamos? ¿Me has seguido?

La pregunta se le quedó colgando de los labios al advertir, a la vez que Molly, el instrumento que llevaba colgado del pecho. No estaba muy enterada en el formato de los laúdes, pero juraría que eso era exactamente lo que protegía, cubriéndolo con un brazo. Solo para asegurarse, Molly le quitó a Edward la lámpara de gas y la alzó para hacer un reconocimiento exhaustivo.

—¿Eras tú el que estaba tocando música la otra noche? —preguntó Edward, con los ojos abiertos como platos—. ¿El supuesto juglar?

—Yo nunca me he presentado como tal. Ya tendremos esta conversación cuando estéis los dos en Minstrel House. Vamos, seguidme.

—No —espetó Edward—. ¿Cómo es posible que no te viera la otra noche? ¿Dónde estabas escondido? ¿Y desde cuándo sabes tocar el laúd?

Lionel tuvo que comprender que no iba a poner a salvo a ninguno de los dos si no daba algunas explicaciones. Suspiró y acarició las cuerdas del instrumento con los dedos, quizá para tranquilizarse. A saber por qué le había molestado tanto que se saltaran las normas; al final resultaría que el señor Hastings era un profesor tan estricto como los demás...

Eso, desde luego, era una sorpresa mayor que su participación en la supuesta canción del juglar.

—Tu madre me enseñó durante un verano. Aunque reconozco que fue difícil tocar mientras tenía que moverme de continuo en la oscuridad, para que no me alcanzaseis.

—¿Y cómo lograste alejarte lo bastante rápido, estando cojo? —cuestionó de mal humor.

Molly le vio sonreír con una combinación de ironía y arrepentimiento. Se dio cuenta al instante de que aquello era un asunto que les concernía a ellos, y decidió quedarse en silencio, cogida a la mano de Edward.

—Digamos que nunca he estado cojo. Me lo tuve que inventar para traerte de vuelta a Minstrel Valley, o de lo contrario no te volvería a ver. Me he pasado los tres últimos años enviando cartas a tu dirección, pidiéndote que regresaras para recoger las pertenencias de tu madre, que ahora son tuyas... Y nunca obtuve respuesta. Supuse que solo con un percance de esta proporción te atreverías a poner un pie aquí. No fallé: eres como tu padre, siempre te puede el honor. Excepto ahora, por lo que veo.

Molly levantó las cejas.

—Ha improvisado una cojera muy creíble, señor Hastings. ¿Cómo lo hizo

para engañar al médico?

—Gracias, señorita Seymour. Es amigo mío —respondió. Continuó mirando a Edward—. No podía permitir que siguieras huyendo de tu familia y de lo que eres. Algún día tendrías que afrontar su muerte y retomar la música donde la dejaste. Se me ocurrió que, escuchando la canción que tu madre tocaba cuando eras un niño, te ablandarías. Te vi salir con Molly el otro día y decidí seguiros, también por proteger a la muchacha de tus malas decisiones.

Molly sintió la tensión de Edward.

—¿Es la canción que ella me tocaba?

—Claro. ¿No te sonaba familiar?

Hubo un silencio muy revelador.

—No me puedo creer que armaras todo esto solo para endosarme las cosas de mi madre. Ya te lo dije en su momento y te lo repito: no quiero nada de eso.

El dócil semblante de Lionel se endureció.

—Es tu madre, Edward. No puedes seguir fingiendo que no ocurrió y vivir como un alma en pena, renunciando a todos los planes que tenías únicamente porque no está a tu lado para celebrar tus triunfos. Sé cuánto duele perder a un ser querido... A dos. A tres. Pero la vida sigue. Y tú debes continuar la tuya, aunque solo sea porque ella ya no puede.

Molly no sabía si intervenir. Sobraba en medio de esa conversación e imaginaba que Edward tenía mucho en lo que pensar. No obstante, no podía pedir que disculparan su ausencia porque no sabría a dónde dirigirse.

—Podrías haberme dicho esto desde el principio en lugar de armar toda esta pantomima —dijo Edward, en un tono comedido que alarmó a los otros dos. Era imposible que se hubiera tomado bien un sermón, cuando era de carácter reaccionario—. Hablaremos por la mañana. Molly no tiene por qué estar aquí.

Edward la soltó como si de repente le hubieran apuñalado. Parecía muy cansado, y hacía unos minutos estaba lleno de energía. Era su reacción más frecuente cuando mencionaban a la señora Hastings. Se preguntó si habría algo

más detrás de su muerte repentina, o es que era mucho más sensible de lo que ella podría imaginar. Fuera cual fuera el caso, odió verlo —o sentirlo— volver cabizbajo, quizá desilusionado porque el que podría haber sido el espíritu del juglar hubiera resultado un fraude. Aunque a Molly no le causó la misma satisfacción ese supuesto hallazgo particular, se sintió igualmente defraudada al descubrir que no lo era.

Regresó a la casa junto a los Hastings, preguntándose durante todo el trayecto cuál sería la mejor forma de abordarlo. Al final no se le ocurrió ninguna, y eso que las ideas no le solían escasear. Si algo bueno tuvo toda la historia fue que no necesitó utilizar la sábana para volver a la habitación; y menos mal, porque hasta Margaret se había quedado dormida.

## Capítulo 9

Edward se levantó al día siguiente especialmente silencioso. No se podía decir que estuviera de mal humor, aunque tuviera el ceño fruncido; solo andaba pensativo y, hasta cierto punto, inquieto. Había evitado pensar en su madre y su casa tantas veces, que ni siquiera se dio cuenta de que estaba huyendo de algo que terminaría ocurriendo. Al menos, la noche anterior decidió que así sería, que no lo pospondría y enfrentaría de una vez por todas lo que quedaba por solucionar.

¿Qué era lo peor que podía ocurrir? No le tenía miedo a las lágrimas, ni al dolor agudo, porque como Molly dijo, este o bien conducía al embotamiento de los sentidos, o se aprendía a resistir. Entonces, ¿qué era lo que le aterrizzaba?

Llegar a la casa y que ella no estuviera. Tan simple como eso.

Tocar sus libretas, leer sus anotaciones, abrazar su laúd y acariciar su piano, sabiendo que ninguna de esas cosas volvería a tener el uso que ella le dio. Que estaban condenadas al abandono, que caerían en el olvido; que él no sabría hacer especial cada nota, ni las teclas o cuerdas sonarían igual si las percutía. No era solo que la señora Hastings hubiera muerto. Era todo lo que había enterrado con ella. La música, el ritmo, la ilusión, el amor, la pasión, el disfrute.

Pero Lionel tenía razón. No podía eludir su responsabilidad como propietario de la casa y de lo que había en su interior. Aunque fuera para



ponerla en venta, debía entrar allí y decidir de qué dispondrían los nuevos inquilinos y qué se llevaría a Londres. Y, para eso, a diferencia de lo que dijo la noche anterior, necesitaba que Molly lo acompañara.

Pero Molly tenía una visita ese día. Eso significaba que no había podido amenizar el trayecto y sus pensamientos destructivos con esas largas explicaciones que a veces servían de tapón. Gracias al cielo, su tío tenía una habilidad similar, aunque no lo encontraba tan encantador.

—Me alegro de que por fin te hayas animado a hacer esto —le dijo, mientras se dirigían a la vivienda—. Era necesario, ¿comprendes?

—¿El qué? ¿Hacer limpieza, o que mirase a la cara a los fantasmas que vivirán allí?

—De la limpieza no se encargan los señoritos como tú, y es una lástima, porque de no haber sido así, podría haberte arrastrado mucho antes a la casa. Me refiero a que tenías que reconciliarte con tu madre. No podemos odiar a las personas que amamos por habernos dejado, aunque creamos que eso lo hace más llevadero.

Edward quiso pedirle que cerrase el pico y se marchara con sus soliloquios a otra parte, pero no pudo. Si alguien podía enseñarle el lado optimista de la pérdida, era Lionel, y lo último que deseaba era quedarse solo entre aquellas cuatro paredes.

La señora Hastings había vivido, cuando era soltera, en una casita humilde cerca de Legend Square. Después de conocer a su adorado marido, lo lógico habría sido venderla y salir en busca de una donde aumentar la familia, pero en vista del empleo nómada que desempeñaba la pareja, habría supuesto un jaleo innecesario. Fijaron su residencia oficial en Minstrel Valley mientras viajaban por todo el continente. Allí les esperaba un Edward menor de edad, del que se encargaba lady Conway durante esas prolongadas ausencias, convidándolo a pasar largas temporadas en su mansión. Pero, aunque Edward durmiera en habitaciones de prestado, siempre tuvo acceso a su verdadero hogar, al que escapaba cada vez que quería tocar el piano o recordar a sus

padres. Los echaba muchísimo de menos. Su infancia había estado marcada por eso, casi en su totalidad. Los periodos más felices, y de los que guardaba recuerdos más detallados, fueron los que sus padres pasaban con él en el pueblo.

Había evitado ir por allí cuando fue al pozo o a las ruinas del castillo, siempre con Molly como tentación superior a echar un vistazo a la puerta de su antigua vivienda. En ese momento estaba delante de ella, con la llave entre los dedos temblorosos.

Echó un vistazo alrededor para ganar tiempo. Su madre fue una persona muy querida en el pueblo. Todos la recordaban con aprecio, no ya por ser la única que se dedicaba al mundo del arte y proporcionaba magníficas interpretaciones durante las festividades locales, sino porque siempre tendía una mano amiga y era la mayor entusiasta de los encantos, tradiciones y gentes de Minstrel Valley. Eso explicaba que, según Lionel, siempre hubiera ramos frescos en su tumba —porque solo allí podría haber sido enterrada—, y que las flores de la pasarela de entrada mostraran su exuberancia. Sus viejos amigos se preocupaban de que todo estuviera como si ella aún siguiera viva, ordenado, limpio y glorioso.

Giró la llave en la cerradura y pasó, seguido de Lionel. No debía sorprenderle que su tío estuviera tan callado: sabía que era un hombre muy prudente y que su pasión por el cotilleo y los comentarios fuera de lugar solo era circunstancial. Sin embargo, se sintió profundamente agradecido por que le dejara reconocer a fondo cada pasillo, cada habitación apestillada, sin quebrar ese respetuoso silencio con palabras inútiles.

—El baúl está en el dormitorio principal.

Edward asintió y allí se dirigió, arrastrando una pesada sensación de culpabilidad que nunca desaparecería. Siempre supo que se arrepentiría de alejarse tanto de su pueblo, tan representativo de su madre, y ahí estaban por fin los remordimientos. Los abrazó como a un viejo amigo después de años enemistados por una estúpida rencilla, sabiendo que no se quedarían por

mucho tiempo. Conocía a su madre lo suficiente para saber que lo perdonaría por haber tardado tanto.

Recorrió el pasillo hasta la habitación del fondo y empujó la puerta. La luz mortecina pero estridente que se filtraba por la ventana le cegó; necesitó parpadear varias veces antes de acostumbrarse a la molesta iluminación. Allí, en el dormitorio, estaba la cama de matrimonio y el escritorio, donde sus padres se sentaban a componer. El baúl estaba a los pies de este, un armazón grueso y con argollas oxidadas que se cerraba con llave. Una llave que le tendió Lionel.

Edward lo miró a la cara al cogerla.

—Siento haberte ignorado, haberme resistido... Incluso haber respondido tan mal cuando solo intentabas ayudarme. Me he comportado como un crío.

—Pues claro que sí, pero porque eres un crío. Acabas de cumplir veintitrés años. Si supieras a qué me dedicaba yo por ese entonces...

»No te preocupes, no te guardo ningún rencor. Todos nos comportamos como críos o como irracionales cuando estamos dolidos. Tú pasaste por una pérdida muy dura siendo demasiado joven; no todos tienen la suerte de que les ocurra cuando son lo bastante fuertes para encajarla.

Asintió con un nudo de congoja en la garganta. Había pensado demasiado a menudo en lo que cambiaría a su familia, a su familia perfecta, por una disfuncional que no le hubiera aportado nada: así no temería entre pesadillas el día en que los perdiera. Así no se habría refugiado en su tristeza en lugar de esforzarse por seguir adelante. Así no habría tenido que aprender a vivir sin ellos.

—¿Cómo lo hiciste tú para sobreponerte tan rápido? —inquirió Edward, posponiendo el momento de buscar en el baúl—. Tú perdiste a tu hermano. A tu suegra. Y... —Tragó saliva—, a tu mujer y a tu hijo.

Lionel le pasó un brazo por los hombros y le palmeó la espalda. Una sonrisa suave y sincera curvaba sus labios.

—No sé cómo lo hice, pero sé qué me consuela: estar sufriendo por ellos ha

evitado que ellos lo hicieran por mí. Si se tiene alguna conciencia estando muerto, sé que, de haber fallecido yo, no soportaría ver a mis adorados recordándome con cara triste. Mejor que fuera yo el que vive del recuerdo y el que paga los destrozos, al que los deja sin querer. Porque créeme: ellos no quieren que estés así.

—Lo sé. Pero ya sabes que siempre fui un niño muy desobediente.

—Como el mío. —Sonrió otra vez y le guiñó un ojo—. Es una cualidad de los Hastings.

Edward tragó saliva.

—¿Qué le pasó, Lion? ¿Por qué nunca hablas de él?

—Porque todavía no puedo nombrarlo con tanto amor como tristeza, y para eso es mejor quedarse callado. Pero si tanta curiosidad sientes, te diré que tenía los ojos de su madre y una salud muy frágil. Se lo llevó una pulmonía.

—Lo siento. Lo siento de todo corazón.

—Yo también, muchacho. Y ahora abre eso. Tenemos una clase que preparar para mañana.

—No creo que mañana vaya a estar aquí. Tengo que llevarlo a Londres; no voy a arrastrarlo hasta Minstrel House.

—Ya te digo que, a este ritmo, estarás aquí. Vamos.

Edward suspiró y se acuclilló para usar la llave. Imaginaba lo que encontraría ahí dentro: colecciones de partituras y cuadernos emborronados con posibles melodías, además de cartas de admiradores, poemarios en los que se inspiraba cuando era joven para escribir sus versos; flores disecadas entre páginas empolvadas, amarillentas por el paso tiempo. Tal vez dibujos que él hacía...

Y eso fue exactamente lo que encontró, además de varios frascos de perfume, algunos de sus chales preferidos —extraño, porque su madre siempre quiso que se donaran sus trajes a escuelas e iglesias—, un calendario y una especie de diario por el que sobresalía un pergamino doblado.

Edward sacó este último, lleno de curiosidad.

—No sabía que escribiera un diario —murmuró.

Separó las solapas con cuidado y pasó varias páginas.

—No es un diario como tal. Fue una de las cosas que acercaron a tu madre después de que se quemara la iglesia, hace ya unos ocho años. Recuerdo que le trajeron unos cuantos documentos relativos a la música, canciones de misa y algunas partituras antiguas, por si le interesaba descifrarlas.

—¿Partituras antiguas? —inquirió con el ceño fruncido. Sacó entre las páginas el pergamino doblado, roto por las esquinas—. Nunca me dijo nada al respecto.

—Ni a mi hermano tampoco, por lo poco que sé. Era su pequeño secreto. Solo lo compartió conmigo, apenas unos días antes de morir, como si supiera que iba a ocurrir una desgracia y debía asegurar el legado.

Edward necesitó unos segundos para asimilar la directa mención del accidente.

—¿Y qué sabes sobre esto? —preguntó con la voz quebrada.

—Sé que, como no tenía demasiado tiempo entre viajes, iba estudiando esas partituras durante sus breves vacaciones en Minstrel Valley. Murió antes de terminar eso —señaló el pergamino que Edward examinaba con sumo cuidado—, aunque solo le faltaban unas líneas. Me dijo que te la estaba preparando como regalo para tu vigésimo primer cumpleaños. La canción que interpreté hace dos noches y que tu madre tocaba durante tu adolescencia, es esa. O *casi* es esa. Ya te digo que se dejó unas últimas notas por descifrar.

Edward entornó los ojos sobre la página y luego echó un vistazo a las anotaciones de su madre. Las examinó largo y tendido, sumido en un silencio meditabundo. Tragó saliva, inquieto por su posible significado.

—Es notación musical antigua —explicó—. Una mezcla del sistema de neumas propio del alto Medioevo y el tetragrama de la mano guidoniana, que, si no recuerdo mal, data del siglo quince. No estoy seguro porque no puedo traducir a notación actual sin ayuda de manuales, pero... parece que mamá estaba renovando esta melodía medieval.

—Desde luego, la canción que me enseñó no sonaba muy decimonónica.

—Pero sí sonaba preciosa —murmuró, sin apartar los ojos de las neumas—. ¿Y dices que lo encontró en la iglesia? Es imposible que se trate de una canción de misa. Hay varias séptimas notas, el si variable o bemol que llamamos ahora, que en la Edad Media no se empleaba en música porque se consideraba un intervalo diabólico. Ningún cura tendría esto en su sacristía, ni lo compondría, y, por supuesto, no la tocaría. Era inestable y disonante, por eso se decía que invocaba al diablo.

—¿Quién crees que lo escribió entonces?

Edward desvió la vista al encabezado de las anotaciones de su madre, que había escrito con bella caligrafía un título que hizo latir su corazón.

—«La canción del juglar» —citó, con voz temblorosa—. Mamá lo tenía muy claro.

Lion levantó las cejas.

—¿Lo ves posible?

—Improbable tal vez, pero no imposible. Los juglares transmitían sus canciones de forma oral. Ahora... Había muchos trovadores y artistas de palacio que eran expulsados por sus reyes. Tal vez este juglar lo fuera antes de pasarse a las calles, y por eso tuviera algún conocimiento musical.

»Incluso cabe la posibilidad de que fuera clérigo en algún momento de su vida, o creciera como monaguillo: Guido de Arezzo, el creador de la notación cuadrática de este pergamino, era un monje benedictino. No me sorprendería que aprendiera a plasmar en papel su música gracias a una educación eclesiástica... —Se mordió el labio—. Aunque todo esto son solo teorías. Podría haber sido cualquier otra persona —musitó. Sacudió la cabeza y volvió a fijar la vista en el papel—. No me puedo creer que ella... que ella tuviera la canción que me he pasado toda la vida buscando. Dios, no, claro que sí puedo. Si existía, debía ser ella quien la tuviera en su poder.

Intentó contener la repentina ilusión porque sabía que, después de las carcajadas de pura incredulidad, vendrían las lágrimas. Lo que estaba

sintiendo era una combinación de felicidad y profunda tristeza que, prolongada en el tiempo, terminaría volviéndolo loco.

Inspiró hondo y se giró hacia Lionel.

—Ayúdame a guardar todo esto y a trasladarlo. Aún es pronto: iré a Londres y volveré esta misma noche para no faltar a la clase de mañana. Tengo que dejarlo en casa y... hacer una visita.

—¿Qué clase de visita? Apuesto a que tu amigo Clive puede esperar.

—No tiene que ver con Clive. Mi antiguo profesor de la academia sabrá descifrar estas últimas neumas para disfrutar la canción al completo.

Lionel no puso ninguna objeción y le ayudó a cargar el baúl, ya sin fingir la cojera. Merecía un rapapolvo por haberle engañado de esa manera tan rastrera, abocándole voluntariamente a los pisotones de Molly y las travesuras de Margaret, pero no estaba de humor para enfadarse. Más que usado, se sentía salvado. Y melancólico. Todo parecía estar en su sitio cuando Lionel se quejaba por lo mucho que pesaba y lo necesarias que eran a veces las dos manos de Goliath, el grandullón que subía y bajaba a lady Acton del segundo piso. Cuando el sol brillaba en lo alto al montar el baúl en el carruaje...

Solo le faltaba una cosa.

—Necesito volver a Minstrel House antes de emprender la marcha. Quiero contárselo a alguien.

Lionel enderezó la espalda y sonrió.

—Estoy convencido de que a ese alguien en concreto le fascinará la información —afirmó—. Es muy buena muchacha. Me gusta.

Edward se rascó la nuca, algo ruborizado. El «a mí también» se le estancó en la garganta. Decidió que no diría nada, a riesgo de soltar un graznido ridículo.

—Sigo esperando una disculpa por tu lamentable manipulación.

—Yo no la llamaría «lamentable». Caíste redondo, querido.

—Y estarás tan orgulloso de ello.

Los ojos claros de Lionel se iluminaron.

—¿Tú no? Regresas a la capital con mucho más de lo que trajiste para venir, que era lo puesto y una amargura que te terminaría estrangulando.

Edward dejó el baúl un momento en el suelo y se cruzó de brazos.

—No te voy a sermonear, pero tampoco pienso agradecerte nada.

Su tío soltó una carcajada sonora.

—Sí, sería mejor que te ahorraras los sermones. He vivido casi quince años más que tú; te aseguro que lecciones es lo último que puedes darme. Venga, carguemos esto otra vez... Si tengo que esperar a que admitas que, gracias a mí, has conocido a la señorita Seymour, me va a sorprender el Juicio Final. Y todavía no estoy preparado.

Edward puso los ojos en blanco. Por supuesto que no lo iba a decir en voz alta. Lo último que necesitaba ese hombre era que le engordasen el ego.

Pero lo pensaba. Y en cuanto Lionel apartó la vista de él, esbozó una sonrisa y musitó un «gracias» que no oyó. Al menos, no lo oyó su tío, pero sí alguien que no esperaba encontrar.

—Con lo difícil que es sacarte un agradecimiento, y ahora andas por ahí soplándoselos al viento.

El corazón de Edward se saltó un latido. Soltó lo que tenía en la mano e ignoró el quejido que emitió Lionel: se dio la vuelta, presa de un repentino temblor adolescente. En cuanto cruzó miradas con unos bonitos ojos negros, sus labios se torcieron en una sonrisa.

—Eso ha rimado —fue lo primero que se le ocurrió decir—. La vida de marquesa debe estar dándote tiempo para la poesía.

—Para la poesía quizá no, pero sí para escaparme y venir a buscarte. ¿Eso es todo lo que tienes para mí, Edward? ¿Una sonrisa?

—Créeme, en estos tiempos es lo mejor que puedes sacar de mí. Aunque estamos hablando de Olivia Coombs, seguro que se le ocurre alguna forma de marcar la diferencia.

—Veamos... —fingió vacilar, poniéndose una mano en la cadera—. ¿Qué tal esto?



Olivia se echó a reír antes de arrojarse a sus brazos con la confianza que otorgaban los años de amistad. Al principio no supo muy bien cómo reaccionar. Aunque Edward había sido un niño mimoso, siempre agarrado a la pierna o la mano de su madre —incluso en la adolescencia—, con Olivia siempre fue más comedido. No quería que se diera cuenta de que protagonizaba todos sus pensamientos. Pero ahora que eso había cambiado, incluso la levantó del suelo, realmente entusiasmado por la adorable casualidad.

Cuando la bajó, Olivia estaba un poco despeinada.

—Si te hubieras alegrado un poco más de verme, te habría preguntado cómo es que no te animaste tú a propiciar este encuentro.

En lugar de buscar excusas o dar explicaciones —una tan simple como que no sabía que estaba de visita en el pueblo—, intentó controlar la sonrisa, sintiéndose raro. Hacía tanto tiempo que no se reía así, que le daba la impresión de que estaba haciendo una mueca desagradable. Pero no importaba. Olivia no podía haber aparecido en mejor momento. Y estaba radiante. No todos los matrimonios hacían brillar los ojos de las mujeres.

—Y si yo fuera un poco más rencoroso, te diría que es porque no me invitaste a tu boda.

Olivia fingió indignación.

—¡Se podrá ser desvergonzado! ¡Te envié una invitación! A ti y a Richard, de hecho. Él no pudo venir porque estaba de viaje. Su tía me lo notificó de su parte. Fue una lástima... Pero igual que lo tuyo —añadió—. Entiendo que no quisieras venir. Sabía que no estabas pasando por un buen momento y que no me arruinarías la fiesta con tu cara de cordero degollado...

—Ah, bueno, qué amable de tu parte invitarme sabiendo que iba a aguardar la fiesta.

—Sabes que solo bromeo. —Le puso una mano en el brazo—. Me habría encantado que estuvieras allí, pero sé lo duro que fue para ti perder a tu madre y te quedaba mucho por gestionar.

En cualquier otro momento, Edward se habría puesto a la defensiva. Pero recordó la conversación con Lionel y sacudió la cabeza, negándose a permitir que sus emociones tomaran el timón.

—Te prometo que no fui porque esa invitación nunca me llegó. Aunque, si te sirve de consuelo, es improbable que hubiera acudido. Más que nada porque bastante tengo con un marqués, para tolerar a otro en mi vida. Indirectamente y en la distancia, sí, pero sigue siendo un noble, y... —Lo dejó al aire y fingió un escalofrío.

—¿Me lo dices en serio?

—Claro que sí. No me gustan los aristócratas. Son unos engreídos, y si encima es tu marido...

—Me refiero a lo de la invitación, pero ya has despertado mi curiosidad. Es verdad que la primera vez que lo vi, me pareció digno de todas las malas palabras de este mundo. Pero ¿qué pasa con que sea mi marido? ¿Temes que tenga tanta facilidad para buscarte las cosquillas como yo? —se burló, guiñando un ojo.

—Oh, dudo que un hombre me provocara *esa clase de cosquillas*. Aunque he oído que es bastante atractivo. No esperaba menos para ti.

—Lo dices como si fuese lo más importante... —Puso los ojos en blanco. De repente, como si acabara de procesar la información, levantó las cejas—. ¿De qué cosquillas estás hablando?

Edward envió una mirada rápida al cielo, en busca de una ayuda que no merecía por impulsivo. El mundo entero conspiraba para sacarle todas las verdades en una mañana.

—Edward —llamó Lionel—. No quiero molestar; ha sido un reencuentro muy bonito, pero habías dicho que querías estar en Londres a una hora decente de la tarde... Y tenemos que llevar esto a la casa. —Se giró rápido hacia Olivia, que sonreía a Lionel. Este hacía una reverencia y se tomaba la libertad de guiñarle un ojo—. ¿Qué tal anda su marido, milady? Ya veo que usted está inmejorable.

—Se encuentra en Minstrel House ahora mismo, acompañando a lady Acton. Allí me dirigiré yo en un rato, cuando haya terminado los recados. No voy a decir que me alegro de verle porque seguramente nos encontremos allí en un rato. ¿Crees que entonces podrías reservarme un hueco en tu atareada agenda?

—Sí —respondieron los dos a la vez. Lionel y Edward se miraron con una ceja alzada. Fue el segundo quien continuó—: No puedes evitar aludirte cuando las mujeres separan los labios, ¿eh?

—Bueno, muchacho, nos apellidamos igual. No dirás que no da lugar a confusión... Y no ocurre con todas las mujeres; solo las morenas. —Sonrió lobuno e hizo una señal hacia el camino—. Yo me voy. ¿Te quedas con la dama, o te vas?

—Ve —lo animó Olivia.

—Seguramente cuando vuelva tú ya te habrás ido —dijo Edward.

—Nos veremos otra vez. Tenemos una cita el seis de agosto, ¿recuerdas?

Sabía a qué se refería: a un reencuentro pactado por los tres, Olivia, Richard y él, hacía tanto tiempo que era un milagro que se acordaran. Pensó muchas veces en esa promesa, en las circunstancias en que la hicieron y en cómo se libraría de acudir sin quedar de la peor manera. Ahora que tenía la certeza de que no estaría solo, asintió con propiedad. Olivia estrechó su mano y lo soltó muy despacio. Acompañó la carantoña de una sonrisa sincera que iluminó su rostro.

—No me hagas volver a echarte de menos, Edward Hastings.

—Pero si ni siquiera tendrás tiempo.

—La vida es muy larga; hay tiempo para todo.

—Qué sabia eres.

—Eso no lo dudes.

Edward la vio dar la vuelta y despedirse agitando un brazo de manera informal. Podía ser ahora marquesa y vivir ostentosamente, pero seguía siendo una mujer sencilla y cercana, que adoraba su pueblo tanto como él lo hizo en

el pasado. Ninguna obligación de protocolo o costumbre aristocrática anularía su esencia, y eso le tranquilizaba.

—Luego dicen de mí, pero tú te has enamorado más veces que nadie — comentó Lionel.

Edward se giró hacia él.

—¿No te habías ido?

—¿Y perderme tu primera sonrisa desde el treinta y cuatro? Jamás.

Edward puso los ojos en blanco y le hizo un gesto para que volviera a asir el baúl. Dedicó una mirada al silencioso pero entretenido Goliath. «El caballero es insoportable», parecía querer decir. «Pero se le tiene aprecio», contestó el hombretón, encogiendo un solo hombro.

Iniciaron la marcha unos segundos después, cuando Edward ya había perdido de vista a Olivia.

Por el camino captaron la atención de todo el mundo. Edward no se fijó en los gestos interrogantes de los locales; estaba demasiado ocupado emocionándose con la perspectiva de volver a ver a Olivia y a Richard en unos meses, y con la que sería la reacción de Molly frente a las nuevas. En esas andaba, cuando recordó que ella también había encontrado un documento antiguo, y se le ocurrió que, si se trataba de un poema como ella había insinuado, podría adaptarlo a la canción. Así descubriría si la combinación de la melodía del juglar y una letra de su época servían para enamorar a una mujer, tal y como había asegurado su madre.

Dejaron el baúl en la entrada; los criados se encargarían de subirlo al carruaje que usaría para viajar a Londres. Edward se disculpó para ir a buscarla. El servicio estaba haciendo limpieza general en el exterior cuando bordeó el jardín con el objetivo de entrar por la cocina. Las muchachas frotaban las esquinas de los alféizares de las ventanas y el jardinero recortaba moderadamente los brotes sobresalientes. El aire se había impregnado de un aire primaveral que no se respiraba desde la última lluvia.

Le habría gustado quedarse a apreciar el movimiento afanoso del servicio,

que se organizaba tan bien que resultaba hipnotizador verlos ir de acá para allá; sin embargo, la figura de Molly junto a la fuente captó su atención y se olvidó de lo demás.

Al principio no vio quién la acompañaba. El desconocido estaba oculto por uno de los chorros del enorme surtidor. Pero bastaron unos cuantos pasos para que se diera cuenta de que no era su padre, como había imaginado, sino lord Norbury; y estaba cogiéndola de las manos con una confianza que le retorció el estómago.

Una luz se prendió en su cabeza. Recordaba haber oído a Molly mencionar algo respecto al caballero, como que le había pedido matrimonio, y ella...

Edward se quedó parado en medio del jardín.

Ella dijo que aún no le había dado una respuesta definitiva.

Sin pensarlo demasiado —y quizá le habría convenido hacerlo—, Edward agarró su mezcla de confusos sentimientos y se acercó a ellos dando zancadas. La torpeza de Molly debía ser contagiosa, porque se chocó con uno de los parterres y estuvo a punto de sufrir una aparatosa caída. Por suerte, se recuperó a tiempo y, gracias al cielo, el estruendo sirvió para que Molly se girase hacia él.

—¿Edw... Señor Hastings? ¿Qué hace aquí?

«¿Cómo que *señor Hastings*?».

—Trabajo aquí, señorita Seymour; me extraña que no se haya dado cuenta —respondió, tenso—. ¿Le importaría acompañarme? Será solo un momento. Hay un asunto respecto a la clase de mañana que me gustaría discutir con usted.

Molly lo miró sin comprender.

—¿Ahora? Los domingos son días de visita, señor Hastings, no tengo que...

—La devolveré al jardín en unos minutos. Milord ni siquiera se percatará de su ausencia.

—Ve sin problema, querida —intervino Norbury—. Esperaré.

Edward desencajó la mandíbula y miró a la muchacha con impaciencia.

«Querida», repitió para sí. ¿Cómo no se le ponía el vello de punta con un anciano achacoso llamándola de esa forma?

Pudo calmarse un tanto cuando Molly se deshizo de las manos del pretendiente y se puso a su altura para acompañarlo. Edward seleccionó el cenador para plantear sus dudas y vomitar la bola de rabia que le oprimía el estómago, al que la llevó a grandes zancadas. Poco le faltó para cogerla de la mano y tirar de ella, como si fuera una niña que se había portado mal.

—¿Qué ocurre? —preguntó en su inocencia.

Edward la miró como si se hubiera vuelto loca.

—¿Cómo que qué ocurre? ¿Qué hace ese señor aquí? ¿Lo has invitado tú?

—No, claro que no. Ha venido a visitarme como me prometió hace dos semanas, para conocer mi decisión respecto a su propuesta.

Edward sintió las manos y la nuca frías de golpe.

—¿Cuánto se puede tardar en decirle que no a un hombre? Y ¿no se supone que debería estar enfadado, en lugar de cogiéndote las manos?

El breve silencio entre los dos hizo que se temiera lo peor.

—Aún no lo he rechazado. Hasta ahora estábamos hablando sobre mi padre, al que ha visto hace unos días y que vendrá a visitarme esta tarde. Le ha puesto al tanto de su propuesta y él ha dado su bendición.

—¿Qué me quieres decir con eso? —Avanzó hacia ella unos pasos—. ¿No se supone que ibas a rechazarlo?

—En realidad... Me lo estaba pensando.

Edward desencajó la mandíbula. Él no lo sabía, pero el sentimiento de traición se reflejó en su semblante.

—¿Te lo estabas pensando? ¿Y te lo estabas pensando mientras venías conmigo a oír música de fantasmas y a reconocer ruinas de castillos? ¿Mientras me pedías que te besara o aceptabas mis caricias?

—Eso no tiene que ver con nada. Yo quería experimentar antes de decidir si daría el paso, y sabes que por ti siento...

—Experimentar —repitió, en *shock*—. Querías *experimentar*. Y no

pensabas decirme que ibas a aceptar la propuesta de un decrepito.

—No hables así de milord, Edward. Es un buen hombre, muy respetable y encantador, y no tienes ningún derecho a juzgarme. ¿Acaso te has comprometido conmigo de alguna manera, para venir a reclamar con quién tomo esponsales o no? Que, de todos modos, yo no pensaba...

—¿Que no tengo ningún derecho? —Edward estaba sorprendido. Dio un último paso hacia ella—. ¿Y quién tiene derecho entonces, si no soy yo? ¿Has estado experimentando con otros, acaso?

—¿Qué?

—Porque no me sorprendería, si eres capaz de soltarme algo semejante sin pestañear. Dios santo, debería haber imaginado que solo estabas jugando —masculló—. No es que no supiera que las jovencitas os movéis por conveniencia, y no hay nada más conveniente que un marqués agradable, ¿me equivoco?

Molly arrugó el ceño, entre molesta y preocupada.

—Yo no he dicho en ningún momento que fuera a aceptar su propuesta. Solo la he estado sopesando estos últimos días porque, por si no te has dado cuenta, no he recibido ninguna otra y es poco probable que lo haga después del escándalo que armé. La señora Simpson no estará mejorando mi reputación, y ni mis rarezas ni las de mi padre colaboran. ¿De veras pensabas que, por hablarme de los horrores del matrimonio, mis objetivos iban a cambiar? Esta es la realidad, Edward...

Él sacudió la cabeza.

—Pues no me gusta. No es justa. Y tú no has sido sincera. ¿Por qué no me lo dijiste? Si hubiera vuelto a Minstrel House quince minutos más tarde, ¿te habría encontrado celebrando tu compromiso? —Presionó los labios. Olvidó que estaban relativamente a la vista y la cogió por los hombros—. ¿Es que no has pensado en mí ni por un segundo?

Molly parpadeó varias veces.

—C-claro que sí, pero no puedo dejar que mis sentimientos por ti me... m-

me impidan tomar decisiones. Ante todo, debo pensar en mi futuro.

—No estoy hablando de tus sentimientos, sino de los míos. Yo te dije que me importabas. Ayer, sin ir más lejos —balbució, nervioso—. Y que no pretendía seducirte, sino que mis intenciones... eran honorables. ¿No pensaste en lo que eso quería decir? Demonios, no se me dan bien las palabras si no es para quejarme, pero creí que entenderías lo que quería decirte.

—¿Qué querías decirme?

Edward soltó los hombros de la muchacha y se secó las palmas húmedas en los pantalones. No pensó que tuviera que decirlo tan pronto, y en el cenador del jardín, a la vista de todo el que quisiera echar una ojeada. Ni siquiera pensó que lo diría después de haber roto su compromiso con Laurine para que fuese feliz.

—Quería decirte que... —Se mordió el interior de la mejilla—. Q-que esta m-mañana quería que me acompañaras a recoger las pertenencias de mi madre porque... p-porque tú lo haces todo más bonito. O no exactamente bonito, pero sí diferente, ese grado de diferencia que necesito para distanciarme de algunas verdades que no me gustan. Contigo no conozco la desidia, ni la ignorancia, ni la indiferencia, porque me lo enseñas todo y lo haces interesante. Aunque a veces te interrumpa, adoro escucharte hablar y descubrir con qué vas a sorprenderme.

»En g-general, yo... A mí... Me encanta cómo eres. Y me encanta cómo soy cuando estoy contigo. No me convierto en el hombre perfecto, pero digo lo que siento y lo que pienso, y eso significa que eres la única persona en el mundo con la que me siento cómodo.

La miró con una mueca de inquietud, porque no sabía a dónde le iba a llevar esa declaración, y también tremendamente aliviado: se estaba quitando de encima una verdad que le estaba pesando.

—Sé que todo esto ha sucedido muy rápido, y que a lo mejor no sería la mejor opción, p-pero si en tres semanas has suavizado mi amargura, no puedo esperar para averiguar qué podrías hacer... con un poco más de tiempo —



musitó—. Bueno, yo... Creo que te quiero. No: te quiero. Y, en realidad, me... me gustaría que no te casaras con él.

Molly no reaccionó enseguida, lo que ya le dio una vaga idea de que podría haberse metido en un aprieto. De todas formas, esperó unos segundos, con el alma en vilo, por si decía algo. Cualquier palabra o frase hecha servía, desde un «es recíproco» a un «siento no sentirlo». Sin embargo, Molly no emitió un triste sonido. Se había quedado muda, de asombro o de horror, no sabría decirlo. Y Edward solo sentía que algo se estaba marchitando dentro de él.

—También quería decirte que he encontrado unas partituras muy curiosas en casa de mi madre —balbuceó precipitadamente, para salvar su corazón o romperlo del todo—. Unas que parece que pertenecieron a... Datan del Medievo, no sé qué siglo con exactitud, quizá quince o quizá dieciséis. Pensé que te gustaría saberlo, y... te las enseñaría, pero... —«Pero no me quieres»—, me tengo que marchar a Londres ahora mismo.

Retrocedió sin poder apartar la vista de ella. Curado de su pesimismo mordaz en el peor de los momentos, esperó hasta el último segundo, y con un optimismo ridículo, a que se manifestara de alguna forma. No hubo éxito. Molly no encontraba las palabras y él se dio cuenta justo en ese instante de que no sabría cómo lidiar con ese rechazo.

Así pues, cogió aire y se despidió apretando los dientes.

\* \* \*

Molly no supo cómo reaccionar, y no porque hubiera encajado mal la noticia; solo la había pillado desprevenida. Cuando vio aparecer a Edward en el jardín, no se le habría ocurrido pensar que armaría una escena de celos y, de últimas, declarararía sus afectos.

No le sorprendía la naturaleza de sus sentimientos. Se había dado cuenta de que le importaba, la buscaba y le gustaba estar a su lado. Lo que la pilló desprevenida fue cómo ella misma acogió esa nueva información. Edward

despertaba en Molly unas sensaciones muy distintas a otros hombres, muy distintas a cualquier otra persona conocida. Era consciente. Pero no había sabido cómo llamarlo porque no podía compararlo con nada, y la palabra «amor» le infundía demasiado respeto para usarla a la ligera.

¿Podría decirse que empezaba a enamorarse de él? Si eso fuera así, Molly había respondido al instante que lo correspondía y que su declaración la llenaba de gozo. Sin embargo, la emoción la paralizó fulminantemente, y eso significaba que iba más allá.

En cualquier caso, una parte de ella no estaba satisfecha con la reacción de Edward. Ni siquiera la dejó explicarse. Si hubiera puesto freno a su impulsivo monólogo, habría sabido de sus labios que pretendía rechazar a lord Norbury. No porque le pareciera un «decrépito» y otros sinónimos desagradables propuestos por Edward, sino por sus sentimientos. Y Molly no era una persona muy sentimental; insistía en que su corazón era objetivo y se jactaba de tomar decisiones siempre con la cabeza fría. Pero estaría pecando de estúpida si negaba algo tan evidente como sus preferencias. No sabía si tenía una oportunidad real de futuro con Edward. Lo que sí era obvio, es que era más valiosa la posibilidad de tenerlo que ninguna otra propuesta. Viniera de quien viniese.

Por eso, en cuanto Edward se marchó —antes de dejarla responder, lo que quizá le habría convenido para evitar malentendidos—, regresó con el marqués y le puso al tanto de su decisión, tomada después de días de meditación.

—Imaginaba que esa sería su respuesta —respondió el caballero, con una sonrisa triste—. Especialmente después de observar la cercanía con la que su profesor de baile la ha tratado. No hace falta que explique nada; comprendo e incluso celebro que me rechace porque su corazón esté en otra parte. Es algo que no podría haber evitado.

En lugar de despedirlo enseguida, se quedó matando el tiempo con él hasta que apareciera su padre, quien había prometido venir a visitarla. No quería

estar a solas con sus pensamientos, que la torturarían mientras no le diera una respuesta a Edward. Imaginaba que no habría interpretado su silencio de manera positiva, pero ¿no podía haber esperado un poco? Una mujer tenía derecho a buscar las palabras adecuadas. No iba a soltar lo primero que le viniera a la cabeza, y menos cuando era la primera vez que alguien confesaba su sentir. Se le habían juntado la inexperiencia y el *shock*, y que se le daban tan mal los asuntos del corazón como al mismo Edward.

A saber cuándo regresaría de Londres. Para su vuelta, tendría que haber perfeccionado hasta el último detalle del discurso.

«Yo también creo que te quiero. Y lo creo porque no he sentido nunca nada parecido, así que estoy un poco confusa. Lo único que tengo claro es que eres la persona con la que más me gusta estar, incluso cuando dices groserías. A decir verdad, me divierten algunos aspectos de tu amargura, y los que no... me entristecen, porque sé que estás sufriendo».

Después de eso, esperaba que no estuviera muy enfadado por no haber corrido detrás de él. Pero como se le hubiera pasado por la cabeza perseguirlo, al final habría ocurrido una desgracia. Nunca había corrido... por razones obvias.

Una vez se hubiera asegurado de que no le guardaba rencor, preguntaría por esas partituras que había mencionado entre balbuceos. Debía ser una señal del destino que ambos hubieran tropezado por casualidad con un documento histórico. No se consideraba creyente, ni de Dios ni de ninguna fuerza superior, pero estaría dispuesta a confiar en esta si iba a presentarse como una forma de acercamiento entre los dos.

En todas esas andaba pensando, mientras trataba de mantener viva la conversación con Norbury y disimular su exaltación, cuando el señor Seymour apareció. Molly se olvidó de casi todo en cuanto lo vio hablando con la directora antes de sortear los pasillos del jardín, dirigiéndose a ella con una enorme sonrisa emocionada. Aun sabiendo que era una falta grave de educación, soltó de golpe el brazo de Norbury y no pidió disculpas para

correr a los brazos de su padre. Este lo sostuvo como pudo, regalando su ilusión en forma de un fuerte apretón.

Alfred Seymour era un hombre pálido, de huesos finos y estrambótico estilo al vestir. Parecía un caballero de los mejores años de Priny, si es que alguna vez los tuvo; llevaba el cabello largo y claro a la moda de la regencia, con unas patillas que le hacían parecer un oso, y vestía la misma ropa de adolescente, porque no había crecido demasiado desde los diecisiete. Para combatir la hipermetropía, se ponía unas enormes gafas que hacían sus ojos más grandes. En el mejor de los casos, se le describía como un personaje entrañable. En el peor, como un loco sin remedio. Pero todos coincidían en que era inolvidable.

—¡Cuánto te he echado de menos! Debería haberte llevado conmigo a mi último viaje. ¿Qué tal has estado? Veo que Norbury ha venido a verte... Me dijo hace un par de días cuáles eran sus intenciones contigo y no me lo pude creer. ¿Qué has decidido? Sea lo que sea, no me importa. Y, sobre la carta que me enviaste...

El señor Seymour hablaba tan rápido que eran pocos los que no se perdían al escucharle. Si a eso se sumaba que sus soliloquios contenían información a la que no todo el mundo tenía alcance, se tachaba su conversación de pretenciosa o directamente imposible. Molly era casi la única persona que asimilaba cada palabra que decía, y que sabía responder con el mismo tono y ritmo.

Respondió cada pregunta por orden y, después, Norbury se unió a la charla para escuchar con atención la historia del documento encontrado. Nada más llegó a Minstrel House, pidió que se enviara una carta urgente a su padre, quien llegaría a Londres en unos días. Era uno de los mejores traductores de las lenguas de oïl y le haría ilusión saber que existía una nota antigua muy bien conservada, pendiente de interpretación. Molly podría haberlo hecho sola, limitándose a pedir que le trajera sus manuales y anotaciones, pero entonces no disfrutaría de su compañía, y hacía demasiado tiempo que no lo veía.

Como era natural, Alfred pidió que le mostrara el pergamino en cuestión. No había venido solo: trajo consigo unos cuantos libros de apoyo que servirían para descifrar el contenido. La directora les ofreció un saloncito en la planta baja, habilitado para visitas, donde pudieran estudiarlos.

—¡Vaya! —exclamó el señor Seymour, ajustándose las gafas. Molly hizo lo mismo con las suyas de forma involuntaria—. Nunca había visto nada parecido. He tratado solo con documentos eclesiásticos o realizados por estudiosos. Esto es más... cotidiano. Es posible que hasta haya errores ortográficos. ¿Ves esta letra? El trazo es incorrecto.

—Pero ¿lo puedes traducir?

—Por supuesto que sí. Y no tardaré demasiado; son unas pocas líneas. La dificultad es la caligrafía. ¿Podrías traer las anotaciones con las que he venido? Están en el maletín que el muchacho...

—Johnny —le recordó Molly.

—Eso, Johnny. Lo ha dejado junto a la gabardina, creo que en la entrada. Así no molestamos al chico, que se nota que en los días de visita anda más atareado que nunca.

Molly asintió y salió de la habitación, dejándolos charlando. A Norbury también le intrigaba el secreto del mensaje.

Los salones contiguos estaban ocupados por otras familias; quizá viera a su tío, que habría venido a ver a Tiberia. Conociéndolo, estaría dando vueltas por el jardín. Le encantaría dar con él.

No se lo cruzó, pero sí dio con Margaret en el pasillo, quien seguramente estaría esperando a su familia. Conversaba en voz baja con Beth, a la que, en cambio, no habían visitado ni una sola vez desde su inclusión... a excepción de ese día.

Por el ceño fruncido de Margaret y la solemnidad en la expresión de Beth, imaginó que los padres de la segunda no habían estado allí para dar ninguna buena noticia.

—¿Qué ocurre? —preguntó Molly. Las dos dejaron de hablar en cuanto la

vieron—. ¿Pasa algo malo?

—Desde luego —masculló Margaret, cruzándose de brazos—. Que te lo explique Beth. Yo estoy demasiado enfadada para hablar sin ponerme a gritar. ¡No me lo puedo creer!

Molly miró a su amiga con el ceño fruncido.

—¿De qué se trata?

Aparentemente, la afectada era Beth, pero no era eso lo que parecía cuando Margaret no dejaba de refunfuñar. Tampoco le sorprendía que otros vivieran las frustraciones de la joven en su lugar. Iba a cumplirse un año desde que ingresó en la escuela y, no solo no había derramado una lágrima, sino que había aprendido a reírse por educación. Era gracias a Beth MacDuff que entendía la frustración de Edward hacia las muchachas casaderas y su contención.

—Mi padre ha venido a anunciarme que mi boda será el uno de mayo, cuando comienzan las festividades comarcales —explicó con tranquilidad—. El susodicho es escocés. No tiene título, pero posee una de las destilerías más ricas y antiguas del país. Le hace la competencia a Bowmore.

—Dile dónde vive, Beth. Díselo.

—En Lochranza, un pueblo de Eilean Arainn.

—¡Una isla! —exclamó Margaret, abriendo mucho los ojos—. ¡Una isla, Romola!

Molly recibió la noticia como una patada en el estómago. Se quedó un segundo sin aire.

—¿Qué? —fue todo lo que dijo—. Pero... ¿Lo ha traído con él para que os conozcáis?

—No, claro que no —respondió sin pestañear—. Aunque seré presentada a él en unos días. Me marcho hoy. Ahora mismo, de hecho. Tengo que hacer mis maletas.

—¡Ahora mismo! —repitió Margaret, colorada—. Así, de repente, sin avisar... La ha mandado a hacer sus maletas, con ayuda de un par de

doncellas, ¡como si nada! Me niego en rotundo a que se vaya de esta forma, y encima para casarse con un hombre al que ni ha visto la cara. ¿Y si fuera un monstruo?

—Desde luego es una situación terrible, pero no creo que sea buena idea detenernos con ese tipo de suposiciones, Margaret. Lo último que necesita es que le demos mala imagen al caballero. A lo mejor es... encantador.

—Eso, ¡encantador de serpientes!

—Lo único que sé con certeza —habló Beth, intentando guardar la calma—, es que es rico.

—¿Y qué? ¿Cómo puedes estar tan tranquila? —jadeó Margaret—. Quieren enviarte con un desconocido, a una isla de Escocia... ¿Cuánto llevas sin ir allí? Seguro que ni te reconocen todos esos muchachos a los que besaste hace años.

Molly sacudió la cabeza y levantó las manos.

—Voy a entregarle a mi padre unos libros que ha traído con él y enseguida vuelvo, ¿de acuerdo? No tardaré ni un minuto. Entonces me explicaréis a qué viene todo esto.

Antes de que pudieran asentir, Molly se dirigió a toda prisa a por el maletín. Avisó a Johnny de dónde lo llevaría y regresó al vuelo.

Su cabeza era una lista de problemas cuyo orden prioritario iba cambiando por minuto. Edward, la traducción, y en ese momento Beth. Pensó en la diferencia entre unas familias y otras, en lo que pesaba el deber cuanto mayor era la importancia social del patriarca; el señor Seymour podía permitirse no casar a su hija, incluso quería que heredase sus talentos y dedicación a la Historia, pero lady Beth debía ser vendida con el objetivo de obtener ganancias superiores a su valor. No sabía si se alegraba de que su amiga fuese como era y le importase poco a dónde ir, o por el contrario la entristecía enormemente que no quisiera opinar. Incluso negarse. Podía imaginar a unas cuantas muchachas de la escuela que se cruzarían de brazos y se encadenarían al Viejo Gigante con tal de que no las movieran de la escuela.

Dejó los manuales en brazos de su padre y lanzó una mirada melancólica a su pluma. Quería quedarse allí y ayudarle a descifrar el documento, pero el deber la llamaba. Si Beth iba a marcharse esa misma tarde, faltar a su despedida no era una posibilidad.

Cuando volvió para reunirse con las muchachas, ya no estaban allí. En su lugar, se encontraban la directora y el padre de la joven. No lo reconoció porque tuvieran algún rasgo en común, pues se decía que salió enteramente a su madre, sino por la conversación que estaban manteniendo.

—¿No cree que es un poco precipitado, milord? La educación de lady Beth aún no ha concluido —explicaba la señorita Harper, con cortesía—. Aunque, si insiste en llevársela, podríamos tener su equipaje listo esta tarde, y no antes. Son muchas las...

—Tienen media hora para prepararlo todo, no más —cortó de mal humor—. Me están esperando y no puedo entretenerme ni un segundo. Apáñese como pueda.

Dejó a la directora con la palabra en la boca, sola y sin pestañear en medio del pasillo. Molly la vio dirigir una mirada rencorosa al *laird*, y acto seguido mascullar en voz baja:

—Menudo estúpido. ¿Quién se ha creído que es?

Molly se escondió antes de que la viera y se agarró las faldas para subir a las habitaciones. En realidad, parte del equipaje de Beth ya estaba hecho: por fin habían terminado de arreglar las habitaciones individuales, y ella, tan diligente como era, se había adelantado a todas empaquetando sus pertenencias para realizar la mudanza al piso inferior. Allí fue donde la encontró, en compañía de Margaret y Tiberia, que iban de un lado para otro sin saber qué hacer.

—¿Y si te escapas? —propuso Tiberia—. Tengo joyas muy valiosas y dinero ahorrado: se lo gané al señor Lionel Hastings cuando jugamos al ajedrez hace no mucho tiempo...

—¿Qué haces tú jugando al ajedrez con el señor Hastings? —replicó



Margaret, a la que se notaba muy irritada—. No importa. Me parece buena idea. Si yo fuera tú, me habría escondido en alguna parte. Seguro que tiene que haber algún lugar donde puedas...

—Olvidadlo —interrumpió Beth, incorporándose—. Estaba aquí para esto, queridas. Tarde o temprano iba a suceder.

—¡Pero no así! —se quejó Margaret.

—No os preocupéis por mí —insistió—. Me irá de maravilla, sea quien sea él.

Molly no sabía qué decir. Era la segunda sorpresa del día, y la segunda vez que no le salían las palabras. Se quedó mirando a Beth en silencio, mientras Tiberia y Margaret seguían conspirando formas de huir de su destino; uno que la protagonista ya había aceptado con humildad. No había nada que hacer, más que abrazarla y despedirse. Solo que Molly no quería hacerlo.

Beth bien podía no ser una persona precisamente accesible, pero era una gran amiga y una persona de la que aprendió a observar, a ser perfeccionista y a ver siempre lo mejor de los demás. Solo Dios sabía si la volvería a ver, o la próxima vez que se reencontrasen sería cuando sucediera una desgracia.

En cuanto terminó de recolectar sus pertenencias sobre la cama, Beth se giró hacia Molly.

—¿Qué dices tú? ¿No vas a dar tu opinión?

Molly tragó saliva. La cruda realidad era que aún no había asimilado la declaración de Edward, como para encajar los significados de la precipitada marcha de Beth. Cuando se acercó a ella para abrazarla —lo único que podía hacer para confortarla, si es que lo necesitaba—, no había asumido que a la mañana siguiente no le daría los buenos días, ni bajarían juntas a desayunar hablando de tonterías, ni tendría que pedirle que fuera más amable con Rebecca —con la que tenía una fijación inexplicable—, ni discutirían sobre todo lo que se podría mejorar en una nación.

—Te voy a echar de menos.

Beth sonrió.

—Y yo a ti, sabelotodo.

Molly se sintió mejor al no advertir más que resignación y acuerdo en su semblante sereno. Si ella estaba bien... todo estaría bien.

Por primera vez desde que la conocía, Beth abrió los brazos, justo cuando la puerta se abría. Las alumnas que faltaban se tomaron el gesto como una invitación para fundirse en un abrazo con ella, uno que, en lugar de asfixiarla, la hizo reír. Reír de verdad, no como otras veces. El abrazo se convirtió en una amalgama de texturas, olores, colores de faldas, de la que salieron decenas de consejos, palabras bonitas y despedidas mucosas. Por lo visto, la directora había ido avisándolas de la repentina marcha. Y ninguna estaba especialmente de acuerdo.

Beth se separó de todas y las miró de una en una, empezando por Molly.

—Prométeme que vas a hacer algo con tus sentimientos, ya que los tienes.

—Si eso es lo que quieres, lo prometo. Y tú promete que vas a enamorarte de tu marido. Y que va a ser el mejor de los maridos de Inglaterra y Escocia... Y que me escribirás.

—De lo último puedes estar segura. En cuanto a lo otro... Te hablaré bien de él en mis cartas sea como sea, para que nunca tengas que preocuparte por mí.

—¿Me mentirías si no fuera así? Me estarás obligando a hacerte una visita para descubrir la verdad. Con cualquier excusa. Examinar los enterramientos de los caledonios para estudiar la jerarquización social de la época, por ejemplo.

Beth se rio un poco.

—¿Y si no viviera bien? ¿Qué harías?

—Actualizar esos enterramientos caledonios esparciendo los restos de tu marido, al que asesinaré con ayuda de Margaret y Tiberia. Se prestarían a la aventura, seguro.

Beth volvió a reírse y volvió a abrazarla.

—Gracias por ser tan auténtica, Romola Seymour. Y esto aplica para todas

—añadió, mirando por encima de su hombro a las demás.

En cuanto aparecieron los criados para cargar su equipaje, las risas y sollozos cesaron, instalándose un tenso y triste silencio. Como si de una procesión se tratase, todas salieron en orden y en fila detrás de los sirvientes. Beth no medió palabra hasta que estuvieron en la puerta de entrada. Allí esperaba con impaciencia el *laird*. Por su gesto adusto, uno se atrevería a decir que no habían sido lo bastante rápidos, o que directamente nada allí era de su gusto. No permitió que la despedida de Beth se alargara mucho más: le dio tiempo para que presentara sus respetos a lady Acton, que no parecía conforme con la decisión, a la directora y a todos los profesores. El ceño del padre se acentuó más cuando Beth se atrevió a obsequiar al señor Lionel Hastings con un sencillo beso en la mejilla. El otro, el sustituto, ya debía haberse marchado a Londres, lo que entristeció más si cabía a Molly.

Nadie hizo ningún comentario mientras Beth subía al carruaje, y no porque nadie se atreviera con el padre, sino porque la desorientación superaba por mucho al desacuerdo. La única que, al final, se rindió a la desesperación y se expresó sin ocultar el rostro, fue Tiberia: soltó el labio que había estado mordiendo y rompió a llorar como Magdalena. Unas cuantas alumnas se acercaron para consolarla, pero ella se negó y echó a correr hacia la puerta del landó, que intentó abrir antes de que se pusiera en marcha. Beth intentó calmarla desde el interior sin ningún éxito, y el *laird* no tuvo piedad alguna. Ordenó al cochero que se pusiera en marcha y eso hizo, obligando a Tiberia a salir corriendo detrás, como si se estuviese llevando algo que era suyo.

La señorita Harper fue tras ella para detenerla, pero la muchacha fue más rápida. Su perseverancia animó a unas cuantas alumnas a imitarla, a seguir el carruaje en señal de oposición. Molly no podía correr y tampoco creía que fuera a servir para nada, pero observó con el corazón henchido de ilusión cómo Hester, Margaret, Lorianne e incluso Rebecca, salían detrás.

—Dios mío... —murmuró la directora—. Qué despropósito.

Lady Acton convino con ella.

—Absolutamente. Aquí no se las educa para que puedan tratarlas de esta forma, como si fueran mulas. Esa muchacha podría haberse casado con quien ella hubiera querido. Si mis piernas funcionaran, yo también habría echado a correr.

La señorita Harper miró a la propietaria con tristeza. No dijo nada, pero le daba la razón en silencio.

Fue como si el tiempo se congelara. Nadie se movió de allí hasta que la primera cabeza rubia asomó por el camino de vuelta. Molly fue reconociendo a las alumnas una a una. Estaban todas, menos ella, y menos la que se había ido. Ahí fue cuando empezó a darse cuenta de lo que significaba. No más Beth. Quizá nunca más, porque Dios sabría si su marido permitiría que la visitaran, o ella podría robar tiempo a sus quehaceres para hacer un viaje de días. Margaret, Lorianne, la llorona Tiberia, Hester... Nada de Beth MacDuff.

Intentó tragarse el nudo de la garganta, pero solo aumentó. De repente se sentía tan cansada... Se habría sentado en las escaleras si el fúnebre regreso de las muchachas no hubiera traído consigo la responsabilidad de animarlas.

—Ya se ha ido —anunció Margaret, no tan triste como enfadada. Molly le frotó la espalda para animarla, y se acercó a besar la mejilla húmeda de su prima—. Si me hubiera dado la noticia media hora antes, habría encontrado una forma de hacer que se quedase.

—No te tortures. Ya la has oído... Estará bien. Beth nunca jura en vano.

—Lo sé, pero... —suspiró—. Creo que me he quedado su chal de flores.

—Perfecto. Una excusa para ir a visitarla. Vamos dentro, tus padres se estarán preguntando dónde te has metido.

—No han podido venir esta vez.

—¿No? Entonces ven conmigo, antes de que te castiguen por haber salido corriendo.

—Pero estás con tu padre, ¿no?

—¿Y qué? Te debía la historia de un pergamino.

Margaret la miró con curiosidad.

—¡Es verdad! Pensaba que la otra noche te habías quedado conmigo, y solo me manipulabas para que te ayudara a escaparte con tu... —Molly le puso la mano en la boca antes de que dijera algo de lo que pudiera arrepentirse.

—Ven conmigo, seguro que a mi padre le encantará explicarte lo que está descifrando.

La promesa de que había algo que descubrir suponía una tentación demasiado grande para que Margaret la desdeñara. Se dejó conducir al interior de la casa mientras hacía preguntas —¿Cómo? ¿Cuándo? ¿Por qué...? — que Molly iba respondiendo en orden.

Sirvió para distraerla un instante, pero antes de perder de vista el portón de entrada abierto, se detuvo y echó una mirada por encima del hombro. Parpadeó rápido, para contener unas lágrimas que no iba a derramar mientras no hubiera motivos reales por los que preocuparse.

Se deshizo de la melancolía respirando hondo y volvió a la realidad. A todo lo real que podía ser una leyenda de amor trágica, que, comparada con la vida misma, tampoco parecía muy increíble.

## Capítulo 10

—¿No pensabas decirme que venías a Londres?

Edward cerró los ojos para coger fuerzas de donde no las había. Dejó sobre la mesilla el reloj de cuco que había sacado del baúl y se giró hacia el propietario de la voz apremiante. Clive se las había arreglado para sonar como si le debiera la vida.

—La pregunta es: ¿cómo te has enterado de que estoy aquí?

Nada en su respuesta pretendía dar a entender que podía pasar, poner su pomposo trasero en el sillón y cruzar los tobillos como si esperase buenas noticias. Pero Clive lo hizo de todos modos. El número siete de Hill Street era una prolongación de su alcoba solo porque pertenecía al mundo, y el mundo era suyo. Y si no, por lo menos actuaba como tal.

—Soy un hombre de recursos.

—Un hombre que contrata espías, querrás decir —corrigió Edward—. Qué más da, igualmente pretendía ir a buscarte cuando terminara de organizar este embrollo.

—¡Entonces todo bien! —Dio una palmada—. ¿Te hace una copa en el Reform Club? Es un nuevo espacio para caballeros; lo inauguró el año pasado ese diputado estúpido con el que compartes nombre, y justo anoche conseguí invitación.

—Nada de copas. Vuelvo a Minstrel Valley esta noche. Solo me pasaba para dejar el baúl de mi madre, visitar a un antiguo profesor mío... y para

exigirte que me devuelvas cierta joya, además de aconsejarte que le eches un ojo a esa cleptomanía tuya.

Clive puso cara de tonto. Se miró las uñas con la teatralidad de un actor con bajo presupuesto.

—No sé de qué me hablas.

—Clive, eres rico. Estoy seguro de que puedes conseguir veinte colgantes como ese si se lo pides a tu padre. Haz el favor de darme el que le quitaste a Tiberia.

Le duró bastante poco la pose, y gracias al cielo, porque Edward no estaba de humor para aguantar tonterías. Nada nuevo bajo el sol, excepto porque en esa ocasión, la amargura se fusionaba con la tristeza. No había dejado de pensar en Molly en todo el viaje, y de no ser porque la nostalgia al trastear en el baúl era un excelente paliativo —o por lo menos, distracción—, habría seguido dándole vueltas a su rechazo como el mejor de los masoquistas.

A su pastel no le hacían falta guindas, y menos de la talla de su amigo.

—Ella y yo hicimos un trato.

—¿Qué clase de trato se puede hacer con una mujer a la que sacas a rastras de su cama? No dudo que a ella le pareciese bien al final, pero yo no me lo anotaría como una victoria. La asustaste.

—¿Que la asusté? Más me asustó ella a mí. Me dio una bofetada que aún la siento. Y luego me pidió disculpas porque no sabía que tenía tanta fuerza. Para rematar, se rio en mi cara. Después... —Sonrió, pilluelo—. No voy a decirte lo que pasó después. Escandalizaría tus oídos vírgenes.

»Lo que quiero decir es que yo soy la víctima aquí, Edward. El colgante está en mi poder como compensación por los daños.

Edward le sostuvo la mirada con un mal presentimiento.

—¿Qué pasó después? —siseó—. No me digas que la deshonraste, o me veré en el deber de arrearte un puñetazo.

—El deber, el deber... —repitió, engolando la voz—. ¡Por supuesto que no! Lo intenté, pero no me dio tiempo.

—Dios santo.

—Ha sonado peor de lo que pensaba. Quiero decir que no la forcé. Se me ocurrió besarla y, después de que ella me cosiera la cara, me besó de vuelta.

—¿Que Tiberia Seymour te besó de vuelta?

—No fue el mejor beso de mi vida, si quieres que sea honesto, pero me dejó intrigado. Ya te dije que las vírgenes me vuelven loco.

—Dios santo —repitió, esa vez pasándose la mano por la cara—. ¿Y qué más?

—No mucho. Le robé el colgante, y creo que ella tomó prestado mi pañuelo bordado, porque no consigo encontrarlo desde esa noche. Lo que quiere decir... que ella también quería una excusa para volver a verme. No me lo dijo —añadió, con aire pedante—, pero esas cosas se saben.

Edward bufó.

—Tonterías, St. German. —Sacudió el polvo de los pantalones y le hizo un gesto para que se levantara—. Voy a correr un tupido velo sobre este asunto. No quiero oír hablar de los besos de Tiberia Seymour. Hazme el favor de ir a tu casa y volver con el colgante.

—No hace falta que vaya. Lo llevo encima como un talismán.

Edward pestañeó una vez. Más que enfado, aquella categórica aseveración le causó gran intriga.

—¿Qué clase de obsesión malsana has desarrollado por ella como para llevar la joya contigo? Espera, no quiero saberlo. Solo voy a recordarte que tiene diecisiete años, y lo último en lo que estará pensando es en ti... Al margen de que se haya quedado tu pañuelo.

—¿Qué me importa a mí su edad? Yo con diecisiete años ya había yacido con tres mujeres distintas. Incluso estuve con dos a la vez.

—Te felicito por tus gestas amatorias, pero dudo que Tibey se sienta impresionada o te siga de cerca. Es una joven inexperta y virgen, como toda la que ocupa una habitación en una escuela de señoritas.

—Para eso estoy yo aquí, amigo: para solucionar su triste situación.



Edward lo fulminó con la mirada. Normalmente le costaba mosquearse con Clive. Era desesperante, egocéntrico y no necesitaba proponérselo para resultar, en definitiva, un tostón insoportable, pero resolvía con sus gracias. Esa vez, por desgracia, no se iba a salvar.

—Y te creerás tan romántico.

—Oh, soy el desventurado joven Werther.

—¿Eso crees? Porque voy a iluminarte con lo que eres en realidad: un niño aburrido y caprichoso que no hace ni cinco años que descubrió el mundo de la pasión, y ahora es incapaz de pensar en nada que no sean faldas.

Clive arqueó una ceja.

—¿Se supone que eso es un insulto, o un discurso enfocado a hacerme abrir los ojos? Porque lo sé muy bien. Claro que esto es un capricho, pero quiero sacar el máximo partido de él.

—¿Y cómo lo vas a sacar? Hasta el año que viene no la presentan en sociedad, y eso suponiendo que esté lista.

—Bueno... Sé dónde vive.

Edward se planteó seriamente llamar al mayordomo para que lo sacara de allí.

—La miniatura del interior del colgante muestra un retrato familiar, Clive. Es un objeto con valor personal para la muchacha. Dámelo para que se lo pueda devolver y, si de veras te causó algún impacto como para querer conocerla, adjunta con el colgante una disculpa honesta. No sé nada de mujeres, pero me atrevería a decir que robarles no es la mejor manera de llegar a sus corazones.

A saber si entró en razón a raíz de su breve sermón, o si había un plan calculado detrás del gesto de misericordia. Edward no pensaba perder el tiempo descifrando el trasfondo de los actos de un hombre impulsivo; eso solo le llevaría a la locura. De todos modos, agradeció que Clive metiera la mano en el bolsillo de la chaqueta y le entregara el objeto en cuestión.

—No me reconocerá cuando me vea el año que viene —dijo, antes de

permitir que lo cogiera—. Esto era lo único con lo que podría presentarme sin necesidad de hablarle.

—Oh, no me digas que planeas quedarte mudo de aquí a 1838 —bufó Edward—. No tienes ninguna dificultad oral, más bien la tienes cerrando el pico. Si el año que viene te interesa, o si te sigue interesando mañana, seguro que descubrirás la manera de impresionarla. Empieza comentándole que eres marqués.

—No me pareció la clase de mujer que se deja impresionar por un título.

—Entonces déjala montar en tu caballo, seguro que eso la hace muy feliz... Por Dios, quita esa sonrisa de tu cara. No me refería a eso. ¿Vas a darme el colgante de una vez?

—Sí, pero con una condición. Quiero que le transmitas un mensaje.

—Solo si no incluye palabras sensibles para los oídos de una dama.

—¿Por quién me tomas?

—Por lo que eres, ni más ni menos.

Clive compuso una mueca de falsa indignación. Entre la voz tres tonos más alta que el humano promedio y su facilidad expresiva, podría haber sido un gran actor.

—Dile que espero que me reserve su primer baile.

Edward puso los ojos en blanco.

—¿Le robas y luego la amenazas con un baile, cuando eres un pato mareado? Cualquiera diría que quieres que te odie.

—Para el año que viene habré aprendido a bailar, estoy seguro. Tú solo díselo, ¿de acuerdo? Quiero su primera pieza.

—Corres el riesgo de que me dé otro mensaje para ti, y Tiberia no es como las otras muchachas. Prepárate para que la respuesta sea «váyase al carajo».

—Lo encajaré como el caballero que soy.

—Eso solo en teoría —bufó Edward.

Extendió el brazo y esperó, con impaciencia, a que Clive le hiciera entrega del añorado colgante. Antes de que se arrepintiera —y era muy probable, por

la cara que estaba poniendo—, lo guardó en el bolsillo del chaleco.

En cuanto estuvo a salvo, regresó al baúl. Le quedaban por desempolvar los frascos de perfume. No sabía qué iba a hacer con eso, solo que evitaría que los criados le pusieran una mano encima. Podría haberles encasquetado a ellos la tarea de limpiar y colocar a su criterio los objetos de valor de su madre, pero necesitaba un rato a solas con sus únicos recuerdos materiales. Y Clive se lo estaba amargando. Clive y la cara de sorpresa de Molly, con la que la había dejado en Minstrel Valley al salir huyendo.

—¿Vas a quedarte a mirar? —espetó, cortante.

Clive aspiró entre dientes.

—Te noto un poco más arisco de lo que acostumbras, amigo. ¿Algún problema? ¿Alguna mujer? —probó, con sorna.

Edward colocó el último de los perfumes sobre la repisa de la chimenea y se giró hacia Clive.

—Pues sí.

La reacción del marqués no tuvo precio. Se le desencajó la mandíbula en señal de que aquella respuesta era la última que habría esperado. Edward estuvo a un paso de hacerse el indignado, pero su mueca era tan cómica que terminó suspirando. No tenía ninguna culpa de encontrar sorprendente el hecho de que propusiera una conversación sobre féminas.

—¿Estás bromeando, o puedo tomarme en serio lo que vayas a decir a continuación?

—Puedes, aunque nadie ha dicho que pretenda compartir contigo ninguna información más que esa. Tengo que irme —le recordó. Para hacer tangible el deseo de perderlo de vista, se aproximó a la mesilla y guardó la billetera en el interior de la chaqueta.

La señal hablaba por sí sola, pero los planes de Clive rara vez coincidían con los de Edward.

—Te acompaño, a dondequiera que vayas —exclamó, cerrándose el abrigo, que ni se había molestado en quitarse—. El carruaje me espera al final de la

calle. Podemos usarlo para hacer el viaje.

—No es necesario. El hombre al que quiero visitar vive a dos manzanas, y no hace mal tiempo. —Al ver que Clive fruncía el ceño, envió una mirada de socorro al techo—. Olvidaba que los marqueses no caminan más que media manzana. Todo lo que supere esa distancia, debe hacerse sobre ruedas. Qué manía tan desagradable de molestar a los demás por capricho.

—Estás superando tu cuota de insultos diaria, Ed; un «caprichoso» más, y te retiro la invitación al Reform Club.

—¿Qué me importa a mí el Reform Club? Y ya puestos, ¿qué te importa a ti, si te caen gordos todos los que son más ricos que tú?

Clive abrió la puerta del salón y le hizo un gesto galante para que pasara antes. Edward no se hizo de rogar y enfiló al recibidor, donde el mayordomo esperaba órdenes. Le hizo un gesto para que fuera a por la gabardina.

—No puedes reírte de los demás si no sabes qué hacen. Asisto como observador, agarro el chisme y luego me divierto contándoselo a los que sí merecen mi compañía. Y no me caen gordos todos los que son más ricos que yo, básicamente porque no hay nadie más rico que yo.

Edward intercambió una mirada veloz con el mayordomo mientras se ponía el gabán.

—¿Cree que ese comentario se puede considerar alta traición, Dickins?

—¿La monarquía se ofendería por insinuar que tengo más dinero que ellos? Qué pieles tan finas, las de estos nobles... —se burló Clive—. Buenas tardes, Dickins.

—Buenas tardes, milord.

Edward bajó los escalones a toda prisa. Se aseguró de que el pergamino y las anotaciones de su madre estaban en el bolsillo. Miró de reojo a su amigo, que llevaba una enorme sonrisa por bandera. No quería ni saber qué había en su cabeza.

—A veces pienso que saludas a los sirvientes solo para regodearte escuchando tu título.

—No saludo a los sirvientes con ese objetivo, pero a las mujeres atractivas, sí. Y ahora, dejémonos de tonterías y hablemos de lo importante. ¿Qué es eso de que andas irritado por una muchacha? No será mi señorita Seymour, ¿no?

—Oh, ya es *tu* señorita Seymour —exclamó con ironía. Metió las manos en los bolsillos antes de que se le congelaran—. Por casualidad... ¿sabe ella que le perteneces?

—No me cambies de tema.

Edward suspiró. Una nube de aire caliente se filtró entre sus dientes. Hacía un frío del demonio para tratarse de un día de abril, sin lluvia ni viento.

Cómo odiaba el clima inglés. Parecía mentira.

—Sí es una señorita Seymour, pero no la que te atribuyes. Esta de la que hablo es libre.

—Está usted muy respondón esta tarde, señor Hastings.

—Pues usted está tan insufrible como siempre, milord.

—¿Has estado con ella?

Edward detuvo el paseo acelerado y lo fulminó con la mirada. Abrió la boca para responder, pero no le pareció que se hubiera ganado la verdad. Retomó la marcha sin mirarlo.

—Ha sido una vulgaridad, perdóname —exclamaba él, siguiéndolo de cerca—. Lo que quiero decir es... ¿hay posibilidades?

—De lluvia, yo diría que sí —comentó, dirigiendo una mirada cansada al cielo—. En cuanto a ella... Esta mañana iba a aceptar en matrimonio a un amigo de su padre. Un carcamal demasiado cordial para no desconfiar de él.

Ladeó la cabeza hacia Clive.

—¿Sabes qué es lo más divertido de todo esto? Que, si hubieras estado en mi lugar, ella ni habría meditado la propuesta del matusalén. Se habría quedado contigo directamente.

—No le habría quedado otro remedio, porque lo más seguro es que la hubiera des...

—Será mejor que no termines esa frase.

—De acuerdo. —Lo adelantó dando varios saltitos y lo paró extendiendo los brazos—. Un abuelo le ha pedido matrimonio. Magnífico. ¿Qué hay de la contraoferta? ¿Qué pasaría si se lo pidieras tú? No me digas que no se te ha ocurrido.

—Claro que sí. Llevo pensándolo desde que la besé por primera vez. No soy un aprovechado como tú, y es difícil que me fije en una mujer.

—Desde luego. Si ha conseguido que te comportes como un libertino, debe ser una buena pieza. ¿A qué estás esperando? Échale el lazo antes de que lo haga otro.

—¿Echar el lazo? —Torció la boca—. Es francamente desagradable hablar contigo de asuntos como este.

—Tú tampoco eres el mejor conversador. ¿Por qué no me hablas de ella? ¿Cómo es, aparte de una amante de las antigüedades?

—¿Cómo sabes que le gustan...? Ah, ya, por el matusalén. Muy agudo.

—Tengo mis momentos. ¿Y bien?

Edward suspiró.

—Es la persona más torpe que puedas imaginar. Una pedante de cuidado, aunque no se da cuenta, lo que hasta cierto punto lo hace... divertido, o encantador. Es parlanchina, pero nunca habla por hablar, un rasgo muy curioso. Tiene opinión sobre todas las cosas. A veces te hace sentir un estúpido inepto a su lado... Pero ese es tu problema, porque ella está para iluminarte, no para recordarte tu ignorancia. Y tiene una voz cantarina preciosa. Es como si estuviera recitando un poema...

Clive bufó, deteniéndose otra vez en medio de la avenida principal. Un joven con un sombrero viejo chocó con su espalda, pidió disculpas y siguió caminando.

—Edward, por Dios, te estaba preguntando si es guapa. ¿A quién le importa todo eso?

Solo se le ocurrió una forma de responder a eso, y le daba miedo decirlo en voz alta. Visto lo visto, había una única clase de hombre que hablaba del

aspecto intelectual cuando le preguntaban por una mujer, y no se refería al pretencioso o romántico, sino al enamorado.

—A mí —respondió.

—Ya lo veo. Solo a ti podría parecerte relevante si piensa por sí misma o no... —Se interrumpió de golpe, con la vista clavada en un punto por encima del hombro de Edward—. Eh, ¿no es Laurine la mujer que va del brazo del tipo que ha chocado conmigo?

Al escuchar ese nombre, su corazón aleteó, como si quisiera quitarse de encima el polvo del recuerdo antes de eliminarlo para siempre. Se giró hacia el lugar al que Clive señalaba, esa clase de falta de cortesía que todo el mundo aplaudía porque se trataba de él... y comprobó que, en efecto, Laurine se había parado a hablar con una joven. Esta asomaba por la ventanilla del carruaje, y sonreía de oreja a oreja. Ambas quedaban de perfil a él, como también el hombre que atendía con expresión serena. Su marido.

Cuánto había odiado a ese hombre, para que en ese momento, al mirarlo, no sintiera ni siquiera curiosidad. El tranquilo vacío en el que navegó su mente al observarlos de lejos lo dejó sin palabras un instante. Incluso le incomodó. Se preguntaba dónde estaban todos esos sentimientos —traición, pena, rabia— que lo habían acompañado desde que Laurine se enamorase de un hombre humilde. Uno más humilde que el hijo de un par de músicos.

¿Debía acercarse a saludar? Sabía que Laurine le recordaba con aprecio y se alegraría de verle, y a él ya no le cegaba el rencor: era el momento ideal para propiciar un reencuentro. El problema era que no sentía que tuvieran nada de lo que hablar.

—Parece feliz —comentó con voz queda. Mantenía las manos aún en los bolsillos. Devolvió la atención a Clive, que también los estudiaba, con mucho menos disimulo—. ¿Te importa si seguimos? Las visitas después de las cinco no son muy bienvenidas.

—Claro. —Envió un vistazo por encima del hombro a la pareja—. Puedes estar tranquilo, Edward. Te has librado de una buena.

Se giró hacia él, intrigado. Captó a tiempo su mueca de desagrado.  
—Está mucho más gorda.

\* \* \*

El profesor Connor era natural de Worthing, una pequeña ciudad sureña y costera de Inglaterra. En conversaciones privadas durante años posteriores a su preparación como músico, Edward descubrió que adoraba su lugar de origen y estaba deseando retirarse de la Royal Academy of Music para regresar. Por eso le extrañó encontrarlo en Kilby Street, que formaba un vecindario tranquilo y respetable, aunque no especialmente próspero. La casa en cuestión parecía pequeña por fuera y era aún más diminuta en el interior, pero se respiraba el ambiente cálido de lo que un hogar debía ser. Clive llevaba todo el camino haciendo chistes sobre el sobrepeso; no le extrañó que comentase con malicia que la esposa de Connor debía tardar veinticuatro horas en dar una vuelta sobre sí misma, como el mismo planeta Tierra. A saber cómo había archivado ese conocimiento en su cerebro de guisante, cuando le costó estudiarse hasta las cinco vocales.

—¿Cuánto tiempo estaremos aquí? Quiero ir a tomar unas copas.

—Nadie te está obligando a acompañarme, Clive —suspiró, mientras tendía su chaqueta de abrigo al mayordomo.

Este hecho había extrañado al marqués: no era muy común disponer de esa clase de servicio en un barrio de esa fama, y un humilde profesor de academia no debería haber reunido efectivo suficiente para pagarlo, pero no contaba con que Connor nunca fue un cualquiera. La primera diferencia de muchas respecto a los demás, era que ningún otro lo habría recibido sin cita previa y con muy buenos ánimos.

El mayordomo los escoltó a una salita forrada con papel de flores de lis, donde flotaba una melodía conocida tocada a piano. Edward le dio un codazo a Clive para que cerrase el pico y esperara, paciente y educadamente, a que



terminase la pieza. Ambos permanecieron quietos en el umbral hasta que el intérprete, un caballero entrado en años, alto y espigado, saboreó el eco de la última nota con los ojos cerrados. Luego los abrió y se dirigió a ellos con una sonrisa comedida.

El profesor Connor era brillante. Ninguna otra palabra podría describirlo. Cuando ingresó en la academia musical, Edward tenía miedo de que la exigencia de los maestros aplastara su pasión; estaba convencido de que nadie transmitiría mejor la belleza de la música que sus padres. Se equivocaba. Allí le estaba esperando Connor que, con tan solo cuarenta años en esa época, ya era mejor profesional que el mismísimo director de orquesta. Era un hombre demandante, riguroso y extremadamente perfeccionista. Podía ser también, a veces, petulante y vanidoso, pero Edward no se daría menos aires si tuviera solo la mitad de su talento. Su genialidad no conocía límites, porque era músico creador, intérprete y también un gran teórico histórico. Por eso, y porque le tenía gran aprecio, había recurrido a él.

—Hastings —pronunció con voz lánguida. Separó la banqueta con elegancia y se dirigió a él para estrechar su mano—. Qué agradable sorpresa.

—Lamento haber aparecido sin avisar, pero sentía que era mi deber compartir este hallazgo con usted. Y le necesitaba con urgencia.

Los ojos claros de Connor brillaron interesados. Se dirigió primero a Clive, saludándole como correspondía, y luego le hizo un gesto hacia los butacones estilo Luis XV.

—Cualquier visita de antiguos alumnos es bienvenida. Sobre todo, si es un alumno al que se le perdió la pista —apostilló con perspicacia. Le dirigió una mirada de reojo, acompañada de una sonrisa curiosa. Estiró el brazo hacia una campanilla que hizo sonar—. No hace mucho que acudí a una reunión en la academia, en la que me reencontré con viejos profesores y los mejores músicos que salieron de allí. Me extrañó no verte. Eras y eres, con una diferencia abismal, el mejor que he tenido nunca. Desaprovechaste la oportunidad de regodearte. —Ladeó la cabeza hacia la puerta—. Gracias por

tu rapidez, Gill. ¿Puedo ofrecerles algo?

—Si tiene coñac, para amenizar la velada... —respondió Clive. Al recibir una patada contundente en las espinillas, carraspeó—. Aunque no es muy importante.

—Creo que queda media botella de un coñac estupendo que descorché hace poco. Tráelo, Gill. —Dejó la campanilla en su lugar y se reclinó en el butacón. Cruzó las piernas y sostuvo la mirada de Edward, que se notaba cohibido—. Antes de ir al grano, y si no te corre mucha prisa, me gustaría conocer las causas de tu... desaparición. Traté de contactar varias veces contigo. La Orquesta Filarmónica de Viena necesitaba un pianista joven y quería hacerte llegar la información. El acceso habría sido pan comido.

Edward abrió la boca, pero no encontró las palabras adecuadas para decir la verdad. Reconocer delante de Hayden Connor que su don se había esfumado, sería casi como escupir en la alfombra. A fin de cuentas, su inactividad era un escupitajo en la formación que había recibido. Las pruebas de acceso no eran sencillas y a todos les había costado trabajo y esfuerzo que Edward pudiera llamarse músico. Pensaba en los aspirantes que se quedaron fuera por él, en los que ahora tendrían exitosas carreras si hubieran ocupado su lugar, y le comían los remordimientos. Pero él no podía controlarlo.

—Edward tiene problemas —se metió Clive. No acertó a darle otra patada, lo que le dio vía libre para desarrollar desahogadamente—. Hace ya tiempo desde la última vez que aporreó un piano, o lo tecleó, o lo que se diga en términos musicales.

Connor elevó las cejas.

—¿Es eso cierto? ¿Cuál es el motivo?

—Ha perdido la inspiración —soltó Clive—. Yo no sé mucho sobre melodías y pianos, señor Connor, o profesor... Pero entiendo un poco de musas, y creo que el problema clave aquí, es que Edward rehúsa echar mano de todas las formas que existen para que un hombre se inspire. Entre ellas...

—Puedo hablar por mí mismo, Clive —interrumpió. Se dirigió a Connor

con palpable incomodidad—. Me temo que ya no toco, profesor. Las últimas veces que lo intenté no dieron resultado. Se ha esfumado mi talento, o como quiera llamarlo.

—Tonterías. El talento no se esfuma, solo el perfeccionismo que otorga la práctica. Seguramente estés oxidado y eso te desaliente, pero es cuestión de sentarse. Esto les pasa a todos alguna vez, chico. Sobre todo, cuando se compone.

—¿A usted le ha pasado alguna vez?

—Por supuesto. Cuando la música forma parte de ti y tú estás viviendo un desengaño, las melodías se tornan tristes para ir a tu ritmo. Si te descuidas, si te abandonas... las canciones también te abandonan.

—¿Y cómo se mejora esa situación?

—A través de ti mismo. Encontrando lo que te molesta, y solucionándolo. Creando un buen espacio dentro de tu cuerpo para que la música pueda fluir. Si tú estás bloqueado, ¿cómo vas a encontrar el compás? Él también lo está.

Edward se mordió el labio.

—Pensé que con el tiempo volvería.

El profesor sonrió.

—Una necesidad por tu parte, chico. La inspiración no vuelve sola. No te creas esas patrañas de los holgazanes que tocan una canción y dicen que ya no les queda ilusión para otra. Esa gente solo está aburrída y hace música porque les divierte, es su afición, pero no la aman. El amor conlleva sus sacrificios: trabajar cuando no quieres, cuando crees que no puedes, no solo cuando estás de buen humor y tienes tiempo libre. Eso es la pasión, y uno no permite que el tiempo juegue con ella.

—Llegué a pensar que no era verdadera pasión —confesó Edward, que se había olvidado de que Clive estaba allí—. Que fue un capricho y de repente dejó de interesarme.

—La ilusión por la carrera que has elegido nunca se acaba. Tiene sus altibajos. A veces la quieres porque te da buenos frutos, y a veces la odias.

Pero siendo una pasión verdadera, suele durar toda la vida. Hay excepciones, claro está. Tú no eres una de ellas. Muchos aprendices han desfilado delante de mis narices; tantos que ya sé diferenciar quién tiene la música en el corazón y quién la lleva en los pantalones.

Clive soltó una carcajada.

—Qué bien habla usted, profesor. No sé si se da cuenta de que me está animando a formar parte del gremio.

—Será bienvenido si así es. Dé una patada al suelo en esta ciudad, y le salen cientos de profesores; de piano, violín... Lo que usted quiera. Si se anima, y por ser amigo de mi buen alumno, podría recomendarle algunos.

—La verdad es que no lo decía en serio, pero tampoco me vendría mal convertirme en un virtuoso del violín. ¿Sabe si eso sirve para atraer a las mujeres?

Gill interrumpió la conversación cargando con una bandeja. El profesor se carcajeó con la audacia de Clive y replicó en tono jocoso. Edward no se animó a aportar nada. Estaba sumido en un silencio meditabundo. Se sentía abrumado por las reflexiones de Connor. Tal vez estuviera equivocado y la inspiración no lo abandonó, sino que fue él quien dejó que se fuera. No sería la primera vez que le pasaba. Sin ir muy lejos, Molly iba a casarse con Norbury porque él no había hecho nada para retenerla a su lado. O, por lo menos, esa podía ser una de las causas.

—Aquí tienes un piano, Edward —dijo Connor de repente—. Conoces la técnica y eres titánico como intérprete. Si te sientas, estoy seguro de que lo consigues.

Edward dirigió una mirada tímida al instrumento en cuestión. Un precioso piano de cola Brinsmead, negro brillante y con la tapa levantada. Los dedos le cosquilleaban. El estómago le cosquilleaba. Todo su cuerpo parecía animarlo a levantarse, correr el taburete almohadillado e intentarlo.

—Quizá después —murmuró. Negó cuando Connor le ofreció un vaso con unos dedos de coñac—. Antes querría dejar resuelto el asunto por el que he

venido.

—Como deseas, estoy a tu disposición. Pero no abandones la música, Edward, porque perderías una parte de ti. Y el mundo se estaría perdiendo, a su vez, un magnífico profesional.

—¡Por Edward! —exclamó Clive, levantando la copa.

Estuvo a punto de volver a llamarle la atención, y sin ninguna suavidad, pero la sonrisa sincera que le dirigía lo convenció de dejarse llevar. Suspiró y lo imitó con su vaso, aunque luego se mojara solo los labios. Observó que Connor también lo animaba alzando el brazo. Después de dar un largo trago, lo miró con ojos chispeantes.

—¿Y bien? ¿Qué tienes para mí?

## Capítulo 11

Al atardecer, Molly y Margaret abandonaron la salita de visitas y salieron al jardín trasero. Tras la precipitada despedida de Beth, la casa se había sumido en el silencio. No duraría para siempre, solo hasta que se acostumbraran a su ausencia y dejaran de tener miedo a que les sucediera algo similar. Por suerte, ninguna de las dos tuvo tiempo para lamentarse; el señor Seymour y el curioso Norbury, que se marchó un poco después, las distrajeron con la historia del pergamino, de las que sacaron una única conclusión al terminar su traducción.

—Es un poema de amor. O quizá una canción; a veces, las diferencias entre uno y otro son imperceptibles —explicaba Alfred Seymour—. Se repiten varias veces las frases en la forma de un estribillo, y la complejidad del manuscrito es más bien ninguna. Si este viejo no me hubiera estado entreteniéndome, habría acabado antes.

Norbury le dio una palmada amistosa en la espalda.

—No te quites mérito, Seymour. Hacer una traducción antigua en una tarde es signo de genialidad.

—Pamplinas. Esto lo podría haber descifrado mi Romola sin pestañear. ¿Dónde dices que lo habías encontrado, querida?

Molly contó la historia, suprimiendo el detalle de que iba acompañada por un hombre. Como cabía esperar, el señor Seymour se mostró muy interesado en visitar las ruinas por si pudiera hacer otro descubrimiento del estilo. Norbury decidió que se estaba haciendo tarde y le esperaban unos amigos para

la cena, y Molly y Margaret optaron por pasear por su cuenta, asimilando tanto la posibilidad de que la leyenda tuviese una base histórica cierta, como que Beth se hubiera marchado... Y, en el caso de la primera, también unos sentimientos que iban asentándose en su corazón.

Nunca le había gustado la idea de abrirse a los demás, de pedir consejo y ayuda, pero en ese caso lo necesitaba. Quería hablar con alguien sobre Edward, sobre todo ahora que él no se encontraba en el pueblo.

Estaban sentadas cerca del muro de la mansión, el levantado con piedras cogidas de las ruinas romanas. Molly pensaba que la dama era tremendamente afortunada por contar con aquella maravilla en su patio trasero. Siempre le había causado curiosidad el nombre femenino grabado en una de las piedras.

*Julia.*

—¿Cuántas veces nos hemos podido sentar aquí a elucubrar sobre Julia? —inquirió Molly—. Aún hoy nos peleamos por ella; que si era la hija de un cónsul, o su amante, o la joven romana que huyó con los bárbaros de entonces... Pero nunca nos hemos preguntado quién lo talló y por qué.

Margaret metió las manos debajo de los muslos y se inclinó hacia delante, como si a esa distancia pudiera verlo mejor. Se distrajo un momento con Tiberia, que apareció con los ojos colorados por la precipitada marcha de Beth y un par de galletas recién horneadas en la mano. Después de preguntar si estaba bien, obteniendo una negativa implacable, retomó la cuestión:

—Tal vez fuera ella misma. Yo tallaría mi nombre si pudiera, para que en el futuro todos se pregunten quién fui. Qué hice. Está claro que hay que dejar pruebas escritas de tu existencia para que te recuerden. ¿Y tú? ¿Quién crees que lo hizo?

—Alguien que la amara —contestó Molly—. La mayoría de mujeres de la época no sabía escribir. Además, parece tallado con la punta de un cuchillo. Tuvo que ser un hombre loco de amor, que actuó como muestra de sus sentimientos.

—Loco de amor —repitió Tiberia, sentándose junto a su prima—. Suena

tan... peligroso. Dicen que el amor a secas lo es. Si sumas la locura... imagina.

—¿Qué creéis que es el amor? —preguntó Molly, de repente.

—Yo creo que es cuando le das a alguien la última galleta de la hornada... aunque la quieras para ti —respondió Tiberia. Acto seguido, entregó las dos que le quedaban; una para Molly, y otra para Margaret, que sonrió antes de negar con la cabeza.

—Tengo el estómago cerrado —lamentó—. Yo pienso que uno está enamorado cuando quiere estar con esa persona todo el tiempo, y cuando sabe que puede contar con él para cualquier aventura. Ahí es cuando se demuestra el amor: rompes las reglas sociales para apoyar al otro, pero merece la pena.

Tiberia se giró hacia Molly.

—¿Y tú?

—No lo sé —admitió—. Creo que estar enamorado es eso. No saber nada, pero estar contento con tu ignorancia.

—Tú nunca estarías contenta con tu ignorancia —rio Margaret.

—¡Niñas! —llamó la señorita Culier. Las tres se giraron y la vieron asomada a la puerta—. Van a servir la cena en media hora. Levantaos de ahí e id a cambiaros.

Molly fue la primera en obedecer. Una parte de ella estaba deseando meterse en la cama y dormir durante una semana; la otra, andaba frenética. Se le iba a salir el corazón del pecho en cuanto se descuidara pensando en Edward. ¿Habría vuelto ya? ¿Estaría enfadado por su silencio? Apostaba por que sí, era tan fácil molestarlo que resultaba incluso ridículo, pero así le llamó la atención desde el primer momento.

Como Margaret y Tiberia tenían otros planes —quedarse un buen rato allí, hasta que el sol se pusiera—, Molly entró sola en casa. En el interior se cruzó con su padre y la directora, que charlaban sobre Dios sabía qué; esperaba que no la estuviera aburriendo con sus interminables historias, que se hacían el doble de insoportables cuando el interlocutor llevaba falda.



—¡Oh, Romola, aquí estás! Te estaba buscando para entregarte esto...  
Discúlpeme, señorita Harper.

Alfred se dirigió a ella con un papel enrollado en la mano. Podía imaginarse de qué se trataba: se lo había dicho antes de emprender su misión valorativa a las ruinas. «Tú lo has encontrado, a ti pertenece».

—Creo que con que me regales una copia de la traducción, tengo suficiente. No necesito para nada el pergamino, y se conservará mucho mejor en casa que en la escuela.

Naturalmente, su padre tuvo que darle la razón.

Fue a preguntar cuándo podría verlo de nuevo, cuando Edward entró por la puerta principal. Llevaba no más que lo puesto, e iba, como siempre, sin sombrero. Cuando sus miradas se encontraron, le pareció que lo que tiraba de sus hombros hacia abajo era la pesadumbre, y no tanto el cansancio. Edward no se acercó, y ella no lo esperaba; tendría que presentarle a su padre y no se le daba demasiado bien la gente. Lo vio detenerse un segundo con la directora, quizá para hacer un resumen del viaje, y subir las escaleras dando grandes zancadas. Molly sintió que debía ir tras él antes de perderlo de vista de nuevo: abrazó a su padre con fuerza, que no dejaba de preguntar si se encontraba bien, y le pidió que no volviera a irse tan lejos sin ella. Después, se agarró las faldas y, rezando por no tropezarse en la carrera —ni llamar demasiado la atención—, puso rumbo al piso superior.

No había pensado en cómo iba a enfocar su discurso. Tendría que dejarlo a la improvisación.

Lo alcanzó en el ala este, justo cuando iba a girar el pomo de su dormitorio. Él la detectó antes de que dijera una sola palabra; la detuvo con una derrotista mirada de ojos verdes. Apartó la vista enseguida, como si estuviera avergonzado.

—¿Hoy también necesitas un ramo de violetas? —murmuró.

—No... Venía a... —Tragó saliva. «Vamos, díselo»—. ¿Qué tal en Londres?

—Un infierno. Clive creyó que debía bendecirme con su compañía.

—Cualquiera diría que estás hablando de un buen amigo —ironizó ella.

—Lo es. ¿Y sabes por qué? Porque es tan insoportable y difícil de querer como yo. —Empujó la puerta e hizo ademán de pasar pero, en un arrebato de cortesía, se giró antes hacia ella—. ¿Puedo ayudarte en algo? Estoy muy cansado.

No estaba solo cansado. Estaba decepcionado, y triste. Ni siquiera tenía fuerzas para fruncir el ceño, y eso que, por una vez, le sobraban motivos. De todas las reacciones que podría haber tenido, la de quedarse en silencio era la única que suponía una falta de respeto. Era más sencillo encajar una negativa directa.

—Dijiste que habías encontrado unas partituras y que necesitabas descifrarlas. Yo... Bueno, ¿recuerdas lo que descubrí en las ruinas? Mi padre ha venido a visitarme y, en un rato, ha descodificado el poema. No rima, pero sí tiene ritmo cuando lees en voz alta, que es lo único importante en poesía, si no me enseñaron mal... Quizá podrías acoplarlo a la melodía.

Edward ignoró el papel enrollado que ella le ofreció. Se la quedó mirando como si no comprendiera nada. Probablemente se estaba preguntando qué hacía allí, si su ausencia de palabras podía considerarse un rechazo.

Fue prudente y no hizo ningún comentario.

—Supongo que sí... No es muy largo —musitó—. Me tomará un rato. Quizás esta noche pueda encajarla.

—¿De verdad? ¿Tan rápido?

—Llevo haciendo esto desde que era un crío. Cuando compones, es lo primero que te enseñan; a ajustar melodía y letra.

—¿Has compuesto alguna vez?

Edward cambió el peso de pierna, entre incómodo y nervioso.

—Sí, pero solo ritmos. Las palabras nunca han sido lo mío.

—¿Y podré escuchar esta cuando termines?

—Claro... La melodía ya me la sé, la he memorizado durante el camino. —

Dudó—. ¿Estás segura de que la quieres escuchar?

Lo que, en realidad, quería decir: «¿Estás segura de que quieres estar conmigo esta noche?».

—Por supuesto.

Edward permaneció inmóvil un instante. Su desorientación era palpable, y a Molly no se le ocurría nada que decir, porque no sentía que nada pudiera expresar lo que pasaba dentro de ella.

—Estaré en la entrada del bosque. Si te puedes escapar, allí me encontrarás. Por cierto —añadió, antes de poner la mano en el pomo—. Me he enterado de que lady Beth se ha marchado.

No pudo prevenir la melancolía que la asaltó. Asintió con la cabeza sin saber qué otra cosa decir.

—Lo siento —dijo él, de corazón—, o lo que se diga en estos casos. Sé que era una de tus mejores amigas aquí, en la escuela.

—En el mundo —corrigió—. Yo tampoco sé qué se suele decir. Lo que hago es cruzar los dedos para que esté bien.

—Lo haré yo también si te quedas más tranquila. Incluso podría usar el deseo de esa moneda que tiré hace unas semanas, por si así pudiera garantizar su bienestar y felicidad.

—¿Harías eso por mí?

—Ya te lo dije la otra vez. Si tus sueños y deseos están por el precio de un penique, sería criminal no pagarlos. Pudiendo permitírmelos...

—Tú puedes permitírtelos todos —soltó de sopetón. Se quedó sin respiración al ver que sonreía, recuperando el brillo en los ojos.

—No estoy muy seguro de eso. Tú misma dijiste que los manuales pueden ser caros, y que cuesta encontrarlos.

—Hablo de todas esas cosas que no se pueden pagar.

—¿Como cuáles?

Molly cuadró los hombros.

—Ya te las diré cuando nos veamos esta noche. ¡Oh! —exclamó, antes de

darse la vuelta—. ¿Te han contado lo que ocurrió en la despedida? Salieron corriendo tras ella, tras su carruaje.

—Sí. He oído a la señorita Sherman comentando algo al respecto.

—¿Y qué te parece? Para tratarse de muñecas con cerebros iguales, a las que les dicen cómo se deben sentir y lo que hacer, no ha estado nada mal como rebeldía... ¿No crees?

Él exhaló una risa suave.

—¿Qué intentas decirme con eso?

—Que ninguna alumna en esta escuela actúa según lo que le dicen. Lo hacen según su corazón, sus impulsos o su opinión personal.

Edward torció la sonrisa a un lado. Empujó la puerta de su habitación.

—Nada nuevo bajo el sol, sabionda —susurró—. Es algo de lo que me di cuenta el día en que te conocí.

\* \* \*

Esa noche no le hizo falta echar mano del equipo de rescate para escaparse. Molly prefirió buscarse las habichuelas ella sola y procurando no despertar a nadie. Perdió parte de la emoción de la travesura al echar un ojo a la cama que había ocupado Beth, pero contaba con recuperarla haciendo algo de lo que su amiga estaría orgullosa. La escocesa no era ninguna romántica, lo que no quitaba que hubiese jurado comprometerse con sus sentimientos. Y tan comprometida estaba, que esa vez había salido con el camisón y una capa de abrigo encima. Tenía el aspecto de una aparición fantasmal; como se le resbalara un poco la ropa de abrigo, le daría un susto a más de uno.

Llegó al lago antes que Edward, lo que podría haberle dado mala espina si no confiara ciegamente en él. Estaba mal, pensaba. Confiar en alguien hasta ese punto. Era inteligente guardar una mínima reticencia para no llevarse el disgusto, pero dudaba que Edward fuera a vengarse de ella dejándola sola a la intemperie. Aunque lo negara y evitara parecerlo, era un caballero.

Lo confirmó en cuanto observó a lo lejos el parpadeo de una luz ambarina. Su corazón aleteó a la expectativa. En el camino de ida había analizado las sensaciones que le producía el encuentro, y memorizado y reproducido una breve disertación que se parecía mucho a una declaración de amor. Por el bien de todos, más le valía no sufrir otro lapsus repentino y expresar sus ideas tal y como las había organizado. Estaría decepcionándose a sí misma si no fuera así.

—Han sido menos de cuatro horas —dijo Molly, nada más verlo llegar—. ¿Te ha dado tiempo a cuadrarlo?

—Es una pseudocanción. Un estribillo muy repetitivo y una sola estrofa —respondió él. Dejó el quinqué a los pies de los dos y se sentó frente a ella—. A este paso, vamos a dejar Minstrel House sin luces. He perdido la cuenta de todas las lámparas que he tomado prestadas sin permiso.

Edward colocó el laúd en su regazo y lo abrazó en posición de músico. No sabría explicar cómo, ni por qué... pero le pareció que la postura y expresión del hombre se relajaban, como si le hubieran suministrado una droga necesaria para aliviar el dolor.

—Bueno —carraspeó—, acabemos con esto.

—¿«Acabemos con esto»? ¿Has encontrado la canción del juglar, con la que llevabas soñando desde que eras un muchacho, y esa es tu actitud?

—Mis esperanzas han cambiado con el paso de los años. Por supuesto que estoy emocionado; y también preocupado, porque hace años que no toco y es probable que haga el ridículo. Delante de ti, para más inri —rezongó—. Pero la canción tiene mucho más que demostrar que yo, empezando por las supuestas propiedades mágicas que le atribuía mi madre.

—¿A qué te refieres?

Edward no contestó con palabras, y ella no se atrevió a insistir en cuanto un rasgueo débil inundó el llano. Al principio parecía soplar sobre las cuerdas, con una timidez impulsada esencialmente por el movimiento dubitativo de sus dedos tensos. Sus rasgos también lo estaban; el miedo a la decepción y a la

pérdida —porque aquello se trataba de que él recuperase su don, o lo perdiese para siempre— era tan grande que Edward no se atrevía a suavizar el ceño. Molly fue paciente. Esbozó una sonrisa tierna llena de esperanza y esperó a que se acostumbrara de nuevo al antiguo hechizo en el que caían todos los intérpretes, sin excepción. No sabía nada de ese tipo de arte, pero imaginó que se equivocó en unas cuantas notas al iniciar el calentamiento. Después, en cuanto comenzó la melodía que le sonó conocida —solo que antes fue tocada por otros dedos—, la vacilación desapareció, al igual que la desconfianza en su talento.

Molly no miraba sus manos, sino su rostro. Edward pasó de la molestia y preocupación, a sumirse en un trance que desconfiguró toda su mímica. Afloró en su semblante una serenidad y belleza que solo podría comparar al ritmo del agua que acompañaba su canción; al rumor armonioso y natural que fluía a su espalda. La canción del jugar, o la canción de Edward, brotó en forma de onda y así se convirtió en una serie de acordes circulares que la envolvieron como un abrazo.

Creyó que ya estaba seducida, cuando él comenzó a cantar la letra. Entendió enseguida por qué le resultó tan fácil acomodarla; cada palabra había sido escrita para fundirse con una nota. O quizá era Edward quien la hacía sonar como si ambas expresiones hubieran nacido para sonar a la vez. No le dio ninguna importancia a la teoría, ni tampoco a la práctica; siguió en silencio, paladeando cada segundo que él le regalaba, retomando una y otra vez la melodía por el principio, dándole su interpretación... robando al aire y al silencio sus propiedades necesarias, cambiándolas por una voz de barítono que era como la gota de miel que resbalaba por la barbilla.

Y ni siquiera fue la letra la que le robó el aliento, sino los ojos de Edward. Tan pronto como vio que controlaba la canción, levantó la vista de sus manos y clavó en ella su mirada entusiasmada. Molly nunca había presenciado un espectáculo de luces y colores como aquel. Incluso, pese a estar en la oscuridad, le pareció que, si no estaba iluminando hasta Scott Hill con su

chispa, al menos habría encendido una lumbre fatua dentro de su corazón. Él por fin era feliz; se había reencontrado con un placer necesario, con el deseo de su vida... y no solo estaba compartiendo ese momento con ella, sino que se lo estaba dedicando. Estaba escrito allí, en sus ojos, y no lo habían escrito por él. Él lo había elegido así. La había elegido a ella.

La canción llegó a su fin, pero el eco del lago se negó a dejarla marchar, repitiendo como en una letanía los últimos sonidos. Molly no parpadeó ni una vez. Él tampoco lo hizo al preguntar:

—¿Y bien?

—Y bien, ¿qué? —balbuceó ella, aún en estado catatónico.

—¿Me quieres ahora? —inquirió, con una nota de ansiedad—. Porque si no, esto no ha tenido ningún sentido. Toda esta parafernalia ha sido para que te enamores de mí.

Para comprender lo que quería decir, Molly necesitó buscar en el fondo de sus recuerdos una conversación concreta. «Se supone que, si tocas esta melodía para la mujer o el hombre que amas, al eco de la última nota, corresponderá tus sentimientos».

Se le escapó una risilla tonta.

—Señor Hastings, si ese era su propósito no necesitaba tocar ninguna canción mágica.

Inicialmente descolocado, Edward solo encontró la voz para soltar:

—Válgame Dios. Entonces me he pasado las últimas cuatro horas devanándome los sesos para nada.

—No actúes como si no lo hubieras disfrutado tanto como yo —se quejó ella. Se arrastró, con cuidado de que la tierra de las cercanías al lago no le manchara el camisón, y le dio un beso ligero en los labios—. Aunque debo decir que, incluso si hubieras desafinado todo el tiempo, te habría aplaudido de todos modos.

Edward la miró a los ojos con un nudo en la garganta.

—No son aplausos lo que deseo de ti. Eso es para el público, y a ti no te

quiero perdida entre la gente, como un punto de color en medio de tantos.

—¿Y cómo me quieres?

—Sin complementos. Te quiero a secas. Y, si no vas a corresponderme, va a ser mejor que no vuelvas a besarme.

—¿De veras necesitas que lo diga al pie de la letra? ¿No comprendes mis insinuaciones?

—Comprendo tus insinuaciones, pero me parecería injusto que, con lo que te gusta hablar, vayas a guardar silencio esta vez. Y no me digas que te lo reservas porque es de mal gusto decirle a un hombre que lo amas; de temáticas intocables para una Dama Selecta estás muy bien servida.

—Pocas cosas me gustan más que un argumento que no hace aguas por ninguna parte —rio ella—. De acuerdo, aquí va: te quiero. Seguramente desde que te confundí con Dios hace veintiún días. Y al principio me ha parecido de locos, pero luego he pensado que menos tardaron los visigodos en saquear Roma, y se supone que era inexpugnable. ¿Y sabes qué? Que Romeo y Julieta se enamoraron a primera vista. Cleopatra y Marco Antonio, también. Y Napoleón Bonaparte y Josefina de Beauharnais. Por no hablar de Dante y Beatriz, Hamlet y Ofelia, Calisto y Melibea, Garcilaso de la Vega e Isabel Freire, Abelardo y Eloísa, Petrarca de Laura... Y así podría seguir por toda la eternidad, pero entonces perderíamos tiempo que podríamos emplear en otras cosas infinitamente más divertidas.

Edward sonrió enseñando los dientes y enroscó, con timidez, un brazo en su cintura.

—¿Como qué? —preguntó.

—Bésame y lo sabrás.



## Epílogo

No recordaba haber estado tan nervioso en su vida. Ni siquiera cuando hacía las pruebas de acceso para ingresar en la Royal Academy of Music. Ni siquiera cuando, por fin, se atrevió a pedir en condiciones la mano de la señorita Seymour. Ni siquiera hacía unas cuantas horas: en ese momento en que ponía un anillo en el dedo anular de su ahora esposa, y delante de una ingente cantidad de invitados. Ingente para lo que a él le habría gustado, pues hubiera preferido una ceremonia íntima y no una fiesta en las cercanías de Minstrel House. Todas sus alumnas y los profesores acudieron y, aunque los conocía, sentirse tan observado había elevado su histerismo a cotas insospechadas.

Pero eso no le puso tan nervioso. Ni tampoco el encuentro entre Tiberia Seymour y Clive, a quien, naturalmente, no reconoció.

—Molly, ¿quién es ese hombre que no deja mirarme, como si fuera un chuletón? Me parece muy desagradable —se había quejado la muchacha, arrugando el ceño. Edward creyó que se moriría allí mismo si alguien desvelaba que era el bandido que se infiltró en su habitación—. Me he acercado para presentarme, y me ha ignorado. ¡Ni ha abierto la boca! ¿Acaso es mudo? Luego soy yo la que recibe clases sobre buen comportamiento en una escuela, cuando a ese le hacen falta varias de modales....

Edward había visto la vida pasar delante de sus ojos. Ya no tenía que responder ante la directora, pues Lionel dejó de fingir la cojera a una semana

de la celebración y eso significó la renuncia de Edward. Ni él era profesor de baile, ni Molly era alumna de la Escuela de Señoritas de lady Acton. Ahora eran marido y mujer. Pero sería mucho mejor que nunca llegara a saberse lo que ocurrió aquella noche. Esto se lo garantizó el propio Clive con su silencio, lo que le sorprendió bastante; aparentemente le caló la charla llena de amenazas que tuvieron antes de la ceremonia.

—Ni se te ocurra abalanzarte sobre la señorita Seymour cuando la veas — le había dicho Edward.

—Por supuesto que no, ¿por quién me tomas? Las mujeres de mis amigos son intocables.

—Sabes de sobra que no hablo de *mi* señorita Seymour.

—Oh, ¿ahora es tuya? —se regocijó el marqués—. Creía que una de sus cualidades era que no tenía dueño.

—Y no lo tengo —intervino Molly—. Por favor, milord, no atosigue a mi prima. Espere a su presentación. Ella ya ha superado aquel episodio, por lo menos en apariencia, y no quiero que corra la sangre el día de mi boda.

A Clive no le quedó otro remedio que suspirar, lo que aflojó un tanto la pose defensiva de Edward.

—¿Ha llegado a sus manos el colgante?

Molly asintió.

—Edward me lo entregó y yo se lo pasé. Le dije que lo había encontrado tirado en el jardín trasero, porque seguramente se le cayó a su bandido durante la precipitada huida. Parece que se lo creyó. Lo más importante es que lo tiene de vuelta.

—¿De veras? —Se le escapó una nota de decepción—. ¿Se alegró?

En realidad, y según lo que Molly le había contado, Tiberia no lo hizo. No se alegró en absoluto de tener su colgante de vuelta. Tuvo la decencia de fingir ilusión, por supuesto, pero la ahora señora Hastings conocía muy bien a su prima y captó al vuelo su desengaño. Por lo visto, la muchacha esperaba con ansias un reencuentro con su asaltante, y aquello le había arrebatado su

oportunidad. Pero no se lo habían dicho a Clive por una razón: la verdad habría bastado para incentivarlo a agarrarse a su falda y no soltarla en toda la celebración, y Edward no estaba de humor para lidiar con las posibles consecuencias. Ya andaba suficientemente ocupado tratando de controlar los nervios, que, solo fueron en aumento.

Llegó un punto en el que, a punto de montarse al carruaje que los llevaría a Londres, Edward no pudo soportarlo y enganchó a Clive del pañuelo de cuello.

—¿Qué diablos haces? —gruñó—. Me he portado como un caballero durante toda la tarde. De hecho, me he comportado como tú, como un ogro desagradable. Ni siquiera me he acercado a ella, tal y como ordenaste... Ahora piensa que soy un maleducado por tu culpa.

—Necesito tu ayuda.

Clive lo miró con desconfianza, mientras se ahuecaba el arrugado cuello de la chaqueta.

—¿Qué tipo de ayuda?

Edward inhaló con brusquedad. Carraspeó varias veces.

—Ayuda del tipo... —Ladeó la cabeza hacia Molly, a unos cuantos metros de distancia. Se despedía, muy emocionada, de lady Acton y las profesoras—, *amatorio*.

Clive suavizó la expresión de amargura y una amplia sonrisa se abrió en sus labios.

—Ahora sí te interesa, ¿eh, pillín?

—No te burles de mí y dame algunos consejos. No tengo ni idea de nada.

—¿Ni idea de nada? Alguna idea tendrás que tener, Edward. ¿La has besado?

—Sí.

—¿La has...?

—Ya estoy aquí —interrumpió Molly—. Va siendo hora de irse, ¿no? ¿A qué vienen esas caras? ¿De qué estabais hablando?

—De nada —balbuceó Edward—. Cosas de hombres.

Molly entrecerró los ojos.

—¿Y qué son exactamente las «cosas de hombres»?

—No le haga ningún caso —intervino Clive. Le dio unas palmaditas en la espalda a Edward—. Ha sido un placer conocerla, señora Hastings. Nos veremos en Londres.

Edward esquivó la mirada entre curiosa y preocupada que le dirigió Molly. No sabía qué cara debía estar poniendo, pero se lo figuraba. Sentía que iba a echar el corazón por la boca. Su único consuelo era que, lo hiciera bien o mal —y haría todo cuanto estuviese en su mano para hacerlo bien—, Molly seguiría siendo su esposa al día siguiente. No lo abandonaría, ni dejaría de quererlo... ¿O sí?

Permitió que ella lo cogiera de la mano, en lugar del brazo, y lo arrastrara por el pasillo que habían formado los criados, profesores y alumnas. Al final de las despedidas estaba el carruaje, y después del carruaje, la casa. Y tras la llegada a la casa...

Solo de pensarlo, se estremecía. Estaba tan asustado que dudaba que fuera a salir bien, pero intentaba ser optimista. Ella no debía notarlo.

Se despidió de todos con una sonrisa fingida. En el fondo, iba a echar de menos algunas costumbres, algunas clases y a algunas personas. A una de ellas ya la echaba de menos siempre; en eso habían consistido sus días desde que se separaron. Olivia había acudido a la boda acompañada de su marido y no tuvo reparos en abrazarlo delante de todos. La otra persona esperaba justo al lado de la puerta de la berlina. Lionel Hastings sonreía de lado, y lo miraba como si ya supiera qué le atormentaba.

—Promete que vendrás de vez en cuando —le dijo.

—Ya ves que no he vendido la casa. Significa que pretendo habitarla, aunque sea de vez en cuando.

—Bien.

Edward se lo quedó mirando con un nudo en la garganta. Ahora que Molly

había aparecido, no era la única familia que le quedaba, pero de alguna manera sentía que era la persona más especial del mundo. Era de los pocos que podían decir que lo conocían, y sabía que podría contar con él siempre.

—Cuídate, Lion —musitó, con voz estrangulada.

Lionel soltó una carcajada llena de ternura.

—Muchacho, no pongas esa cara. Como si no fuéramos a vernos nunca más...

Lo abrazó. Y fue un abrazo distinto al que lo recibió, exactamente un mes atrás. El apretón de abril le daba la bienvenida con calor y alegría, una que trataba de contagiar, y este estaba lleno de ánimo y felicitaciones. Lionel sabía qué ofrecer, qué transmitir y cuándo. Aprovechando que lo tenía a tiro, susurró:

—Déjate llevar, pero sin dejar de pensar en ella. Cuando quieras a la persona con la que estás, es así de sencillo.

Edward lo estrechó con fuerza.

—¿Y si no estoy a la altura?

—Al menos habrá sentido que lo intentaste. En esas situaciones es imposible disimular lo que uno siente, y el amor que se recibe siempre produce un tipo de placer. Y es el más mágico de todos.

Horas después del consejo y la última despedida, Edward seguía tan nervioso que pensaba que se iba a desmayar. Estaba esperando sentado en el borde de la cama a que terminaran de preparar a Molly, que aparecería por la puerta de un momento a otro. Le temblaban las manos y no dejaba de repetir para sus adentros lo que Lionel le había dicho.

—Ya sabía yo que la mayoría de las veces eras desagradable para disimular tu timidez.

Edward levantó la vista del suelo y enfrentó directamente a Molly. Miró a un lado y a otro, histérico, preguntándose por dónde diablos había entrado y cómo era posible que no la hubiese escuchado. ¿Desde cuándo era sigilosa? No importó cuando por fin se fijó en ella y percibió las formas de su silueta a

través del fino camisón. La melena cobriza le acariciaba las caderas.

Demostrando una vez más que era la persona más distinta de él del mundo entero, avanzó con seguridad. Llevaba una sonrisa suave en los labios y, aunque le temblaban un poco los dedos, apenas era perceptible que correspondía sus sentimientos.

—Yo también soy nueva. No tienes nada que temer.

—Pero yo no debería serlo. Yo debería saber para...

—Tonterías. —Con cuidado, aprovechó que Edward tenía las rodillas separadas para sentarse sobre una de sus piernas. Rodeó su cuello con un brazo y le dio un beso en la mejilla—. Me gusta que seas todo para mí... ¿Te vas a ruborizar?

—Haz el favor de no reírte de mí. Estoy pasándolo francamente mal.

Ella lo miró con los ojos muy abiertos.

—¿No quieres hacerlo?

—¡No! Quiero decir... ¡Claro que sí! Tú eres... —balbuceó. Hizo el esfuerzo de tragar saliva, aun con la garganta seca, y puso una mano tímida sobre su rodilla desnuda. La acarició con suavidad hasta llegar al dobladillo, que se había subido hasta medio muslo por la postura—. Supongo que no me puedo creer aún que tenga el derecho a tocarte.

—Pues no solo tienes el derecho de tocarme, sino la obligación —hizo notar ella con una risilla—. No parecías tan tímido cuando nos conocimos. Dejaste que te manoseara, y tú también te acercaste bastante...

Edward se mordió el labio.

—Era diferente. No podías verme.

—Eso me está dando una idea. Puedo cubrirme los ojos.

—¿Qué? Ni se te ocurra. Adoro tus ojos. Quiero verlos —decidió. Inspiró hondo y se lo pensó antes de añadir—: ¿Sabes qué pensé cuando te miré por primera vez? Que se los habías robado a otra persona. Son demasiado grandes para tu cara, pero me parece justo. Haces que me sienta pequeño, y me vino muy bien sentirme así de pequeño entonces. Hasta hace poco, me creía la

única persona en el mundo que sufría. No sé si me estás entendiendo, yo... no soy bueno haciendo cumplidos.

—Me lo pude figurar cuando soltaste eso sobre mi falta de proporcionalidad.

Edward intentó acompasar la respiración. Lo último que necesitaba era que le recordara de lo que fue capaz en la habitación de Minstrel House. O, más bien... Era justamente lo que necesitaba. No para inspirarse, pues de inspiración andaba sobrado con la musa sobre el regazo, sino para desinhibirse.

—¿Sabes? No tienes por qué llevar tú las riendas —dijo Molly. Se remangó un poco más el camisón y, apoyándose en los anchos hombros para no perder el equilibrio, consiguió sentarse a horcajadas sobre él—. Puedo tomar la iniciativa... —Lo empujó suavemente por el pecho para que se tendiera sobre la cama—... Aunque tampoco tengo ni idea de nada de lo que hay que hacer.

Edward sonrió.

—Todo lo que hagas conmigo me va a parecer bien, sabionda. Pero ya somos dos.

—Bueno... —Se tendió sobre su pecho y lo besó—. Pues ¿qué te parece si lo descubrimos juntos?

Si te ha gustado

*El profesor de baile de la señorita Seymour*

te recomendamos comenzar a leer

*Una impostora en Minstrel Valley*

de *Mariam Orazal*





*“El decoro, así como la cortesía de una dama, debe ser tanto real como aparente, debe nacer de su interior y mostrarse en sus hábitos exteriores”.*

Reglas de etiqueta de la Señorita Sherman  
Escuela de Señoritas de lady Acton

## Prólogo

—¿Nada de filosofía?

—¿Acaso no acabo de explicarlo, lady Grace? —preguntó lady Mossling con sus brillantes ojos azules entrecerrados.

—Pero la base del pensamiento humano...

—Lady Grace —interrumpió su instructora con un gesto impaciente—, en Londres usted no gozará de la impunidad que se le ha permitido en el campo. Allí deberá comportarse conforme a la posición que va a ocupar. Va a convertirse en condesa, y le aseguro que a los caballeros que conocerá en la corte no les gustan las chiquillas parlanchinas que alardean de inteligencia. No tiene porqué gustarle y ni tan siquiera pretendo que su cabecita lo comprenda, solo tiene que aprenderlo y aplicarlo, como todo lo demás.

La joven miró a su institutriz con cierta inquina. Desde que había llegado — hacía tres meses— a Askett Abbey, sus encuentros habían supuesto tal sucesión de modificaciones de su conducta que ya apenas se acordaba de cómo tenía que levantarse de la cama o meterse en ella. Con lady Mossling todo eran órdenes y regaños. Apenas podía disfrutar del aire libre, porque sus pecas podrían sufrir una explosión y su tez tomar un vulgar bronceado. Tampoco podía caminar rápido, ni podía inclinarse sobre el plato en la mesa, aunque con eso tuviera los vestidos llenos de lamparones. Nada de novelas góticas. Nada de montar a horcajadas. Nada de verse con Bobby, el mozo de establos, que era su mejor amigo. Nada de frecuentar la cocina.

«Escribe cartas. Sirve el té. Cultiva tu conversación, pero no parezcas lista. Siéntate recto. No te dejes tantos mechones sueltos. Jamás te levantes tanto las faldas. Ese no es un tema sobre el que conversar...».

Quería chillar. A cada momento del día. Pero todo lo aguantaba con paciencia y agradecimiento hacia Gerard. Debía convertirse en la condesa que él esperaba que llegara a ser algún día y tenía que honrar al que sería su esposo para que sintiera verdadero orgullo de ella.

Gerard era todo lo que tenía en el mundo.

Por eso se sometía con docilidad a los dictados de lady Mossling. Porque quería ser la perfecta aristócrata, como lo había sido su madre, si bien ella nunca le habría impuesto semejante retahíla de normas.

—¿Y si es el caballero quien me pregunta por ese asunto en concreto? — preguntó en un último reducto subversivo.

—¿Es que no acabo de decirle que esas no son las conversaciones que les interesa mantener a los caballeros con una debutante de diecisiete años? No es tan complicado, lady Grace —insistió su instructora—. Su papel debe restringirse a escucharles y mostrar interés por lo que le cuentan, pero ¡por Dios! no parezca tampoco una pueblerina extasiada. Eso es de muy mal gusto, y a los hombres les horroriza. Tendrá que mantener su lengua bien sujeta y controlar ese afán que tiene por conducir la conversación y mostrar sus conocimientos. No serán bien recibidos en la corte. Allí tiene que ser un modelo de rectitud y sobriedad.

—Pero ¿y después de la corte?

—¡Basta! —protestó lady Mossling, llevándose la yema de los dedos a la sien—. Ya le he dicho que tenemos que centrarnos en su presentación a la reina y en la actitud que deberá mostrar allí. Al menos, he conseguido que haga una genuflexión decente.

Su mente recreó entonces aquel glorioso momento de satisfacción personal cuando consiguió hacer la reverencia perfecta que debería realizar ante la reina sin apenas explicación de lady Mossling. Ver la cara de aquella mujer —

que se había convertido en algo parecido a su carcelera— quedarse sorprendida sin poder poner una sola objeción a su ejercicio le dio alegría para casi una semana entera.

La presentación ante la reina era algo que había practicado con su madre, y nadie lo hacía mejor que ella.

Lady Haltonshire había deseado que sus hijas disfrutasen de la temporada social en Londres, no tanto por la esperanza de que hiciesen un buen matrimonio como por la oportunidad que suponía para disfrutar de las diversiones de la ciudad. Los condes habían preferido la vida retirada del campo y ese era el entorno en que ella y sus hermanos habían crecido. Algo que lady Mossling calificaba de vulgar y disipado; algo, insistía siempre, que la había convertido en una jovencita impetuosa e irresponsable. Pero lo cierto era que había sido una infancia feliz, tranquila, alejada de las estrictas normas que ahora se le imponían. Mas, por moderadas que hubieran sido las imposiciones en Askett Abbey, sus padres los habían dotado de una correcta educación y los habían preparado en gran medida para su presentación en la corte.

A fin de cuentas, Albern había estado predestinado a convertirse algún día en el conde de Haltonshire.

Solo lo fue por cuatro días.

Los recuerdos la asolaban una y otra vez; cada estancia de la casa le evocaba una escena vivida con ellos, cada plato que preparaba la cocinera y que había sido el favorito de padre o de madre, cada solitaria tarde sin la compañía de Astrid para comentar los cotilleos de las guías para señoritas que les hacían llegar desde Londres. Sí, habían gozado de una vida tranquila y retirada en el campo, pero lady Haltonshire nunca perdió de vista sus orígenes ni la importancia de instruir a sus hijas en los protocolos sociales que habrían de poner en práctica cuando fueran presentadas en sociedad.

Ahora ya no estaban. Ninguno de ellos le podía aconsejar. No sería el brazo de su padre el que la guiara hasta el trono en el día de su presentación. No

serían las manos de su madre las que darían el último retoque a su vestido blanco. Ni serían los ojos de Albern los que la contemplarían desde un rincón en cada baile o fiesta. Y, oh, Astrid, ella no volvería a ser tampoco su confidente acerca de los jóvenes apuestos y elegibles que encontraría en Londres.

Aquel sueño había terminado abruptamente un año atrás. Y en esos momentos solo le quedaba eso: la dura instrucción de lady Mossling, baronesa viuda venida a menos que había reconducido su vida a través de la instrucción de jovencitas.

Y Gerard; por suerte, le quedaba Gerard. Era primo lejano de su padre, tan lejano que nunca había oído hablar de él hasta que se quedó sola en el mundo. Cuando él se convirtió en el nuevo conde de Haltonshire, le prometió que cuidaría de ella. Y jamás había incumplido su palabra.

—¿Cree que podrá recordarlo, lady Grace? —insistió la institutriz, sacándola de las negras profundidades de su tristeza—. Me gustaría retirarme un rato antes del almuerzo. Toda esa terquedad suya tiene la facultad de provocarme jaquecas continuas.

—Nada de demostrar locuacidad ni el más mínimo atisbo de intelecto ante los caballeros, a quienes conviene mucho más pensar que, a todas luces, soy tonta.

—¡No es eso...! —Lady Mossling dio un paso adelante con tal exasperación dibujada en su cara que cualquier niña de menos edad habría echado a correr. Pero fuera lo que fuese que se había apoderado de su instructora, enseguida lo tuvo de nuevo bajo control—. Solo me queda rezar para que su comportamiento no deje en evidencia a lord Haltonshire. O que Dios obre un milagro en usted durante estas dos semanas. —Las opiniones de su institutriz nunca habían tenido la capacidad de ofender ni amilanar a la joven, por tanto, sus ojos no sintieron la necesidad de apartarse de los de ella, ni su boca tuvo la inclinación de proferir una disculpa. Solo se quedó mirando ese semblante avinagrado a pesar de su belleza. Aquel duelo de voluntades

siempre terminaba del mismo modo. Y aquella vez no fue diferente—. Ahora se quedará aquí otra hora estudiando el Debrett's hasta conocer todos los nombres que le he subrayado. Después podrá bajar a almorzar.

Cuando lady Mossling abandonó la sala de estudio donde siempre tenían lugar sus torturas, la joven se dejó caer en el sillón de brocado verde y plata con resignación. Cerró los ojos y recordó el tiempo en que aquella había sido la sala de costura de lady Haltonshire, su madre. Evocó las horas que habían compartido las tres bordando pañuelos para Albern, quien se horrorizaba cada vez que recibía un nuevo reemplazo de las mujeres de la casa. Las paredes paneladas en un tono verde agua aún eran testigos de las dotes con la aguja de las hermanas Clayden. Y sobre la repisa de la chimenea siempre reposaría la escena campestre que su madre, Astrid y ella bordaron en su último verano juntas.

La melancolía volvió a invadirla y meneó la cabeza para ahuyentar las lágrimas. No tenía caso volver a lamentarse por todo lo que había perdido. No veía que otros miembros de Halt Brooden Court se entregasen a la desolación y la pena, por más que hubieran tenido que enterrar a sus seres queridos. La epidemia de escarlatina se había cobrado tantas vidas en el condado, que ninguna familia había podido esquivar sus garras. La señora Kinsger había enterrado a cuatro hijos, y cada mañana se montaba en una carreta y se encargaba del reparto de la cerveza especiada que seguían elaborando su marido y el más pequeño de sus hijos, el único que sobrevivió. Y lo hacía con una sonrisa y con la más amable de las conversaciones.

Abrió un ojo y lo enfocó en la guía Debrett's que reposaba en la mesita auxiliar que servía de centro al conjunto de sofá y sillones de la estancia. ¡Por nada del mundo podría soportar una hora entera de lectura! Nadie, absolutamente nadie en toda Inglaterra, podría memorizar semejante cúmulo de nombres y títulos sin confundir los unos con los otros. Lo más lógico y caritativo sería que dejaran a la gente llevar la guía bajo el brazo para poder consultarla cuando se diese el caso de no lograr identificar a un par del reino

o a algún miembro de su familia; pero ¿memorizarla? No se le ocurría misión más desalentadora.

Por suerte, una muy deseada distracción vino a colarse en sus planes inmediatos.

No era frecuente que un carruaje, uno elegante y tirado por cuatro caballos, llegara hasta la puerta de Askett Abbey. Y eso fue lo que escucharon sus oídos.

Se levantó de un brinco y su corazón explotó de gozo al comprobar que era el escudo de Haltonshire el que ornamentaba la puerta. ¡Gerard! ¡Había vuelto!

Le había prometido que vendría unos días antes de su viaje a Londres para que pudiera templar sus nervios antes de la presentación en la corte. ¡Pero aún faltaban dos semanas!

Se paseó nerviosa por la habitación. Quería correr a sus brazos, pero lady Mossling le había ordenado quedarse estudiando el maldito Debrett's en la habitación. Y pensó, con fastidio, que a Gerard siempre le importaban mucho las opiniones de lady Mossling,

Bien, entonces no bajaría corriendo las escaleras, ni se lanzaría a los brazos de Gerard, sino que se tomaría su tiempo para caminar con toda la rectitud y elegancia posibles a través de los pasillos de Askett Abbey hasta bajar a la entrada y ofrecer a lord Haltonshire el recibimiento que merecía.

Al llegar al recibidor, comprobó que ni siquiera el mayordomo se hallaba presente y escuchó cómo se alejaba el carruaje en dirección al establo. Quizá se había demorado en demasía. Estiró el cuello en todas direcciones y se preguntó a dónde se habría dirigido su prometido, pero entonces escuchó voces en la biblioteca y pensó que ese habría sido el primer lugar al que se dirigiese al llegar a casa.

Según se aproximaba le pareció escuchar la voz de lady Mossling. ¡Buen Dios! ¿Ya se estaba quejando de ella? ¡Pero si apenas acababa de llegar!

No quería que esa mujer lo predispusiera en su contra. Ya la había regañado varias veces por enfrentarse a su institutriz y por no tomar en serio su

preparación. Llevaba dos semanas sin verlo, con la única compañía de aquella mujer imposible. Estaba segura de que ni siquiera un perro guardián ponía tanto celo como el que ella mostraba.

—Te aseguro, querida, que yo he sufrido mucho más sin poder verte.

Aquellas palabras la dejaron congelada a un paso de la puerta. ¿Con quién hablaba?

—No me estaba quejando, Gerard. Tu misión en Londres era importante. Es solo que me he sentido muy sola sin ti.

—Pero ya estoy aquí, mi amor.

«¿Querida?» «¿Gerard?» «¿Mi amor?».

«No. No puede ser. No puede ser Gerard».

Su cabeza negaba con un movimiento espasmódico mientras la sangre parecía ralentizarse por sus venas. ¿Qué estaba ocurriendo? Con paso vacilante, se acercó a la puerta y buscó con la mirada las dos figuras que se encontraban apoyadas contra la mesa de despacho.

Tuvo que llevarse una mano a la garganta para no gritar. Se estaban abrazando. ¡Ella iba a besarle!

—Gerti, cariño, ¿no será peligroso?

—La he castigado en el cuarto de estudio. No podrá bajar en una hora.

Él acarició la mejilla de la institutriz con dulzura.

—¿Otra vez se ha portado mal? Quizá eres demasiado dura. No es más que una niña.

—Gerard, eres tan indulgente con ella que a veces dudo de que seas capaz de hacer lo necesario cuando llegue el momento.

—Gerti...

—Sí, se ha portado mal —respondió ella airada, cortando lo que fuera a decir su interlocutor—. Es insolente y deslenguada. Te aseguro que no sería capaz de estar a la altura de ser la condesa que te mereces.

Los ojos se le llenaron de lágrimas al fin cuando Gerard besó a la mujer que tenía entre los brazos para reconfortarla.



—Gerti, cariño, no te derrumbes ahora.

—Tienes que decirle quién manda aquí, Gerard, a ti te hará caso. Hoy he estado a punto de darle un bofetón.

—Ya sabes que no debes. Antes no estabas tan ofuscada con ella.

—¿Y de quién es la culpa? Aún no puedo creer que la besases. Desde ese día no soporto su presencia ni su visión.

Su beso. Las lágrimas rebasaron los límites de sus ojos cuando recordó el modo tan rotundo en que Gerard la había consolado después de una de sus pesadillas. Se había quedado dormida en el salón de lectura y había vuelto a soñar con ellos. Había visto los rostros de su padre y su madre, de Albern, de Astrid, pero estaban macilentos y moribundos, exangües, llenos de pústulas y con los ojos desorbitados por el dolor. Él la había despertado y abrazado y, tras dedicarle unas palabras de consuelo, había rozado brevemente sus labios. La había mirado de un modo extraño después, y el beso se había profundizado. Él la había acariciado también, de un modo que al principio la asustó, pero que después le resultó placentero, porque era Gerard, porque lo amaba con todo su corazón y se iba a casar con él.

El recuerdo hizo que se pusiera a temblar. Casi no era capaz de controlar los sollozos que querían escapar de su garganta. Tenía que irse de allí. No podía soportarlo. ¿Por qué no se iba? ¿Por qué sus piernas no respondían?

—Querida —Él invirtió sus posiciones y la colocó contra la mesa. Contempló horrorizada cómo metía una mano por debajo de su falda y cómo ella le echaba los brazos al cuello—, sabes que yo solo te adoro a ti. Solo te deseo a ti. Tuve que esforzarme mucho por besarla, pero a fin de cuentas es mi prometida y tengo que mostrarle afecto. Te dije que estarías mejor en Londres, lejos de este sórdido asunto. Yo me hubiera ocupado de todo.

—¿Querías tenerme en Londres para poder flirtear con ella? —inquirió enfadada.

Entonces Gerard hizo algo que le resultó escandaloso y grotesco. Tomó la mano de ella y se la colocó entre sus piernas. Grace no pudo evitar un jadeo

de conmoción, pero nadie pareció oírla.

—Esto solo ocurre contigo. Mi cuerpo arde por ti de un modo que no puedo controlar. Siempre ha sido así y siempre lo será. Sabes lo que estoy dispuesto a hacer por ti. ¿Acaso este matrimonio no es suficiente prueba de lo que te amo?

—El matrimonio solo es el primer paso, Gerard. Me preocupa que...

—Lo haremos, Gerti. Te lo prometo. Ya debería estar surtiendo efecto la belladona y ella ha aceptado pasar la luna de miel en Cornwall. Yo he proclamado mi felicidad a los cuatro vientos por el futuro enlace y también he plantado la semilla de mis sospechas sobre su estado de salud. Te aseguro que, con la desgracia que golpeó a su familia, nadie dudará de que la melancolía fue la que la llevó a los acantilados. Nos libraremos de ella y podremos vivir con todo ese dinero, cielo. Piénsalo. Solo tienes que aguantar dos semanas más.

—Lo sé, mi amor, lo sé. Perdóname por estos absurdos celos. Es que no veo la hora de librarme de ella. —Lady Mossling aprovechó la posición de su mano para manipular el pantalón de Gerard y él comenzó a trabajar bajo la falda de ella—. Pero tienes razón, mi amor. Tendré paciencia. Puedo soportarlo todo si estás conmigo. Es que a veces me hace perder la razón. La odio tanto...

—Y yo, Gerti, yo también.

Grace tuvo que buscar apoyo en el marco de la puerta. Sintió que sus rodillas no podrían sostenerla ni un segundo más. Se acercó y recostó la espalda contra la pared. El aire no llegaba a sus pulmones con suficiencia, le temblaban las manos, que sostenía contra su estómago. Sus piernas parecían de gelatina.

«¿Cómo has podido? Oh, Gerard, ¿por qué?».

Jamás la había querido. Todo el consuelo que le había brindado tras la muerte de su familia no había sido más que una mentira. Había fingido afecto por ella cuando en realidad tenía una amante. ¡Y la había traído allí! ¡A Askett

Abbey! ¡Para martirizarla!

Era su amante. Su amante, por Dios. Las náuseas amenazaron con descomponerla, pero tragó saliva muy fuerte y respiró hondo. ¿Por qué? ¿Por qué le hacían eso? ¿Cómo podían ser tan horribles, tan crueles?

Volvió a quedarse helada al recordar la última parte de la conversación.

«*Belladonna*» «*Cornwall*» «*Acantilados*».

No. No podía ser cierto.

Querían deshacerse de ella. Querían quedarse su dinero.

Las lágrimas volvieron a derramarse de forma silenciosa por su rostro. Grace se quedó sin fuerza. Vacía.

Eso había sido todo desde el principio. Querían la herencia de su madre. Pasaría a su marido una vez se casase y Gerard lo sabía porque había recibido una copia del testamento exacta a la suya. Él había heredado Haltonshire, pero la fortuna del condado siempre había sido el dinero de su madre. Por eso Gerard se había enamorado tan fervientemente en solo unas semanas, la había cortejado de inmediato y había pedido su mano justo al terminar el año de luto. Tan solo les había frenado la necesidad de presentarla ante la reina. ¡Si hasta en eso habían pensado! Iban a envenenarla —habían empezado ya, según sus palabras—, a fingir su debilidad y llevarla a Cornwall para que todos creyesen que se había tirado por un acantilado. ¡Dios bendito! Lo habían previsto todo.

En fin. No. No lo habían previsto todo. No habían contado con la inmensidad de su amor ni con que se saltara el castigo para correr a sus brazos.

No sabía cuánto tiempo llevaba allí, o si los sollozos que su pecho no dejaba de expulsar habrían sido sonoros o no, pero la actividad en la biblioteca le indicaba que tanto su tutor y prometido como su institutriz estaban demasiado ocupados para reparar en su presencia.

Era ignominioso que el que iba a ser su marido estuviera... fornicando a escasos pasos de ella. Sintió deseos de vomitar allí mismo, pero encontró la

fuerza necesaria para mover sus piernas, salir al patio y depositar su desayuno en una de las jardineras.

Media hora después, del modo más sigiloso y antes de que se cumpliera la hora estipulada de castigo, lady Grace Valery Clayden abandonaba para siempre Askett Abbey.

## Capítulo 1

*Mayo, 1837.*

*Minstrel Valley.*

*Condado de Hertfordshire.*

Lady Grace Valery Clayden, conocida en Minstrel Valley como la señorita Valery Sherman, era una impostora.

No era su intención engañar a nadie ni obtener beneficios con subterfugios. No pretendía tampoco estafar a sus protectores y ni se le pasaba por la cabeza usar su anonimato para perjudicar a nadie.

La mentira había sido creada tiempo atrás, y ya no podía retractarse de su falso yo. Era una medida de precaución necesaria; lo único que había estado en su mano para salvaguardar su integridad. Pero le pesaba. Mentir a sus amigos y conocidos le pesaba. Fingir ser alguien que no era ante los vecinos de Minstrel Valley le provocaba mala conciencia.

Cuando podía eludir cualquier aspecto sobre su persona, casi lograba creer que esa había sido siempre la auténtica Valery —una doña nadie, la hija única de un panadero que había fallecido dos años atrás—, pero cuando alguien, una amiga, le preguntaba por su pasado como en ese momento, tener que recurrir a la invención y no al recuerdo, le parecía una gran traición.

—Me hubiera gustado tener hermanos, desde luego. Fue una infancia un tanto solitaria. —«Señor, perdóname»—. Pero, tras la muerte de mi madre, padre tenía mucha faena y apenas podía dedicarme tiempo.

Había entonado tantas veces esa historia que debería ser más sencillo contarla. Pero siempre sentía que enlodaba la memoria de todos sus seres amados.

—¡Te habría encantado! —exclamó Melinda—. Era como esta escuela, pero a pequeña escala. Dormíamos todos en la misma habitación, y no es que faltaran las peleas, sobre todo entre los chicos, pero siempre me encantaba la imagen que proyectábamos al caminar todos juntos al oficio dominical. Nunca había tiempo para sentirse sola.

Melinda Culier era la sexta hija de una prole de nueve ruidosas criaturas a quienes sus padres, unos humildes comerciantes, habían dado una vida plena y llena de aventuras. Se había convertido en su mejor amiga, pues le recordaba todo lo que ella había sido en otro tiempo. Era muy bonita. Con unos ojos vivaces y casi tan negros como su cabello, afrontaba la vida con entusiasmo y expectación. Siempre parecía a punto de explotar de felicidad; era su sangre italiana, decía ella siempre, la que la dotaba de ese desparpajo y optimismo. A pesar de toda esa efervescencia, era una persona en quien se podía confiar; que sabía ser discreta cuando la ocasión lo requería. Y, sin embargo, jamás se había confesado con ella. Ya era demasiado tarde.

—Oh, eso sí que me hubiera gustado. Una escuela como la de lady Acton habría sido un sueño para mí. —En eso no mentía—. Pero he de confesar que era bastante feliz a mi modo. Me pasaba el día devorando libros de filosofía y de historia. Oh, y manuales para señoritas, claro. Me los creía muy al pie de la letra y fingía ser una gran dama.

—Y, mira por dónde, eso te trajo a nuestras vidas —sonrió Melinda—. Creo que podemos decir, sin atisbo de duda, que fue una suerte que las cosas ocurrieran tal cual lo hicieron.

Bien, eso era decir demasiado, se lamentó.

Ambas jóvenes caminaban cogidas del brazo por Town Hall Street en dirección al centro del pueblo. Podrían haber tomado otro camino más directo para su viaje, pero les gustaba pasar por Legend Square y disfrutar del

ambiente que siempre reinaba en la plaza. Nadie podía pedir más a un día de primavera. El sol brillaba y daba calor a la tarde, que ya empezaba a descontar minutos. Era tan tibio el día que incluso les sobraba la esclavina de punto que habían tomado para dar su paseo. Al menos, su vestido verde de algodón era fino y muy vaporoso, por lo que se sentía bastante cómoda. Aunque de buena gana llevaría el bonete en la mano, en lugar de en la cabeza. Pero ¡ah!, las pecas.

Una suave brisa, de esas que aportaban frescura al rostro, empujaba los finos mechones de cabello oscuro hacia la boca de Melinda, mechones que ella volvía a colocar tras su oreja con tozudez. Si fuese mirando al frente no le ocurriría eso, pero su amiga era de las personas que no se conformaban con sostener una conversación animada, sino que además observaban el rostro de su interlocutor para compartir y revertir su alegría. Corría el peligro de tropezar con algún canto, pero Valery ya había renunciado a aleccionar a su amiga sobre los preceptos del decoro de una dama al caminar, ya fuera por apariencia o por seguridad. La señorita Culier era lo que venía a ser llamado *un caso perdido*.

Que, de todos los lugares del mundo y de todas las opciones posibles, Valery hubiera terminado en la Escuela de Señoritas de lady Acton como profesora de etiqueta y protocolo era algo que no dejaba de sorprenderla; un golpe de suerte en medio de todos los infortunios que le había tocado vivir.

Minstrel Valley se hallaba en Hertfordshire, a unas tres horas de Londres en carruaje, una distancia más que segura. Las colinas de Scott Hill y Lake Hill lo delimitaban al noroeste y sudeste respectivamente, dotando al valle de unas sinuosas y verdes vistas. Tenía un tamaño mediano, aunque no carecía de edificios elegantes ni de mansiones fastuosas. Había una forja, un salón de fiestas, una posada, una escuela infantil y un colmado con todo lo que pudieran precisar; pero, además, el lugar estaba plagado de parajes naturales preciosos, como el lago y el bosquecillo que lo circundaba, o las ruinas del que fuera el castillo de la familia Scott.

Saludaron a la dueña del colmado, la señora Gibbs, quien estaba cambiando los carteles de la fachada de su tienda con alguna nueva adquisición que habría traído de Londres. Valery dejó que su sonrisa se ensanchara al hacerle una venia elegante a lady Cinthya de Clowes, baronesa Rowsley. Esa mujer era una de las más admirables personas que había conocido jamás. Había tenido una vida dura y, sin embargo, derrochaba amor por su sobrina Becca, alumna de la escuela, a quien Valery había tomado mucho cariño. Lo poco que sabía de su vida se lo había contado Bella Gibbs, que era una mujer amigable, pero también cotilla en extremo. Con todo, le parecía una persona maravillosa. Minstrel Valley estaba plagado de ellas.

A veces olvidaba, no durante demasiado tiempo ni a un nivel que se pudiera calificar de profundo, lo afortunada que había sido al encontrar aquel fantástico lugar. Aún le parecía mentira que hubiera terminado en aquel pueblo encantador y de buenas gentes, tan distinto de la ciudad, donde todo era oscuro, difícil y peligroso.

O quizá su visión estaba empañada por los recuerdos.

Los primeros años tras huir de Askett Abbey, no le había sonreído la suerte. Cometió la temeridad de intentar subsistir por sí misma en Londres y erró. A Valery le provocaba un gran malestar recordar los cinco años que había pasado allí, y no por el insignificante hecho de haber tenido que ganarse la vida, sino por el constante miedo a ser encontrada. Bueno, y por aquella casa en Grange Road. Valery aún despertaba algunas noches con el tremendo horror de creerse en aquel fumadero de opio que había resultado ser la vivienda del señor Mansfield.

Pero en un día tan hermoso no quería traer a la memoria los aciagos años de Londres. Prefería, con mucho, evocar su llegada a Minstrel Valley. ¡Cuánto le había fascinado el lago! ¡Y las ruinas del castillo! ¡Cuán aterradora le había parecido Minstrel House el primer día! Y todo para encontrar que a las pocas horas había comenzado a sentirlo como un hogar.

No podía compararlo con lo que había conocido hasta la fecha, pues la



felicidad y candor que había vivido en Askett Abbey era el producto de una infancia protegida y amorosa. La satisfacción y orgullo que experimentaba ahora eran fruto del esfuerzo, la madurez y el bucólico encanto de ese lugar.

—Buenas tardes, profesoras —las saludó el señor O'Neill, el fortachón quesero del pueblo que venía acompañado de sus dos hijos, Kieran y Deirdre.

—Buenas tardes —repitieron sendas voces.

Ambos eran jóvenes encantadores y muy trabajadores. Kieran, además de un galán con las damas —con todas las damas—, se había convertido en el lechero de Minstrel Valley y había multiplicado los beneficios del negocio familiar. Deirdre, por su parte, era una jovencita amable y servicial que siempre andaba con un libro entre las manos, para tormento de su padre, quien temía que a la chica se le llenase la cabeza de pájaros y olvidase cuáles eran sus posibilidades reales en la vida.

En esa ocasión no les acompañaba Barbara, la sobrina del quesero, que también era una artista en potencia, con unas dotes espectaculares para la pintura.

—Buenas tardes, señor O'Neill. Qué gusto verles a los tres juntos —contestó Valery.

—Hola, señor O'Neill —saludó también Melinda—. Justo esta semana iba a pasar por su casa. Deirdre —añadió dirigiéndose a la hija—, acabamos de terminar de leer un libro de John Keats que creo que te va a encantar. Es una edición preciosa que nos ha mandado lord Northcott desde Londres.

—Oh, señor —protestó el padre de la muchacha—. Todos ustedes están empeñados en regalarle libros a mi Deirdre. La señora Crown y lord Mersett le han obsequiado los suficientes para poner una pequeña librería. Y ahora, usted también, señorita Culier. ¿Acaso creen que en mi casa hay muebles suficientes para albergar tanto libro?

Melinda gorjeó, despreocupada.

—Tranquilo, señor O'Neill. En esta ocasión, se trata solo de un préstamo.

—Además, padre, tengo muchas ganas de leer a ese autor. La señora Crown

me ha dicho que ha alcanzado gran popularidad, pero aún no he leído nada suyo —añadió la chiquilla, entusiasmada.

Daphne Crown era una joven y bonita viuda que vivía en Minstrel Valley mucho antes de que Valery llegase allí. Su historia era un completo misterio para ella, pero sus intentos por ponerle fin a todo, lamentablemente, sí que habían trascendido. De eso hacía mucho tiempo y, según la propia Deirdre, no había nada por lo que preocuparse, pues la mujer llevaba ahora una vida muy estable y equilibrada.

Valery se preguntaba qué tendría que ver en todo aquello el exótico primo de lady Acton, Derek Lee, conde de Mersett. Se había sumado a aquella costumbre de regalar todo tipo de materiales de papelería y libros a la hija del quesero, quien, por cierto, había salvado a Daphne Crown de uno de sus intentos de suicidio. Pero, además, su presencia constante en Minstrel Valley no se explicaba a no ser por aquella extraña relación que mantenía con la viuda Crown. Valery hubiera querido tener el arrojo de llamar un día a su puerta y sentarse a tomar un té con ella, pues presentía que era un alma atormentada, pero se limitaba a ser cordial y a tratarla con afecto cuando se encontraban.

—Padre no dice que no los puedas leer, Deirdre —terció Kieran, su hermano, con sorna—, pero es que te pasas el día con la nariz metida entre libros o en casa de la señora Crown. Al final, vas a creerte que eres una señoritinga de ciudad y tendremos que bajarte de las nubes con un lazo bien grande.

—Eres un botarate, Kieran —respondió esta.

—Ya está bien, muchachos. Las señoritas Sherman y Culier tendrán cosas que hacer y vosotros las estáis entreteniendo.

El buen carácter de Ronan O'Neill no le permitía ofuscarse con facilidad. Por ello, zanjó el pequeño debate con una inclinación de lo más caballerosa y una sonrisa de oreja a oreja dirigida a Melinda.

—Será un placer que le preste cuantos libros quiera a mi muchacha. No

vaya a creer que se lo estaba cuestionado, señorita Culier. Además, si viene esta semana, le dejaré que pruebe una nueva receta que estoy usando para los quesos. A nosotros nos gustan mucho, pero, como nos gusta siempre todo, no sé si somos muy de fiar.

Todos rieron ante el buen apetito del que hacía gala la familia de origen irlandés, y se despidieron de la forma más cordial.

—Es una chica prometedora. ¿Te imaginas lo que podría obtener con una beca en la escuela de lady Acton? —preguntó con cierta melancolía.

Muchas veces pensaba en lo distinta que podía llegar a ser la vida de una persona en función de la familia en que nacía. Aunque el nacimiento no era el único accidente que podía definir la vida de alguien, y ella era un claro ejemplo.

—No tiene caso que le des vueltas a eso, Valery. A fin de cuentas, Deirdre no ha tenido mala suerte en la vida. Cuenta con una familia amorosa y con el apoyo de la señora Crown, que puede proporcionarle comodidades si decide tomarla bajo su ala, cosa que creo que ya hace —alegó Melinda—. Además, todos contribuimos a su educación de un modo u otro. Hasta estoy convencida de que algún día formará una bonita familia. Eso si encuentra un hombre que no se sienta amenazado por su intelecto.

—Vaya, quizá no le estemos haciendo ningún favor al alentar su gusto por la lectura —dudó.

—El saber no puede ser nunca un freno en la vida de ninguna persona, Valery —protestó Melinda—. Y ya sé que me vas a salir con eso de que la realidad no tiene nada que ver con la justicia y que las mujeres instruidas no están bien vistas en ninguna clase social, pero nuestra Deirdre tendrá un final feliz y punto.

Valery soltó una carcajada ante la vehemente defensa de su amiga. De las dos, Valery era la más sesuda, la más realista. Melinda, por el contrario, era soñadora y romántica hasta la médula.

—Está bien, está bien. Creo que, en este caso, estoy de acuerdo contigo.

Minstrel Valley es un lugar especial. Si una jovencita puede encontrar la felicidad a pesar de nadar contracorriente, tiene que ser aquí.

Continuaron su camino por Old London Row en dirección a la posada, donde Melinda iba a depositar unas cartas para su familia. Siempre escribía a todos sus hermanos y hermanas una vez al mes. Podrían habérselas dado a Johnny, un joven que trabajaba en Minstrel House desde que se fundara la escuela, pero les gustaba dar ese largo paseo juntas.

—¿No te da pena que las clases estén tan próximas a su fin? —pregunto Melinda al cabo de unos minutos—. He pensado traer de Londres la *Miscellany* de Bentley para las niñas. Me ha dicho mi hermana Candance que Dickens ha empezado a publicar una novela en formato serial. Ella asegura que es fabulosa.

—Me gusta Charles Dickens. ¿Cómo se llama la novela?

—Oliver Twist.

—Bien. Podría ser un *giro*[1] —añadió, con énfasis en la palabra— muy interesante para el final de las clases.

Melinda se le quedó mirando y empezó a desternillarse de risa. Volvió a engancharla por el brazo para continuar caminando de ese modo tan poco propio de una dama, pero que en el fondo le encantaba.

—Para que luego digan que no tienes sentido del humor —rio—. Ay, Valery. Vamos, démonos prisa. Si llegamos tarde al té, le dará una apoplejía a Eleanor.

\* \* \*

El té se tomaba a las cinco, puntualmente, todas las tardes en el salón de las alumnas, una lujosa estancia decorada en tonos lavanda y bañada por la cálida luz del sol de aquel mes de mayo que ya tocaba a su fin. Cada día era responsabilidad de una de las alumnas celebrar la ceremonia bajo la atenta mirada de la profesora Valery Sherman.

La señorita Lorianne Bowler estaba haciendo un digno trabajo esa tarde. Su cuerpo menudo se movía con elegancia y eficiencia mientras sus ojos oscuros obsequiaban con miradas cordiales a cada una de las damas a las que servía.

—No olvides que mañana comienzan las clases de equitación —le recordó Eleanor Harper, directora de la Escuela de Señoritas de lady Acton, que contemplaba a su lado cómo interactuaban las jóvenes.

Valery se volvió hacia ella y le obsequió una sonrisa.

—Estaremos allí a las nueve en punto, Eleanor.

Podría decirse que se habían convertido en buenas amigas. Todas las profesoras de la escuela, ya fueran internas o vivieran en el pueblo, compartían muchos momentos de compañerismo y clases conjuntas, por lo que se había forjado una amistad entre ellas que podría calificarse de inquebrantable. Todas ellas eran bastante jóvenes, y de resultas, habían sabido congeniar y ayudarse las unas a las otras; siempre con el respaldo de lady Acton, la propietaria y fundadora de la institución.

Aunque su amistad era mucho más profunda con Melinda Culier, había llegado a desarrollar un gran aprecio por todas, en especial por Eleanor Harper. Presentía que, al igual que ella, soportaba una pesada carga sobre los hombros. No hablaba mucho de su pasado. Era reservada y estricta, aunque también veía un brillo de dulzura en sus ojos cada vez que miraba a las alumnas. Si algo tenía claro era que la directora de la escuela no era transparente, sino que se ocultaba detrás de muchas capas de cortesía y rectitud, tal y como hacía ella.

Desde el instante mismo en que puso un pie en Minstrel House fue consciente de la oportunidad que se le brindaba. Hizo todo lo posible por convertirse en la mejor profesora de etiqueta y protocolo que lady Acton pudiera soñar. Aplicó todos los conocimientos que le había inculcado su madre y desechó muchos de los que le había intentado transmitir aquella despiadada institutriz a la que ni siquiera nombraba en sus pensamientos. Leyó todos y cada uno de los manuales de comportamiento que pudo conseguir e

incluso —Dios era testigo de ello— estudió al detalle la guía Debrett's. En cada edición.

A sus alumnas intentaba proporcionarles todas las herramientas que necesitarían para el desempeño de su labor como esposas, madres y como mujeres en la sociedad inglesa. No todas ellas estaban destinadas a ser grandes anfitrionas, de modo que las clases eran muy individualizadas. Siempre intentaba que todas conocieran los pormenores de las reglas de etiqueta que las convertirían en damas respetables, fuera cual fuese su futuro, pero también intentaba que cada una de ellas aprendiera cosas prácticas que pudieran serles de ayuda en el papel que les tocaría desempeñar.

Así, a la señorita Jane Walpole, que estaba dotada de todas las capacidades y seguridad necesarias para afrontar el mercado matrimonial, intentaba armarla con todo el refinamiento y distinción que precisaría para conseguir su objetivo —un duque ni más ni menos—, mientras que con Tiberia Seymour sus esfuerzos siempre habían estado más encaminados a generar en ella la suficiente confianza e interés como para que mostrase la necesaria candidez femenina que le permitiese atraer a los caballeros, cosa que cada día veía menos probable.

Para ser honestos, algunas de sus alumnas podrían considerarse casos perdidos, y lamentaba de verdad el dinero que empleaban sus padres en la escuela, si bien no se podía estar segura de lo que esas jóvenes serían capaces de lograr. Solo había que fijarse en el caso de Romola Seymour; un *caso perdido* según toda la buena sociedad londinense. Esa jovencita torpe y sabionda había sido una apuesta personal de lady Acton, la primera de las alumnas de su flamante escuela, y un éxito absoluto, se mirase por dónde se mirase. Molly no solo había conseguido hacer un buen matrimonio, sino que se había casado por amor. Edward Hastings, el sobrino del profesor de baile de Minstrel House, había pasado una breve temporada en Minstrel Valley como profesor sustituto y, a pesar de las pésimas dotes de Molly como bailarina, el afecto había surgido de forma espontánea durante las clases.

Las posibilidades de las alumnas de la Escuela de Señoritas de lady Acton eran infinitas.

La existencia de una escuela tan particular en un pueblo de apenas quinientos habitantes tenía una explicación muy sencilla. Minstrel House era una propiedad que Helena Kenley, lady Acton, había recibido de su hermano, marqués de Northcott, y que debido a una tragedia familiar había estado cerrada a cal y canto durante años. Cuando la anciana descubrió que Olivia Coombs, actualmente lady Olivia Hale, era la hija legítima de su fallecido sobrino, volvió a Minstrel Valley, decidida a restituir a su sobrina nieta los privilegios perdidos. Al mismo tiempo, ideó una escuela para «Damas Selectas» con un concepto muy innovador, que había resultado todo un éxito, una vez llevado a la práctica.

—¿Es una cucharilla lo que veo dentro de esa taza? —preguntó a lady Margaret Ashbourn, que la miró con los ojos como platos.

—No comprendo cómo ha podido llegar hasta aquí —respondió la muchacha con una creíble expresión consternada—. ¡Qué cosas! Es bien sabido que una *dama selecta* jamás bebería de la taza con la cucharilla dentro. Hester, debemos tener más cuidado con lo que hacen nuestras cucharillas.

Valery resopló mentalmente. Lady Margaret, aunque jamás lo reconocería, era una de sus favoritas. Era respondona y cómica en exceso, pero tenía una viveza y un espíritu inquebrantable que ella admiraba.

—Recuerden, queridas, que por amena que sea la conversación, nunca deben perder de vista los preceptos más básicos que toda buena matrona notará cuando sea su invitada.

Por fin, la señorita Bowler terminó de servir a sus compañeras y se sentó con su propia taza.

—¿Qué tal lo he hecho, señorita Sherman?

—Buscar el reconocimiento de los demás solo demuestra nuestra propia inseguridad, señorita Bowler, no lo olvide. Pero he de decir que lo ha hecho bastante bien. —Ante la sonrisilla cómplice de la joven tuvo que añadir—:

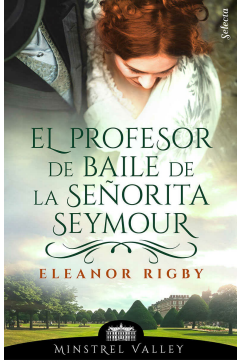
Aunque nunca debe olvidar dejar media pulgada entre el líquido y el borde de la taza o, de lo contrario, alguno de sus invitados podría desbordar la taza al servirse azúcar, como le ha ocurrido a la señorita Grant.

Eso hizo que ambas jóvenes la mirasen con aire compungido, aunque solo les duró lo que tardó lady Margaret en tomar la palabra. Todas volvieron a centrarse en su conversación —que en los últimos días giraba siempre en torno al Baile de Primavera— e ignoraron a sus profesoras. El tiempo de clase había terminado. El disfrute del té era una costumbre sagrada en Minstrel House; ni siquiera las profesoras osaban privar de ese placer a las chicas.

Sonrió satisfecha y despidió con una inclinación de cabeza a Eleanor, que se marchaba a su despacho, en el que siempre tenía ingentes cantidades de papeleo que supervisar. Echó un vistazo a sus alumnas y suspiró con satisfacción. ¡Qué grupo de mujeres prometedoras! ¡Cuántas metas les quedaban por cumplir! Jamás llegó a imaginar que esta vida a la que se había visto abocada pudiera llenarla de tanta satisfacción. ¡Era feliz! Compartía su espacio y su tiempo con personas amables y bondadosas que la arropaban como una gran familia. Sus días estaban llenos de paz y tranquilidad, de amistad, de compañerismo. No podía pedirle nada más a la vida. Bueno, sí, todavía podía pedir una cosa: que nada cambiase.



## El profesor de baile de la señorita Seymour



Romola Seymour tiene los mismos objetivos que una joven de su edad y condición: perfilar sus modales para convertirse en una dama, y encontrar un marido en Londres. Y, si bien sus rarezas y falta de habilidad van en contra de ella, no será esto lo que trunque su idea de compromiso, sino un hombre particular.

Edward Hastings no solo se ve obligado a trabajar como profesor sustituto en la Escuela de Señoritas de lady Acton, sino que, encima, debe lidiar con lo que despierta en él una de sus alumnas: el deseo de volver a ser el muchacho que fue. Ese espíritu enamorado que perdió a la vez que la inspiración musical, y que solamente podrá recuperar si acepta sus sentimientos a tiempo.

¿Conseguirá hacerlo antes de que otro se adelante?

**Eleanor Rigby** es el seudónimo bajo el que escribe una andaluza amante de las letras. Le apasiona la historia, el arte y la música, y durante muchísimo tiempo también la danza, que practicó durante diez años en un conservatorio superior. Actualmente estudia Historia del Arte en la Universidad de Granada, e intenta crear un estilo propio que abarque todos los subgéneros románticos posibles.

Edición en formato digital: julio de 2019

© 2019, Eleanor Rigby

© 2019, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-17616-16-8

Composición digital: leerendigital.com

[www.megustaleer.com](http://www.megustaleer.com)

Penguin  
Random House  
Grupo Editorial

megustaleer

## Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás  
recomendaciones de lecturas  
personalizadas.

Visita:

[ebooks.megustaleer.club](https://ebooks.megustaleer.club)



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

## NOTAS

### Capítulo 3

[1] Minstrel Valley significa literalmente en inglés *el valle del juglar*.

### Capítulo 4

[2] Jean-François Champollion (1790-1832), conocido como Champollion el Joven, fue un historiador francés, considerado el padre de la egiptología por haber conseguido descifrar la escritura jeroglífica gracias principalmente al estudio de la piedra de Rosetta.

## Una impostora en Minstrel Valley

### Capítulo 1

[1] *Twist* es giro en inglés.

# Índice

El profesor de baile de la señorita Seymour

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Epílogo

Si te ha gustado esta novela

Sobre este libro

Sobre Eleanor Rigby

Créditos

Notas